

DAD
CIÓN



E# 7 - C# 2

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSENA BIBLIOTECA UNIVERSTARIA
Rollo-48 MICROFILMADO 16/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MICROFILMADO



HISTORIA DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

CANÓNICO DE NOYON:

*traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada*

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII,

por los P.P. J. de M. y N. C. de V.

TOMO XVIII.

Desde el principio del concilio de Basilea en el año 1431,
hasta la muerte de Paulo II en el de 1471.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valencia: Imprenta de D. Benito Mousset,
ABRIL 1832.



132832

38381

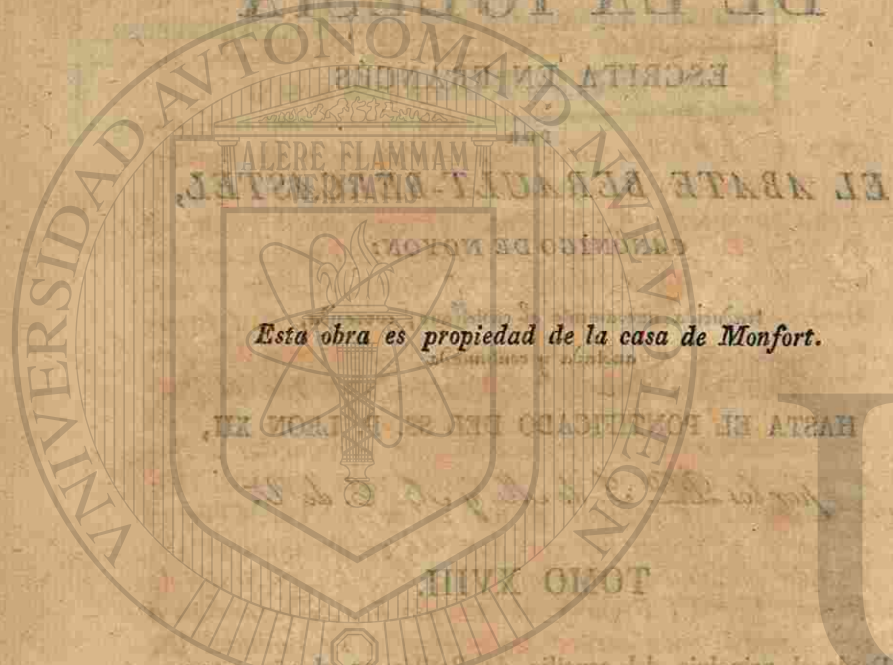
Bx944

B4

v.18

HISTORIA

DE LA IGLESIA



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135835

18888

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUGÉSIMO-PRIMERO.

- N.º 1. *Débiles principios del concilio de Basilea.* 2. *Juan Beaupere enviado por el concilio al Papa.* 3. *Primera sesion.* 4. *Continua el concilio á pesar de la bula del Papa.* 5. *Se interesa la Francia en favor del concilio de Basilea.* 6. *Institucion de la universidad de Caen.* 7. *Segismundo se muestra favorable al concilio.* 8. *Amenazas y atentados del concilio contra el Papa.* 9. *Nuncios enviados al concilio.* 10. *Llegada de los husitas á Basilea.* 11. *El obispo de Coutance es enviado por el concilio á Bohemia.* 12. *Derrota de los husitas mas furiosos.* 13. *Los demás se reúnen á los católicos.* 14. *Cede el Papa y se reconcilia con los padres de Basilea.* 15. *Estado pacífico de este concilio.* 16. *Santa hostia de Dijon.* 17. *El Papa y el concilio hacen esfuerzos á competencia para atraer los griegos á su partido.* 18. *Forma el concilio buenos cánones de disciplina.* 19. *Suprime las anatas.* 20. *Huye de Roma el Papa Eugenio.* 21. *Actividad inquieta del concilio de Basilea.* 22. *Reconciliacion del duque Felipe el Bueno de Borgoña con Carlos VII.* 23. *Nuevos atentados de Basilea.* 24. *El cardenal de Aleman.* 25. *Contradicciones y divisiones del concilio.* 26. *Exhortaciones de Jorge de Trebisonda á Juan Paleólogo.* 27. *Entrada de este Emperador en Venecia.* 28. *Bula para la traslacion del concilio de Basilea á Ferrara.* 29. *Censuras respectivas del Papa y del concilio de Basilea.* 30. *Apertura del concilio de Ferrara.* 31. *Orden de*

TOM. XVIII.

1



BERAULT
← →
HISTORIA
ECCLSIAST

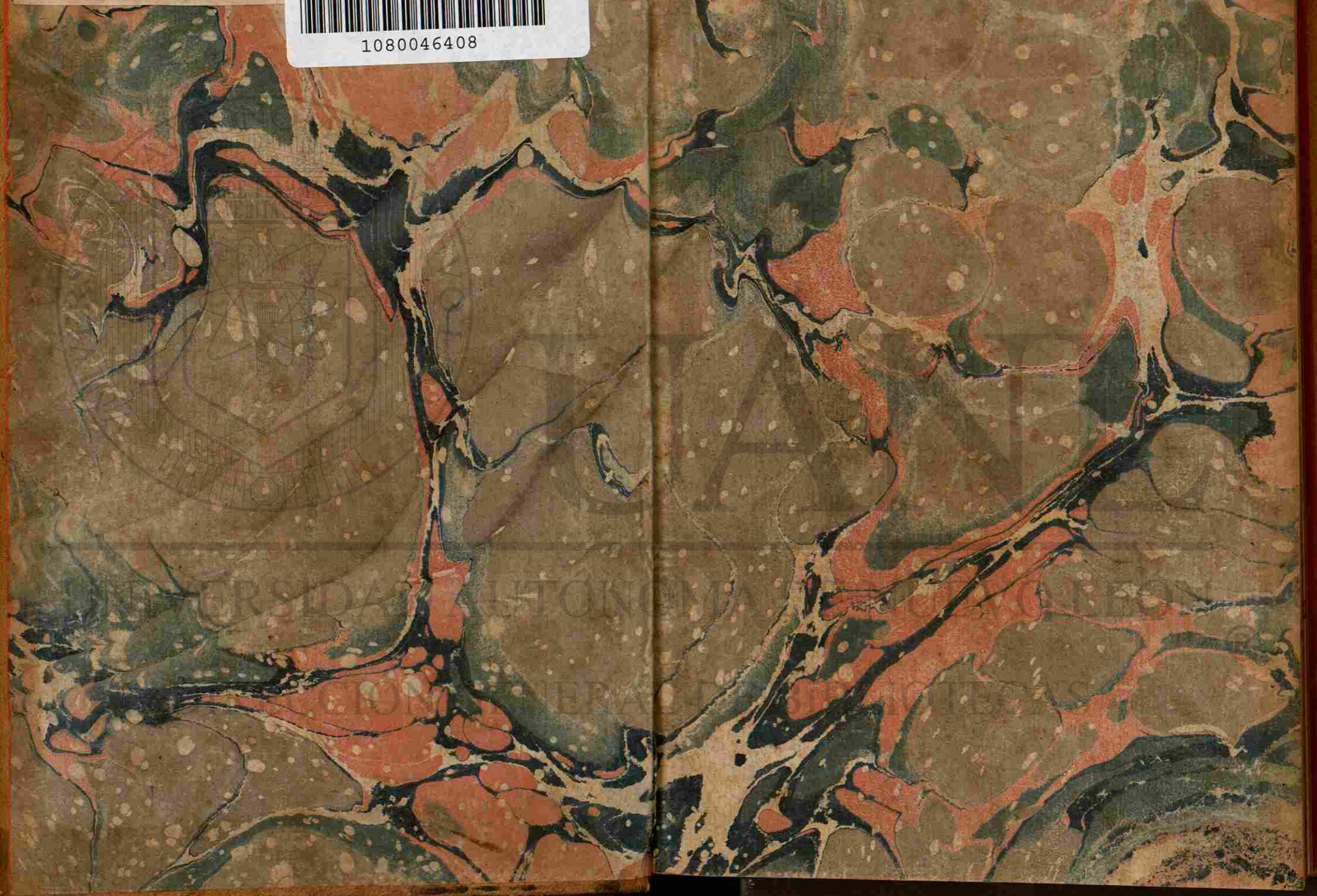


BX944
B4
V. 18
C. 1

135835



José Angel Benavides.



á 25 de Junio, en la sesion treinta y cuatro se declaró al Papa Eugenio depuesto como cismático, herege, obstinado, perjuro y manchado con todos los vicios que daban motivo á las calificaciones mas injuriosas. Prohibia el decreto á todo género de personas reconocerle en lo sucesivo por Cabeza de la Iglesia, y declaraba á los contraventores privados *ipso facto* de todas sus dignidades eclesiásticas y seculares, aun cuando fuesen obispos, arzobispos, patriarcas, cardenales, Reyes ó Emperadores. He aquí lo que establecia una asamblea de treinta y nueve prelados, entre los cuales solo habia siete ú ocho que estuviesen revestidos del carácter episcopal, siendo así que los cánones piden doce jueces de este orden para la deposicion de un simple obispo. Pero aun en este número despreciable de siete ú ocho, eran todos ellos recusables por indignos ó por incapaces de juzgar. Tal es por lo menos el testimonio del cardenal de San Sisto, ó del sábio Torquemada, el cual los describe exactamente, y halla en particular entre ellos dos obispos simples titulares, frailes de profesion y apóstatas de su orden: ni perdona á Luis de Aleman, corifeo del partido, á quien pinta como irritado contra el Papa Eugenio, por no haber logrado suceder á su tío en el empleo de camarlengo (1). Si no queremos dar crédito á Torquemada en toda la estension de sus acusaciones, á lo menos no podemos dudar de lo que afirma San Antonino, esto es, que entre los

(1) *Nat. Alex. t. 7. p. 544.*

que depusieron á Eugenio IV, habia algunos que fueron privados de sus dignidades por este Pontífice á causa de sus delitos.

Se violaba en Basilea de un modo tan infame y escandaloso la magestad de la Silla apostólica, que no podia Roma guardar silencio por mas tiempo. No se contentó el sucesor de Pedro con anular como pernicioso cuanto se habia decretado contra él y todas las actas de aquella asamblea, sino que la trató de latrocinio y de conspiracion infernal para colocar la abominacion de la desolacion en la Iglesia de Dios, y declaró á sus individuos obstinados, escomulgados, privados de toda dignidad, y reservados al rigor de la divina Justicia como Coré, Datan y Abirón.

49. Entretanto espidió el concilio un decreto edificante acerca de la Madre de Dios, declarando en la sesion treinta y seis, que la creencia de la Concepcion inmaculada de Maria es piadosa, conforme al culto de la Iglesia, á la fe católica, á la recta razon y á las santas Escrituras; que á nadie es permitido enseñar ni predicar lo contrario, y que su festividad se celebrará segun la costumbre de la iglesia romana. Pero en la sesion treinta y siete, instruidos y ofendidos en gran manera los padres de Basilea del decreto dado contra ellos por el Papa, procedieron á tratar de los electores y de los preparativos del cónclave para instituir un nuevo Pontífice: lo que dió mucho que hacer en la sesion siguiente.

del Emperador, á quien habia dirigido con tanta felicidad, y el célebre Jorge Scolario. Establecieron el dogma con mucha sabiduría, y pusieron de manifiesto la mala fe, las calumnias, las invenciones insensatas y la ignorancia presuntuosa del oráculo de los cismáticos.

Josef de Modón, en particular, nos da á entender las ideas erróneas y la necia presuncion del arzobispo de Éfeso (1), que pensando menos en el dogma que en las armas y escuadras de los latinos, habia marchado á Italia con la orgullosa persuasion de que solo tendria que tratar con una turba de ignorantes, que no habria entre todos ellos ni uno solo que fuese capaz de responderle, y que propuesto el primer argumento, se procederia desde luego á tomar las armas para defender la Grecia: lo que prueba por el tumulto que Marcos procuró escitar luego que vió sesiones arregladas, y por la sorpresa que muchas veces hubo de obligarle á huir, cuando oyó á una multitud de sábios, para quienes no habia cosa que no fuese familiar en la tradicion griega y latina, antigua y moderna. Isidoro de Rusia, llamado así porque era arzobispo de aquellos estados, aunque natural y monge de Grecia, defendió su fe con peligro de su vida, y á espensas de su libertad, entre sus ovejas feroces y mas encaichadas con el cisma griego que los griegos mismos. A escepcion de los rusos inmediatos á Polonia, entre los cuales hizo que se admitiesen las de-

(1) Conc. t. 13. p. 677.

cisiones de Florencia, experimentó en todas partes insultos y brutalidades bárbaras, hasta el extremo de ser despojado de todos sus bienes, y encerrado en una dura prision, de donde por último se escapó como por una especie de milagro, y se refugió cerca del Papa que le hizo cardenal del mismo modo que á Besarion.

55. No gozó mucho tiempo Marcos de Éfeso de su triunfo impío, pues se acaloró tanto en una disputa con el sábio dominico Bartolomé de Florencia, enviado al Emperador, el cual tuvo la debilidad de poner en disputa lo que se habia ya decidido, que murió al cabo de algunos dias. Pero habiéndose encendido el fuego por todas partes, no fue posible contener sus progresos; y llegaron á tal punto el fanatismo y la audacia, que en la mayor parte de las iglesias se borró de los dípticos el nombre del Emperador. Paleólogo, ya fuese por el temor de una rebelion declarada, ya por consideracion á la inquietud que habia causado á Amurates la union de los griegos con los latinos, ya porque la muerte del Emperador Alberto, el cual habia emprendido la guerra contra el turco á instancias del Papa Eugenio, ó mas bien por la incertidumbre que le inspiraron tantos contratiempos capaces de abatir el valor mas intrépido: Paleólogo, que hasta entonces habia estado tan bien dispuesto, se sintió ya sin ningun celo, ó á lo menos se amortiguó éste tan considerablemente, que las facciones cismáticas apenas encontraron obstáculo alguno en

todas sus empresas ulteriores. Ésta fue la décimatercera y última vez que la gracia de la salvacion fue desechada por la obstinacion inflexible de los griegos, trece años antes de la terrible catástrofe que fue un justo castigo de su temeridad.

56. Sin embargo, se vieron en estos tiempos calamitosos dos producciones admirables, mas ó menos directamente relativas al bien de la Religion. El libro de la imitacion de Jesucristo, que es el mas precioso para la piedad despues de la sagrada Escritura, se publicó la primera vez, segun las noticias que tenemos, en el discurso del año 1441, con el nombre de Tomás de Kempis, canónigo regular del monte de Santa Inés, cerca de Zwool en Holanda. Esta edicion, y el testimonio de Juan Bruschi, historiador contemporáneo y compañero de Tomás, han hecho que se le atribuya casi generalmente esta obra incomparable. No obstante, por un efecto de los celos y del mal entendido espíritu nacional, se le disputó esta gloria con muchos indicios y probabilidades que no podian menos de prevalecer contra un autor, mucho mas celoso de imitar la humildad de Jesucristo que de asegurarse el honor de su trabajo. Respetemos los motivos que tuvo para observar esta conducta, y pensemos solamente en conformarnos con un modo de pensar tan santo. Importa mucho leer y releer este libro preciosísimo, y muy poco saber quién fue su autor.

57. No se han suscitado menos disputas acerca de la invencion de la imprenta, que se refiere á la

misma época, y contribuyó igualmente á la propagacion de los conocimientos religiosos, que á los progresos de las letras humanas (1). Se atribuye comunmente á Juan de Guttemberg, natural de Strasburgo y residente en Maguncia, donde hizo compañía con Juan Faust y Pedro Schoeffer, yerno de Faust. La ciudad de Harlem, en Holanda, que pretende honrar con este descubrimiento á un vecino de ella, llamado Lorenzo Janson, y mas comunmente Juan Coster, no presenta mas pruebas que algunos libros sin fecha, impresos al estilo de los chinos, esto es, con láminas ó tablitas de madera en número igual al de las hojas que habian de copiarse: método usado en la China desde el año de 930. Se atribuye tambien la invencion de la imprenta á Juan Mantel, ciudadano de Strasburgo, y se refiere al reinado del Emperador Federico III, el cual premió á Mantel haciéndole noble. Sea lo que quiera de estas varias pretensiones, lo cierto es que el libro intitulado *Psalmorum codex*, impreso en 1457 en caracteres sueltos (que es el mas antiguo que se conoce), lo fue en Maguncia, como tambien todos los que se acercan á esta época remota, en casa de Juan Faust y Pedro Schoeffer. Desde allí se esparció en poco tiempo este arte estimable por todos los estados de la cristiandad, donde las ciencias, que antes eran tan difíciles y tan costosas de adquirir, solo pudieron ya ofrecer dificultades á la estupidez y á la haraganería. Antes

(1) *Trithem. Chr. Hist. an. 1440.*

50. Habia entonces entre los Príncipes de Europa uno de aquellos caracteres equívocos que ofrecen igual materia para los elogios y vituperios, pero sin llegar nunca á lo que propiamente se llama vicio ó virtud. Amadéo, creado primer duque de Saboya por el Emperador Segismundo, habia gobernado con acierto sus pequeños estados por espacio de muchos años. Se retiró del mundo sin pesadumbre y sin abdicar la soberanía; se dejó crecer la barba á la manera de los ermitaños, y se hizo solitario en el delicioso sitio de Ripailles á orillas del lago de Ginebra. Estableció en su compañía, con un traje modesto y penitente, á los caballeros de San Mauricio, de quienes se sospechó que renunciaban, no tanto los placeres como las incomodidades del siglo para pasar una vida ociosa en medio de los deleites mas refinados. No parece creible que habiendo vivido Amadéo con mucho arreglo en su juventud, se abandonase á pasiones groseras en una edad avanzada; pero no faltan razones para persuadirse de que la ambicion, que jamás envejece, no se habia estinguido en aquel solitario singular. Los obispos y una multitud de sacerdotes de sus estados mostraban el mayor vigor contra el Papa Eugenio en el concilio de Basilea; la mayor parte de los electores, establecidos en número de treinta y seis para elegir nuevo Papa, eran de Saboya ó de los paises inmediatos; los principales oficiales del cónclave eran tambien vasallos de Amadéo; y en fin, el cardenal de Arlés pintó con tan vivos colo-

res al sugeto que debian elevar al Pontificado, que solo faltaba á la pintura el nombre de aquel Príncipe; lo que dió un golpe visible á la confianza ilimitada que hasta entonces habia tenido el concilio en su presidente.

51. Se procedió sin embargo á la eleccion, y el duque de Saboya, despues de cuatro escrutinios, en que su calidad de Príncipe secular y puramente lego le privó de muchos votos, tuvo veintiseis en el quinto, y fue declarado Papa el dia 5 de Noviembre de 1439. Dió su consentimiento despues de alguna resistencia, y tomó el nombre de Felix V antes de pasar á Basilea, donde no se presentó hasta el 24 de Junio del año siguiente, tardando todavía un mes en consagrarse y coronarse. Pero no se descuidó en las cosas concernientes á su nueva dignidad, pues desde luego formó un sacro colegio, creando cuatro cardenales, á los cuales añadió catorce en otras dos promociones; no perdió tiempo en enviar nuncios á todas las cortes, á fin de atraer los Príncipes á su partido.

52. El doctor Tomás de Courcelles, canónigo de Amiens, y luego Dean de la catedral de París y provisor de la Sorbona, pasó en clase de diputado á la corte de Francia, donde nada omitió para corresponder á la confianza que habia hecho de él el concilio, admitiéndole en el número de los doctores encargados de nombrar los electores del nuevo Papa. El Rey Carlos y el cuerpo del clero habian reprobado constantemente la violencia con que

se trataba al Papa Eugenio; y los embajadores del Rey en el concilio protestaron inmediatamente despues de la eleccion de Amadéo contra una empresa tan temible para la política cristiana, como se vé por una acta formal que se conserva en un manuscrito respetable de la biblioteca de San Víctor (1). Eugenio por su parte habia enviado diputados al Rey, y este Príncipe juntó en Bourges el clero de su reino, á fin de tomar una resolucion conveniente al nuevo peligro en que volvía á hallarse la Iglesia. Se deliberó por espacio de seis dias, despues de los cuales respondió el obispo de Clermont en nombre del Monarca (2), que aunque su Magestad habia favorecido siempre al concilio de Basilea, le habia llenado de una amargura continua la discordia suscitada entre el Papa y los padres; que nada habia omitido para evitar sus consecuencias; que todas sus intercesiones, su vigilancia y esfuerzos, con una especie de injuria para su corona habian quedado sin efecto; y que habiendo hecho todo lo posible para impedir la deposicion precipitada del Papa Eugenio, queria perseverar con sus vasallos en su obediencia, y reconocerle siempre por único y verdadero Pontífice. „En cuanto á lo demás, añadió el prelado, no intenta su Magestad que se haga ninguna injuria al duque de Saboya, con quien lo unen los vinculos de la sangre; pero tratándose de la religion, no le favorecerá el Rey contra justicia.”

(1) *Mss. Víctor. par. 8. fol. 124.* (2) *Conc. t. 9. p. 1171. Du-Boul. t. 5. p. 449.*

Al punto se publicó una declaracion, por la que mandaba Cárlos VII á todos sus vasallos que obedeciesen al Papa Eugenio, prohibiéndoles reconocer á otro por Pontífice, y esparcir en el reino ningunas letras ó despachos pontificios con nombre de otro alguno, cualquiera que fuese.

El Emperador Federico III, elegido en 2 de Febrero de 1440 en lugar de Alberto II, su primo hermano, que habia muerto cuatro mesés antes, se condujo casi del mismo modo que el Rey de Francia, juntamente con la mayor parte de los Príncipes de Alemania. Sin embargo de su neutralidad aparente, no consintió en otra cosa que en no tomar ninguna providencia acerca de los disturbios ocurridos entre los padres de Basilea y Eugenio, mirado siempre en el imperio como el verdadero Pontífice. Tratando eficazmente el cuerpo germánico de la triste situacion de la Iglesia, y habiéndole enviado Felix, con el cardenal de Arlés, otros cuatro cardenales de su creacion, fue admitido como tal el antiguo, y no como legado, en la dieta celebrada entonces en Maguncia, y á los cuatro nuevos les prohibieron presentarse en público con capelos. Los demás estados principales de la cristiandad, escepto Aragon que varió algo á causa de la política interesada del Rey Alfonso, se declararon cada dia mas adictos á la obediencia de Roma (*). No tuvo Felix nunca, ó á lo menos no

(*) Aragon jamás reconoció ni obedeció al Antipapa, á pesar

tuvo siempre en la suya, mas que á la Saboya, á los suizos, á la parte de Baviera que obedecia al Príncipe Alberto de Munich, á la ciudad de Basilea, á la de Strasburgo, á algunas de Sajonia y á muchas universidades. Tales fueron las de Paris, Colonia, Erfort y Cracovia, cuyos doctores componian entonces casi todo el concilio (1).

53. La Grecia que acababa de reunirse con los latinos, se mostró muy indiferente en cuanto á estas dos obediencias, ó por mejor decir, se declaró con mas fuerza que nunca contra el cuerpo y contra los miembros todos de la iglesia de occidente. Apenas regresaron á Constantinopla los orientales que habian firmado la union en Florencia (que fue el primer dia de Febrero del año 1440), se levantó contra ellos una sublevacion general del clero, del pueblo, y en particular de los monges. Dábanles los nombres injuriosos de azimítas, de apóstatas, de traidores á la Religion y á la patria, y de viles esclavos de los bárbaros llamados romanos. Rehusaron admitirlos á los egercicios públicos de la Religion: y habiendo querido el Emperador, que se

de los antiguos debates de su Rey con Eugenio IV, relativos al reino de Nápoles. Lejos Alfonso de prestar su obediencia al supuesto Felix V, mandó al obispo de Segorbe y de Albarracín que recolectase los derechos, frutos y annatas pertenecientes á la cámara apostólica para tenerlas en depósito, observando una estricta neutralidad, hasta que en el año 1443 ajustó la paz con Eugenio IV.

(1) *Du-Boul. t. 5. p. 450.*

manifestó al principio muy celoso, que asistiesen á ellos, salieron con precipitacion todos sus compatriotas, y los dejaron allí como escomulgados é impíos. Triunfaba solo Marcos de Éfeso entre los griegos que habian concurrido á Florencia, y resonaban sus alabanzas en toda Constantinopla, donde gritaban que era el único defensor de la religion de sus padres, y un confesor magnánimo que lo habia despreciado todo por oponerse al torrente de la seduccion. Ensalzaba él al propio tiempo la fe y la piedad de sus panegiristas, inflamaba su valor siempre que se ofrecia la ocasion, escitaba su odio y su desprecio contra los partidarios de la union, y declamaba con insolencia contra el mismo Emperador, el cual conoció muy tarde los efectos perniciosos de su ciega indulgencia. Fueron mucho mas rápidos los progresos de la seduccion, porque no habia en Constantinopla un patriarca que la reprímiese. No solo se desalentaron muchos de los que habian asistido al concilio ecuménico, y varios prelados de los mas considerables, como los arzobispos de Trebisonda y de Heracléa, sino que llegaron al extremo de declamar por escrito y de viva voz contra los decretos que acababan de firmar.

54. No obstante, hubo muchos que acreditaron su perseverancia, é hicieron con tanta energia como destreza la apologia del concilio, cuya fe habian abrazado. De esta clase fueron no solo Besarion, que se habia establecido en Italia, sino tambien Josef, obispo de Modón, Gregorio, confesor

de esta época se vendieron las concordancias de la Biblia en cien escudos de oro, y las obras de Tito Livio costaban ciento y veinte.

58. Despues que los griegos salieron de Florencia, hubo todavía cinco sesiones, desde el dia 6 de Setiembre del año 1439 hasta el 6 de Abril de 1442. En la primera pronunció el Papa Eugenio contra las actas y los padres de Basilea la sentencia terrible que repitió en la sesion tercera, así contra Amadeo, como contra sus fautores. Habia sabido que estaba ya consumada la obra del cisma; y á fin de proporcionar nuevos defensores á la Silla romana, hizo una promocion de diez y siete cardenales, menos notables por el número que por las cualidades de aquellos á quienes honraba con la púrpura. Los habia de casi todas las naciones, y eran todos estimados por su capacidad, por sus costumbres y por su cuna. Recibieron entonces el capelo Besarion de Nicéa, el mas distinguido entre tantos prelados ilustres, é Isidoro de Rusia. Entre los de occidente, el español Juan de Torquemada, dominicano, maestro del sacro palacio, era el mas célebre por sus grandes conocimientos en la teología, en la filosofía, en el derecho canónico y en casi todas las ciencias.

59. La segunda sesion de Florencia ofreció un espectáculo enteramente nuevo despues de la reunion de los griegos (1). Ya hemos visto que habian llegado los armenios á esta ciudad antes que salie-

(1) *Conc. t. 13. p. 1198.*

sen de ella los griegos. Noticioso el católico ó patriarca de aquella nacion, de que iba á celebrarse un concilio ecuménico para reunir toda la Iglesia bajo una misma Cabeza y en una misma fe, habia enviado cuatro doctores de los mas hábiles que tenia, con el encargo de representar su persona, de proponer algunas dificultades para ilustrarse acerca de ellas, y de adherir en su nombre á las decisiones legítimas del concilio. Aquellos pueblos lejanos, que habian abrazado los errores de Eutiques, perseveraban en ellos mas bien por hábito y por falta de instruccion, que porque estuviesen obstinados en seguirlos. Buscaban la luz con sinceridad y de buena fe, y la recibieron luego que se les presentó. Pero como su distancia y la situacion en que se hallaban les impedian casi de todo punto el trato y la comunicacion con el resto de la cristiandad, se habian introducido entre ellos muchas prácticas abusivas en la administracion de los sacramentos, además de sus errores y estravíos en las verdades de la fe. Por tanto, se estiende particularmente sobre esta materia el famoso decreto del concilio de Florencia ó del Papa Eugenio á los armenios. Lo mas singular es, que asigna por materia al sacramento de la Confirmacion la uncion del santo crisma, y al sacramento del Orden la entrega de los instrumentos ó vasos sagrados, sin espresar de un modo formal y preciso la imposicion de las manos. Sin embargo, no se escluye este requisito en ningun pasage de él; y á la verdad, si consideramos sin

espíritu de escuela y de sistema las circunstancias de los lugares y de las personas, hallaremos que este género de omisión no tenía inconveniente para la iglesia de Armenia, sumamente adicta, como todas las orientales, á la imposición de las manos. No obstante, ésta es una de las razones que han movido á algunos teólogos modernos á no mirar como ecuménico el concilio de Florencia despues de la separación de los griegos. Nosotros no nos mezclaremos en esta nueva controversia, que por razón de su extensión y del plan que nos hemos propuesto de desentendernos de todo interés de sistema, es agena de nuestro asunto, por cualquier lado que se considere.

60. El patriarca y los obispos jacobitas de Egipto, eutiquianos ó monotelitas, como tambien los armenios, habian sido invitados, con todos los orientales, al concilio de Florencia, por cartas y por nuncios del Sumo Pontífice (1). Alberto, sacerdote del orden de los frailes menores, enviado á los jacobitas, desempeñó perfectamente su comisión. Su patriarca, reducido al estado deplorable en que se hallaban todos aquellos gefes de la gerarquía, tan florecientes en otro tiempo bajo el gobierno romano, y destituido de los medios necesarios para presentarse del modo que convenia á su dignidad, envió en su lugar á Andrés, abad del monasterio llamado especialmente de San Antonio, porque habia muerto en él este santo. Llevaba comisión pa-

(1) *Ibid.* p. 1204.

ra recibir con respeto la doctrina de la santa iglesia romana, y conservarla fielmente, para que publicada en su patria la recibiesen todos. El patriarca le entregó la carta siguiente, en que parece que todo el énfasis del estilo oriental no bastaba para esplicar la viveza de sus sentimientos con respecto al Papa.

„Juan, siervo indigno de los siervos de Jesucristo, obispo de la silla de San Marcos, de la grande Alejandria, y de todo el Egipto, de la Libia, de Etiopia, del África occidental, y generalmente de toda la misión del santo Evangelista: despues de haber pedido al Señor el perdón de mis pecados, me postro hasta la tierra en vuestra presencia, Sapientísimo y Santísimo Padre, Señor Eugenio, Papa de la gran Roma, sacerdote y pastor por excelencia, guía seguro, cuyas lecciones y ejemplos señalan el camino del cielo á todos aquellos que peregrinan en las sombras de este siglo; Cabeza apostólica de todas las iglesias cristianas, Príncipe único y venerable de todos los Príncipes constituidos en las demás sillas: confirme para siempre el Eterno la estabilidad de vuestro trono, y dirija tan perfectamente con vuestra sabiduría, como con la estrella que apareció á los magos, su inmenso rebaño, que ninguno de los que oigan vuestra voz, deje de seguirla.” Despues de estos homenajes, instruye el patriarca al Sumo Pontífice de la comisión que habia dado al abad que representaba su persona. No hubo dificultad en hacer que se con-

viniesen unas gentes tan bien dispuestas. Andrés adoptó en nombre de su patriarca y de todos los jacobitas cuanto creía y enseñaba la iglesia romana: reprobó del mismo modo todo lo que ella reprobaba; y se formó el acta en árabe y en latin.

61. El Emperador de Etiopia ó de Abisinia, llamado Zarah, escribió tambien al Papa Eugenio, y le envió sus cartas con un abad de los etíopes, llamado Nicodemus. Manifestaba tanto celo por la union, que pensaba ir él mismo á Roma para abrazarla en persona; lo que no llegó á verificarse. Todo este fervor, propio del clima, y tan fácil de evaporarse como de inflamarse, nos da á entender cuan escasa era la medida del cristianismo que conservaban aquellos estrangeros inconstantes despues de su antiguo rompimiento con el centro de la unidad. Filotéo, patriarca melquita de Alejandria, no dejó tampoco de escribir al Papa en unas circunstancias tan oportunas para despertar el entusiasmo (1). Le prodigó los títulos honoríficos con la misma profusion que el jacobita. Le llamó hombre celestial y ángel terrestre, no menos revestido de la divina gracia que de los ornamentos pontificios; Cabeza divina de todas las Iglesias; sucesor de Pedro, y piedra inmoble de la fe; y aplaudió la union en términos igualmente pomposos, confir-mándola luego que llegó á su noticia. Añade que escribe al Emperador y á los principales prelados de Constantinopla, á fin de tratar como hereges y

(1) *Con. t. 13. p. 1174.*

como objetos de anatéma á los que no la admitan. Pero no tardaremos mucho en ver á estos ardientes africanos, y en general á todos los orientales, entregados otra vez con igual teson y empeño al cisma de la Grecia.

62. Estos peligros futuros no impedian al Papa Eugenio hacer el bien presente, á pesar de cuantos obstáculos y dificultades encontraba en Basilea. Pero los miembros de este concilio, á fuerza de faltar al respeto que debian al Papa, se acostumbraron á reverenciar poco el Pontificado en el mismo sugeto á quien lo habian conferido. No permitian que sus decretos se publicasen en nombre de Felix, y le tenian en una dependencia continua. Habiendo resuelto el Emperador y el cuerpo germánico en una dieta celebrada en Francfort, congregar un nuevo concilio, prometió el de Basilea que no presidiria en él su Papa, y que se procederia en todo como antes de su eleccion (1). Quejábase Felix de que en vez de proporcionarle todas las ventajas que se le habian prometido, le obligaban á consumir la herencia de sus padres para sostener su obediencia. Pero el Emperador no desistia del proyecto de un nuevo concilio. Despues de haber conferenciado acerca de este punto, por medio de enviados recíprocos, con el Papa Eugenio y con la asamblea de Basilea, pasó cerca de esta ciudad, estando de vuelta para sus estados, sin querer entrar en ella, porque ponian allí alguna dificultad en acce-

(1) *Cochl. hist. Rus. l. 9.*

der á sus designios. Envió embajadores para que le llevasen una respuesta decisiva, y no ocultó que trataba con Eugenio como con el verdadero Pontífice romano, y que opinaban ya cinco electores por la cesacion de su neutralidad entre Roma y Basilea. El temor y el interés produjeron el efecto que no habia podido conseguirse con tantos motivos de la mayor importancia, y se dió á César la obediencia que por tanto tiempo se habia negado á Dios y á su Vicario. Entonces entró el Emperador en Basilea, á fin de consolidar lo que se habia determinado, y es de notar que no tributó á Felix los honores debidos al Sumo Pontífice. Salió de allí inmediatamente despues, y desde entonces se disipó casi de todo punto el concilio de Basilea. Se retiró tambien Felix, y fue á establecerse en Lausana con una parte de sus cardenales.

63. Eugenio, que el dia 6 de Abril del año 1442 en la quinta y última sesion celebrada en Florencia despues de la salida de los griegos, habia trasladado este concilio á Roma, respondió al Emperador con la dignidad que convenia á la verdadera Cabeza de la Iglesia, que luego que estuviese en aquella ciudad, juntaria el mayor número posible de prelados para examinar si era oportuna la celebracion de otro concilio, y que despues enviaria legados á Alemania para deliberar sobre este punto con el Emperador y con los Principes del imperio; que segun á él le parecia, nada podria adelantarse, á no ser que la Alemania abandonase una neu-

tralidad inconciliable con los verdaderos principios de la fe, y volviese á su antiguo respeto para con la santa Sede: conducta que bastaria por sí sola para restablecer la paz de la Iglesia; y que si se tomaba este partido, procederia con mucho gusto á celebrar un nuevo concilio, con el beneplácito de los Reyes y demás Principes que no habian vacilado en su sumision religiosa. Eugenio pasó en Florencia el resto del año y los dos primeros meses del siguiente; pero no se tuvieron más sesiones ni congregaciones sinódicas; y desde entonces pudo considerarse como concluido este concilio, aunque trasladado á Roma, donde solo se celebró una sesion de poquísimo interés para los asuntos generales de la Iglesia.

64. Dos concilios celebrados á un mismo tiempo, y contrarios entre sí, presentan sin duda un grande escándalo en la Iglesia cristiana, en la que su Fundador adorable no imprimió otra señal ó carácter mas propio y mas divino que el de la unidad. Esta dificultad resulta especialmente de las decisiones, contradictorias en la apariencia, que se dieron en Florencia y en la segunda sesion de Basilea, acerca de la autoridad respectiva de los Papas y de los concilios; porque en cuanto á las últimas sesiones de Basilea, contando desde la veintiseis inclusive, esto es, desde la disolucion ó traslacion expresamente mandada por la Cabeza de la Iglesia, se conviene en la actualidad de un modo bastante uniforme en que desde entonces dejó de ser ecu-



ménico este concilio, y por lo mismo no queda ya mas que el escándalo de la discordia y la zizaña, que nada tiene que ver con los fundamentos de la fe. Pero ¿acaso no se halla comprometida en estas altercaciones y debates la misma prerogativa de la infalibilidad, de la cual se hicieron dos atribuciones contradictorias que la destruyen, por una parte en el concilio de Basilea que no hacia mas que repetir los decretos ecuménicos de Constanza, y por otra en el de Florencia, y mucho mas en el de Letran, celebrado en tiempo de Leon X? Para disipar estas inquietudes, basta traer á la memoria las definiciones en que se fundan, y que se suponen contrarias entre sí. En primer lugar, por lo que toca al famoso decreto de Basilea ó de Constanza, acerca de la superioridad de los concilios generales sobre los Papas, es inútil perder el tiempo en repeticiones, despues de lo que acabamos de decir. En cuanto al de Letran, parece que por el contrario atribuye á los Papas esta autoridad superior; pero además de que esto no se propone como definición de fe, sino solo para el efecto de convocar ó de disolver los concilios, ¿qué nos importa esta contrariedad, cualquiera que ella sea, cuando los doctores mas respetables de la misma Italia nos dejan una libertad absoluta para tener ó no tener por ecuménico este concilio? En cuanto al decreto de Florencia, el cual es de muy distinta especie, no dice otra cosa sino que el Papa tiene plena potestad para gobernar la Iglesia universal. ¿Y quién se-

rá el católico sincero que no convenga en que la autoridad del Sumo Pontífice se estiende á todas las iglesias, y que los pastores que las gobiernan inmediatamente le están subordinados como á Cabeza que es de todos ellos? (*)

Sobre todo, jamás se ha disuelto el vínculo de la unidad por este género impropio de controver-

(*) ¿A qué no se ven precisados á recurrir los defensores de unas máximas insostenibles! ¿Quién dirá al leer este último número, que es el sábio Berault el que habla en él? Aun despues de habernos descrito los escándalos de Basilea, sigue dando el nombre de concilio á aquella faccion cismática en la que apenas se contaban diez obispos; y rehusa dar el título de general al concilio V de Letran convocado y presidido por el mismo Papa (primero por Julio II, y despues de su muerte por Leon X), al que fueron llamados todos los obispos del mundo, al que concurren, cuando menos, ciento y catorce prelados de diferentes paises, y que por último fue confirmado solemnemente por una constitucion apostólica. Pero en Basilea se adoptaban como inconcusas las máximas que constituyen la famosa pragmática-sancion de Francia, y la mas famosa declaracion de 1682, y en Florencia y en Letran se destruían estas máximas: ved ahí toda la razon para que un escritor adicto á las pretendidas libertades galicanas, prefiera, ó al menos intente igualar el congreso de Basilea con dos concilios tan respetables. Basta esto solo para hacernos conocer cuáles son y á qué inducen las máximas de la citada declaracion; se vé con cuánta razon decia Napoleon Bonaparte, que con solas ellas podia pasarse sin Papa. Mas, ¿por qué nunca se ha disuelto, como concluye Berault, el vínculo de la unidad entre los mas fuertes partidarios de estas opiniones contrarias? Ya se ha contestado mas de una vez á esta pregunta: la causa principal, prescindiendo de las demás, es á nuestro juicio lo que decia el mismo Bossuet en su carta 103 (tom. 4. oper. in 8.), aunque en diferente sentido: „hemos visto, de-

sia entre los mas fuertes partidarios de las dos opiniones opuestas, porque al mismo tiempo que combatian unos con otros, se miraban mutuamente como hermanos, y se tenian por ortodoxos; contribuyendo además, cada uno segun sus máximas, al bien general de su madre comun, ó de la misma Iglesia, en lo que se distinguian esencialmente de aquellos hijos de anatéma, que si convierten sus esfuerzos contra los hijos dóciles y celosos, es solo para despedazar con mas libertad el seno materno.

cia, que aunque se enseñe lo que se quiera en la especulativa, siempre será preciso en la práctica volver al consentimiento de la Iglesia universal." Esto es, el clero de Francia, á pesar de los famosos artículos, ha seguido la práctica segura, y se ha conducido segun las máximas santas y generales de la Iglesia católica; por esto no se ha disuelto el vínculo de la unidad. Véanse Fenelon, Maistre, Anfossi y La-Mennais.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. *Decadencia del concilio de Basilea.* 2. *El Rey de Aragon se reconcilia con el verdadero Papa.* 3. *Muerte del piadoso cardenal Albergati.* 4. *Division en Polonia.* 5. *Victorias de Hunyades.* 6. *Vuelve Scanderberg á ocupar el trono de sus padres.* 7. *Treguas de Amurates con el Rey de Polonia.* 8. *Batalla de Varna.* 9. *Muerte del Rey Ladislao.* 10. *Muerte del cardenal Julian Cesarini.* 11. *Sumision de los eutiquianos de Siria al concilio de Letran.* 12. *Casimiro IV, Rey de Polonia.* 13. *Muerte del Emperador Juan Paleólogo. Le sucede su hermano Constantino.* 14. *Negociaciones para la estirpacion del cisma.* 15. *San Antonino, elevado á la silla de Florencia.* 16. *Canonizacion de San Nicolás de Tolentino.* 17. *Se restablece la concordia entre el Papa y los alemanes.* 18. *Prudentes consejos de la Francia.* 19. *Muerte de Eugenio IV.* 20. *Su carácter.* 21. *Nicolao V.* 22. *Fin de la neutralidad de la iglesia de Alemania.* 23. *Conferencia de Leon.* 24. *Concordato germánico.* 25. *Legacion del cardenal de Carvajal en Bohemia.* 26. *Pogebrac.* 27. *Cábalas é intrusion de Rquesana.* 28. *Los sectarios se apoderan*

sia entre los mas fuertes partidarios de las dos opiniones opuestas, porque al mismo tiempo que combatian unos con otros, se miraban mutuamente como hermanos, y se tenian por ortodoxos; contribuyendo además, cada uno segun sus máximas, al bien general de su madre comun, ó de la misma Iglesia, en lo que se distinguian esencialmente de aquellos hijos de anatéma, que si convierten sus esfuerzos contra los hijos dóciles y celosos, es solo para despedazar con mas libertad el seno materno.

cia, que aunque se enseñe lo que se quiera en la especulativa, siempre será preciso en la práctica volver al consentimiento de la Iglesia universal." Esto es, el clero de Francia, á pesar de los famosos artículos, ha seguido la práctica segura, y se ha conducido segun las máximas santas y generales de la Iglesia católica; por esto no se ha disuelto el vínculo de la unidad. Véanse Fenelon, Maistre, Anfossi y La-Mennais.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. *Decadencia del concilio de Basilea.* 2. *El Rey de Aragon se reconcilia con el verdadero Papa.* 3. *Muerte del piadoso cardenal Albergati.* 4. *Division en Polonia.* 5. *Victorias de Hunyades.* 6. *Vuelve Scanderberg á ocupar el trono de sus padres.* 7. *Treguas de Amurates con el Rey de Polonia.* 8. *Batalla de Varna.* 9. *Muerte del Rey Ladislao.* 10. *Muerte del cardenal Julian Cesarini.* 11. *Sumision de los eutiquianos de Siria al concilio de Letran.* 12. *Casimiro IV, Rey de Polonia.* 13. *Muerte del Emperador Juan Paleólogo. Le sucede su hermano Constantino.* 14. *Negociaciones para la estirpacion del cisma.* 15. *San Antonino, elevado á la silla de Florencia.* 16. *Canonizacion de San Nicolás de Tolentino.* 17. *Se restablece la concordia entre el Papa y los alemanes.* 18. *Prudentes consejos de la Francia.* 19. *Muerte de Eugenio IV.* 20. *Su carácter.* 21. *Nicolao V.* 22. *Fin de la neutralidad de la iglesia de Alemania.* 23. *Conferencia de Leon.* 24. *Concordato germánico.* 25. *Legacion del cardenal de Carvajal en Bohemia.* 26. *Pogebrac.* 27. *Cábalas é intrusion de Rquesana.* 28. *Los sectarios se apoderan*

de Praga. 29. Concilios principales en Francia. 30. Suplicio del mariscal de Retz. 31. Asamblea de Leon para la estincion del cisma. 32. Renuncia Amadeo el pontificado. 33. Reflexiones sobre la conducta del cardenal de Aleman. 34. Se disuelve el concilio de Lausana. 35. Autoridad y variedades del concilio de Basilea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINCUGÉSIMO-SEGUNDO.

Desde el concilio de Florencia en el año 1442, hasta el fin del cisma de Basilea en el de 1449.

1. **L**a deposicion del Pontífice Eugenio y el elevamiento de Felix, lejos de contribuir al logro de las esperanzas concebidas por los padres de Basilea, sirvió únicamente para acelerar la ruina de este concilio. Desde esta época fatal la mayor parte de los obispos y de los Soberanos se estremecian al saber lo que pasaba en aquella asamblea. Habiéndose apoderado de sus individuos una parte del terror que inspiraban, echaron de ver de repente que á sus movimientos impetuosos sucedia una especie de languidez y de entorpecimiento. Despues del primer entusiasmo de su lamentable triunfo, celebraron solo algunas sesiones de tarde en tarde, pareciendo que solo trataban de atender á su propia seguridad, ó á la impunidad de sus cómplices. Por

último, la cuarenta y cinco y última sesión de Basilea se celebró el día 19 de Mayo del año 1443. Condenaron en ella algunas proposiciones, defendidas por varios religiosos mendicantes en perjuicio del derecho de los párrocos, de la jurisdicción episcopal y del culto de las parroquias (1). Mas lo efectuado en ella con relación al grande objeto que nos ocupa, consistió en que tomando por norma, según acostumbraban, los decretos de Constanza, resolvieron celebrar tres años después otro concilio general en la ciudad de Leon; no disolver el de Basilea, si continuasen allí los padres con la misma seguridad que antes; y en el caso contrario, continuar en Lausana. No tardaron mucho en verse obligados á tomar este último partido por varias causas que sobrevinieron.

Aumentábase de día en día la mala inteligencia entre el concilio y Felix, que rehusaba volver á Basilea, y trasladándose unas veces á Lausana, y otras á Ginebra, lograba solo variar sus disgustos. La dignidad en que creía encontrar el descanso y toda la felicidad á que podía aspirar, le daba infinito mas que hacer que el gobierno de sus estados en otro tiempo. Inclinado por naturaleza á la economía, se quejaba de la rapidéz con que se habían agotado los tesoros reunidos á fuerza de ahorrar por espacio de muchos años, y repetía con frecuencia que le obligaban á arruinar á sus hijos. El Emperador por otra parte no desistía del pensamien-

(1) *Conc. t. 12. p. 657.*

to de celebrar un concilio que no fuese sospechoso al Papa Eugenio. El Rey de Aragon, que por interés habia mostrado alguna inclinacion á Felix, se unió con Eugenio por un interés mas poderoso, y llamó á los eclesiásticos de sus dominios que residían en Basilea. En fin, encendida la guerra entre el duque de Austria y los suizos, pareció que no era segura la ciudad de Basilea, aliada de éstos.

2. Alfonso, Rey de Aragon, Príncipe verdaderamente digno del renombre de Grande, si se adquiere este título con el sacrificio de todas las leyes de la religion y de la probidad, trató á un mismo tiempo con Eugenio y con Felix, para seguir al que le ofreciese un partido mas ventajoso (1). Felix ofreció por medio de sus nuncios confirmar la adopción que habia hecho de Alfonso en primer lugar la Reina Juana de Nápoles, con el título de Rey de Sicilia que se atribuía á consecuencia de aquella adopción, y suministrar doscientos mil escudos de oro para ayudar á este Príncipe á ponerle en posesión del patrimonio de San Pedro. Eugenio, que tuvo noticia de estas proposiciones, se sobresaltó en extremo, y esto era verosíblemente lo que pretendía el aragonés artificioso, que tenia por mas seguro y honorífico tratar con el Pontífice reconocido por casi toda la Iglesia que con el Papa de los saboyanos y de los suizos; pues el amor de la gloria, aunque subordinado en Alfonso al de la

(1) *Zurit. l. 15. c. 18.*

fortuna, no dejaba de tener en él mucho dominio. Luego que vió que su estratagema producía con Eugenio el efecto deseado, solo trató ya de eludir los empeños contraídos con Felix, diciendo que era necesario unir nuevos artículos, en extremo onerosos, y muy contrarios en particular al genio económico del nuevo Papa. Exigia entre otras condiciones que se le entregasen sin dilacion y en una sola paga los doscientos mil escudos de oro. Así vió Felix frustradas sus esperanzas apenas habian nacido, y su pequeña obediencia mas limitada que nunca en el momento en que se lisongeaba de estenderla; pero cediendo á su competidor, le ofreció mayores dificultades que vencer, y le obligó á espender mayores sumas.

Exigió el orgulloso aragonés que el romano Pontífice le cediese el reino de Nápoles con esta cláusula humillante: *Sin embargo de que el Rey Alfonso se apoderó de él á mano armada.* Quiso tambien que se le diese por solvente de todo lo que debía á la cámara apostólica, con cualquier título que fuese; y en fin, que Fernando, su hijo bastardo, fuese legitimado por el Sumo Pontífice, y designado él y su posteridad por sucesores de su padre en el reino de Nápoles. Este último artículo pareció tan vergonzoso á Eugenio, á pesar de que le concedió del mismo modo que los otros, que se tomó el partido de que no se publicase la bula en vida de este Pontífice; como si los borriones con que al morir dejan los hombres afeada para siempre su memo-

ria, fuesen un mal menor que los que pueden lavar durante su vida.

El Rey de Aragon se obligó por su parte á reconocer á Eugenio por Papa cierto y legitimo, á rendirle homenaje con respecto al reino de Nápoles, á devolver las ciudades de que habia despojado á la Iglesia romana, á suministrar tropas para obligar al duque de Milán á hacer la misma restitution, y además á dar seis galeras y cuatro mil hombres de á caballo contra los turcos. Pero lo mas importante para Eugenio fue que despues de la conclusion del tratado hizo publicar Alfonso en todas las provincias de sus estados que se reconociese á este Papa por legitimo y único Pontífice, y que se tuviese por nulo todo lo que se habia hecho contra él en Basilea. Así disipó de repente el espíritu de interés todas las incertidumbres de Alfonso, ó por mejor decir, sus dudas afectadas, cuya solucion atribuye cuidadosamente en su decreto á un exámen mas maduro (*). Tres cardenales va-

(*) No puede menos de conocerse en esta narracion de Be-rault aquel espíritu de nacionalidad mal entendido, que el mismo historiador reprende y condena en otros. Aunque no pretendemos justificar todas las operaciones de Alfonso V, sin embargo debemos manifestar que no merece en justicia todas las inculpaciones y epítetos verdaderamente injuriosos que le aplica nuestro historiador. Dijimos ya en el libro precedente que Aragon jamás obedeció al Antipapa Felix; y en verdad, antes de que el pretendido concilio de Basilea publicase la sentencia de deposicion contra el Papa Eugenio, y de consiguiente antes que fuese elegido el Antipapa, habia ya Alfonso hecho retirar de

sallos suyos, y casi todos los demás beneficiados de sus dominios salieron de Basilea despues de algunas deliberaciones, y se retiraron á sus iglesias, lamentándose y protestando, mientras estuvieron distantes del terrible Alfonso, que permanecerian

Basilea á sus embajadoras, mandándoles espresamente que no se hallasen allí en la deposicion de Eugenio y en la eleccion de nuevo Papa; pues tenia por dudoso y escandaloso quanto en aquel congreso se hacia, despues que Eugenio habia trasladado el concilio á Florencia. Aun hizo mas el Rey; envió mandato á la Reina de Aragon y á su hermano el Rey de Navarra, para que no se obedeciese decreto alguno del concilio de Basilea, y se observase neutralidad como en el cisma de Clemente VII. Escribióle entretanto el Antipapa Felix exhortándole á que le diese la obediencia; pero el Rey se escusó políticamente con que los embajadores y prelados de sus reinos no se habian hallado en su eleccion, cuyo exámen era muy difícil y largo. No obstante, le dijo por su embajador, que si examinado todo hallaba ser buena su eleccion, trataria de darle la obediencia, con tal que en nombre de la iglesia romana le confirmase la adopcion de la Reina Juana de Nápoles, y le diese la investidura del reino. No se verificó esta condicion ni menos la prometida obediencia; pero esta conducta simulada es lo único que puede imputarse justamente á Alfonso, el cual intentaba con ella vencer el ánimo del Papa Eugenio, siempre propenso á favorecer el partido de la casa de Anjou y sus pretensiones á la corona de Nápoles. Cualesquiera que estas fuesen por una y otra parte, lo cierto es, que los hombres mas sábios de aquel tiempo estaban divididos acerca de aquella cuestion; y si el duque francés alegaba en su favor la adopcion que de él hiciera la Reina Juana II, el Rey de Aragon alegaba dos semejantes adopciones, una anterior y otra posterior á la del duque de Anjou; por manera que no pudo decidirse esta lucha sino por la fuerza y por las armas. Pero cuando Alfonso venció y se apoderó de todo el reino, y cuando en consecuencia de sus victorias trató de ajustar las paces con el Papa

siempre fieles á Felix y á su concilio. El panormitano, cuyo celo era el mas variable ó el mas servil, y que despues de haberse declarado á favor de Eugenio con el teson y actividad que hemos visto, supo adular á Felix en tales términos que obtuvo de él el cardenalato, renunció esta dignidad, como tambien el titulo pomposo de legado del concilio en toda Alemania, y se retiró á su diócesis de Palermo, donde murió de peste dos años despues. No hubo en su tiempo otro sugeto mas versado que él en el derecho canónico, como lo acreditan sus varias obras; pero tampoco le hubo menos estable en sus principios, ó mas inconsecuente en su conducta; pues unas veces se mostró favorable y otras contrario á Eugenio, pero siempre de un modo estremado. Hay entre sus obras un tratado famoso, compuesto en favor del concilio de Basilea, el cual comprende los tiempos mas agitados de este con-

y con todos los Príncipes que le habian sido contrarios, á nadie dió condiciones duras, no pensó en vejar á Eugenio, ni menos en amenazarle con que daría la obediencia al Antipapa; antes por el contrario, fue él el primero en solicitar la paz con el Sumo Pontífice, y dió á la santa Sede por la investidura del reino de Nápoles ocho mil onzas napolitanas (unos cuatrocientos ochocientos reales vellon), y se pronunció abiertamente contra el Antipapa Felix y contra su conciliábulo de Basilea. Véase la historia de Bartolomé Faccio, escritor contemporáneo; el tratado de la paz y las bulas de su Santidad en cuyos documentos se fundan nuestros historiadores Mariana, Ferreras, Ortíz y otros muchos, para defender los derechos de Alfonso y justificar sus operaciones.

cilio; pero se ha hecho tan raro que apenas se encuentra ya, por haberse suprimido, segun dicen, como que respiraba una parcialidad y un furor escandaloso.

El convenio del Papa con el Rey de Aragon dió un golpe mortal al partido de Felix. Se unió Alfonso con los venecianos, florentinos senenses, y con las demás ciudades principales de Italia; y todos de comun acuerdo se empeñaron con el Emperador para que protegiese el designio que tenia el Papa de congregar en el palacio de Letran el concilio que debia dar el último golpe al cisma. Receló entonces Federico que la celebracion del otro concilio que habia propuesto él mucho tiempo antes, experimentaria dificultades insuperables. Se buscaron, pues, varios temperamentos, se propusieron nuevos medios, y se hicieron sobre todo los mayores esfuerzos para disponer las cosas de manera que este Príncipe pudiese quedar airoso. En tal estado, la disposicion en que se mostró la Francia, invariablemente adicta á la autoridad de Eugenio, á pesar del respeto que la merecia la disciplina de Basilea, inclinó la balanza y motivó la resolucion final, reducida á adoptar el plan propuesto al Emperador por el Rey Carlos VII, de celebrar una asamblea general de Europa ó de sus diputados, y poner en egecucion lo que se resolviese á pluralidad de votos ⁽¹⁾.

3. Pasó el Papa Eugenio desde Florencia á Se-

(1) *Æn. Sylv. Ep. 54. et 55.*

na, donde se detuvo seis meses, y le visitaron muchos Príncipes y otros personages considerables de Italia, cuyo afecto y buena voluntad procuró aumentar mas y mas, y ellos por su parte no dejaron de reanimar sus esperanzas. Sin embargo, tuvo un disgusto muy grande con motivo del fallecimiento del cardenal de Santa Cruz, el piadoso Nicolás Albergati, obispo de Bolonia, insigne por su adhesion al legítimo Pontífice, no menos que por las demás virtudes de que estaba dotado. Habia abrazado el instituto de los cartujos, y siendo cardenal conservó y aun aumentó la tierna piedad, el espíritu de recogimiento y todas las austeridades que le caracterizan. Manifestó su destreza y su rara sabiduría en las legaciones mas importantes y espinosas. Murió como habia vivido, esto es, con tal reputacion de santidad que en varios lugares se le honra con el título de Beato. Tomás de Zarzana y Eneas Silvio, que ocuparon la Silla apostólica, eran de su misma familia, y por honrar su memoria tomó el primero el nombre de Nicolao V cuando ascendió al Pontificado. El cuerpo del Beato Albergati fue trasladado, como él lo habia dispuesto, adonde habia estado siempre su corazon; esto es, en medio de sus hermanos, á la cartuja de Florencia, de la cual era prior á la sazón Tomás de Zarzana. El Sumo Pontífice honró con su presencia el entierro, acabó de despachar muchos negocios, y despues marchó á Roma, á donde llegó el dia 28 de Setiembre de 1443, y recibió la acogida que de-

bia prometerse despues de una ausencia de mas de nueve años, empleados en el triunfo de la santa Sede. Pasados algunos dias se trasladó al palacio de Letran, anunció el concilio que debia celebrar en él, y en seguida envió las letras de convocacion á los varios estados de la cristiandad.

4. Entretanto la elocuencia y actividad del cardenal Julian, á quien habia enviado á Hungría en calidad de legado, volvieron á escitar la fe y el valor en este reino y en todos los paises inmediatos; y se armó por todas partes para oponerse al formidable Amurates, Emperador de los turcos, que á la sombra de la division que desolaba á la Hungría, amenazaba arrebatár su trono á los dos competidores que se le disputaban. Despues de la muerte del Emperador Alberto, que no habia dejado para sucederle en Hungría mas que la criatura de que quedaba en cinta la Emperatriz, dudando los grandes si seria varon, habian ofrecido esta corona á Uladislao, Rey de Polonia, el cual la aceptó. Habiendo dado á luz en este tiempo la Emperatriz un niño, á quien llamó Ladislao, hizo que le coronasen. La guerra encendida con esta ocasion en la Hungría, pareció á la equidad musulmana una razon decisiva para acometer á los húngaros. Los polacos y los válacos les enviaron las mejores tropas que tenían de infantería y caballería; y como el Papa habia hecho predicar la cruzada en paises remotos contra una opresion tan odiosa, llegaron de Francia y de Alemania muchos voluntarios generosos. De este

modo el ejército cristiano, que era ya bastante numeroso, se hizo infinitamente mas respetable con las tropas escogidas de que se componia.

5. Se atravesó el Danubio con intrepidez: cayó en poder de las tropas combinadas la ciudad de Sofia, que se cree ser la antigua Sárdica, famosa en la historia de los concilios; se tomaron de paso otras muchas plazas; y como el Rey Uladislao hubiese recibido aviso de que los turcos se adelantaban hácia el rio Morava, destacó con diez mil caballos á Juan Corvino, mas conocido por el nombre de Huniades, para que los sorprendiese de noche. Este héroe era entonces vaivoda ó gobernador de Transilvania, y general de las tropas húngaras y polacas, á las cuales habia acostumbrado á combatir contra todas las fuerzas musulmanas. En el año precedente habia conseguido tres victorias famosas, una delante de Belgrado, obligándolos á levantar el sitio que habia durado siete meses, y las otras dos en Transilvania. Era su nombre tan temido de los turcos, que se estremecian sus hijos cuando le oían pronunciar. Los mismos genizaros, dándole aquellos epitetos injuriosos que son tan honoríficos en boca de un enemigo armado, le llamaban comunmente Juan el perverso.

Egecutó con tanta felicidad este rayo de la guerra la órden de Uladislao, que se precipitó sobre los turcos cuando menos lo esperaban, hizo en ellos una carniceria horrible, y los desbarató completamente, sin perder mas de quinientos hombres. To-

das las inmediaciones de la cristiandad quedaron libres de infieles despues de esta victoria, y el ejército cristiano penetró sin dificultad hasta las fronteras de Tracia y Macedonia. Allí derrotó cerca del monte Hemo otro ejército que había llevado de Asia Amurates para defender los desfiladeros de las montañas. Su general Carambei había recibido orden de estarse á la defensiva, y se le prohibió absolutamente entrar en una acción general; pero aquel asiático fogoso no consultó mas que su audacia, y viendo el corto número de cristianos, infinitamente desproporcionados á la multitud que tenía él á su mando, y agoviados por otra parte con la aspereza de los caminos, con la dificultad de la subsistencia y con la inclemencia de la estación, cayó de repente sobre ellos la víspera de Navidad. Sus mejores tropas fueron pasadas á cuchillo al rededor de él; las demás se dieron á la fuga, y quedó prisionero el mismo general. Los historiadores varían asombrosamente acerca del número de los infieles que perecieron en la refriega, asegurando unos que llegaron á treinta mil, y otros que no pasaron de seis mil; pero convienen todos en la extraordinaria impresión que hizo en los turcos esta batalla, no solo por la grande idea que formaron del valor europeo, cosa que entonces era enteramente nueva para ellos, sino tambien y con mas particularidad por haber quedado prisioneros cuatro mil de sus mas valientes soldados, entre los cuales había trece bajaes. Sin embargo, como los demás turcos estaban acantona-

dos en las montañas, temió el Rey Uladislao internarse mas, y regresó á Buda, donde para cumplir el voto que había hecho fue con los pies descalzos á la iglesia de nuestra Señora, y en medio de las aclamaciones de toda la capital colgó en la media naranja nueve banderas que había cogido á los enemigos de la Religión.

6. Scanderberg, no menos digno que Huniades de ser nombrado en los fastos de la Iglesia, mandaba en la batalla del Morava una division del ejército de Amurates; pues tenía toda la confianza de este Emperador, á pesar de que era hijo de padres cristianos, y de que debía serle sospechoso por otras muchas razones (1). Era su padre Juan Castrioto, que había sido obligado por Amurates á entregarle la ciudad casi inconquistable de Croya, su capital, á fin de conservar el resto de su pequeño reino, y á darle sus hijos en rehenes para entera garantía de su fidelidad. Jorge, que era el mas jóven de los cuatro, fue tan estimado de su tirano por su buena presencia y por sus excelentes cualidades, que le tuvo en su palacio, le trató familiarmente, y cuidó que se le instruyese con esmero en la religion mahometana, y en todo lo que podía contribuir á formar un turco distinguido. Le mudó hasta el nombre de Jorge en el de Scanderberg, que quiere decir señor Alejandro, llamándole así por su alta estatura, por su fuerza prodigiosa y por su elevación y firmeza de ánimo que cada dia se manifes-

(1) *Rain. ann. 1443. Chalcond.*

taban más y más. Habiendo experimentado de mil modos su intrepidez, sin omitir aquellos desafíos bárbaros en que los dos campeones medio desnudos y con el puñal en la mano medían sus fuerzas en una misma cuba, le confió el mando de numerosas tropas, y recibió de él grandes servicios, así contra los cristianos de Europa, como contra los infieles de Asia. Le había prometido restablecerle en el trono de su padre; pero habiéndose apoderado de la Albania el pérfido sultán después de la muerte de aquel, y quitado la vida con veneno á los hermanos de Scanderberg, tomó esta alma generosa y sensible la determinación de quitar por lo menos la herencia de sus deudos al que los había asesinado.

Habiendo concertado su plan con Huniades, según parece muy verosímil antes de la batalla de que acabamos de hablar, y fingiendo, durante la acción, que se replegaba con el cuerpo de tropas que estaban á sus órdenes, acometió á la parte más fuerte del ejército turco, le desbarató y le derrotó completamente. En medio del desorden y de la confusión, cogió al secretario de Amurates, que acompañaba al general en jefe, y poniéndole un puñal al pecho, le obligó á estender un despacho para el gobernador de Croya, mandándole que entregase la plaza y el gobierno al portador de aquella comisión. Luego que obtuvo el despacho, quitó la vida al secretario y á los pocos turcos que se hallaban presentes, para que no pudiese el sultán

tener noticia de la empresa hasta que estuviese ejecutada. Va volando á Croya, presenta la orden, se le entrega la plaza, y se da á conocer á sus pueblos, que llenos de alegría porque iban á sacudir el yugo otomano, le proclaman Rey con un entusiasmo inesplicable. De este modo recobró el cetro de sus antepasados en el año 1443. Habiendo cautivado extraordinariamente el corazón de su pueblo y de su nobleza, á la cual supo comunicar su heroísmo, halló medios para resistir al despecho furioso de Amurates, le venció muchas veces de un modo casi increíble, y le obligó por último á concederle la paz y todos los derechos de la soberanía. Trataba con él de igual á igual en todas las cosas, y especialmente cuando importaba á la verdadera Religión, la cual volvió á abrazar con sinceridad, y la honró constantemente con sus virtudes. Habiéndole convidado Amurates con su antiguo favor, é instándole que volviese á las prácticas de la religión mahometana, le exhortó bien al contrario Scanderberg á que se hiciese cristiano, y con unas razones tan superiores, que por lo menos demostraron la desigualdad de las dos religiones. Quería que todo contribuyese á dar honor al cristianismo, hasta en los ejércitos, donde hizo que floreciese la piedad, y que por un prodigio mucho mayor reinase una pureza de costumbres que hubiera causado admiración en una comunidad religiosa. Con los auxilios que de este modo alcanzaba de lo alto, sostuvo y aumentó su poder durante el reinado de

Amurates; y en fin, en los mismos muros de Croya le causó un ronrojo personal y unas pérdidas inmensas que acabaron con la vida del orgulloso sultan de resultas de la fuerte impresion que hicieron en su ánimo. El héroe cristiano, con su pequeño estado y el único auxilio del cielo, luchó todavía mucho tiempo contra todas las fuerzas otomanas, contra el mas formidable de los sultanes Mahomet II, á quien hizo temblar muchas veces, habiendo obtenido constantemente su aprecio, y obligádole á mirarle con admiracion, aun cuando fue preciso rendirse al peso enorme que oprimió á todo el oriente.

7. Reducido Amurates á los mayores apuros á causa del valor reunido de Huniades y Scanderberg, los dos héroes de su siglo, y de una liga formidable ajustada contra el enemigo comun de la cristiandad, entre los húngaros, polacos, venecianos, genoveses, el duque de Borgoña, que movido de su piedad se asoció á las empresas de las mayores potencias, el Príncipe de Caramania que incomodaba mucho á Amurates en Asia, y el Emperador de Constantinopla sin embargo de sus cortas fuerzas; Amurates, repito, aunque animado de un odio implacable contra los cristianos, y de un deseo no menos vehemente de engrandecer sus estados, no halló mas recurso que la paz para evitar un golpe á que no creía poder resistir (1). Envió, pues, comisionados con el pretexto de tratar del rescate del

(1) Boasin. 3. dec. c. 6. Mart. Trom. l. 21.

bajá Carambei, y por medio de ellos prometió secretamente á su suegro el déspota de Servia, á quien habia despojado de sus estados, que se los restituiria si lograba de los demás Príncipes coligados que conviniesen por lo menos en unas treguas razonables. El déspota, llamado Jorge, persuadió en primer lugar á Huniades, á quien no se escaseaban las promesas, y el cual insinuó despues sus ideas al Rey Uladislao, poco inclinado por otra parte á continuar la guerra lejos de Polonia, cuando este reino se veía amenazado de los tártaros; de forma, que con gran sentimiento, y á pesar de las reclamaciones del cardenal legado, el célebre Julian Cesarini, se ajustaron unas treguas de diez años con las condiciones siguientes: Que Amurates conservaria la Bulgaria, y que las demás posesiones que habia invadido por aquella parte serian restituidas á las personas de quienes eran antes de la guerra, y que se devolverian los prisioneros que se hubiesen hecho recíprocamente, y con particularidad los hijos del déspota Jorge de Servia. Para cimentar el turco esta paz fingida, queria que se jurase su cumplimiento sobre la hostia consagrada: cosa que no pudo tolerar la piedad cristiana, sobresaltándose con la sola idea de ofrecer en espectáculo á los infieles nuestros mas formidables misterios. Sin embargo, juraron los cristianos sobre el Evangelio, y los turcos sobre el alcorán.

Prometiéndose Amurates recobrar en lo sucesivo lo que devolvía en Europa, envió todas sus tro-

pas á Asia para oprimir desde luego al Príncipe de Caramania, abandonado, por decirlo así, á la discrecion del turco. El cardenal Francisco Condolmer, sobrino del Papa Eugenio, que mandaba la escuadra de los cristianos reunida ya en aquellas playas, dió noticia á Uladislao de todo lo que pasaba, y le instó al mismo tiempo á que protegiese con vigor, segun sus promesas, á unos aliados distantes y de buena fe que se habian portado ya con tanta grandeza de alma, haciéndole presente que nunca se habia presentado mejor ocasion que desde que el mahometano habia dejado sin tropas todos los dominios de Europa. El Emperador de Constantinopla escribió por su parte que los occidentales no podian ya diferir los socorros pedidos, sin imprimir una mancha indeleble á su memoria; que él, no solo habia desechado la paz y la alianza que le ofrecia Amurates, sino que estaba pronto á hacerle la guerra, y habia dado ya principio á las hostilidades; que en sus treguas habia procedido el turco con fraude y por sorpresa, estando dispuesto á tomar las armas en el primer momento favorable; y que si semejante conducta, familiar á aquellos infieles, detenia á los vencedores en medio de sus triunfos, vendrian á ser la fábula del universo. Uladislao, Huniades y todos los grandes del ejército, preconizados hasta entonces por la voz unánime de tantos Reyes y de tantas naciones como los salvadores de la república cristiana, empezaron á avergonzarse de su inconsideracion, y concibieron un

arrepentimiento amargo por haberse precipitado en tales términos.

El cardenal legado, á quien el torrente de las opiniones contrarias habia detenido en sus primeras reclamaciones, las corroboró entonces con aquella fuerza de raciocinio que caracterizaba su elocuencia. Suplicó encarecidamente á los gefes del ejército que considerasen bien en lo que habia parado su ligereza; que empeñando su fe con los infieles, habian violado la que dieron anteriormente á toda la Iglesia militante, al primer Pastor, que es el Vicario de Jesucristo en la tierra, á los Soberanos coligados con ellos, á todos los Príncipes y á todos los pueblos cristianos; y esto por una pequeña ventaja ilusoria, por la recuperacion de la Misia, enteramente arruinada, y en la cual volveria á entrar el musulman perjuro siempre que le conviniere. ¿Qué podrian, pues, responder al Padre comun de todos los fieles cuyas esperanzas dejaban frustradas; al Emperador de Constantinopla que subsistia armado desde la alianza que habia contraido anteriormente con ellos, y los estaba esperando para caminar á un triunfo seguro y completo; á los venecianos y á los genoveses que habian tripulado con tanta puntualidad sus escuadras; á los borgoñones, que separados del mar por tanto número de provincias, le habian atravesado ya y cubrian el Hellesponto; á todo el mundo cristiano que los acusaria de infidelidad á sus promesas, de cobardía, de perfidia, de haber atropellado todo derecho social,



y de haber afeado su nombre con una ignominia eterna, en vez de la fama inmortal que casi tenían ya adquirida.

Volviendo despues, como al punto capital de la dificultad, á la nulidad de las treguas concluidas contra unas obligaciones anteriores, los instó fuertemente á que reparasen una falta tan vergonzosa antes que se hiciese mas notoria semejante infamia. Les dijo que á la verdad debia observarse inviolablemente un juramento justo, y que de esta naturaleza era el que los obligaba con respecto al Papa y á los Príncipes coligados; pero que un juramento temerario, hecho con perjuicio de tercero y del bien público, contra un tratado precedente y en favor de un enemigo sin fe, que no habia entregado, segun sus propias convenciones, los prisioneros ni las plazas de los cristianos, era nulo y que su observancia no podia menos de desagradar á Dios, en lugar de honrarle; y que no obstante, para quitar todo escrúpulo, los absolvía de él en nombre del Sumo Pontífice. En efecto, refiere Eneas Sylvio que el Papa Eugenio escribió á su legado para que absolviese al Rey Uladislao de su juramento, y aun para obligarle con amenazas á continuar la guerra contra el turco.

8. Hizo tanta impresion el discurso del legado, que resonaron en toda la asamblea los gritos de los que pedian la guerra, aun cuando su éxito hubiese de ser desgraciado, diciendo que valia mas morir por la Religion que arrastrar una vida vergonzosa des-

pues de haber hecho traicion con ella á los que mostraban el mayor celo por su defensa. El mismo Huniades y el déspota de Servia, que habian negociado las treguas, se conformaron con el comun dictámen, éste por la esperanza de recobrar mas gloriosamente su principado, y aquel por medio de la promesa que se le hizo de establecerle Rey de los búlgaros. Tomada esta resolucion, le enviaron inmediatamente á dar parte de ella al Emperador de Constantinopla y al cardenal Népote que mandaba la escuadra. Uladislao marchó despues desde Sejedín á la Hungria baja, pasó el Danubio y atravesó la Bulgaria, sin detenerse en sitiarse las plazas y las muchas fortalezas que ocupaban los turcos, con el objeto de reunirse con las tropas embarcadas. Le alcanzó en el camino el Príncipe de Valaquia, gran guerrero, que con su destreza y valor habia defendido por sí solo su pais contra los turcos. Pero cuando vió este prudente capitán que el ejército de Uladislao estaba disminuido en extremo por haberse retirado muchos válacos y polacos, á quienes se habian dado sus licencias luego que se firmaron las treguas, sin contar los auxiliares de todas las naciones, en quienes habian estinguido el ardor marcial, hizo todo lo posible para impedir que pasase el Rey mas adelante, ó á lo menos para que esperase los varios socorros que se le prometian. „¿Qué habeis de hacer (le dijo) contra el gran Señor, con un ejército que no equivale á la comitiva que lleva cuando sale á caza?“ Siendo

inútiles todas sus instancias, no dejó el generoso valaco de darle cuatro mil caballos mandados por su hijo, y luego se fue á atender por sí mismo, en tan eminente riesgo, á la seguridad y defensa de sus propios estados.

Instruido Amurates del rompimiento de los tratados y de los movimientos del egército cristiano, vió que las circunstancias en que se hallaba exigian una diligencia y actividad extraordinaria, pero lo que mas le acongojaba era el de haber de volver á atravesar unos mares cubiertos con la escuadra enemiga. Ya fuese por sorpresa, ó por la avaricia páfida de los genoveses, á quienes se acusó de que habian vendido el paso á los turcos, á razon de un escudo de oro por cabeza, logró el sultan volver á pasar á Europa con todas las tropas que habia sacado de ella, y juntarse con las que se habian reunido hácia el Quersoneso de Tracia, Corriendo á largas jornadas para alcanzar á los cristianos, los encontró á orillas del Ponto Eusino, en Varna, ciudad de la Mesia baja, y se dispuso inmediatamente á presentarles batalla. No deseaba menos el combate el Rey de Polonia, á pesar de la molestia que le causaba un absceso que tenia en una pierna. El legado propuso con mucho acierto que convenia atrincherarse cerca de las montañas, para observar bien las fuerzas del enemigo, y esperar noticias exactas, así de la escuadra como de las tropas griegas, con cuyo auxilio debia contarse para proceder de comun acuerdo. Muchos capitanes

experimentados fueron del mismo dictámen; pero Huniades, arrebatado por el fuego de su valor, al ver unos batallones que tantas veces habia desbaratado, dijo que le era conocida la ostentacion musulmana; que nunca eran los egércitos turcos tan numerosos como se suponía; y que sobre todo, aunque estuviesen reunidas todas las fuerzas de la Turquía, no se seguiria de esto otra cosa sino que el valor húngaro tendria mas laureles que coger. Según este dictámen, que era efecto de una valentía soldadesca, se cometió la imprudencia de señalar el combate para el dia siguiente; pero luego que se acercaron los dos egércitos, quedó Huniades tan asombrado al ver su enorme desproporcion, que no pudo menos de manifestar al Rey lo mucho que iban á aventurarse, y le aconsejó la retirada. Le replicó Uladislaó con aspereza que su consejo llegaba muy tarde; que se acordase de las palabras pomposas que habia dado el dia precedente; que ya no habia tiempo para otra cosa mas que para pelear con el valor que habia mostrado antes de tiempo; que no se podia tratar de una retirada que en la realidad seria una fuga vergonzosa; despues de lo cual mandó que se pusiesen todos sobre las armas y estuviesen prontos á acometer. Huniades formó el egército en batalla, egército que solo constaba de diez y ocho á veinte mil hombres, cuando según varios autores, llegaba el de los turcos á cien mil.

Se dió la batalla el dia 10 de Noviembre, vis-

pera de San Martín, y por mucho tiempo se peleó con gran valor por una y otra parte; pero habiendo desordenado el ímpetu de los cristianos las primeras filas de los turcos, se apoderó de Amurates un terror repentino y tan vehemente que solo pensaba en huir, y no hubiera tardado en salir de la refriega, si no hubiese sido porque cogiendo sus oficiales la brida de su caballo, le obligaron á empezar de nuevo el combate. Se volvió á pelear con un ardor prodigioso, por espacio de muchas horas estuvo dudosa la victoria, inclinándose unas veces á los turcos y otras á los cristianos, hasta que oprimidos estos con el excesivo número de sus enemigos empezaron á perder algun terreno. Entonces se arroja Uladislao á lo mas fuerte de la refriega, acompañado de algunos soldados intrépidos, que destrozando cuanto se le ponía delante, pasa por medio de los genizaros, y llega hasta una colina donde se habia apostado el sultan: ímpetu propio de la juventud, y efecto de una desesperacion que llenó de terror á Amurates y á sus tropas, y que podia haber decidido la victoria, si hubiera mostrado Huniades el mismo vigor. Pero este grande capitán, de quien no puede sospecharse razonablemente que llegase á acobardarse, se ciñó demasiado á las reglas ordinarias, y juzgando perdido todo el ejército si no conservaba alguna parte de él, mandó tocar la retirada, llevándose diez mil hombres entre húngaros y váacos.

9. Perdió el Rey la vida, habiendo muerto an-

tes el caballo en que iba montado; y puede decirse que murió oprimido, mas no vencido. Héroe desgraciado, que no llegaba á los veinte años, y era ya digno de la inmortalidad, no solo por su valor, que si pecó en algo, fue en ser excesivo, sino tambien por todas las cualidades sólidas y brillantes de alma y cuerpo, por las virtudes mas raras, por la templanza, frugalidad, piedad insigne, y aun por el amor de la justicia, bien que no se le puede disimular el delito de haber usurpado el reino de Hungría á un Rey menor de edad. ¿Pero dónde están las virtudes que resisten al atractivo de una corona? Enternecido el mismo Amurates, mandó en el campo de batalla que se le diese sepultura honrosa y se le erigiese una columna con inscripciones para perpetuar á lo menos la memoria de un héroe digno de mas larga vida. Luego que quedó muerto, le cortaron la cabeza y la levantaron en una pica á vista de todas las tropas. Los turcos, que empezaban ya á desesperar de la vida del sultan y de su propia existencia, volvieron á alentarse, y sin saber lo que hacian, por decirlo así, pusieron en fuga á aquellos de quienes huían antes, y consiguieron inesperadamente una victoria completa. Los que se dispersaron de resultas de la irrupcion de Uladislao, se habian derramado ya por las plazas inmediatas, publicando que estaban victoriosos los cristianos: y aun los que habian sostenido el combate hasta el fin, ignorando que se hubiese declarado la victoria por el sul-

tan, y no sabiendo dónde se habian retirado los cristianos despues de su fuga, temieron que fuese una estratagema, y estuvieron dos dias sin atreverse á saquear el campo de los vencidos. No quedó vivo ni un solo soldado polaco, segun la opinion comun de los autores, habiendo muerto tambien la mayor parte de los húngaros, ya en el campo de batalla, ya en las campiñas. donde se dispersaron. Los principales señores y los obispos quedaron prisioneros, y fueron puestos en mazmorras.

10. Eneas Silvio dice, que huyendo á caballo el cardenal Julian, y libre ya de los turcos que le perseguian, fue asesinado por unos ladrones que creían llevaba gran cantidad de dinero. Asi acabó este hombre escelente, calificado con este elogio por los mismos griegos, y digno de toda su celebridad por sus virtudes, por su doctrina, por su elocuencia y por su influjo en los asuntos mas importantes de dos concilios, antes de cumplir los cuarenta y seis años, en cuya edad murió. En todas sus empresas habia salido con felicidad, á escepcion del mando de los egércitos, que era enteramente ageno de su estado.

El desgraciado Juan Paleólogo, Emperador de oriente, ó por mejor decir, de la ciudad de Constantinopla, enclavada en el imperio de los turcos, temia experimentar despues de la batalla de Varna todos los efectos de la venganza de Amurates. Pero el sultan usó de una moderacion casi indecible; le concedió la paz luego que se la pidió, y la observó con puntualidad durante su vida. No se enso-

berbeció con esta victoria, ni manifestó la alegría que acostumbraba en semejantes ocasiones, antes bien estaba triste y pensativo, y respondió un dia á los que le preguntaban la causa de aquella novedad, que no hallaba mayor desgracia que vencer muchas veces á tanta costa: por lo cual, sin querer aprovecharse de todas las ventajas que le ofrecia su triunfo, se volvió á Andrinópolis, que era la capital de sus estados, resuelto á vivir en ella con quietud y tranquilidad. Habia perdido por lo menos treinta mil hombres de las tropas mas escogidas que tenia. Dicese que al ver el destrozo de su egército, sacó del pecho el papel de las treguas firmadas por los cristianos, y levantó las manos y los ojos al cielo, rogando á Jesucristo que, si verdaderamente era Dios, castigase á sus violadores perjuros; y que al momento empezó á desordenarse el egército cristiano: cuento imaginado si damos fe á los anales turcos, en los que se dice solamente que Amurates imploró el auxilio del cielo, hallándose en grande peligro; lo que bastó para que el númen exaltado del italiano Bonfinio representase este suceso como una cosa milagrosa, en lo que seguramente manifestó muy poco juicio. Trayendo á la memoria lo que hemos dicho acerca de la fe violada con respecto al Papa y á los Príncipes cristianos por el tratado contrario concluido despues con Amurates, ¿habrá quien pueda figurarse que hiciese milagros el cielo para castigar la infraccion de aquel nuevo contrato que no pudo celebrarse sin

atropellar todos los respetos debidos á la república cristiana? No faltan autores que justifican absolutamente esta conducta, fundados en que Amurates fue el primero que violó su tratado, reteniendo los prisioneros y las plazas que se habia obligado á devolver á los cristianos.

11. Quedó el Papa Eugenio afligido sobremanera cuando supo las consecuencias de la batalla de Varna, con las cuales se frustraba la esperanza que se habia concebido de tener confinados á los turcos por mucho tiempo al otro lado del Bósforo: y trató de consolarse empleándose en funciones menos tumultuosas y propias únicamente del sucesor de San Pedro, del Vicario del Salvador de todos los hombres. En la primera sesion del concilio de Roma, celebrada en el palacio de Letran á 30 de Setiembre de 1444, reunió á la iglesia romana los pueblos cristianos de Siria y Mesopotamia que estaban inficionados con los errores de Eutiques y de los griegos. El arzobispo de Edesa, llamado Abdalla, habia pasado á Roma desde aquellas estremidades del oriente, y despues de algunas conferencias recibió en nombre del patriarca Ignacio una confesion de fe, por la cual reconocia que hay en Jesucristo dos naturalezas sin confusion, como tambien dos voluntades sin oposicion, y que el Espiritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio. Causó admiracion al ver que aquellos hermanos separados del centro del catolicismo por tantos mares y tierras incultas, y sumergidos tanto

tiempo en las tinieblas del error, eran enteramente ortodoxos, á escepcion de estos tres artículos, á los cuales se sujetaron luego que se les dió noticia de ellos.

Continuando sus sesiones el concilio de Letran, volvieron á abrazar la sana doctrina con todo su pueblo y clero á 7 de Agosto del año siguiente, en una congregacion general, Elías, obispo de los maronitas, que defendian tambien los errores de Eutiques, y Timotéo de Tarsis, arzobispo de los caldeos, inficionados con el nestorianismo. El arzobispo de Tarsis habia concurrido en persona, y el obispo Elías habia enviado á su diputado Isaac al concilio, en el que hicieron los dos una profesion solemne de la fe romana, y fueron admitidos á la comunión católica.

12. Entre otros efectos desgraciados, produjo la batalla de Varna el de dejar vacantes dos tronos, muy espuestos uno y otro á la rapacidad de los infieles (1). Para ocupar los húngaros el suyo, pusieron los ojos en un Príncipe de cinco años, ya porque conservasen todavía alguna inclinacion á aquel mismo Ladislao, á quien habian desechado al principio á causa de su infancia, ó ya porque no hallasen otro medio mas propio para sofocar las facciones, tan peligrosas en las circunstancias de aquellos tiempos, que el de coronar á un descendiente de sus antiguos Reyes. Pero, á fin de llevar las riendas en un gobierno tan agitado, y en una

(1) *Thuros. c. 41. et 45. Dubrav. l. 28.*

situacion tan critica y arriesgada, se nombró por regente del reino al célebre Huniades, alegrándose todos de que se hubiese conservado para salvar la patria y conservar la religion. No se necesitó menos que este grande hombre para preservarlas de una ruina total, durante un interregno de mas de seis años, causado por la obstinacion del Emperador Federico en no querer separar de su lado al jóven Ladislao su sobrino. En este tiempo tuvo que combatir el regente, ya contra el Emperador, y ya contra los turcos, portándose de tal modo contra estos últimos, cuando los venció y cuando quedó vencido de ellos, que nunca perdió la gran fuerza de alma de que estaba dotado, y hasta en sus mismas derrotas se hizo temible á los infieles (1). Los polacos, despues de haberse obstinado en poner en duda la muerte del Rey Uladislao, eligieron últimamente por sucesor suyo al duque de Lituania, el cual rehusó al principio la corona; pero la aceptó, habiéndosele elegido segunda vez, y al recibir la diadema tomó el nombre de Casimiro IV, á 26 de Junio de 1447.

13. Por este mismo tiempo murió el Emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, segundo de este nombre, cuya muerte fijan los historiadores griegos y latinos en épocas que varían considerablemente (2). Convienen todos en el estado deplorable en que quedaba su imperio, por el poder formidable de los turcos, por la suma debilidad de los griegos,

(1) *Crom. l. 22.* (2) *Naucl. Gener. 59. p. 470*

y en especial por las contiendas políticas y religiosas que tenian divididos á estos últimos. De los cuatro hermanos del Emperador, el cual murió sin dejar sucesion, Constantino y Demetrio, que eran los dos mayores, este último obstinado en el cisma, y el otro amante de la union, estaban mucho mas divididos con motivo de sus pretensiones al trono. Al fin quedó superior Constantino por medio del sultan que fue elegido por árbitro, y que disponiendo así del imperio, parecia hacer alarde del poder absoluto que muy en breve egerceria en él su hijo y sucesor.

14. El Emperador de occidente no perdía de vista la paz de la Iglesia, y continuaba con la idea de congregar un nuevo concilio, sin embargo de que este pensamiento no merecía la aprobacion de Eugenio. Siguiendo cada uno con bastante moderacion su empeño particular, sobrevino un suceso que al parecer debia enredarlo todo, y fue no obstante el medio mas seguro para salir de este laberinto. Habiendo depuesto el Papa legítimo á los arzobispos de Tréveris y Colonia, como fautores muy apasionados del Antipapa Felix, los otros electores del imperio, reunidos en Francfort, convinieron entre sí en que si Eugenio no anulaba esta deposicion, adherian ellos á la que habia hecho del mismo Eugenio el concilio de Basilea (1). Inmediatamente enviaron diputados al Emperador para declararle esta resolucion, y suplicarle que la sostuviese. La

(1) *Æn. Sylo. Comm. l. 1. -- Antonin. tit. 22. c. 11.*

reprobó Federico muy á las claras, tratándola de inicua y de impía, como dirigida á suponer que dependia de un interés particular el estado y la autoridad del Vicario de Jesucristo; pero envió á Eneas Silvio, egercitado desde su juventud en desempeñar las comisiones mas opuestas, y á la sazón secretario del Emperador, á fin de hacer presente al Papa cuánto le importaba no indisponer los ánimos en unas circunstancias tan críticas. Eugenio, que tenia una penetracion esquisita para gobernarse en estas ocasiones decisivas, no se detuvo en egecutar lo que se le pedia, y envió á los Príncipes alemanes los legados Tomás de Zarzana, que era ya obispo de Bolonia, y Juan de Carvajal, español dotado de gran prudencia.

El concilio de Basilea, disuelto casi enteramente por la muerte y la desercion diaria de algunos de sus miembros, quiso todavía aparentar que influía en lo que se iba á resolver. Aquellos obispos, mejor diré, aquellos clérigos, que habian desechado con tanto orgullo todos los proyectos de abrogacion y de traslacion de su concilio, cuando se les propusieron con toda moderacion por el Papa ó por el Emperador, se mostraron en fin pacíficos y modestos á causa del descrédito en que habian incurrido, y de la veneracion que se escitaba en todos los corazones á favor del Pontífice legítimo, y declararon por decreto formal que no habia otro medio mas á propósito que un nuevo concilio para terminar el cisma, y que trasladarian el suyo al

lugar que indicasen el Emperador y los Príncipes del imperio: despues de lo cual enviaron á su gefe el cardenal de Arlés á la nueva dieta en que habian de presentarse los legados de Eugenio. Por consejo de Eneas Silvio y de los demás ministros del Emperador, se propusieron en ella algunas peticiones, mediante cuya concesion debian dar fin á su neutralidad las iglesias de Alemania, y obedecer al Papa Eugenio como al único Sumo Pontífice. Quedó concluido el asunto á principios del año siguiente por los embajadores que enviaron á Roma el Emperador y los Príncipes; pero desde aquel decreto condicional pareció tan seguro el éxito absoluto, que en recompensa creó el Papa cardenales á sus legados, estando todavía ausentes, y les envió el capelo antes de restituirse á Roma. Era ya tiempo de elevar al cardenalato á Tomás de Zarzana, si el sucesor de Eugenio habia de ser individuo del sacro colegio; pues solo quedaban algunos meses de vida á este Pontífice, el cual cayó poco despues de esta promocion en la enfermedad que le llevó al sepulcro.

15. Colocó tambien Eugenio en el candelero á una de las mas brillantes antorchas de este siglo; pero tan cuidadosa de ocultar su resplandor con los piadosos artificios de la modestia, que apenas pudieron fijarse en ella los ojos que la estaban mirando continuamente (1). Hacia nueve meses que estaba vacante la silla de Florencia, á pesar de los

(1) *Baill. t. 2. p. 183.*

muchos competidores que aspiraban á un arzobispado de tan pingües rentas, unos sostenidos por los vecinos de aquella ciudad, y otros por las intrigas de la corte de Roma. Pero Eugenio queria un obispo como se le habian pedido los florentinos, esto es, un prelado docto, santo, experimentado y natural de Florencia, para que conociese mejor las costumbres, y se grangease el afecto del pueblo á quien habia de dirigir. Era tanto lo que deseaba el Papa condescender con unas súplicas tan piadosas, especialmente tratándose de una ciudad que le habia manifestado siempre la mayor inclinacion, que en medio de tantos negocios importantes, los cuales debian ocuparle enteramente, parecia que era este el único en que se empleaba. Estando un dia en conversacion con un fraile dominico, pintor inteligente y gracioso, le dijo, que el arzobispo de Florencia le daba mas que hacer que la iglesia entera. „Me piden un santo, un hombre discreto, un sábio, y además quieren que sea florentino: ¿dónde he de hallar yo esta maravilla? Nueve meses ha que me quita el sueño esta peticion.” Ciertamente (replicó el fraile) es un asunto muy difícil: todo eso lo encontrareis en nuestro padre Antonino.

Al oír este nombre, quedó Eugenio como aquel á quien se quita la venda que no dejaba llegar la luz á sus ojos. Se enfadó consigo mismo, y se avergonzó de haber necesitado de otro para ver un mérito que le era tan personalmente conocido, y que al nombrar un pastor completo era el primero que

debía haberse ofrecido á su pensamiento. Le propuso, pues, sin perder un momento, y la diócesis le aceptó unánimemente con el mayor respeto y alegría. Tenia entonces cincuenta y cinco años, habia entrado en la órden de Santo Domingo á los diez y seis, y habia gobernado sus monasterios en todas las ciudades principales de Italia, empleándose por parte de ellos en negociaciones muy espinosas. En todos los parages donde estuvo destinado dejó el mas alto concepto de su santidad, de su doctrina y de su habilidad en el gobierno monástico y en el manejo de los asuntos mas graves. Pero si toda su modestia no fue capáz de eclipsar unos talentos tan brillantes, tampoco se deslumbró jamás su modestia con esta gran brillantéz. Invariable en el santo horror con que miraba las dignidades eclesiásticas, única señal irrecusable de la verdadera santidad, se resolvió firmemente á no aceptar el obispado. Recibió la noticia de su nombramiento estando de vuelta para Nápoles con su sobrino y un fraile de su órden, despues de haber visitado un monasterio. Alejándose inmediatamente del camino de aquella gran ciudad, donde su mucha fama no le permitia estar sin ser conocido, corrió á toda prisa á la orilla del mar con el objeto de pasar á Cerdeña, y de permanecer oculto durante su vida entre aquellos isleños semi-bárbaros; pero pretestando sus compañeros la obediencia debida al Vicario de Jesucristo, se opusieron absolutamente á que se embarcase el Santo, y usaron de una



especie de violencia para llevarle hasta Sena. Allí resistió invenciblemente á todos los medios de que se valió la persuasion, y á todas las súplicas; y fue necesaria una órden formal del Sumo Pontífice, el cual le envió al mismo tiempo sus bulas gratuitamente, con prohibicion rigurosa de perder un solo instante en trasladarse á su iglesia, de la que tomó posesion despues de muchas quejas y lágrimas, siendo por el contrario casi desmedida la alegría que mostró su pueblo.

16. Hallándose Eugenio IV muy próximo al término de su carrera, quiso tambien dar á San Nicolás de Tolentino, despues de su muerte, la celebridad de que habia huido constantemente durante su vida esta antorcha brillante del órden de los ermitaños de San Agustin (1). Hacia ya mas de un siglo que este hombre admirable, fruto de bendicion concedido á los ruegos de unos padres estériles, regla viva y constante modelo de una órden fervorosa, objeto de la edificacion y de la admiracion pública en cuantas partes se dejó ver; hacia, vuelvo á decir, ciento y cuarenta años que habia muerto con la reputacion de un santo, y aun de un taumaturgo, sin que se pensase en sacarle de las sombras del sepulcro, adonde habia pasado desde la obscuridad del claustro, poco diferente para él de la sepultura. Pero el Señor se complace con particularidad en glorificar á aquellos santos que mas se humillaron y despreciaron á sí mismos; y

(1) Bullar. t. 1. Eug. IV. Constit. 27.

arreglándose á estos designios el Vicario de Jesucristo, colocó con gran solemnidad al humilde Nicolás en el número de los escogidos, dignos de la imitacion y de la veneracion pública. Despues de la muerte del Santo, se habian obrado continuamente en su sepulcro milagros aun mas asombrosos y en mayor número que los que hizo durante su vida.

17. Los ministros de paz que debian restablecer la armonía perfecta entre el Emperador y la Cabeza de la Iglesia, llegaron por fin á Roma, cuando ya no le quedaba á Eugenio mas tiempo que el preciso para consumir esta grande obra. El mismo dia en que hicieron sus proposiciones, tuvo que acostarse el Papa despues de haberlas oido, y no salió de la cama hasta que le llevaron al sepulcro. Eneas-Silvio, que llevaba la palabra, como el mas hábil en manejarla entre los agentes imperiales, dijo que el cuerpo germánico presentaba la paz; pero que iba tambien á buscarla, y que dependia de algunos artículos, cuya concesion era la única cosa que podia curar los corazones exulcerados de aquella nacion, y fijarlos sólidamente en la unidad (1). Además del restablecimiento de los arzobispos depuestos de Colonia y Tréveris, se pedian tres cosas: primera, congregar un concilio general, en el tiempo y lugar que se designasen: segunda, reconocer la autoridad y la preeminencia de los concilios generales; y tercera, librar á la iglesia de Alemania de

(1) Cochl. hist. Huss. l. 9. -- Pio. II. Comm. l. 1.

las cargas onerosas de que se quejaba. Impedido el Papa con motivo de su enfermedad, autorizó á los cardenales para que tratasen en su nombre, y habiéndole hecho relacion de los pactos proyectados, lo aprobó todo en general, y dió orden para que se espidiesen las letras competentes, despues de lo qual fueron introducidos los embajadores al cuarto del enfermo, le hicieron el debido acatamiento, y le prometieron obediencia en nombre de sus principales. Eneas Silvio, á quien dió Eugenio la comision de formar la bula, y que de secretario del Emperador pasó á serlo del Papa despues de haberlo sido del Antipapa Felix, entregó inmediatamente este documento á los embajadores.

En él se vé que lo que mas interesaba á los alemanes no era la celebracion de un nuevo concilio, ni la potestad ó preeminencia de los concilios en general. La bula se dirige especialmente á la distribucion de los beneficios, á la jurisdiccion de los obispos, á los derechos de los Príncipes, á las anatas y á las contribuciones comunes: sobre lo qual concede ó confirma muchos privilegios á la nacion germánica; absuelve á todos aquellos que habian adherido al concilio de Basilea despues de su rompimiento, con tal que vuelvan á la unidad de la Iglesia, y los restablece en sus dignidades, oficios y beneficios. Por medio de estas concesiones ó confirmaciones, sin entrar en ninguna altercacion sobre lo que podia perjudicar á la reconciliacion perfecta, se consideró recíprocamente el convenio co-

mo invariable, y no se trató mas que de dar gracias y de entregarse al regocijo extraordinario que causó en toda la estension de Roma este suceso feliz.

18. Es de creer que los Príncipes alemanes, los cuales procedian de acuerdo con los franceses y los habian admitido en sus asambleas, cedieron en orden á los artículos mas contrarios á las pretensiones de la curia romana, en fuerza de los consejos moderados y de los prudentes temperamentos de la corte de Francia. El Rey Cárlos VII, animado del celo mas ardiente por el restablecimiento de la unidad católica, hizo un proyecto de convenio que escluíá todas las preocupaciones nacionales, y los puntos de controversia mas difíciles de conciliar (1). No se trataba en él de convocar un nuevo concilio, ni aun de confesar espresamente la autoridad del concilio ecuménico sobre el Papa, sin embargo de haberse declarado por este artículo en Basilea y en Constanza. Solo se pedia que los procedimientos y censuras de los dos partidos se considerasen como si no hubiesen tenido efecto; que Amadéo de Saboya, llamado Felix V, ocupase en la Iglesia el puesto mas elevado despues del Sumo Pontífice, y que se les conservasen á sus partidarios sus oficios y dignidades: por cuyo medio debia renunciar Felix el Pontificado, y ser reconocido Eugenio en todas partes por único y verdadero Papa. Este plan, dispuesto en Tours á fines del año 1446, y enviado en primer lugar á los padres

(1) *J. Chart. p. 129. -- Spicil. t. 4. p. 323.*

de Basilea, no llegó á Roma hasta despues de la muerte de Eugenio IV, sucedida á 23 de Febrero del año siguiente, décimo-sesto de su Pontificado y sesenta y cuatro de su edad.

19. Luego que se supo que estaba en peligro la vida del Papa, acudió sin ser llamado el santo arzobispo de Florencia para administrarle los últimos auxilios de la Iglesia. Eugenio, que á egemplo de todos los grandes fue el último á quien se dió noticia de las pocas horas de vida que le quedaban, manifestó al principio mucha sorpresa; pero revisiéndose inmediatamente de la firmeza de ánimo y de los grandes sentimientos de religion que habia tenido toda su vida, reunió en su cuarto todos los cardenales que se hallaban en Roma, á fin de proveer, en quanto le fuese posible, al bien de la Iglesia. En su largo Pontificado habian recibido todos el capelo de su mano, á escepcion de uno solo (1). Los exhortó paternalmente á la concordia y á la union fraterna, á egemplo de Jesucristo, que antes de entregarse á la muerte dió su paz á sus discipulos como la herencia mas preciosa: les suplicó por quanto hay mas sagrado que establiesen con una santa unanimidad un Vicario digno del Pastor eterno: que en esta eleccion prefiriesen á todo interés particular el bien público, la gloria de la Iglesia, el servicio de Dios, y con particularidad que eligiesen una persona á quien el espíritu de caridad y de moderacion de que tanto necesitaba el Papa

(1) *Platin. in. Eugen. IV. -- Æn. Sylv. Europ. c. 58.*

en aquellas circunstancias, hiciese agradable á todo el mundo. „¡Ojalá me perdone Dios (añadió) las faltas que he podido cometer en la administracion de esta dignidad formidable! Confieso que han sucedido muchas cosas sensibles para la santa Sede, mientras la he ocupado, pero mis intenciones fueron siempre rectas; y mi consuelo en este momento terrible consiste en que la divina misericordia atiende mas á la buena voluntad que al resultado de las empresas humanas. Sin duda me habia yo complacido mucho en verme elevado á las grandezas que ahora huyen de mí como una sombra, y el Señor me ha enviado contratiempos para darme á entender la inestabilidad de las cosas humanas.” Eugenio, muy elocuente en este punto, á lo menos en aquella última hora, exclamaba delante de todos (1). „¡Ó Gabriel (así se llamaba), ó Gabriel, cuánto mejor seria para tí no haber sido jamás Papa, cardenal ni obispo, sino acabar tus dias como los habias empezado, cumpliendo pacíficamente en tu monasterio con los egercicios de tu regla!”

20. Sin embargo, fue uno de los Papas mas insignes, aunque de los menos afortunados. Tuvo todas las cualidades que hacen á los grandes dignos de respeto y amor: elevacion de espíritu, firmeza de ánimo, nobleza en las inclinaciones y en los modales, liberalidad y beneficencia, el don de la palabra, el talento de dirigir los negocios, el amor á las letras, sin ser él mismo un gran literato, y

(1) *Ampliss. Coll. præf. t. 8. p. 14.*

lo que era mas apreciable en su dignidad y en su siglo, la discrecion de no mezclarse en las disensiones temporales de los Príncipes. Su vida fue edificante y arreglada; y se mostró este Pontífice sumamente caritativo con los pobres, y muy celoso por la reduccion de las sectas, muchas de las cuales logró reunir al centro de la unidad. Un historiador eclesiástico, mas difuso que juicioso, le acusa en su compilacion indigesta de una ambicion odiosa, y de haber fomentado el cisma con el único designio de conservar su autoridad. ¿Pero no se le hubiera podido echar en cara con mas razon la imprudencia, la pusilanimidad, el abandono de su obligacion, la traicion y aun la prostitucion de la esposa de Jesucristo, si por condescender con el antojo de ocho obispos y de una turba confusa de clérigos, convertidos de repente en sucesores de los Apóstoles, hubiese bajado de la Silla apostólica para elevar á ella á un intruso manifiesto? (1) Eugenio IV era naturalmente tan modesto, que al verle en público, se le hubiera tenido (dice un escritor contemporáneo) por una doncella tímida que no se atrevia á levantar los ojos del suelo. Sin embargo, es digno de notarse que se le ha alabado y vituperado con exceso; suerte comun á todos los grandes, aun en situaciones mucho menos críticas.

21. Diez dias despues del funeral del Papa difunto, se abrió el cónclave, segun costumbre, y entraron en él diez y ocho cardenales. Al principio

(1) *Volaterr. l. 22.*

todos creían que habia de ser su sucesor el piadoso y sábio cardenal Próspero Colonna, si no fuese una cosa de hecho, recibida ya como proverbio, que el que entra Papa en el cónclave sale cardenal. Al cabo de varios escrutinios en que tuvo siempre Colonna el mayor número de votos, aunque sin llegar á las dos terceras partes, vió que sus esperanzas pasaban de repente á Tomás de Zarzana, que habia sido cartujo, y era entonces cardenal obispo de Bolonia, el cual mostró quedar admirado de su fortuna, y quiso escusarse de admitirla, diciendo que era indigno de un puesto tan elevado. No obstante, refiere Eneas Silvio dos sueños proféticos, uno en que el Emperador Federico III vió que le coronaba Tomás, cinco años antes de su eleccion, y otro, en que el mismo Tomás vió á Eugenio IV la vispera de su muerte desnudarse de sus ornamentos pontificales para ponérselos á él (1). Algunos observadores advirtieron tambien que en el cónclave, cuando los demás cardenales hacian colgar de verde ó de morado sus celdillas ó aposentos, quiso el cardenal de Zarzana que la suya se colgase de blanco. Sea lo que quiera de estas observaciones misteriosas é insubstanciales, lo cierto es que el cardenal de Zarzana, hombre de poco influjo en el sacro colegio, reunió en su persona las dos terceras partes de los votos, y se le suplicó encarecidamente que no mirase con indiferencia las necesidades de la Iglesia. Prestó su consentimiento, y fue

(1) *Comment. Pii. II.*

creado Papa á 6 de Marzo del año 1447, vispera de Santo Tomás de Aquino, tomando el nombre de Nicolao V en memoria del santo cardenal Nicolás Albergati, del cual se dice que le pronosticó que seria Papa. Era de tan baja estraccion, que su madre Andrea, aunque casada con un médico, habia vendido públicamente huevos y aves, segun dice Fregoso (1). Pero su piedad y su profunda instruccion en todo género de ciencias y de conocimientos le habian adquirido tanta estimacion y tan alto concepto, que en menos de diez y seis meses le proporcionaron el obispado de Bolonia, el capelo y la tiara. Su dulzura y modestia, tan necesarias á un Papa en las circunstancias en que él se hallaba, sobresalian entre todas las demás virtudes de que estaba adornado.

22. Despues de su eleccion, renmió el Emperador Federico el dia 20 de Julio del mismo año en el pais de Maguncia á los Príncipes de Alemania, así eclesiásticos como seculares, é hizo confirmar la obediencia dada ya por los embajadores del imperio al Papa Eugenio y á su sucesor Nicolao. Al mismo tiempo se abolió totalmente la neutralidad, y se rompió toda comunicacion con el pretendido Papa Felix y con los obispos ó clérigos de su partido, los cuales continuaban atribuyéndose el nombre de concilio de Basilea en Lausana (2). Con este motivo publicó el Emperador un edicto, mandando que reconociesen todos sincera é invariable-

(1) *Dict. et Fact. Mem. l. 3. c. 4.* (2) *Cochl. 9. in fin.*

mente á Nicolao V por único é indubitable Pontífice, Vicario de Jesucristo y legítimo sucesor de San Pedro; que se le tributase una obediencia efectiva y entera; que se desechase con desprecio toda providencia autorizada con el nombre de Felix que habia usurpado la dignidad pontificia, ó emanada de la asamblea de Basilea. Este acto de vigor dió el último golpe á la autoridad ya muy decaida de aquel extraño concilio, y movió á Amadéo á pensar seriamente en renunciar su Pontificado quimérico.

23. Estrechábanle á ello continuamente las fuertes instancias del Rey Carlos VII de acuerdo con Luis de Saboya, hijo y sucesor de Amadéo. Carlos, que habia sido siempre adicto al Papa Eugenio, no tuvo dificultad en reconocer á Nicolao, y le dió parte, luego que supo su eleccion, de las diligencias que se practicaban en Francia para la destruccion del cisma. El duque Luis, Príncipe sensato, que llevaba muy á mal el papel ridículo que representaba su padre, hizo secretamente un viage á Bourges para abocarse con el Rey, el cual habia convidado á los Príncipes extranjeros á que concurriesen á fin de tratar con los franceses acerca de las necesidades urgentes de la Iglesia. Asistieron en efecto embajadores, no solo de Alemania, sino tambien de Inglaterra, á pesar del encono que subsistia entre esta corona y la de Francia (1). Co-

(1) *Hist. Chron. Car. VII. p. 430. -- Conc. Hard. t. 9. p. 1321. -- Spic. t. 4. p. 326.*

mo se tratase todavía del proyecto de un nuevo concilio, y de la conservacion de la autoridad de los concilios en general, se dijo para no agriar los ánimos, que no habia cosa mas justa que procurar la celebracion de un concilio ecuménico, y conservar de todos modos la preeminencia de estas santas asambleas; que el Rey deseaba que el nuevo concilio se celebrase en su reino, y esto en el año próximo; que él se encargaria de impetrar del Papa Nicolao la bula de convocacion, y hacer que reconociese y reverenciase, á egemplo de sus predecesores, el poder eminente del concilio de Constanza, y en general de todos los concilios que representan la Iglesia católica. Volviendo despues á su objeto, demostró que convenia, ante todas cosas, dar fin á las divisiones que habia causado en la Iglesia la desavenencia del Papa Eugenio con el concilio de Basilea, y que para todo esto era necesario suprimir todas las sentencias dadas y todas las apelaciones interpuestas por una y otra parte, arreglar y fijar la suerte de Felix despues que renunciase el pontificado, cuidar de la subsistencia de sus dependientes, y confirmar la posesion de sus beneficios y dignidades á todos aquellos que las habian obtenido en su obediencia. Este fue el plan de la reconciliacion, el cual fue adoptado de todos, y solo se trató ya de hacer que le aceptasen Felix y su concilio.

Para esto se celebraron nuevas conferencias en Leon por el mes de Julio de 1447, y asistieron á

ellas los embajadores de Inglaterra, los de Alemania, los del Rey de Sicilia, conde de Provenza, y algunos plenipotenciarios franceses de las familias mas ilustres, presididos por el famoso conde de Dunois, para dar mas autoridad á la comision. Por parte de Felix, el cual habia traslucido los preliminares de Bourges, asistió el cardenal de Arlés, con algunos otros que eran los principales defensores del partido. En las instrucciones que habia dado el Rey á los plenipotenciarios, no aprobaba que pasase á Leon ningun diputado de Basilea, bien que no prohibia positivamente que los admitiesen; pero en caso de presentarse, no se debia permitir que ninguno de los que habian sido creados cardenales por Felix, compareciese con las insignias de su dignidad. Ante todas cosas, se les debia proponer que se sujetasen á Nicolao V, y viesesen como habian de hacer que renunciase Felix el pontificado.

Apartándose los embajadores de Francia del espíritu de estas instrucciones, se trasladaron por consejo de la asamblea á Ginebra, en donde se hallaba entonces Felix, con la esperanza que sus negociaciones tendrian allí un éxito mas favorable. Efectivamente, consintió Felix en dejar el pontificado, pero con tales condiciones, que el legítimo Pontífice juzgó que no merecian respuesta, pues pretendia recibir la cualidad de legado apostólico, y todas las preeminencias que pedia para sí y sus partidarios, no del favor del Papa, sino de la autoridad del

concilio, á pesar de que por el mismo acto de la renuncia confesaba, á lo menos indirectamente, su ilegitimidad. Sin duda con el objeto de intimidarle y de reducirle á una sumision mas razonable, publicó Nicolao á fines de este año una bula fulminante, por la cual abandonaba todo el territorio de la casa de Saboya al Rey Carlos VII y á su hijo el Delfin; porque en el mismo dia, esto es, á 12 de Diciembre, espidió otra bula en que dejaba á este Monarca dueño absoluto del convenio.

24. Entretanto, para dar una satisfaccion á las quejas de la nacion germánica, y consolidar en aquel pais el restablecimiento de la unidad, envió el Pontífice al cardenal de Carvajal en calidad de legado de Alemania. Las principales reclamaciones de los alemanes se reducian á la distribucion de los beneficios, en la que suponian que estaban escesivamente perjudicados. Despues de muchas conferencias entre el legado y el Emperador Federico, acompañado de los Príncipes eclesiásticos y seculares del imperio, se dispuso por último el reglamento que llaman concordato germánico, el cual fue confirmado por una bula de Nicolao V, espedita á primero de Abril de 1448 (1). En él se deja al Sumo Pontífice el derecho de proveer todos los beneficios de las principales iglesias, y tambien todas las dignidades y beneficios que vacasen en la corte de Roma, ya fuesen grandes ó pequeños, simples ú onerosos, seculares ó regulares, electivos ó

(1) Bullar. t. 1. Nicol. V. Const. 1.

no electivos, con inclusion de todos los de los cardenales y de los dependientes de la curia romana, cualquiera que fuese el lugar en donde muriesen sus poseedores. Por otra parte se decretó, que las elecciones canónicas se harian en las metrópolis, en las catedrales y en los monasterios, con la precisa condicion de haber de ser confirmadas por la santa Sede en el tiempo señalado por los decretos antiguos; y que las demás dignidades y beneficios, á escepcion de las dignidades principales de las catedrales y colegiales, las habian de proveer alternativamente por semestres el Papa y el ordinario, de tal manera que si en el término de tres meses, contados desde la vacante del beneficio cuyo nombramiento correspondia al Papa, no se presentaba el competente título, procederia á su provision el ordinario. En cuanto á las anatas, se convino en que se pagasen las de las catedrales y de las abadias de hombres, segun la tasa ó tarifa de la cámara apostólica, á escepcion de los beneficios cuya renta no pasase de veinticuatro florines de oro, los cuales se conferirian *gratis* por la santa Sede.

25. El legado Juan de Carvajal pasó, segun las órdenes del Papa, desde Germania á Bohemia, donde se creía que ya no se trataba mas que de dar la última mano al restablecimiento de la religion y del orden público (1); pero se advirtió entonces lo que ha sucedido en todos tiempos, á saber, que una secta abatida está muy lejos de poder mirarse

(1) Cochl. hist. Huss. l. 10.

como aniquilada, mientras tiene fautores animados de aquel espíritu de facción que solo dogmatiza con el objeto de embrollar, y especialmente cuando tiene toda su confianza un sacerdote ambicioso. Nació Ladislao, hijo póstumo del Emperador Alberto, Rey de Bohemia, y los estados de este reino, movidos por los husitas, rehusaron sujetarse á este descendiente, con pretexto de su infancia, y ofrecieron la corona á diferentes Príncipes, los cuales tuvieron la generosidad de no admitirla. De resultas de esto nombraron dos administradores ó gobernadores, que fueron Prezeckou Petarscon, elegido por los husitas, y Meinardo de Neuhauf, por los católicos. Petarscon, entregado ciegamente á los sectarios que habían sorprendido su probidad, no dejaba de respetar la virtud de Meinardo, al cual mostró una deferencia asombrosa en mil ocasiones; pero era íntimo amigo, ó por mejor decir, el juguete de los artificios de Roquesana, de aquel sacerdote perjuro y ambicioso, según la mayor ó menor esperanza que tenia de lograr la dignidad episcopal por medio de la profesion ó de la abjuracion de la impiedad. Favorecido este impostor con la proteccion de su compañero, engañó de tal modo á los bohemos con sus enredos y artificios, que creyeron dependia la salud de la patria y la felicidad pública de su elevacion á la silla de Praga.

26. Murió entonces por desgracia el gobernador Petarscon, y le sucedió á fuerza de intrigas Jorge de Cunstat, mas conocido con el nombre de Poge-

brac, tan amigo de Roquesana como Petarscon, pero mucho mas peligroso que él. Tenia una ambicion desmedida, que no aspiraba á nada menos que á subir al trono de Bohemia; y para satisfacerla, como lo consiguió despues, le eran necesarias las turbulencias y las divisiones, para lo cual no habia cosa mas contraria que la concordia y la unidad católica. Por tanto, aunque no era escesivamente adicto á la doctrina de los husitas, no dejó de apoyar con todo su poder las preocupaciones é innovaciones de estos sectarios inquietos. Sin embargo, fue recibido el legado de la santa Sede con demostraciones extraordinarias de honor, se le dirigieron discursos públicos, se le prodigaron los elogios mas lisongeros, se habló en términos magníficos de la iglesia romana y de sus Pontífices Eugenio IV y Nicolao V, y en medio de esto se concluyó con la súplica de que confirmase la concesion del concilio de Basilea, y de que Juan de Roquesana fuese consagrado arzobispo de Praga. Acerca de los artículos concedidos por este concilio, y que los novadores entendian á su modo, respondió el cardenal que se trataria de ello mas despacio; y que en cuanto á la consagracion de Roquesana, era necesario restituir antes los bienes de la iglesia de Praga, á fin de que el obispo de una silla tan principal pudiese vivir con la dignidad conveniente. Quería el prudente legado amortiguar el celo de los bohemos para con Roquesana, por medio de las dificultades y de las dilaciones que eran indispensables; para lo que pro-

ponia ó pretendia tomarse tiempo para estudiar y conocer á fondo las verdaderas disposiciones de aquel aspirante equívoco. Pero el espíritu de parcialidad no conoce ningun obstáculo. Respondieron, pues, los bohemos, que mientras se restablecian los asuntos del arzobispo se obligaban ellos á suministrar abundantemente de sus propios bienes, no solo lo que fuese menester por las necesidades, sino tambien para la comodidad y esplendor que deseaban proporcionar á la dignidad de su arzobispo.

27. Temiendo Roquesana que se disminuyese con el tiempo un interés tan vivo, no omitió diligencia alguna para obtener una respuesta definitiva, mientras estaba en toda su fuerza; pero queriendo disipar la incertidumbre ó la repugnancia del legado, no hizo mas que aumentarla. Protestó que si la santa Sede le hiciese arzobispo, cumpliria eiegamente todas las órdenes que recibiese de Roma; y aseguró que durante su episcopado no habria la menor novedad en Bohemia con respecto á la religion. Unas palabras tan poco reflexivas redoblaron con razon las sospechas del legado contra un ambicioso manifesto, que constituía su religion y la tranquilidad pública en su elevacion á la dignidad episcopal; de suerte que esto mismo le obligó mas y mas á proceder con mayor lentitud, no descuidándose entretanto en abrir los ojos á los bohemos para que conociesen el alma torcida del hipócrita que los deslumbraba. Pero estaba el mal tan radicado que no tenia ya remedio, y fue tan gran-

de la conmocion de aquellas gentes, que viéndolas prontas el legado romano á violar sin ningun miramiento el respeto debido á la Silla apostólica, y no pudiendo esperar ya seguridad para su propia persona, pensó seriamente en retirarse, sin egecutarlo de un modo clandestino; bien que este último rasgo de magnanimidad y de miramiento á la dignidad de su carácter, estuvo á pique de costarle la vida, porque la secta pérfida no se contentó con armarle emboscadas dentro de Bohemia, sino que procuró realizar sus designios sanguinarios en la mayor parte de las provincias germánicas por donde debia transitar; y si llegó por último á la ciudad de Roma, debió esta felicidad á las grandes precauciones que tomó en el camino, y al afecto sincero que le profesaban los Príncipes y los pueblos del imperio.

28. Despues de su salida y de la separacion de los estados del reino, llevando muy á mal los husitas de Praga que Meinardo hubiese restablecido las antiguas ceremonias de la Iglesia, interrumpidas por espacio de veinticuatro años, se pusieron de acuerdo para escluirle de los negocios públicos, y hacer á Pogebrac único administrador ó gobernador del reino. Le manifestaron el pensamiento, y él no dejó de aceptar su propuesta; pero añadiendo la astucia á la audacia, y á todos los talentos de los rebeldes y usurpadores, quiso asegurarse antes de la empresa, sobre si los sectarios estaban en estado de sostenerla bien. Se enviaron gentes

por todas partes para hacer este exámen disimuladamente, y oida su relacion, que fue favorable, se tomó la última resolución, adoptando para egecutarla el plan bárbaro de que algunos husitas incendiasen en una noche muy obscura el barrio de la antigua Praga que estaba contiguo á la nueva, y que despues de que hubiesen acudido los católicos para apagar el fuego, abriesen otros husitas una puerta señalada de la nueva Praga, donde estaria Pogebrae con todas las fuerzas de su partido. El éxito excedió á las esperanzas de los incendiarios, porque habiéndose levantado un viento fuerte y repentino, impelió las llamas hácia la ciudad nueva, donde habitaban la mayor parte de los católicos, los cuales acudieron todos sin ningun otro recelo que el del incendio que les amenazaba, y entretanto los hereges que habian quedado solos introdujeron á Pogebrae, el cual tuvo tiempo para apoderarse del puente que separa las dos ciudades, antes que llegase la sorpresa á noticia de los católicos, y ocupadas por sus tropas las plazas, los baluartes y todos los puestos ventajosos, fueron inútiles los esfuerzos de sus infelices conciudadanos, habiendo perecido sin dificultad ninguna los que quisieron hacer resistencia. Meinardo, que era el principal objeto del furor del pueblo, cayó en manos de sus enemigos, y fue puesto en un calabozo, donde murió poco despues, ya fuese por efecto de la pesadumbre que en medio de su avanzada edad debió hacerle una impresion terrible, ó ya por haberle da-

do veneno, como parece mas regular. De este modo se allanaba Pogebrae el camino para subir al trono, siguiendo las huellas de los tiranos que se alzan violentamente con el poder. Desde entonces fue el único señor de Praga, y solo le faltó en Bohemia el titulo de Rey. Poco despues se apoderó Roquesana del arzobispado, y por su propia autoridad egerció todas las funciones de arzobispo.

29. El descrédito en que habia caido el concilio de Basilea resucitando el cisma, no se extendió á los planes útiles de restauracion y de reforma. A consecuencia de sus primeros decretos, la celebracion de los concilios provinciales que recomendó tan especialmente, empezó á tener efecto en Francia, donde fue siempre aplaudido el celo de aquellos padres en todo lo que tenia relacion con el verdadero bien de la Iglesia. Entre otros concilios que se celebraron entonces, son notables los de Ruan, Angers y Leon, por la noticia que nos dan de las costumbres de aquellos tiempos, y por los prudentes reglamentos que formaron para corregirlas.

30. Era tan general el error de los falsos secretos de la adivinacion y de la mágia, que no pudo preservarse de esta epidemia el mariscal de Retz, de la ilustre casa de Laval, y poseedor de inmensos bienes de fortuna (1). Abismado en el libertinage, y reducido muy en breve á la indigencia, se entregó á los desvarios de la alquimia con el objeto de resarcir la pérdida de su hacienda, y luego incurrió en los

(1) *Lobin. t. 1. p. 614.*

sortilegios, recurso propio de los infelices mas re-matados. Además de las evocaciones y de todo género de encantamientos, cometió maleficios, profanaciones, infamias, violencias y asesinatos tan abominables, que habiendo caido en manos de la justicia se confesó reo de mas delitos de los que eran menester para condenar á muerte á diez mil personas, y fue quemado como un mónstruo pernicioso á la sociedad.

Para impedir en lo sucesivo semejantes escándalos, prohibió desde luego con penas gravísimas el concilio celebrado en Ruan el año 1445, los libros de mágia, los sortilegios, la adivinacion, los encantamientos, los talismanes y la profanacion del santo nombre de Dios (1); y como la costumbre introducida de dar nombres particulares á diferentes imágenes de la santísima Virgen, por egemplo, *nuestra Señora del Amparo*, *nuestra Señora de la Misericordia*, iba degenerando en supersticion, y mas era un arbitrio de que se valia la codicia para aumentar el número de las ofrendas, fue abrogada por el concilio. Pero habiendo cesado las razones que obligaron á tomar esta providencia, volvió á seguirse la práctica establecida. Segun lo dispuesto por los decretos del concilio, que llegan á cuarenta, solo deben admitirse á las órdenes sagradas los sugetos bien instruidos en los artículos de la fe, en la distincion que hay entre los pecados, y en la doctrina del decálogo y de los sacramentos; para

(1) *Concil. Hard. t. 9. p. 1295. et seq.*

lo cual se les deberá examinar antes de ordenarlos. Se exigirá tambien que tengan un beneficio ó un título patrimonial, y si cometen algun fraude en este punto, quedarán suspensos de las órdenes. Lo sacerdotes no harán ajustes interesados por la celebracion de la misa; evitarán todo lucro sórdido, toda negociacion, los pleitos en tribunales seculares, la intemperancia y la vanidad en el vestir. No predicarán los sacerdotes, ya sean regulares ó seculares, sin haber obtenido antes licencia del obispo ó de su vicario general. Guindarán los párrocos de instruir todos los domingos á sus feligreses en la fe y en las costumbres. Los que están encargados de la direccion de las escuelas públicas, pondrán en ellas maestros sensatos, virtuosos y capaces. Se atenderá al aseo y á la decencia de las cosas santas. Se prohíbe pasar la noche de Navidad jugando á los dados, ó en otras diversiones. Nadie se paseará ni tendrá conversaciones en las iglesias. En cuanto á la regularidad monástica, se encarga á los superiores regulares que cumplan exactamente con su obligacion, con el supuesto de que si no lo hacen así, tomará providencia el obispo.

En el concilio de la provincia de Tours, celebrado en Angers en el mes de Julio del año 1448, convinieron los obispos por respeto á los de Rennes y de Mans que se disputaban la precedencia, en sentarse segun la antigüedad de su consagracion (1). Formaron diez y siete decretos, en los cuales se

(1) *Ibid. p. 1341.*

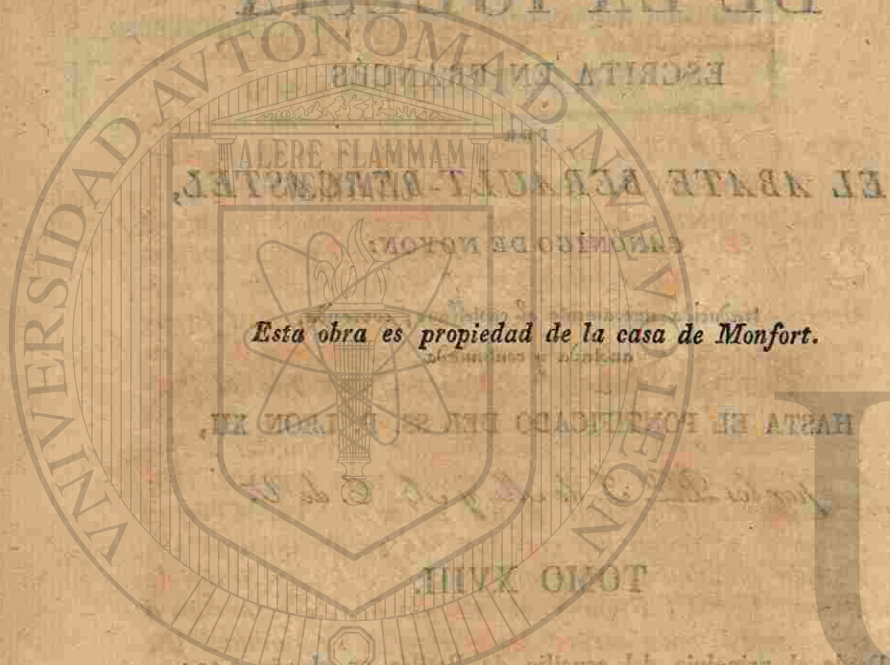
Bx944

B4

v.18

HISTORIA

DE LA IGLESIA



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135835

18888

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUGÉSIMO-PRIMERO.

- N.º 1. *Débiles principios del concilio de Basilea.* 2. *Juan Beaupere enviado por el concilio al Papa.* 3. *Primera sesion.* 4. *Continua el concilio á pesar de la bula del Papa.* 5. *Se interesa la Francia en favor del concilio de Basilea.* 6. *Institucion de la universidad de Caen.* 7. *Segismundo se muestra favorable al concilio.* 8. *Amenazas y atentados del concilio contra el Papa.* 9. *Nuncios enviados al concilio.* 10. *Llegada de los husitas á Basilea.* 11. *El obispo de Coutance es enviado por el concilio á Bohemia.* 12. *Derrota de los husitas mas furiosos.* 13. *Los demás se reúnen á los católicos.* 14. *Cede el Papa y se reconcilia con los padres de Basilea.* 15. *Estado pacífico de este concilio.* 16. *Santa hostia de Dijon.* 17. *El Papa y el concilio hacen esfuerzos á competencia para atraer los griegos á su partido.* 18. *Forma el concilio buenos cánones de disciplina.* 19. *Suprime las anatas.* 20. *Huye de Roma el Papa Eugenio.* 21. *Actividad inquieta del concilio de Basilea.* 22. *Reconciliacion del duque Felipe el Bueno de Borgoña con Carlos VII.* 23. *Nuevos atentados de Basilea.* 24. *El cardenal de Aleman.* 25. *Contradicciones y divisiones del concilio.* 26. *Exhortaciones de Jorge de Trebisonda á Juan Paleólogo.* 27. *Entrada de este Emperador en Venecia.* 28. *Bula para la traslacion del concilio de Basilea á Ferrara.* 29. *Censuras respectivas del Papa y del concilio de Basilea.* 30. *Apertura del concilio de Ferrara.* 31. *Orden de*

TOM. XVIII.

1

tre ellos y los católicos, le pareció que esto era volver á poner en cuestion lo resuelto con tanta solemnidad, y espidió á 18 de Diciembre otra bula, dirigida á todos los fieles, declarando formalmente disuelto y trasladado á Bolonia el concilio de Basilea. Ved aquí el primer origen de los tristes debates en que, como vamos á ver, luchó por tanto tiempo y tan repetidas veces el Papa Eugenio IV con el concilio de Basilea (*).

3. Mas antes de la bula de 18 de Diciembre, el cardenal Julian, que acaso entendió la anterior como una orden solo condicional de disolver el concilio, esto es, en el supuesto de que las circunstancias fuesen segun se habia dicho al Pontífice, creyó que habian variado, é indicó la primera session para el dia 4 del mismo mes, y la celebró en efecto. Hubo antes congregaciones preliminares, en que se formaron reglamentos que anunciaban una asamblea muy distinta de lo que era entonces. No se contaban todavía doce prelados en Basilea, y ya se habian distinguido como en Constanza cuatro naciones, á saber, italiana, francesa, alemana y

(*) Este concilio no tuvo de general mas que la convocacion; ni la concurrencia de prelados, ni la anuencia del soberano Pontífice, sin la cual no puede darse un concilio que represente la Iglesia universal, supuesto que exista un legitimo Papa como entonces existía, ni el modo de proceder, nada en fin de cuanto se requiere para formar un sínodo ecuménico se halló en el congreso de Basilea. Por otra parte, sus actas jamás han sido confirmadas; luego no tienen autoridad alguna. Téngase esto presente para todo lo que va á decirnos Berault.

española. Ordenaron tambien todo lo concerniente á la tranquilidad y al buen orden. En consecuencia, el presidente, adornado con las vestiduras pontificales, tomó asiento cerca del altar en la silla episcopal, vuelto el rostro á los obispos, quienes vestidos del mismo modo conforme á su dignidad, estaban sentados en las graderías de los dos lados del coro. Ocupaban los embajadores de los Príncipes unos bancos que habia en medio, vuelta la cara al presidente, y estaban detrás de ellos los generales de las órdenes religiosas, los abades, doctores y demás eclesiásticos. Para impedir toda dificultad á causa de los puestos y de la preeminencia, resolvieron que en lo sucesivo no citasen como ejemplo lo determinado en Basilea. Despues de las oraciones y exhortaciones acostumbradas, leyeron el decreto de Constanza acerca de la obligacion y del tiempo de celebrar los concilios, con las bulas de Martino V y Eugenio IV, en que designaban la ciudad de Basilea para egecutar por último el gran proyecto de la reforma.

4. El cardenal Julian al recibir la bula formal de traslacion, manifestó lo mucho que le incomodaba, y no obstante escrupulizó al principio faltar á ella y declaró á todos que ya no podia egercer las funciones de presidente. Veremos despues que su conciencia dudosa, variable ó decidida, segun lo exigian las circunstancias, como sucede con frecuencia en estas situaciones criticas, no fue siempre tan timorata. Primero se contentó con repre-

sentar al Pontífice contra la bula de traslación, diciendo que había sido espedita en virtud de un informe falso; lo que solo podía imputarse al canónigo Beaupere, cuya relación había movido al Papa á tomar aquella providencia, y cuyo carácter de enviado del concilio le daba la mayor autoridad que se podía apetecer. Sin embargo, en ninguna parte le acusan de infidelidad; antes y después de esta comisión le califican de doctor venerable, y le tratan con toda atención y miramiento. Esto es una especie de contradicción que da motivo para presumir que en este negocio se han mezclado algunos documentos falsos, ó á lo menos que se han perdido otros esenciales, lo que debe servirnos de aviso para que en esta parte seamos muy circunspectos en nuestros juicios.

Los padres de Basilea resolvieron entre sí continuar el concilio, y espidieron cartas circulares, previniendo á los diferentes prelados que concurren á él prontamente, bajo las penas del derecho (1). Celebraron la segunda sesión el día 15 de Febrero, á la que presidió el obispo de Constanza, Filiberto de Mont-Joyeux, en lugar del cardenal de Sant Angelo, tomando cuantas precauciones creyeron oportunas contra todo lo que pudiese intentar el Pontífice para disolver ó trasladar el concilio. Leyeron segunda vez con este motivo los famosos decretos de las sesiones cuarta y quinta de Constanza, en los que se declaraba que el concilio ge-

(1) *Concil. t. 12. p. 832.*

neral recibe su potestad inmediatamente de Jesucristo: que toda persona, de cualquier dignidad que sea, aun pontificia, está obligado á obedecerle en lo perteneciente á la fe, á la estirpación del cisma y á la reforma de la Iglesia en la Cabeza y en los miembros; y que cuantos se nieguen á obedecerle, aun cuando sea el mismo Papa, deben ser castigados del modo conveniente, y en caso necesario por los medios de derecho.

„Por lo tanto, nuestro santo concilio (dicen los padres de Basilea) que representa á la Iglesia militante, y ha sido legítimamente congregado para la estirpación de los errores y de las heregías, para la reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros, y para la pacificación de los Principes cristianos, declara que está debida y legítimamente constituido en esta ciudad: que no puede ser disuelto, trasladado ni diferido por cualquiera que sea, ni aun por el Pontífice, sin el consentimiento de los padres: que nadie puede ser llamado por cualquiera que sea, ni impedido de concurrir á él, aun con pretesto de necesidad en la curia de Roma, á no ser que lo apruebe el santo concilio: que se anulan con anticipación las censuras, la privación de beneficios, y cualquiera otro medio de coartar la libertad en esta materia. Por último, que ningun individuo del concilio se retiraría antes de su conclusión de la ciudad de Basilea, á no ser por una causa razonable á juicio de la diputación que se nombrase para este exámen, y que aun en tal caso

habrán de señalar procuradores que los representen." Dificil era llevar mas adelante la prevision y las precauciones; pero al mismo tiempo no podian menos de indisponer al Papa estos procedimientos, y dar causa á divisiones y á muchos escándalos.

5. Para evitar estos peligros, reunióse en la ciudad de Bourges á 26 de Febrero el clero de Francia, ó á lo menos el de las provincias que estaban entonces sujetas al Rey Carlos VII. No ignoraban aquellos prelados las razones en que se fundaba el concilio de Basilea, como por ejemplo, la esperanza de reducir á los husitas, y la necesidad de una reforma en todas las clases de la gerarquía. Mas tampoco habian puesto en olvido el respeto y miramientos debidos á la autoridad pontificia. En un escrito dirigido con el título de dictámen, segun el estilo de aquel tiempo; al Rey que los habia convocado, declararon que el concilio de Basilea interesaba en las circunstancias presentes al bien de la Iglesia: que de otro modo la heregía de los bohemos, que habia penetrado ya en algunos rincones del reino, derramaria en él su veneno por todas partes: que el Príncipe, animado del mismo espíritu que sus antepasados por la conservacion de la Religion, haria una obra digna de él, enviando una embajada solemne al Pontífice, para ver si podia conseguir que se mostrase favorable al concilio, y que al propio tiempo debia exhortar al Emperador y á los duques de Saboya y de Milan, á que no hiciesen ninguna cosa capaz de mover al Pon-

tífice y á la curia á tomar una resolucion violenta, como la de disolver ó suspender la asamblea. Pedian tambien al Rey la libertad de que pudiesen asistir á ella sus obispos; pero le suplicaban igualmente que enviase con prontitud embajadores á Basilea, á fin de conservar allí el espíritu de paz y de concordia, y de dar noticia de las diligencias que se practicaban con respecto al Papa.

Los doctores de París, ó por mejor decir, la parte de la universidad que se veía en el oprobio, bajo el yugo anglicano, no dejó de mezclarse en un asunto, cuya magnitud é importancia cubria á lo menos por entonces la mancha de su deslealtad y de su connivencia en la usurpacion. Mas si los prelados adictos inviolablemente á su legitimo Soberano, trataban con dignidad los grandes intereses de la Cabeza y del cuerpo de la Iglesia, aquella junta infame de presbiteros, clérigos de menores y legos, puso en olvido todas las reglas de una sabia economia, de la circunspeccion y aun de la reserva (1). Escribieron de continuo á Basilea por espacio de muchos meses, ya diciendo que solo los hijos de iniquidad habian podido pensar en la traslacion del concilio; ya que el enemigo del género humano habia sugerido aquel pensamiento detestable, y ya que era necesario hacer frente á unos artificios tan perniciosos, y resistir á Eugenio cara á cara, así como Pablo, modelo de los doctores, habia resistido á Pedro. Procedieron por último con

(1) *Du-Boul. t. 4. p. 412.*

las sesiones. 32. Conferencias preliminares. 33. Asamblea de Bourges, en la cual se hizo la pragmática sanción. 34. Muerte del Emperador Segismundo. 35. Le sucede Alberto II, duque de Austria. 36. Disputas sobre la procesion del Espíritu Santo. 37. Discursos del arzobispo de Rodas. 38. Respuestas de Besarion de Nicéa y de Marcos de Éfeso. 39. Réplicas del cardenal Julian y del provincial de los dominicos de Lombardia. Hecho de Carisio. 40. Se traslada el concilio desde Ferrara á Florencia. 41. Marcos de Éfeso confundido por el provincial de los dominicos. 42. Besarion reconoce y confiesa la verdad. 43. Jorge Scolario se declara á favor de Besarion. 44. El patriarca de Constantinopla, el Emperador y todos los griegos, excepto Marcos de Éfeso, abrazan la union. 45. Muerte del patriarca de Constantinopla. 46. Publicacion del decreto de Florencia. 47. Puntos de esplicacion entre los latinos y los griegos. 48. Tumulto y últimos escesos del concilio de Basilea, el cual depone al Papa, y éste anatematiza al concilio. 49. Decreto de Basilea á favor de la inmaculada Concepcion. 50. Amadeo, duque de Saboya. 51. Es declarado Papa por el concilio de Basilea. 52. La corte de Francia y la mayor parte de los Soberanos miran con horror este cisma. 53. Apostasia de los griegos luego que llegaron á su pais. 54. Firmeza de sus ilustres prelados. 55. Muerte de Marcos de Éfeso. 56. Se publica el libro de la imitacion de Jesucristo. 57. Invencion de la imprenta. 58. Últimas sesiones de Florencia. 59. Reunion de los armenios á la iglesia romana. 60. Reunion de los jacobitas. 61. El Emperador de Etiopia y el patriarca melquita de Alejandria escriben al Papa cartas de sumision. 62. Amadeo, llamado Felix V, se disgusta de su concilio. 63. Negociaciones del Papa con los alemanes. 64. Reflexiones sobre las contradicciones aparentes entre los decretos de los dos concilios.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINCUAGÉSIMO-PRIMERO.

Desde el principio del concilio de Basilea en el año 1431, hasta el fin del concilio de Florencia en el de 1442.

1. **P**arecieronse los tristes principios del concilio de Basilea á aquellas nubes oscuras donde se forman lentamente las tempestades. El dia 3 de Marzo del año 1431, destinado para abrir la asamblea de la Iglesia universal, que era precisamente el dia de la eleccion de Eugenio IV, se vió por un fenómeno que no tiene egemplo, que un solo hombre, sin ser obispo, procedió á una ceremonia tan augusta. Este prelado único, abad de Vezelai en Borgoña, pasó á la catedral en el dia señalado, y tomó testimonio de esta diligencia el dia inmediato delante de los canónigos de la misma iglesia. Llegaron á últimos del mes cuatro doctores de París, aunque dos de ellos se separaron al punto para ir á Alema-

nia á adquirir noticias del cardenal de Sant-Angelo, Julian Cesarini, que estaba ocupado en calidad de legado en espediciones mas que inútiles contra los husitas, y habia sido confirmado por el Papa Eugenio en la dignidad de presidente del concilio. Este delegado, que no queria renunciar los triunfos que sin ningun fundamento se prometia en Bohemia, nombró subdelegados para que le representasen en Basilea, á Juan Polemar, auditor del sacro palacio, y á Juan de Ragusa, doctor dominicano de Paris. A 23 de Julio verificaron segunda apertura estos presidentes subalternos del concilio, con el perseverante abad de Vezelai, los diputados parisienses, y algunos sacerdotes del pais; mas opinaron que aun no debian darla el nombre de sesion.

Por último, el cardenal de Sant-Angelo abandonó sus guerras de religion, y á mediados de Setiembre pasó á la ciudad de Basilea, desde donde escribió á todos los metropolitanos de la cristianidad (1), exhortándolos á que sin demora alguna concurriesen al concilio con sus sufragáneos. Mas aunque eran eficaces estas exhortaciones, el número de los prelados pareció desproporcionado por mucho tiempo á la dignidad de los que representaban la Iglesia universal, y que, segun dicen, estaban reducidos á tres obispos y siete abades, quando el cardenal legado juzgó que era necesario participar al Papa tanta soledad (2).

(1) *Ampliss. Collect. t. 8. p. 28.* (2) *Conc. Hard. t. 8. p. 1176.*

2. Adoptaron, pues, el partido de enviar en su nombre y en el del concilio á Juan Beaupere, canónigo de Besanzon, para que diese la noticia al Pontífice, y le participase al propio tiempo el deplorable estado en que se hallaba el clero de Alemania. Estendíase el contagio de los nuevos errores por todo el imperio: habian estos penetrado hasta la ciudad de Basilea, en la que miraban con sumo desprecio á los eclesiásticos; y por otra parte, no podia haber allí tranquilidad en vista de las hostilidades comenzadas entre los duques de Austria y de Borgoña. Añadióse á esto otro nuevo contratiempo, á saber, que tornando los griegos á mostrar deseos de unirse con los latinos, y conociendo que el concilio que habian propuesto para que se celebrase á este fin en Grecia no podia verificarse allí, pidieron el Emperador y el patriarca de Constantinopla que se tuviese por lo menos en alguna ciudad de Italia que les ofreciese mas comodidades. Por estas consideraciones, ó con este pretesto, contestó el Papa á su legado el dia 12 de Febrero, segun Rainaldo, Spondano y Pagi, que disolviese la parte de concilio que habia en Basilea (estos son los términos de la bula), y le trasladase á Bolonia, para que se abriese allí dentro de año y medio. Otro descubrimiento, hecho poco tiempo despues, confirmó á Eugenio en esta resolucion. Sabiendo que el legado y los padres de Basilea habian convidado á los sectarios de Bohemia para que fuesen á conferenciar sobre los puntos controvertidos en-

una violencia, que no prueba otra cosa sino que los clérigos de segundo orden, y mucho menos los legos, no deben entrometerse en la administracion y gobierno de los asuntos principales de la gerarquía.

6. Estos doctores inquietos pretendieron intervenir del mismo modo en los negocios políticos, á lo menos para acelerar la paz, cuya retardacion, al paso que acrecia á cada instante la miseria pública, disminuía en igual proporcion el número de los estudiantes y los emolumentos de los maestros. Así incurrieron en la indignacion del regente británico, duque de Betford, que al principio anuló muchos privilegios, y luego instituyó la universidad de Caen para darles mas que sentir; golpe de los mas crueles para aquellos maestros interesados, que con la multiplicacion de las academias literarias veían decaer mas y mas la celebridad de la que se hallaba establecida en la capital. Hicieron muchas representaciones, y se quejaron altamente; pero lo despreció todo el duque, poco agradecido, como sucede siempre, al vergonzoso sacrificio que le habian hecho de su honor y de su patria. Confirmó el Papa Eugenio este nuevo establecimiento en el año 1437, y le concedió todos los privilegios que disfrutaban las demás universidades.

7. A pesar del celo que se manifestaba en Francia á favor del concilio de Basilea, es de presumir que no hubiera podido resistir mucho tiempo á los esfuerzos del Papa y de la curia romana, si el Em-

perador, mas feliz en el gobierno de los clérigos que en el de los militares, no hubiese hecho, aunque con alguna menor viveza, el mismo papel que le hemos visto hacer ya en Constanza. Habia perdido trece batallas campales contra los husistas: el cetro de Bohemia estaba, por decirlo así, pendiente de un hilo, y solo veía algun recurso en las conferencias que ofrecian los padres de Basilea á aquellos reformadores rebelados. Estaba entonces en Roma, ocupado en condecorarse con coronas imperiales, á saber, con la de hierro que fue á recibir á Milán, segun la costumbre antigua, y la de oro que recibió en Roma de mano del Papa el dia de Pentecostes del año 1433. Se interesó por la continuacion del concilio, é hizo los mayores esfuerzos para inspirar los mismos sentimientos; pero exhortó mucho á los padres del concilio á que no se precipitasen en nada, á que usasen de los medios de la dulzura y conciliacion mas bien que de los de la autoridad, y á que evitasen siempre toda cualquier providencia ruidosa, capaz de dar motivo á un nuevo cisma.

8. Entretanto se iban multiplicando las sesiones en un concilio que desaprobaba el Papa; y sin contar las dos primeras, se celebraron hasta doce en este estado de crisis y de peligro que amenazaba un próximo rompimiento. La primera vez que se reunieron, se hizo una mocion jurídica, por la cual se intimaba al Papa que asistiese al concilio, ó que enviase alguno en su nombre, en el término de

quesana usurpase aquella silla. Luego que llegaron estos diputados, de quienes se habia dado una idea muy favorable, se reunió en la capital una multitud infinita de bohemos, sacerdotes, caballeros y de todas las clases del pueblo, á los cuales exhortaron cariñosamente á que entraran otra vez en el centro de la unidad, para mejor examinar despues las dificultades sin preocupacion alguna. Alzó la voz el pueblo, y dijo que al contrario era necesario agradarle en los cuatro artículos, que para él eran otros tantos puntos invariables del Evangelio, y que luego no perderian un instante en solicitar la reunion. Peroraron mucho por una y otra parte, pasando el tiempo en contestaciones y negociaciones. Mas todo fue en vano, hasta que no hallando ya los diputados ningun recurso, pidieron que les entregasen los cuatro artículos en la forma precisa en que los querian, para presentarlos al concilio. Los entregaron en efecto, concebidos en estos términos: „Los sacerdotes administrarán libremente la comunión bajo las dos especies á todos los fieles del reino de Bohemia, y en los lugares limitrofes: los pecados serán corregidos segun la razon y la ley de Dios por aquellos á quienes interesa hacerlo: los dignos ministros del Señor, sacerdotes ó levítas, tendrán la libertad de predicar fielmente la palabra de Dios; y no se permitirá al clero ejercer un dominio temporal sobre los bienes de los seglares.” Recibieron los artículos los diputados del concilio, y se pusieron en camino para regresar á Basilea.

12. Es cierto que no se hubiera realizado aun la concordia, á no haber contribuido á ello las disensiones domésticas de aquellos sectarios turbulentos y envidiosos. Mas avergonzándose la nobleza y los ciudadanos honrados de Bohemia, de preferir á los justos derechos de un Soberano augusto el yugo infame de un clérigo apóstata que los trataba á todos sin distincion como á viles esclavos, eligieron administrador del reino en el orden de la nobleza. Furioso Procopio, reunió al punto á los taboritas y huérfanos, heces de la secta, enemigos de todo orden, cuyo elemento natural era la rapiña y la desolacion. Descargó su primer furor sobre la ciudad de Pilsen, que habia perseverado en una inviolable fidelidad á la Iglesia, aunque tentada de continuo por los seductores; y la tuvieron sitiada un año casi entero, en cuyo tiempo dieron con frecuencia terribles asaltos. Principió de este modo á hacerse comun la causa de los católicos y de los husistas moderados.

Entretanto los enviados de los unos y los otros trabajaban en Basilea para acelerar la reunion. Antes de tratar del modo de comulgar, decidió el concilio acerca de las otras tres peticiones de los bohemos, añadiendo que despues de hacer en ellas las modificaciones que creía oportunas, se verian los medios de convenirse tambien en cuanto á la comunión bajo las dos especies. Eran éstas las modificaciones: en el primero de los tres artículos, por el cual pedian que fuesen corregidos los pecados,

se habian suprimido estas palabras como demasiado generales: *por aquellos á quienes interesa hacerlo; y substituyeron en lugar de ellas, que los pecados serian corregidos segun la ley de Dios y las instituciones de los santos padres.* Decidia el concilio en el segundo artículo, que la palabra de Dios seria predicada libre y fielmente por ministros dignos, *aprobados y enviados por los superiores á quienes correspondia hacerlo, no como quiera, sino con orden y dignidad, salva siempre la autoridad del Papa, encargado de la administracion y gobierno general segun la institución de los padres.* Por último, el tercer artículo corregido por el concilio decia, que los eclesiásticos *administrarian fielmente y segun las saludables máximas de los santos padres, los bienes de la Iglesia de los que son administradores; y que estos bienes no pueden usurparse, sin cometer un sacrilegio, á aquellos á quienes se ha encargado canónicamente su administracion.*

La principal pretension de los bohemos consistia en su modo de comulgar; y así rehusaron responder acerca de los otros objetos hasta saber lo que resolvian en orden al punto que mas les interesaba. Necesitaron, pues, negociar, conferenciar, disputar mucho tiempo, y en fin volver á enviar á Basilea al gefe de la diputacion del concilio, para que supiese y comunicase su última resolucion. Determinaron que aunque la costumbre de comulgar bajo una sola especie, introducida generalmente por muchas y muy poderosas razones, no debia repro-

barse ni variarse sin la autoridad de la Iglesia; sin embargo, esta misma Iglesia podia por causas razonables conceder la comunión bajo las dos especies; y en consecuencia era permitido á los sacerdotes de Bohemia dar á sus pueblos la comunión bajo la especie de pan y de vino, advirtiendo siempre que lo hiciesen, que Jesucristo está todo entero en cada especie. Conviniéron con esto los bohemos en la reunion, que no pudo efectuarse de un modo auténtico y general hasta que cesó la invencible obstinacion de los taboritas y huérfanos con la ruina de unos y de otros.

Introducida la division en la secta, se hicieron éstos cada vez mas y mas odiosos á los habitantes de Praga, que habian sido sus antiguos fautores. En el año 1434 pusieron sitio á la ciudad nueva; pero fueron rechazados con gran pérdida el día de la Ascension. El domingo siguiente á la festividad del Corpus, habiéndose levantado el sitio de Pilsen como tambien el de Praga, y hallándose reunidas todas las fuerzas de los sediciosos, presentaron batalla campal al ejército nacional del administrador ó gobernador, á quien habian unido sus armas los católicos. Esperimentaron aquellos furiosos una derrota igual á la rabia y desesperacion con que acometieron. Perdieron la vida los dos Procopios; quedaron en el campo de batalla la mayor parte de los taboritas y huérfanos, y los prisioneros, cuyo número ascendia á muchos millares, fueron tratados como las bestias feroces que están espiando el mo-

tres meses. Se mandó á todos los cardenales (lo cual no tenia egemplar) que concurriesen personalmente, con amenaza de proceder contra el Papa y contra ellos, si no se coformaban con las intenciones del concilio. Dirigióse el mismo decreto á todos los prelados de la cristiandad, á todos los generales de las órdenes religiosas y á todos los inquisidores, mandando, pena de excomunion, á todo género de personas, ya fuesen eclesiásticas ó ya seculares, á los mismos Reyes y al Emperador que intimasen esta monicion al Papa y á los cardenales.

No habian pasado dos meses cuando se hicieron varios reglamentos acerca del régimen pontificio. Se decretó que el Papa no pudiese hacer ninguna promocion de cardenales durante el concilio; que si moria entretanto, puesto que estaba muy quebrantado de salud, se haria en Basilea la eleccion del sucesor, y que no podria impedir que los prelados ni los oficiales de su curia asistiesen al concilio, cualquiera que fuese su empleo ó la precision de estar al lado de su persona. Por fin, se mezclaron tambien en el gobierno temporal del estado eclesiástico, y pusieron un gobernador en el condado venesino, de un modo injurioso á Eugenio, el cual habia nombrado para este destino á su hermano Marcos Condolmer.

9. A instancias del Emperador tomó este Pontífice el partido de enviar embajadores á Basilea para allanar las dificultades que tan exasperados te-

nian los ánimos de todos. Juan Dupré ó del Prado, que fue el primero que salió, fue aprisionado vergonzosamente, sin que se sepa el motivo; pero lo que no admite duda es que en esto se faltó al derecho público y al honor de la santa Sede. La segunda diputacion, compuesta de tres obispos y de un auditor del sacro palacio, no fue mucho mejor recibida. Despues de haber conseguido con inmenso trabajo los pasaportes suficientes y la audiencia de los padres, se esforzaron á justificar los desig-nios del Sumo Pontífice, y se fundaron particularmente en el peligro á que se esponia la fe, convidando á los hereges de Bohemia á que fuesen á conferenciar, *para dar despues una sentencia definitiva sobre lo que se debia creer y tener en la Iglesia. Venid con confianza*, (decian en términos espresos á aquellos novadores que habian sido ya condenados) *oiremos vuestras razones, y decidirá el Espiritu Santo lo que se debe creer*. Es cosa evidente (decian los nuncios) que esto es dar por nulas las decisiones de Constanza, y hacer problemática la fe de los fieles. Dieron los padres una interpretacion favorable y católica á estos términos de la invitacion, y verdaderamente la necesitaban; pero no cedieron en cuanto á la invitacion ni en cuanto á la continuacion del concilio.

En la sesion sesta, que es la primera en que se especifica el número de las personas distinguidas que componian la asamblea, á saber, treinta prelados entre obispos y abades, y dos cardenales; los doc-

tores Berardo y Lamí, de la universidad de París, pidieron que el Papa y el sacro colegio fuesen declarados contumaces; y ya habia decretado el concilio las citaciones canónicas, cuando en fuerza de las instancias mas eficaces apenas pudieron obtener los nuncios que se retardase algun tiempo aquella providencia. Entre los dos cardenales que se hallaban presentes en esta sesion, Domingo Capránica era uno de los cuatro nombrados simplemente poco antes de la muerte de Martino V, y al cual no se habia querido admitir en el cónclave. El Papa Eugenio no habia tenido por conveniente confirmar todavía su nombramiento y conferirle el capelo; pero él fue á buscarle á Basilea, y le obtuvo en efecto. Constituido en esta forma cardenal del concilio, en nada pensaba menos que en contemporizar con el Sumo Pontífice. Brada de Castiglione, el otro cardenal que se halló presente en la misma sesion, y otros muchos, así cardenales como oficiales de la curia pontificia, que se escaparon de ella sucesivamente y se trasladaron á Basilea, tenían ó pretendian tener contra Eugenio motivos particulares de descontento, que los inclinaron á abrazar los intereses del concilio y á declararse contra este Papa. Tal es por lo menos el testimonio de un hombre que supo ver bien las cosas, y estuvo en disposicion de verlo todo; pero es necesario juzgar de él segun las circunstancias y los tiempos en que vivió. Trátase de Eneas Silvio, oficial de Capránica durante el concilio de Basilea, elevado despues

al Pontificado con el nombre de Pio II, y que en situaciones tan diversas sintió ó habló con mucha variedad.

El cardenal de Sant-Angelo, que habia interrumpido sus funciones de presidente del concilio, volvió á egecutarlas en la sesion séptima, probablemente á consecuencia de la inutilidad de las representaciones que dirigió al Papa en otra carta todavía mas fuerte que la primera, pues llegó á recordarle el rigor tan memorable de los padres de Constanza contra los Papas Juan XXIII y Benedicto XIII. Estaba resuelto el concilio á sujetar á Eugenio, ó á tratarle sin ningun miramiento, y casi en todo el año 1433 se siguió este plan con una perseverancia inflexible. En 18 de Diciembre del año anterior se le habia señalado en la sesion octava el término de sesenta dias, para revocar las bulas expedidas por él contra el concilio, despues de lo cual se le trataria bajo la direccion del Espiritu Santo, por todos los medios de rigor que pudiesen sugerir el derecho divino y el humano. Durante estos sesenta dias se le prohibia, pena de nulidad, conferir ningun beneficio, con el objeto de disolver ó de perturbar el concilio. Se mandaba á los cardenales y á todos los oficiales de su curia, que se retirasen de ella á los veinte dias despues de cumplido el plazo que se les señalaba: se le quitaba la facultad de imponer ninguna contribucion nueva sobre el patrimonio de la Iglesia, y de enagenar la menor parte de él: se renovaba el encargo

hecho á los varios prelados para que concurriesen prontamente á Basilea; en fin, se prohibia á toda clase de personas, con inclusion de los Reyes, del Emperador y del Papa, reconocer ningun otro concilio; porque no puede haber, decian, dos concilios ecuménicos á un mismo tiempo.

10. Entretanto la llegada de los husitas ofreció un nuevo espectáculo al concilio, al cual no quisieron asistir, á pesar de la excesiva deferencia de los padres, hasta despues de haber obtenido todos los salvo-conductos que les obligó á pedir el temor de verse tratados en él como Juan Hus. Hicieron su entrada en Basilea con grande aparato, en número de trescientos hombres á caballo (1). Acudió un gentío innumerable que llenaba las calles, las plazas, las ventanas y aun los tejados, y los contemplaba con una curiosidad en que no tenia poca parte el terror. Su fisonomía feróz, sus miradas terribles, sus modales y todo su exterior traían á la memoria con un nuevo espanto sus excesos pasados. Sus principales cabezas, la militar y la eclesiástica, eran Procopio el Rapado, famoso por sus victorias y por sus maldades, y Juan de Roquesana, que con los detestables artificios de la hipocresía allanaba el camino para obtener el arzobispado de Praga, donde en efecto perpetuó el error y la impiedad. Estos dos apóstatas y la mayor parte de sus partidarios, fingian obedecer al concilio para mantener su crédito con aquella vana apa-

(1) *Æn. Sylv. c. 49.*

riencia de docilidad. Fueron admitidos á una conferencia, ó por mejor decir, á disputas tenaces y fastidiosas, que duraron cincuenta dias. Sin embargo, abandonaron los puntos manifestamente impíos de su doctrina, y se redujeron á defender los cuatro artículos á que estaban mas adictos, esto es, la comunión bajo las dos especies, la correccion arbitraria de los pecados públicos, la libertad de anunciar la palabra de Dios independientemente de los obispos, y la destruccion del dominio temporal del clero. Se les dejó decir libremente y muy á la larga todo lo que quisieron: se les respondió con la misma estension, y nada se concluyó. Viendo por fin los padres la inutilidad de la controversia con unos comisionados facciosos, naturalmente obstinados, y que además de esto no les dejaban la libertad necesaria las instrucciones de sus principales, y que ellos mismos empezaban á manifestar deseos de retirarse, tomaron la resolucion de enviar diputados á su pais, para tratar de un modo mas franco y fácil con el cuerpo de la secta.

11. Se dió comision para esto á diez sábios de diferentes naciones, presididos por el obispo de Coutance, persona muy considerable en el concilio, en el cual habia presidido ya, como hemos visto, y trabajó mucho en Bohemia por la pacificacion del estado y el restablecimiento de la Religion; fue tres años administrador del arzobispado de Praga, y hasta el momento de su muerte, es decir, por espacio de seis años, impidió que Ro-

mento de despedazar la mano que las alimenta. Sin embargo, distinguieron entre los malvados que por un largo hábito estaban connaturalizados con todo género de crímenes, y una multitud de aldeanos seducidos que habian abandonado sus labores competentes, para alistarse ciegamente bajo unas mismas banderas.

Ordenaron á un rey de armas que publicase, que los guerreros acostumbrados á estar al lado de los Procopios en medio de los peligros, se separasen de los cobardes, porque se trataba de emplearlos en una expedicion gloriosa que les produjese el ser tratados como merecian. Acudieron al momento de todas partes y en grandísimo número salvages de alta estatura, robustos, con el cabello desgrenado, la barba en extremo larga, la vista feróz, curtidos por el sol, por los vientos y por el frio, y aun la piel tan áspera y dura que parecia impenetrable al mismo hierro. Tal es por lo menos la pintura que hizo de ellos Eneas Silvio ó Pio II que los tuvo presente (1). Distribuyéronlos por un gran número de pajares, como que los colocaban allí para alistarlos, y luego que entraron en ellos, cerraron las puertas y prendieron fuego (añade el mismo autor) para castigarlos por el desprecio que hacian de la Religion. Bien hubiera podido pretestar de un modo mas análogo á las leyes, las muertes violentas, los destrozos y los incendios que habian multiplicado

(1) *Hist. Boh. c. 51.*

de una manera tan extraordinaria. Mas, prescindiendo de la mala fe con que procedieron respecto de ellos, y que por ningun título puede excusarse, ¿no era aquel el caso en que nos enseña San Agustin, conforme al espíritu de la Iglesia, que en favor de la multitud, y especialmente de una multitud confusa y amontonada con precipitación, se debe atender menos á la severidad de la ley que á la dulzura del Evangelio?

13. Segismundo, que estaba en todo, acudió luego que tuvo noticia de estos sucesos, é hizo que le reconociesen por Rey todos los bohemos, sin excepcion de los pocos taboritas que habian quedado. Algun tiempo despues, en una dieta regular, convocada y reunida con comodidad y bajo los auspicios del concilio, en la ciudad de Iglaw, en Moravia, rindieron público homenaje á su nuevo Soberano, y fueron recibidos amigablemente el administrador ó gobernador que habian elegido aquellos pueblos, los barones del reino y los diputados de Praga y de las demás ciudades. Roquesana, que con otros cuatro sacerdotes representaban al clero del partido, prometió solemnemente á la iglesia romana la obediencia que observó tan mal en lo sucesivo. Al otro dia todos los bohemos y moravos fueron absueltos, por los enviados del concilio, del anatéma y de las demás censuras en que habian incurrido. Segismundo, ya fuese por el deseo de recobrar inmediatamente la herencia de sus padres, ó ya por efecto de temor, bien que pensaba liber-

tarse de él luego que estuviese consolidada su autoridad, les concedió otros muchos favores que jamás merecieron la aprobacion del concilio.

14. Trataba principalmente esta asamblea de defender los derechos de que, segun ella sospechaba, queria despojar el Papa á la Iglesia. Eugenio, á quien se habia intimado ya jurídicamente que revocase en un tiempo determinado las bulas contrarias al concilio, y que además no se veía libre de las continuas instancias de Segismundo, á lo que se añadía el extraño sesgo que habia tomado la causa de los husitas, y el favor que iba adquiriendo el concilio, temió ser reputado por indiferente en orden á los verdaderos intereses de la Iglesia, y se resolvió á conformar algun tanto sus ideas con las de Basilea. Consintió, despues de haber defendido el terreno á palmos, y prescribió en particular que no se tocase á los grandes artículos de la reforma hasta que hubiese en el concilio setenta y cinco prelados revestidos del carácter episcopal (1). Por fin, consintió en que el concilio se celebrase en Basilea; pero el decreto dado para esto decia solamente que se trabajaria en la estirpacion de las heregias de Bohemia y en la pacificacion de los estados cristianos, sin hacer ninguna mencion de la reforma. Es verdad que en otra bula encargaba á sus legados que trabajasen con el concilio en la reforma de la Iglesia en todos sus miembros; pero esto no satisfizo todavía á los padres, los cuales

(1) *Rain. ann. 1439. n. 5. et 6.*

temieron que fuesen los legados los únicos árbitros de la reforma, y por otra parte no veían en la bula la cláusula, tan ruidosa entonces, de la libertad de reformar la Iglesia en la Cabeza y en los miembros.

Sin embargo de que eran implícitas estas reservas, indispusieron á la asamblea, la cual no pensaba en desistir de su sistema, ni trataba de sostenerse á fuerza de condescendencias y temperamentos. Se queria lograrlo todo, ó romper enteramente, mas sin observar las formalidades de estilo, y sin separarse de aquel modo de proceder tranquilo y comparado que es el menos dudoso para alcanzar los fines que se desean. A 19 de Febrero, en la sesion décima, compuesta de cuarenta y seis prelados, pidieron que se declarase contumáz á Eugenio. En la undécima celebrada á 27 de Abril, despues de exagerar la utilidad de los concilios generales, amenazáronle con la suspension y la deposicion, si se oponia á que se celebrasen. La sesion duodécima diferida hasta el dia 13 de Julio, debia servir de tercera monicion con respecto á Eugenio, del que hablaron en la misma sesion como de un Pontífice escandaloso y mal intencionado para con la Iglesia. Por tanto se le mandaba, pena de suspension, que revocase sus primeras bulas en el término señalado de sesenta dias, y que confesase que el concilio era legítimo desde su principio. Despues de esto abolieron todas las reservas, restablecieron las elecciones, y espusieron el mo-

do con que debian practicarse, así en las catedrales como en las abadias.

Dispuestas así todas las cosas, oyeron á los promotores acerca de la contumacia del Papa, en la sesion trece celebrada á 11 de Setiembre. Estabá ya formalizado el decreto de suspension, y ya habia principiado á leerle el obispo de Leiture, cuando alegaron los nuncios de Eugenio que no eran todavía cumplidos los sesenta dias que se le habian prefijado para revocar sus bulas. En efecto, faltaban aun dos dias, contando desde la sesion precedente que se reputaba por tercera monicion. El duque de Baviera, encargado de la proteccion del concilio en ausencia del Emperador, y los magistrados de Basilea se declararon á favor de los nuncios, y el resultado fue que se prorogase por otros treinta dias el plazo concedido al Papa. Segismundo, que se halló el dia 7 de Noviembre en la sesion catorce, alargó este término hasta tres meses.

No esperó el Pontífice á que se cumpliesen, y á fines de este mismo año 1433 se hizo la reconciliacion, á lo menos por cierto tiempo, entre él y el concilio, pero despues de muchas altercaciones, de muchas embestidas y retiradas, y de infinitas variaciones, causadas por la delicadeza de las circunstancias, y aun mas por el temor de lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo (1). En fin, se ajustó el convenio, y el Papa aprobó pura y simplemente el concilio, confirmando generalmente to-

(1) *Conc. t. 8. p. 1172. -- Id. Hard. t. 9. p. 1113.*

do lo que se habia decretado en él desde su apertura. Se revocaron por una y otra parte los decretos ofensivos y contrarios que se habian dado recíprocamente, y habiéndose enviado al concilio nuevos legados, pues á los primeros no se les habia admitido sino como personas particulares, entraron á presidir con el cardenal Julian que le estaba todavía enteramente adicto. Estos nuevos diputados de la Cabeza de la Iglesia eran los cardenales de Santa Sabina, de Albano, de Santa Cruz y de San Marcos, con el arzobispo de Tarento, el obispo de Pádua y el abad de Santa Justina, bien que los tres últimos estaban únicamente destinados á suplir en ausencia de los cardenales presidentes.

15. Despues del convenio acudieron los prelados al concilio en mucho mayor numero que antes. En la sesion diez y siete llegaron á ciento, y desde la quince hasta la veinticuatro se advirtió mas quietud y sosiego en el concilio. Por lo menos pueden mirarse estas diez sesiones como el tiempo de serenidad del concilio de Basilea, el cual no usó en ellas contra el Papa de los medios odiosos de la violencia y de las fórmulas judiciales. Pero quedaba un fermento de acrimonia ó de desavenencia, y un fondo de desconfianza reciproca que se manifestó en mil ocasiones, y cuya triste erupcion no fue posible evitar por mas paliativos que se aplicaron.

Los dos partidos pretendieron, cada uno por su lado, escudarse con el favor de los varios Sobera-

nos de la cristiandad, que al mismo tiempo que se interesaban por el concilio y por la restauracion de la disciplina, no podian sufrir la idea chocante de los procedimientos intentados contra el Vicario de Jesucristo. En medio de lo mucho que daban que hacer los ingleses á Carlos VII, escribió á los padres de Basilea, que estaba asombrado de la estraña amenaza de suspension con que se habia procedido contra el Sumo Pontífice de la Iglesia universal, y del término fatal de sesenta dias; y que les rogaba por las entrañas de la divina misericordia que no tratasen de aquel modo al primer Pastor, no fuese que semejante conducta viniese á parar en un cisma (1). „ ¡Ay de mí (añadia), me estremezco al acordarme de la cruel division que ha afligido á la Iglesia por tanto tiempo! ¿Y qué seria si volviese á encenderse el fuego terrible que se ha apagado con tanta dificultad? Los demás Príncipes de la Europa, y especialmente el Rey de Inglaterra, los duques de Borgoña y Saboya, el dux de Venecia, el Emperador y los electores del imperio, se esplicaron casi en los mismos términos acerca de aquella estraña suspension de la Cabeza de la Iglesia.

16. El duque Felipe III de Borgoña, hijo tan diferente de su inquieto padre, que fue apellidado el Bueno; poderoso por sus grandes estados, prudente, virtuoso y lleno de piedad, era uno de los Príncipes que mas deseaba Eugenio atraer á su par-

(1) *Amplis. Collect. t. 8. p. 633.*

tido. Hizo al duque un regalo análogo á sus piadosas inclinaciones, pues le envió la hostia consagrada que se conserva todavía en la santa capilla de Dijon, añadiendo un breve en que decia que la habia sacado de su propia capilla, que un hombre sacrilego habia cometido el atentado de darla muchas euchilladas, y que en donde las recibió estaba llena de sangre (1). Aseguran que se mantiene incorrupta; que á lo menos lo estaba cuando se hizo el exámen de ella, habrá como unos cien años, y que conserva tambien sin corrupcion otra hostia que se pone detrás para sostenerla. Cuéntanse igualmente muchas maravillas obradas por su medio; y es constante que el Rey Luis XII creyó ser efecto de su virtud el haberse restablecido repentinamente, despues de una comunión, de la grave enfermedad que padecia, y que en señal de agradecimiento dió la corona de su consagracion á la iglesia en que se conserva esta reliquia adorable.

17. Hasta entonces habia tenido el duque de Borgoña pocos enviados en el concilio de Basilea; pero inmediatamente condecoró con este carácter á seis obispos y cuatro abades, además de los doctores y de los caballeros legos ó seglares. Parecía tambien que los otros Soberanos tomaban mas interés en las operaciones del concilio, siendo esta sin duda, juntamente con la concurrencia de mucho mayor número de prelados que antes, la causa

(1) *Boulien. Observac. acerca de la santa forma de Dijon. -- Rain. ann. 1433. n. 27.*

de la moderacion y miramiento con que los padres trataron entonces al Pontífice. En la sesion quince, que se celebró á 26 de Noviembre del año 1433, se formaron reglamentos muy acertados, en orden á la celebracion de los concilios provinciales y de los sinodos diocesanos. En la diez y seis, celebrada á 5 de Febrero del año siguiente, se revocó solemnemente todo lo que por una y otra parte se habia hecho contra la buena armonía. Sin embargo, los legados que llegaron para presidir el concilio, no fueron admitidos en él hasta el dia 24 de Abril, en una congregacion general, y esto despues de haberlos obligado á jurar, como personas particulares y no en nombre del Sumo Pontífice, que darian su voto segun las reglas de la conciencia; que observarían un secreto exacto; que no se alejarían de Basilea sin el permiso del concilio; que trabajarían por el honor y conservacion de éste; que sostendrían sus decretos, y especialmente el de Constanza, renovado en Basilea, acerca del poder coactivo de los concilios generales con respecto al Papa, en las cosas relativas á la fe, á la estirpacion del cisma y á la reforma de la Iglesia en la Cabeza y en los miembros.

En la sesion diez y siete, que se celebró de allí á dos dias, y á la cual asistieron cien prelados mitrados, fueron por fin admitidos los nuevos legados para presidir juntamente con el cardenal Julian; pero sin ninguna jurisdiccion coactiva, y con la obligacion de seguir el método adoptado y observa-

do hasta entonces por el concilio, y de estender las actas en su nombre y con su sello. Parece que aquellos ministros pontificios tardaron poco en disgustarse de una presidencia tan limitada y tan indecorosa, pues no quisieron asistir á la sesion diez y ocho que se celebró dos meses despues de la diez y siete. Entonces se volvieron á confirmar, mas bien por capricho que por necesidad, los decretos de Constanza acerca de la superioridad de los concilios generales sobre el Papa, siendo esta la quinta vez que se repitió una demostracion tan afectada de preeminencia.

La sesion siguiente presentó una incidencia aun mas notable, supuesto que facilitó despues el desenlace de este enredo interminable (1). Como uno de los objetos del concilio ecuménico era la reunion de los griegos, los dos partidos que tenían dividida á la Iglesia procuraban cada uno por su lado acreditarse por este medio. El Papa Eugenio y el concilio de Basilea enviaron separadamente diputados á Constantinopla, y los recibieron del mismo modo. En defecto de una plaza sujeta á su dominio, pedían los griegos por lo menos, y con una perseverancia invencible, alguna ciudad marítima ó inmediata al mar, en territorio de Italia, para reunirse en ella. Era favorable la demanda á los designios del Papa, el cual la apoyaba con una actividad igual á la oposicion que ofrecía el concilio (2). Sin embargo, como importaba mucho á uno y otro

(1) *Conc. t. 9. p. 1117.* (2) *Ampliss. Coll. t. 8. q. 769.*

tener á su favor, á lo menos en la apariencia, á la iglesia de oriente, no queriendo el concilio manifestar menos celo que Eugenio por la union de las dos iglesias, convino con los enviados de Grecia el dia 7 de Setiembre, en la sesion diez y nueve, en que si absolutamente no queria su Soberano aceptar la ciudad de Basilea, se elegiria el parage que mas le agradase. Esta observacion, cuya utilidad no se conocerá en el discurso del año 1435, es importante para la inteligencia de un asunto tan complicado.

18. Hizo el concilio en este año reglamentos egemplares de disciplina. Los eclesiásticos públicamente concubinarios, fueron declarados inhábiles para percibir los frutos de sus beneficios por espacio de tres meses; y si en este tiempo no despedian á sus concubinas, quedaban privados de todos sus beneficios, é incapaces de obtener otros nuevos. El concubinato público no debia imputarse solamente, con arreglo á esta severidad juiciosa, á los que estuviesen convictos por sentencia, por su propia confesion, ó por la notoriedad del hecho, sino á todos aquellos que despues de haber sido apercibidos, no se hubiesen separado de las mugeres sospechosas. Tambien se les prohibió tener en sus casas á los hijos habidos de este comercio vergonzoso. Despues se esplicó, para aquietar las conciencias, quiénes eran los escomulgados vitandos, ó de los cuales se debia huir, á saber, los que estuviesen delatados espresamente, ó que hubiesen

incurrido en aquella censura de un modo tan indubitable que no les quedase ningun medio plausible para tergiversarla ó para defenderse de ella. Se espidieron asimismo varios decretos contra la facilidad de imponer entredichos, contra las apelaciones frívolas en favor de la posesion trienal de los beneficios, sobre la reverencia debida á las fiestas y á las iglesias, sobre la celebracion pública ó privada de los divinos officios, y generalmente sobre todo lo que puede contribuir á la dignidad y regularidad del culto.

19. En la sesion veintiuna, celebrada en el mes de Junio, se formaron otros decretos que fueron menos generalmente aplaudidos. Contra las reclamaciones de los legados y el dictámen de muchos padres respetables, pero segun la opinion y parecer del mayor número, se abolieron las anatas, la contribucion de los primeros frutos, y sin ninguna escepcion todos los derechos correspondientes al Papa ó á los prelados inferiores, con título de colacion, de confirmacion, de investidura, de despacho en materia de beneficios, de dignidades eclesiásticas y de órdenes sagradas, sin embargo de cualquier costumbre, privilegio, ó estatuto contrario. Se amenazó á los contraventores con las penas establecidas por los cánones contra los simoníacos; se declararon nulas todas las obligaciones contraídas sobre este punto, y se añadió, que si el primer Pontífice, el cual debia conservar y mantener los cánones mas que otro alguno, se oponia á la

observancia de éste, sería denunciado jurídicamente al concilio.

20. Los legados insistieron particularmente en la inoportunidad de las circunstancias, y en que nada se había decretado contra aquellas pretendidas relaciones en los concilios celebrados después de su establecimiento. Si se ha de decir la verdad, no era muy oportuna ni graciosa esta defensa. Quejábase, con especialidad los prelados, de la sujeción en que habían tenido los Papas á los últimos concilios con respecto á la reforma de las prerogativas, de las traslaciones y de las infinitas é innumerables moratorias; en vista de lo cual parecía que Roma fundaba un derecho sobre su silencio. Sin embargo, por otra parte no podían ser peores las circunstancias para hacer una reducción tan enorme en las rentas pontificias; y los que no se dejaban alucinar con esterioridades, conocían muy bien que los padres querían dar la ley al Papa, deprimiendo la autoridad y la dignidad de la Silla apostólica (1). Eugenio, vejado continuamente por el duque de Milán Felipe Visconti, y reducido ya al último extremo, estrechado, y en cierto modo aprisionado en Roma por los generales milaneses, y espuesto cada instante á ser entregado por los romanos, cansados de aquella guerra ruinosa, ó por traidores asalariados, según estaba ya dispuesto, se había escapado secretamente vestido de fraile, bajó precipitadamente por el Tiber en una barca, don-

(1) *Blond.* 3. dec. 5. et 6. *Antonin. tit.* 22. c. 10.

de le acometieron á pedradas y á flechazos unos hombres furiosos que le conocieron desde la orilla, y después se retiró á Pisa en una galera que por fortuna encontró en Ostia, pasando poco después á Florencia. Destituido allí de las cosas más necesarias, porque nada había llevado de su palacio, el cual quedó abandonado á la rapacidad romana, y privado de las rentas de todos los dominios de la Iglesia, pues todos ellos habían sido invadidos ó arruinados, faltó poco para que se viese reducido á mendigar de puerta en puerta, por no haber hallado ningún auxilio efectivo en los florentinos. Como el resentimiento de una injuria atroz es causa de que se olviden casi de todo punto las ofensas más leves ó menos recientes, agoviado Eugenio con los males que le acarrea el duque de Milán, escribió desde Florencia á los padres de Basilea que su mayor deseo era estar unido con ellos por medio de los vínculos de una caridad perfecta: que conservaba con respecto á ellos y sin ninguna alteración los sentimientos de ternura que tiene un padre para con sus hijos: que su más dulce consuelo consistía en prometerse por parte de ellos una cordialidad semejante: que las desazones anteriores no habían dejado ninguna impresión en su ánimo; y que sobre todo se había reducido únicamente la disputa á la formalidad y á los medios, y no á la substancia de la obra buena, que por una y otra parte se deseaba con igual ardor. Tal fue, añadía, la aparente división de San Pablo y

mos en la misma disposicion en que se hallaban antes de las negociaciones de Arras; y renovándose en la siguiente, á 18 de Abril, la causa de los griegos, se llegó al extremo de un rompimiento absoluto.

Hemos visto que habian convenido los padres en términos espresos, en que si no se podia conseguir del Emperador de Constantinopla que eligiese la ciudad de Basilea para tratar en ella de la reunion, aceptarían el lugar que quisiese aquel Príncipe. Desde esta determinacion, tomada en la sesion diez y nueve, mas de año y medio antes, el choque perpétuo de autoridad entre el Papa y el concilio, y las tentativas aisladas de uno y otro con respecto á Constantinopla, habian causado mucha alteracion en los asuntos y en los ánimos. Prescindiendo de aquel laberinto de diputaciones multiplicadas y rivales, de solicitudes contrarias, de negociaciones, sutilezas é intrigas, bastará saber que por último habia señalado ya el concilio la ciudad de Aviñon para oír en ella á los griegos. El dia 14 de Abril, en la sesion veinticuatro, á la cual se asegura que no asistieron mas de veintitres prelados, y sin embargo se concedieron indulgencias plenarias, siendo de notar que hubo solamente diez obispos; el mayor número de los concurrentes se declaró por la ciudad de Aviñon, ó á lo menos no quiso que se tratase de elegir ninguna otra mas proporcionada y conforme á la solicitud de los griegos. Pero este gran número (dice Agus-

tin Patricio en su redacción de las actas de Basilea) era el populacho del concilio; y añade, que para aumentar el gentío, se dió entrada en la asamblea á una multitud de clérigos de aldea y de dependientes de los prelados. Desde entonces, el cardenal Julian, que habia estado antes tan opuesto á Eugenio IV, temió que peligraban ya los derechos de la santa Sede, y defendió con energía los intereses del Sumo Pontífice.

24. Vióse en aquel tiempo un fenómeno casi inexplicable, á saber; el conjunto de virtud y de obstinacion que ofreció en su persona y conducta Luis de Aleman, cardenal arzobispo de Arlés, el cual adquirió en esta época la grande autoridad que conservó siempre, mientras hubo en Basilea alguna sombra de concilio. Habia abandonado secretamente la corte de Roma, y embarcándose en una galera de Génova, fue á incorporarse con los padres de Basilea, enamorado del proyecto de reforma que les daba tanta celebridad, y que le sedujo en tales términos que accedió y presidió á la trama, consumando y prolongando el cisma del modo mas claro y manifesto. Era, pues, todavía necesario el ejemplo dado tantas veces, pero con tan poco fruto, á fin de inculcar bien que la virtud mas firme que ilustrada es un escollo en las grandes dignidades, y que no se debe juzgar de la doctrina ó de la fe por las virtudes mas visibles, sino de la virtud por los principios de la fe y por la doctrina de la Iglesia.

25. Nada se había decidido positivamente con respecto á los griegos en la sesion veinticuatro. La veinticinco, que se celebró á 7 de Mayo de 1437, despues de muchos viages de occidente á Grecia, y de Grecia á occidente, acabó de completar la discordia, y no dejó recurso para terminar la division. Diéronse en ella dos decretos contradictorios, el primero de los cuales tenia por autores á los legados del Papa y á las personas de mayor peso en el órden de la gerarquía. Por él se mandaba que los griegos se reunirían en Florencia ó en Udina en el Frioul, ó en alguna otra ciudad de Italia que les pareciese bien. Al contrario, la turba multa de la asamblea, compuesta, como hemos visto, de un tropel confuso de clérigos y de oficiales subalternos, haciéndose padres del concilio, decidió por la boca de su presidente el cardenal de Arlés, que el congreso de griegos y latinos se celebraría en Basilea, en Aviñon, ó en Saboya; que se iría á Constantinopla á traer á los diputados de Grecia, y que éstos se obligarian á ir á uno de los tres parages señalados. Habiendo espedido los dos partidos estos dos decretos contradictorios, y no queriendo ceder ninguno de ellos, se encendió mas la disputa cuando se trató de poner los sellos. Los presidentes respectivos discurrieron que el mejor medio para facilitar la conciliacion, seria nombrar tres comisionados que juzgasen definitivamente, los cuales hicieron sellar el decreto de los prelados adictos al Papa, segun refiere Agustin Patricio. Al

contrario; el arzobispó de Palermo, en la obra que se le atribuye sobre este punto, dice que hicieron sellar el decreto del partido opuesto á Eugenio, y que si llegó á sellarse el primero fue por las malas artes de algunos falsarios que abrieron clandestinamente el depósito en que se custodiaba el sello del concilio; con cuyo motivo entran muchos críticos en discusiones tan problemáticas como superfluas. Un vicio mas ó menos en una causa en que todo se redujo á enredos y zizaña, debe ser para nosotros la cosa mas indiferente, y con mucha mayor razon si consideramos que de ningun modo se trataba en ella de la doctrina de la Iglesia.

El mismo ardor con que se había procedido en cuanto al decreto y á la fijacion de los sellos, se manifestó por una y otra parte en el proyecto de ir á buscar á los griegos. Por una parte los legados y la porcion del concilio que estaba por el Papa, y por otra la multitud confusa que le era contraria, enviaron diputados á Constantinopla para traer al Emperador y á los prelados que representaban la iglesia oriental. Pero fueron mas activos los partidarios del Papa, y llegaron cerca de un mes antes que sus competidores, para los cuales no fue éste el golpe mas sensible, porque además tenían los griegos poca confianza en un concilio que no era de la aprobacion del primer Pontífice. Los griegos que solo atendian á los intereses políticos, no esperaban grandes socorros de aquellos prelados que estaban próximos á un rompimiento

San Bernabé, los cuales estaban igualmente animados del celo del Evangelio. Después con aquella efusión de corazón, y aun con aquella difusión de estilo que supone una reciprocidad de interés, les refería el cruel conflicto á que le había reducido la violencia del duque de Milán, y la connivencia de los romanos.

21. Ignoraba Eugenio todavía cuales eran con respecto á él las disposiciones del mayor número de los prelados, ó de los doctores de Basilea, que á la verdad tomaron alguna parte en sus últimos disgustos; pero no por eso dejaban de trabajar con la mayor actividad en reducirle de grado ó por fuerza al término que se habían propuesto. Enviaron en su auxilio á los cardenales Nicolás Albergati y Juan de Cervantes, para contener á los italianos, que veneraban muy singularmente al santo varón Albergati por su insigne probidad; ó á lo menos para desmentir al duque de Milán, que fingía proceder de acuerdo con el concilio. Algunos observadores pretenden que aquel piadoso cardenal, que era á la sazón primer legado de la santa Sede en Basilea, y se mostraba muy celoso en defender la dignidad de la Cabeza de la Iglesia, fue enviado al otro lado de los montes por el temor que de su celo tenía el concilio, no menos que del crédito que le daba su virtud.

Sea lo que quiera de estas conjeturas, cuya verdad está oculta en el secreto de las cortes y de las intenciones, no tardó Eugenio en quedar con-

vencido de la determinación fija del concilio; pues mandaron los padres sin ningún respeto ni miramiento que se le intimase en debida forma la supresión de las anatas y demás contribuciones que correspondían á la cámara apostólica, juntamente con el restablecimiento de las elecciones. Su comisionado, que era un simple doctor en derecho canónico, llamado Juan Bachenstein, arengó por extenso y con mucha valentía en presencia del Papa, se quejó osadamente de que no se observaban en Roma los decretos del concilio, é hizo al Papa unos cargos terribles y ofensivos en razón de que abocaba todavía una infinidad de causas á su tribunal. Aunque Eugenio quedó no menos admirado que resentido, se contuvo no obstante, y respondió con serenidad que se explicaría por medio de sus nuncios. En efecto, les envió muy en breve á los padres, y les dió una multitud de quejas, entre las cuales no se olvidó de acriminar la precipitación del concilio en apoderarse de todos los asuntos, tanto comunes como importantes, así particulares como generales.

En efecto, era inesplicable la actividad de aquella asamblea. Los continuos debates entre dos pretendientes de un mismo beneficio eran negocios capitales para aquellos hombres que pretendían representar á la Iglesia universal. No se desdeñaron de tomar parte en las rivalidades monásticas, académicas, canónicas, y de mantener, entre otros, á un canónigo de Troyes, contra la resolución de su

cabildo, en el goze total de su prebenda, sin embargo de que no la servia (1). Se escusaron sus ausencias á pretesto de la diligencia con que habia concurrido al concilio, donde, aunque poco necesario, era de los primeros que se habian presentado; lo que junto con otros pasages semejantes, dió motivo para que se dijese mas de una vez que bastaba llegar á incorporarse en esta asamblea para conseguir de ella todo lo que se quisiese, y aun para arruinar á las personas con quienes se litigase. El mismo Segismundo, que se habia retirado de Basilea despues de la sesion diez y siete, se quejó mucho de la fermentacion que allí reinaba, y de la estension que se daba á todo género de ocupaciones, sin omitir lo que era mucho mas concerniente á la potestad imperial que á la del sacerdocio (2).

22. Entretanto emprendió el concilio un negocio temporal que le mereció justos elogios, como que importaba infinito al bien de la Iglesia, y era digno de toda la aplicacion de un concilio ecuménico. Quiso el Papa Eugenio tener parte en esta grande obra, esto es, en la reconciliacion de Carlos VII y del duque de Borgoña, la cual desconcertaria todos los esfuerzos de Inglaterra, y daria fin á las turbulencias de Francia. Se acordó que se celebrase un congreso en Arras; se convidó al Rey de Inglaterra y á todos los Principes interesados á que concurriesen á él; y á lo menos cada una

(1) *Amplias. Coll. t. 7. p. 937.* (2) *Append. edit. act. Vienn.*

de las potencias que tenian un interés directo no dejó de enviar sus gentes. Asistió el santo cardenal Nicolás Albergati, como legado del Papa, y Hugo de Chipre, como legado del concilio, uno y otro con una comitiva numerosa de prelados y otros eclesiásticos; pero estos ministros de la Iglesia, encargados del oficio de simples mediadores, que debian permanecer neutrales entre los dos partidos, y pesar con imparcialidad las proposiciones que se hiciesen por una y otra parte, no pudieron menos de aplaudir las de la corte de Francia, la cual ofreció al Rey de Inglaterra todo lo que poseía en la Guiena, con toda la Normandía, salvo el homenaje al Monarca francés. Los plenipotenciarios ingleses desecharon estas ofertas con una altivez, que segun lo acreditó la experiencia, procedia mas bien de presuncion que de una idea exacta de sus propias fuerzas; pues nada menos pretendieron que la cesion de la corona de Francia, no dejando al heredero legitimo, á quien llamaron siempre por desprecio Carlos de Valois, mas de lo que poseía entonces á las dos orillas del Leira. Los legados del Papa se quejaron unánimemente del odioso proyecto de arrebatar al hijo de tantos Reyes el trono de sus antepasados: con lo que se retiraron los ingleses descontentos, y se continuó la negociacion con el duque de Borgoña.

Felipe el Bueno, á quien la voz de la sangre paterna y la fatalidad de las circunstancias habian obligado á tomar parte en esta demanda; Felipe, buen

pariente, buen francés, y mas que todo, Príncipe verdaderamente cristiano, sentia mucho ver empleada su mano, ó á lo menos sus fuerzas en despedazar su patria, y en degradar la diadema de sus antepasados. Ajustóse con mucha facilidad la paz entre el Monarca y el duque, porque en cierto modo consintió el Soberano en recibir la ley del vasallo, no dudando que por este medio la daría él muy en breve á todos los enemigos del reino. La entrega de la capital fue, ocho meses despues, el fruto de esta reconciliacion, y poco á poco fueron sujetándose todas las partes del imperio francés á las leyes de su Señor natural: lo que causó no menos honor que satisfaccion al Papa Eugenio y al concilio de Basilea, á los cuales se debe atribuir casi esclusivamente el buen éxito de un negocio tan importante como difícil. Cuando lo supo el cardenal Julian, exclamó en la asamblea de los padres, que aun cuando el concilio hubiese durado veinte años, y no hubiese hecho ninguna otra cosa, debería parecer muy corto.

El plan de esta negociacion, conducida de comun acuerdo por el Papa y los padres de Basilea, suspendió los disturbios del concilio, durante una parte considerable del año 1435; pero se advirtió á principios del siguiente, que si el veneno de la acrimonia y de la discordia puede estar adormecido en los corazones ulcerados hasta cierto punto, es luego mucho mas violenta su erupcion. Formáronse quejas mas generales y tan vivas como antes,

acerca de los varios puntos de reforma que se habian propuesto sin ningun efecto en los concilios anteriores; de las reservas y espectativas, de las anatas, de las causas de apelacion á la curia romana, de la dispensacion de las indulgencias, de los officios de la cancelaria y de la penitenciaria, de las dispensas, esenciones, encomiendas, diezmos, y de todos los abusos que el espíritu de disension y de censura habia descubierto en estas diferentes materias. Fue imposible dar un decreto individual sobre tantos objetos en la sesion veintitres, en que se agitaron, celebrada á 25 de Marzo. Pero á fin de reformarlos substancialmente, y como para cortar desde luego todos los abusos en su raíz, se establecieron reglas para la eleccion de los Papas y de los cardenales. Despues de determinar el orden y la policia de los cónclaves, se especificaron las cualidades que deberían exigirse para ser elegido Papa, los juramentos particulares que habia de hacer éste en el dia de su coronacion al tiempo de la profesion de fe, y las moniciones que se le debian hacer todos los años acerca de sus obligaciones esenciales. Para el cardenalato debian elegirse únicamente hombres maduros, ilustrados, de conocida sabiduria, experimentados en los asuntos eclesiásticos, sacados indistintamente de todos los estados cristianos, rara vez de casas soberanas, y nunca parientes de los Papas ó de los cardenales. Se mandó tambien que en ningun tiempo pudiesen pasar de veinticuatro. Esta sesion volvió á poner los áni-

con el Papa, eran poco poderosos por sí mismos, y en muchas cosas no habian acertado á complacer á sus Soberanos. Los que aspiraban sinceramente á volver á entrar en la unidad católica y en el camino de la salvacion, temian salir de un cisma para caer en otro.

26. Esta segunda disposicion, que parece haber sido constantemente la del Emperador Juan Paleólogo, segundo de este nombre, fue corroborada con las exhortaciones de Jorge de Trebisonda, persona tan distinguida por la eminencia de su doctrina y por lo sublime de sus sentimientos, como por la elevacion de su origen. Le escribió (1) que no se uniese con un concilio que en sus maquinaciones escandalosas contra Eugenio, verdadero sucesor de Pedro, daba á entender bien á las claras que solo aspiraba al cisma, á fin de trasladar el Pontificado á Francia ó á la Alemania; que la turba de sacerdotes y demás eclesiásticos amontonados en Basilea, no debia llamarse concilio, sino conciliábulo de impíos y cueva de ladrones; que por otra parte seria una cosa muy vergonzosa para él, concurrir al lugar señalado sin noticia suya para la celebracion de un concilio ecuménico, pues debia considerar que era sucesor de los Emperadores, los cuales habian tenido siempre, despues del Pontífice romano, la principal parte en la celebracion de los concilios; que despidiese á los emisarios de la cábala para que se volviesen á su supuesto concilio, y que

(1) *Edit. Pontan. post. hist. Pharan.*

sin detenerse un momento pasase á celebrar un legítimo concilio, porque de otro modo no haria mas que aumentar la division de la Iglesia al mismo tiempo que manifestaba tantos deseos de la union.

27. Signió Paleólogo este consejo, cuya solidéz conoció antes de emprender el viage, habiendo descubierto sus intenciones los diputados del concilio, pues le dijeron, al verle resuelto á embarcarse en las galeras enviadas por Eugenio, que cuando llegase á la corte de este Pontífice, le hallaria precipitado de la Silla apostólica. El Emperador se afirmó mas y mas en esta resolucion, sostenida con la seguridad que se le dió de que el Sumo Pontífice estaba determinado á presidir en persona el nuevo concilio. Se embarcó en las nueve galeras que se le habian enviado bien armadas y tripuladas, con el déspota Demetrio su hermano, el patriarca de Constantinopla, otros veinte prelados, entre obispos y arzobispos, un número casi igual de diputados de segundo orden, elegidos unos y otros en toda la iglesia griega por su mérito sobresaliente, y una comitiva numerosa que llegaba á setecientas personas. Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem habian dado comision formal á algunos de estos prelados para que representasen sus personas en el concilio. Despues de una navegacion larga y bastante penosa, llegaron todos á Venecia el día 9 de Febrero del año 1438.

Nada se omitió para que fuese magnífica la entrada.
Tom. XVIII.

trada. El día siguiente al de su llegada, que fue el domingo de septuagésima, fueron el dux y el senado á recibir al Emperador en el Bucentoro, adornado con oro y sedas, y seguido de doce galeras magníficamente equipadas, y de una infinidad de góndolas que cubrían el mar á larga distancia, al mismo tiempo que habia un gentío inmenso en la ribera y en todos los parages por donde habia de pasar la comitiva. Despues que Paleólogo, sentado en su galera en un trono brillante, recibió los homenages que le rindieron el dux y los senadores vestidos todos de gala, pasó á su bordo, y habiendo puesto al dux á la derecha, y á su hermano Demetrio á la izquierda, entró en la ciudad por el canal grande, en medio de una música de todo género de instrumentos, del repique de todas las campanas y de las aclamaciones de todos los espectadores. Informado el Papa de la llegada del Príncipe, envió al cardenal Albergati para que le cumplimentase, acompañado del marqués de Ferrara, Nicolas de Est, el cual le cedió el mando en su ciudad y en todos sus estados. Le dió gracias el Emperador con grandes muestras de sensibilidad, y por su parte envió dos abades y tres caballeros á Ferrara, para ofrecer sus respetos al Papa. Los abades no hicieron mas que una inclinacion al saludar al Sumo Pontífice, y los legos doblaron la rodilla; pero todos ellos se negaron á postrarse para besarle los pies: costumbre enteramente ignorada de los griegos.

Como el concilio estaba abierto desde el mes de Enero, marchó el Emperador algunos días antes que el patriarca, el cual era sumamente anciano; se desprendió de los honores que le prodigaban en Venecia, y el día 28 de Febrero subió por el Pó hasta Francolin, distante media legua de Ferrara, donde se halló el marqués de Est al tiempo del desembarco para repetirle sus ofertas. Allí montó Paleólogo en un caballo vayo, ricamente enjaezado, y en medio de todos los cardenales y de una gran multitud de otros prelados que habian salido á recibirle fuera de la ciudad, entró en ella el día 4 de Marzo debajo de un palio magnífico que llevaban los hijos y los parientes mas inmediatos del marqués. En esta forma fue conducido hasta el palacio del Papa, el cual habia llegado poco antes de Bolonia. Todos los que le acompañaban se apearon en la primera puerta, quedando él solo á caballo para atravesar los patios hasta la puerta de la sala en que estaba el Pontífice. Se apeó entonces, y habiéndose dado al Papa el aviso de su llegada, dejó el trono, y le salió al encuentro, midiendo tan exactamente los pasos que se encontraron en la mitad de la sala. Le abrazó Eugenio tiernamente, y presentándole la mano se la besó Paleólogo con respeto. Le llevó á su cuarto, y le dió asiento á la izquierda, donde todos los Príncipes y cardenales fueron á rendirle sus obsequios. Despues de un rato de conversacion le envió con la misma pompa al palacio que se le habia preparado, donde se le

trató con toda la grandeza y suntuosidad que correspondia á su augusta persona.

Tres dias despues de la entrada del Emperador llegó el patriarca con algunos obispos y metropolitano, embarcados en un navío magnífico del marqués de Ferrara. Como no se habian enviado cardenales para que le recibiesen, sino solo algunos obispos, pasó el resto del dia en su navío, hasta que se arreglase todo el ceremonial de su recepcion de un modo conveniente á su celo en conservar la dignidad de su clase, que era la primera de la iglesia oriental. En este intervalo quedó todo dispuesto, y á la mañana siguiente fueron á recibirle, al tiempo de desembarcar, cuatro cardenales, acompañados de veinticinco obispos, de un gran número de dependientes del Papa, y del marqués de Est con sus hijos y el cuerpo de la nobleza; le presentaron los caballos que se habian preparado para él y para las personas de su comitiva, y en medio de dos cardenales se adelantó hasta la puerta de una de las fachadas de palacio, donde echó pie á tierra. Desde allí, atravesando una porcion de salas y de antecámaras, fue conducido al cuarto secreto, donde el Sumo Pontífice, que no habia querido hacer pública esta audiencia, le estaba esperando sentado en un trono muy alto, y á su lado los cardenales en sillas mucho mas bajas. Luego que llegó el patriarca se abrió la puerta, y se le dió orden para entrar, acompañado solamente de seis metropolitano, los mas distinguidos de la

Grecia. Al ver el Papa que se iba acercando, se levantó y le hizo sentar á la izquierda en una silla semejante á la de los cardenales. Los seis metropolitano fueron igualmente admitidos al ósculo, y colocados á la izquierda del patriarca, pero de pie, del mismo modo que los otros griegos, los cuales entraron de seis en seis, unos detrás de otros, siendo recibidos segun correspondia á sus cualidades respectivas. Los obispos y los principales empleados de la iglesia de Constantinopla fueron admitidos al ósculo de la mano y de la megilla; los demás eclesiásticos hicieron una reverencia profunda, y los legos besaron de rodillas los pies del Pontífice. Algunos dias despues se trató de asuntos mas sérios.

28. Cuando el Papa Eugenio vió que tenia de su parte á los griegos, que podia contar con las personas mas ilustres de Basilea, y que los restos de este concilio estaban decididos á no guardar ningun miramiento, se alentó en el seno de la adversidad, y por una bula de 17 de Setiembre trasladó á Ferrara aquella asamblea tumultuosa, bien que con ciertas modificaciones. El concilio no debia celebrarse únicamente en este último lugar hasta despues de la llegada de los griegos, y en todo caso se podia tratar en Basilea por espacio de treinta dias, contados desde esta bula de traslacion, de la causa de los bohemos, que tenian entonces embajadores en dicha ciudad. Pero semejantes consideraciones no inspiraron ninguna moderacion á una

asamblea sin cabeza y sin orden. Perfectamente acéfala desde la sesión veintiseis, y sin más que un jefe de puro aparato, había renovado contra el Papa y los cardenales su sistema favorito del emplazamiento para comparecer en el término de sesenta días, con una larga enumeración de agravios ó de injurias contra el Papa. Desde esta época hasta que llegaron los griegos á Ferrara, se acumularon en Basilea las sesiones y los ultrajes contra la Cabeza de la Iglesia. Anular el nombramiento de un cardenal, suprimir las bulas de Roma, declarar á Eugenio contumaz y suspenso en lo espiritual y en lo temporal, y advertir á los Príncipes y al clero que no le prestasen ya obediencia, todos estos excesos fueron obra de algunos meses y de cinco sesiones.

29. En la treinta y dos, celebrada á 24 de Marzo de 1438, habiendo ya el Vicario de Jesucristo, que presidía el concilio de Ferrara, fulminado censura contra todos aquellos que se atreviesen á tener asambleas eclesiásticas en Basilea, se arrojaron á usar de las mismas armas contra el concilio unido con la Cabeza de la Iglesia, y á tratarle de conventículo cismático. Sin embargo, había ya en él cerca de ochenta obispos, y dos meses después pasaron de ciento y ochenta, comprendiendo en este número á los orientales, los que unidos con los latinos formaron por fin el concilio general de las dos iglesias el día 9 de Abril del año 1438. Se habían celebrado antes dos sesiones, que no forman

parte de las actas romanas del concilio, porque no se trató en ellas de la diferencia ó discordancia entre las dos iglesias, que era el objeto principal. Por la misma razón no se coloca tampoco esta primera asamblea de los prelados griegos y latinos en el número de las sesiones regulares, las cuales no empezaron propiamente hasta seis meses después; porque atendiendo los griegos á sus intereses temporales no menos que á los espirituales, querían esperar el fin de las desavenencias de Roma con Basilea y la reunión de todo el occidente, para conseguir por este medio mayores socorros.

30. Hízose en el día señalado la apertura del concilio ecuménico, el primero en que el Sumo Pontífice, al frente de los obispos latinos, asistió en persona con el Emperador y los patriarcas de oriente: lo que causó al principio alguna dificultad con respecto al orden de los asientos. Deseaba el Papa que su trono se colocase en medio de la iglesia como en lugar preferente; y el Emperador pretendía ocupar el mismo sitio, á ejemplo de Constantino y de Marciano, que obtuvieron la misma distinción en los concilios de Nicea y de Calcedonia; pero fue fácil arreglar este punto, por haber hecho presente á Paleólogo que el Papa no había asistido en persona á aquellos antiguos concilios.

31. Los asientos se dispusieron por el orden siguiente. En un trono iluminado que estaba delante del altar, y correspondía al medio de él, se colocó el libro del Evangelio entre las cabezas de los

Apóstoles San Pedro y San Pablo. Al lado derecho, llamado comunmente el lado del Evangelio, estaba la Cátedra apostólica, y un poco mas abajo el trono del Emperador latino, aunque ausente: despues de lo cual se seguian las sillas de los cardenales, en número de ocho ó nueve, entre los cuales estaban sentados dos patriarcas latinos, á saber, el de Jerusalem despues del primer cardenal, y el de Aquiléa despues del último; y luego los arzobispos y obispos, segun la antigüedad de su consagracion. Al lado de la epístola estaba en su trono el Emperador de los griegos, en frente del que pusieron al Emperador latino; despues la silla del patriarca de Constantinopla y de los demás patriarcas orientales, á saber, Filoteo de Alejandria, representado por Antonio de Heraclea y por Gregorio, confesor del Emperador; Dositeo de Antioquia, representado por Marco Eugenio de Éfeso y por Isidoro de Kiovia en Rusia; Joaquin de Jerusalem por Dionisio de Sardis y Dositeo de Monembasia; y en seguida los metropolitanos Doroteo de Trebisonda, Metrofanés de Cízico, Besarion de Nicea, Macario de Nicomedia, Doroteo de Mitilene; el de los georgianos con un obispo de aquella nacion, y otros muchos menos considerables. Los pies de la iglesia estaban ocupados por los generales de las órdenes religiosas, abades, doctores y otros muchos eclesiásticos. En la parte superior estaban los notarios y los demás oficiales del concilio. A los pies del trono del Emperador griego, el cual tenia á su

lado á su hermano Demetrio, estaban colocados los embajadores de Trebisonda, del gran duque de Moscovia, del Príncipe de los georgianos, de los déspotas de Servia y Valaquia, y los principales empleados del imperio. Los embajadores de los Príncipes latinos estaban igualmente sentados cerca del trono del Emperador de Occidente.

Arreglado este ceremonial, se reunieron todos en la iglesia de San Jorge, la mayor de Ferrara, y se declaró en ella, de acuerdo con los griegos, que estaba abierto el concilio ecuménico para la union de las dos iglesias. El patriarca de Constantinopla, que pasaba de ochenta años y no podia salir de casa con motivo de una indisposicion, envió su consentimiento por escrito. Nada mas se hizo en aquel dia: y se concedieron cuatro meses de término á los que debian asistir al concilio, cuyas operaciones no debian empezar hasta que pasase este tiempo. Despues se difirió el plazo hasta seis meses, sin que se advirtiese mucho deseo de concurrir á él. El Rey de Francia, los de España, y los Príncipes de Alemania, aunque estaban bien decididos á reconocer siempre á Eugenio IV por verdadero Papa, juzgaron que convenia no enviarle sus obispos, á fin de emplear su mediacion con mejor éxito entre este Pontífice y los padres de Basilea.

32. Entretanto, para no perder tiempo, propuso Eugenio que por lo menos se preparase el camino á la reunion, ilustrando en conferencias pre-

liminaries los principales artículos de controversia que tenían á los orientales separados de la iglesia latina. El cardenal Julian, hombre docto y hábil, que tomó mucho interés en este asunto, y parece quiso borrar las impresiones que habia causado en la corte Pontificia su conducta anterior, redujo los puntos de disputa á la primacia del Papa, á la procesion del Espíritu Santo, al uso de los ácimos y al purgatorio. Despues de ésto hizo grandes instancias á los doctores griegos, para que entrasen en disputa acerca de estos diferentes objetos. Pero ellos se escusaban siempre, diciendo que lo egecutarian cuando el concilio compuesto de los dos partidos en que estaba dividido el occidente, celebrase en paz sus sesiones arregladas. Lo mas que pudo lograrse fue tratar del artículo en que estaban menos discordes las dos iglesias. Los griegos admitian, del mismo modo que los latinos, la fe del purgatorio, ó de un lugar destinado á purificar las almas de los justos que mueren con algunas culpas leves, ó que son deudores á la divina justicia por no haber espiado suficientemente los pecados graves. Confesaban tambien que eran purificadas y libertadas por los sacrificios, oraciones, limosnas y otras buenas obras de los fieles; pero querian que todo su castigo consistiese en las tinieblas, en la tristeza, en la privacion de la vista de Dios, y no en la pena del fuego, la cual decian que ni aun en el infierno se padecia hasta despues de la resurreccion de los cuerpos. Aunque parecia que no era difícil con-

ciliar dos opiniones, en que por una y otra parte estaba asegurada la substancia del dogma, no produjo la disputa este efecto, el cual, no menos que la docilidad sobre los otros puntos, solo pudo resultar de las deliberaciones públicas y de la virtud inherente á la autoridad divina de los concilios.

33. Para hallar algun medio de conciliacion entre el Papa Eugenio y los padres de Basilea, ó á lo menos para obviar las resultas de una desavenencia que enervaba la disciplina en la mayor parte de las iglesias, el clero de Francia, con el Rey Carlos VII y los grandes del reino, celebró en Bourges una asamblea, famosísima aun en nuestros dias, sin embargo de que su principal estatuto quedó sin efecto por el concordato de Francisco I. Allí se formó la pragmática sancion, tan apreciada de los franceses en todos tiempos, que algunos de ellos la han llamado el baluarte de su iglesia. Comprende veintitres artículos, sacados de los decretos de Basilea, con las prudentes modificaciones que exigian los usos del reino y las criticas circunstancias en que se hallaba todo el mundo cristiano. Se reconoció la autoridad de los concilios ecuménicos por superior á la de los Papas; se abolieron las anatemas, las reservas, las expectativas, la multiplicidad de las censuras y de las apelaciones á Roma, las sentencias eclesiásticas fuera del reino, y (lo que merece mas atencion) se restablecieron las elecciones canónicas. La mayor parte de estos reglamentos fueron conservados por el concordato, el cual

solo estinguió totalmente las elecciones, muy distintas entonces de su antigua pureza, y sujetas á una infinidad de abusos que no podian evitarse de otro modo, á juicio de prelados ilustres aun de la misma iglesia de Francia (1).

Mientras que las Galias y las demás regiones estuvieron sujetas á los Emperadores romanos, estos señores del mundo, agoviados con las atenciones de un dominio sin limites, no se mezclaban en el pormenor de las mudanzas infinitas de titulares en los obispados y abadías, poco ricas entonces, ó á lo menos poco considerables en el órden político. Pero los conquistadores, que hicieron otros tantos reinos de las provincias romanas, llamaron á los prelados para aconsejarse de ellos, les dieron, con los títulos honoríficos y grandes posesiones, un influjo poderoso en los asuntos de estado; y no solo obtuvieron el poder recíproco de tomar parte en muchos asuntos de la gerarquía, sino que trataron con particular empeño de conocer bien y de conciliarse el afecto de aquellos á quienes admitian de este modo á la participacion de su propio poder. Tan peligroso es que adquiriendo la Iglesia un bien extraño, pierda alguna parte de sus prerogativas naturales. Sin embargo, ni el clero ni el pueblo estaban todavía privados del derecho de elegir sus pastores, sino que solo estaban obligados á elegir personas conocidas del Rey, y que hubiesen obtenido antes su beneplácito. Por lo menos este era

(1) *Marc. de Concorc. p. 336. et seq.*

el método que se observaba en tiempo de los Príncipes religiosos, como Carlo-Magno y Ludovico Pio; porque antes de ellos sucedia muchas veces que los Reyes nombraban á los obispos por su propia autoridad, y despues, á pesar del restablecimiento de las elecciones, hecho varias veces á su arbitrio y con la condicion de que las confirmasen, sucedió frecuentemente que no se contentaron con esta preeminencia, de lo que resultaron varios abusos, y de estos grandes turbulencias en la Iglesia y en el estado. Desde la traslacion de los Papas á este otro lado de los montes, los Reyes y el clero de Francia se hallaban igualmente frustrados de sus mas apreciables derechos á la colacion de los beneficios, con las reservas, con las expectativas, y con todos los medios inventados en Aviñon para disponer de ellos aun antes que vacasen. Esto fue lo que principalmente inclinó á los franceses al concilio de Basilea, el cual mostró tanto ardor por esta parte de la reforma, y lo que los movió á tomar de él casi todos los reglamentos de la pragmática-sanccion. No será difícil creer que sus disposiciones merecieron la aprobacion de dicho concilio.

34. En Alemania volvieron á tomarse en consideracion, del mismo modo que en Francia, las disensiones de la Cabeza de la Iglesia con los padres de Basilea. El Emperador Segismundo, no menos inhábil para gobernar á su muger, que para conducir y mandar sus egércitos, habia fallecido á 9 de Diciembre en Moravia, á donde se vió pre-



be tener su efecto, luego que emana de un concilio congregado y aprobado por la autoridad apostólica, ya sea que le hayan celebrado los obispos de oriente y de occidente reunidos, ó unos y otros separadamente.

38. Basarion de Nicéa y Marcos de Éfeso respondieron al arzobispo de Rodas, que toda adición ya sea de palabras ó de cosas, explicativa ó ampliativa, estaba indistintamente prohibida; que se podía muy bien explicar la fe, y aun insertar sus explicaciones en las definiciones sinódicas, mas no en el cuerpo del símbolo; y que había podido hacerse, hasta el concilio de Éfeso, pero ya este respetable concilio lo había prohibido en términos formales; y que hubiera sido visiblemente inútil esta prohibición, si solo hubiese recaído sobre las cosas contrarias á la antigua fe, porque siempre había estado prohibido semejante atentado. Replicó el obispo de Forli diciendo, que ni había ni podía haber ninguna ley que quitase esta autoridad á la Iglesia, la cual estaba revestida por el mismo Jesucristo de toda la autoridad de este Hombre-Dios para la instrucción de los fieles segun los tiempos y las circunstancias, y que semejante prohibición solo podía ser relativa á los particulares que quisiesen hacer por sí mismos este género de adiciones.

39. El cardenal Julian con el provincial de los dominicos de Lombardía, volvieron á tratar de este decreto del concilio de Éfeso, y le explicaron

por las circunstancias en que se había espedido. Carisio, sacerdote celoso de Filadelfia, presentó á aquel concilio un símbolo formado por los nestorianos para engañar á los simples, y los padres prohibieron, pena de anatéma y de deposición, formar ó hacer que se suscribiese ninguna otra confesión ó esposición de la fe, como no fuese la de Nicéa. Al mismo tiempo recibieron de Carisio otro símbolo, conforme á los de Nicéa y Constantino-
pla, pero que no era uno ni otro, y confesaba mas espresamente, contra los novadores, que el Espíritu Santo era consubstancial al Padre y al Hijo: de donde infirieron los dos doctores latinos una consecuencia muy natural, á saber, que el concilio de Éfeso no había tenido otro objeto en su prohibición que el de impedir que se enseñasen ó introdujesen nuevas doctrinas. En Calcedonia, continuó el cardenal, habiendo sido acusados el Papa Leon y el patriarca Flaviano de que contravenían á la prohibición de Éfeso, fueron plenamente justificados por el concilio, como que no tanto habían hecho una adición al símbolo, cuanto confundido la heregía con sábias y saludables explicaciones; pues si no se daba este sentido al concilio de Éfeso, y se quería hacer extensiva su prohibición á los padres y á los concilios posteriores, se seguiria que la Iglesia no podría dar una explicación nueva de la fe contra los nuevos errores: cosa que los mismos griegos tenían por absurda. Por último, dijo que esto era perder el tiempo en contestaciones

frívolas; que el punto esencial y decisivo era el dogma de los latinos sobre la procesion del Espíritu Santo; que si era falso, no debía insertarse en el símbolo ni en ninguna definicion; y que si era verdadero, no podía dudarse ya, en vista de lo que se habia espuesto, que no habia dificultad en insertarle en el símbolo, á fin de conservar con toda seguridad un dogma combatido por tanto tiempo.

Despues del discurso del cardenal Julian, le felicitó Besarion porque habia tocado el punto de la dificultad; y con aquel candor que daba nuevo realce á todas sus bellas cualidades, le manifestó cuán satisfecho estaba de la exactitud de sus consecuencias. Sin embargo, debía replicarle aun; pero no sabemos que lo hiciese. No sucedió así con el hablador eterno y obstinado arzobispo de Éfeso, el cual dió principio á una fuerte y muy larga discusion contra toda especie de adición en el símbolo; pretendiendo, pero sin presentar nuevos argumentos ó pruebas, que no se le debía añadir ni una sola sílaba. Apurada ya la materia, se redujo toda la disputa á una especie de lid, en que el cardenal Julian mostró una memoria y una presencia de ánimo que hubieran escitado una admiracion mas lisongera, si se hubiesen empleado mejor. Resumió por orden el prolijo discurso del disputador cismático, le redujo á veintiocho puntos, y opuso á cada uno una multitud de pasages y de argumentos que destruyeron el edificio del sofista. Queriendo Marcos hacer tambien alarde de sus fuerzas, divi-

dió el discurso del cardenal en ocho puntos, sobre los cuales se estendió con una verbosidad tan desmesurada, que parecia un espectáculo preparado, ya fuese para señalarse en el género de esgrima, en que sobresalia, ó mas bien para retardar un desenlace que no podia menos de llenarle de oprobio. Disputándole todavía Julian esta miserable ventaja, y olvidándose de la moderacion que pretendió inspirarle, le dijo que á cada argumento que se atreviese á hacerle, le opondria mil. Se acalaron, se injuriaron recíprocamente, y resultó lo que se origina por lo comun de las disputas que se substituyen en materias de fe á la voz pacífica y segura del cuerpo de los pastores, esto es, que se hallaron mas lejos de la paz que antes de principiar las numerosas conferencias que debian facilitarla. Se indispusieron los ánimos; estuvieron mucho tiempo los padres sin reunirse; y la mayor parte de los griegos, fastiados de su larga residencia en un pais estrangero, parecia que aspiraban á la total disolucion del concilio, como habria sucedido indubitablemente á no haber sido por el celo sincero con que el Emperador y el Patriarca trataban de la estincion del cisma.

40. En estas circunstancias ocurrió tambien el contratiempo de que el Papa, ya fuese por el temor efectivo de la peste que affigia á los paises circunvecinos y que podia penetrar en Ferrara al principio de la primavera próxima, ó mas bien por la necesidad que tenia de dinero, con el que se ofre-

cisado á huir desde Praga, á pesar de que estaba enfermo, temiendo una sedicion preparada por aquella Emperatriz disoluta, la cual, llena de impudencia y de corrupcion de costumbres, intrigó en vida de su marido, á fin de casarse con el Rey de Polonia, que apenas acababa de salir de la infancia.

35. Segismundo habia casado á Isabel su hija y heredera con Alberto II, duque de Austria, que fue elegido para el imperio á 20 de Marzo de 1438. En la dieta celebrada con este motivo en Francfort, deliberaron los Príncipes electores sobre los decretos y las censuras contrarias que publicaban recíprocamente el Papa Eugenio y el concilio de Basilea, y decretaron que la Alemania se estuviese neutral, y que las iglesias se gobernasen por el derecho comun: lo que desagradó al Papa y al concilio. No obstante, despues de su eleccion, se declaró Alberto á favor del concilio, y mandó á los embajadores nombrados por Segismundo que pasasen á Basilea, y aun queria que sus decretos se observasen en Alemania; pero los Príncipes pidieron tiempo para determinarse á ello. De consiguiente se celebraron muchas asambleas en varios parages de Alemania. Se enviaron diferentes embajadas al Papa, el cual pareció que se prestaba á los medios de conciliacion. Tambien se enviaron embajadores al concilio, y estos fueron sostenidos por los franceses, por los italianos, y aun por los enviados del duque de Milan, tan opuesto al Papa Eugenio. La mediacion fue casi enteramente inútil tratándose con

una multitud arrastrada por la impetuosidad del cardenal de Arlés, por aquella ciega rigidez de virtud que no contribuye menos que el vicio á la subversion y al escándalo. Lo único que pudo conseguirse fue que el concilio sobreyese algunos meses en cuanto á juzgar al Papa, pero sin interrumpir los procedimientos contra él, ni las declaraciones de los testigos.

36. En fin, estando ya muy próximo el tiempo señalado para volver á empezar el concilio de Ferrara, sin que asistiese ningun obispo de Basilea, ni casi de ninguna otra parte, y viendo los griegos por el estado de los negocios que seria inútil esperar mas, se determinaron á celebrar sesiones solemnes, luego que les dió á entender el Papa que donde se hallaba él con el Emperador y el patriarca de Constantinopla, los vicarios de los demás patriarcas, y los cardenales ó los primeros preladados de occidente, habiendo sido todos debidamente convocados, allí estaba en verdad la asamblea de la Iglesia universal (1). Como los griegos manifestasen recelo de que siendo muchos mas en número los obispos latinos, quedarian siempre superiores en las votaciones, se les prometió que cada uno diria sencilla y pacíficamente su dictámen para ilustrar las materias, y que en cuanto á la decision se usaria de todos los medios de prudencia y miramiento que fuesen compatibles con la seguridad del depósito sagrado.

(1) *Conc. t. 13. p. 34. et seq.*

Se nombraron, pues, seis teólogos por una y otra parte, y no pudiendo el Papa salir de casa con motivo de la gota, se reunieron todos en la capilla de su palacio, que era muy espaciosa, por el mismo orden y con el mismo aparato con que se habian celebrado las sesiones preliminares en la iglesia mayor de San Jorge. Los padres estaban colocados delante del libro del Evangelio, los latinos cerca del Papa, y los griegos cerca de su patriarca. El cardenal Julian, Andrés Dominicano, arzobispo de Rodas; Luis, obispo de Forli, del orden de San Francisco, y Juan de Montenegro, provincial de los padres predicadores de Lombardia, fueron los que mas se distinguieron entre los latinos. Entre los griegos, elegidos en toda la nacion para dar una idea ventajosa de ella, fue singularmente digna de notarse la ciencia y la elocuencia, la madurez junta con el fuego propio de la edad juvenil, y la rectitud de Besarion, arzobispo de Nicéa; el flujo de palabras y la sagacidad de Marcos, arzobispo de Éfeso; la probidad de Isidoro, arzobispo de Kiovia; y la lógica y erudicion de Miguel Bahamon, bibliotecario mayor de la iglesia de Constantinopla. Nicolás Secundino, colocado entre los prelados de las dos naciones para escribir en latin lo que se dijese en griego, estaba tan versado en las dos lenguas que ponía inmediatamente en una todo lo que se decia en otra.

No obstante, se adelantó poco con una conducta tan bien ordenada, y que tenia por autores á

unos hombres tan hábiles. El punto de controversia, relativo á la fe del Espíritu Santo, fue el único que se propuso en Ferrara; y aun así quedó reducido á menos de la mitad, esto es, á la simple insercion que el occidente habia hecho de ella en el símbolo. Pero al cabo de quince sesiones, contando desde que volvió á empezarse el concilio en 8 de Octubre, no se habia logrado dar fin á las acusaciones que formaban los griegos contra los latinos sobre qué habian alterado hasta los primeros monumentos de la fe cristiana. Antes de entrar en disputa, pidió Marcos de Éfeso que se principiase leyendo las definiciones de los santos padres, para averiguar si era mas conforme á ellas la doctrina de los griegos ó la de los latinos. Leyóse en efecto, no las definiciones enteras de los siete primeros concilios, porque esto hubiera consumido mucho tiempo, sino lo que contenian con respecto á la cuestion propuesta, y especialmente la prohibicion hecha por el concilio de Éfeso de añadir cosa alguna al símbolo. A fin de contemporizar por una y otra parte, no se citó nada de los concilios á que se daba contradictoriamente el título de octavo general, ni de los que se habian celebrado en contra ó en favor de Focio.

87. Despues de haber examinado bien los demás concilios, continuaban todavía los griegos acusando á los latinos de alteracion ó adición en el símbolo; y les demostró el arzobispo de Rodas que lo que ellos llamaban así, no era variacion ó adición

propiamente tal, sino una simple esplicacion de los principios, evidentemente conforme al Evangelio que es el origen del simbolo; lo que probó con el testimonio de los padres griegos, y en particular de San Juan Crisóstomo, y con estas palabras del Hijo de Dios en el Evangelio: *todo lo que es de mi Padre es mio*, de donde infirió, que si el Padre es el principio de que procede el Espíritu Santo, el Hijo es tambien necesariamente el mismo principio.

„Luego es cierto (continuó) que este género de esplicaciones, las cuales no son otra cosa que una declaracion mas estensa de la verdad contenida en el simbolo, no están absolutamente prohibidas, y que aunque se llamen adiciones, en quanto se expresan con mas palabras, no lo son verdaderamente, ó á lo menos pueden insertarse en el simbolo por la autoridad de la Iglesia cuando juzga que son á propósito para la instruccion de los fieles.”

De todo esto concluyó el arzobispo, que la prohibicion de los padres recaía solamente sobre las adiciones contrarias á la creencia una vez definida, y no sobre las que sirven para explicarla de un modo oportuno y adecuado, supuesto que ellos mismos habian añadido algo al simbolo de los Apóstoles en el concilio de Nicéa, y al simbolo de Nicéa en los concilios de Éfeso y de Calcedonia; que habiendo podido los Apóstoles deducir de los principios generales de la fe los dogmas particulares que se contienen en ellos, y que habiendo inferido por ejemplo la unidad de la Iglesia de estas palabras: *Un solo Se-*

ñor, una sola fe, tenían el mismo poder sus sucesores, á quienes prometió Jesucristo su asistencia hasta la consumacion de los siglos; que si no era lícito añadir algo al dogma por este medio de exposicion, tampoco seria posible proscribir las heregias que de nuevo se suscitasen; que por esto no se debía acusar de imperfeccion á los primeros simbolos, perfectísimos en quanto á la verdad y á la seguridad de la fe, pero no en quanto á las nociones distintas que solo pueden resultar de la esplicacion de los principios; que los mismos griegos, despues de los concilios de Éfeso y de Calcedonia, habian añadido en el de Constantinopla estas palabras: *bajó de los cielos*, y estas otras: *segun las Escrituras*; que en el segundo concilio de Nicéa habian oido sin reclamacion una fórmula de fe, en que se decia en términos espresos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; que igualmente habian admitido sin reclamar, con el mismo Focio, autor de su cisma, varias cartas de los romanos Pontífices, que contenian la misma verdad; por donde se veía claramente que esta esplicacion no se habia hecho sin noticia de los griegos, y que por lo mismo era infundada la queja que formaban sobre esto, bien que la Silla apostólica hubiera podido egecutarlo así (añadió) sin abusar de sus derechos. Así como no hay concilio legitimo, segun los autores de la misma Grecia, á no ser que se haya celebrado con el consentimiento de esta primera Silla; así por el contrario, todo decreto de-

cieron á socorrerle los florentinos si trasladaba el concilio á su ciudad, hizo esta propuesta, la cual causó al principio mucho descontento. Pero por una consecuencia de los límites y de la naturaleza misma del corazon humano, que colocado entre dos pasiones ha de fomentar necesariamente la una á espensas de la otra, el disgusto que causó á los griegos esta novedad, fue causa de que se olvidasen algun tanto de sus antiguas quejas, y amortiguó poco á poco toda su sensibilidad. Por fin cedieron, viendo que no habia otro arbitrio, pero con la condicion espresa de que no habian de estar en Florencia mas de cuatro meses. Publicóse la traslacion del concilio el dia 20 de Enero del año 1439, en la décima-sesta y última sesion de Ferrara, en la cual no se trató de ninguna otra cosa.

41. Hubo en Florencia, entre griegos y latinos, diez sesiones en que solo se emplearon ocho dias mas del término prefijado; á saber, desde el 26 de Febrero hasta el 6 de Julio (1). El patriarca de Constantinopla, agoviado con la vejez y las enfermedades, no pudo asistir á ninguna de estas sesiones á las cuales se dió principio disputando como en Ferrara y con tan poco fruto. Lo único que adelantó Paleólogo en las públicas discusiones que tuvo con el cardenal Julian, fue adquirir la reputacion de una habilidad mas propia de un teólogo que de un Emperador. Volvieron á renovarse las disputas: se nombraron atletas por una y otra par-

(1) *Conc. t. 13. p. 223. et seq.*

te, y solicitaron los griegos que esta nueva lucha se tuviese fuera de las sesiones públicas; pero el Papa se negó firmemente á esta pretension, y quiso que si se habia de recurrir otra vez á la controversia y á las últimas disensiones, fuese por lo menos en concilio pleno. Bajo este supuesto, Juan, provincial de los dominicos de Lombardía, ocupó principalmente la palestra en seis sesiones consecutivas, con Marcos de Éfeso, hasta que confundido este antagonista, le abandonó el campo de batalla en las sesiones octava y nona.

Habiéndole obligado desde luego el provincial á convenir en que proceder era recibir el ser, y en que el Espíritu Santo recibia su ser del Padre, le propuso la objecion siguiente acerca de la substancia del dogma, que por último se trató con seriedad. „El Espíritu Santo recibe la procesion de aquel de quien recibe el ser: es así que recibe su ser del Hijo, pues no hay mas que un ser en Dios; luego tambien recibe de él la procesion.” Corroboró el doctor este discurso con una multitud de pasages de la Escritura y de testimonios de los padres griegos y latinos; é hizo la aplicacion de ellos con tal destreza y precision, y de un modo tan exacto y convincente, que dejó muchas veces á Marcos sin poder contestar á pesar de la volubilidad de la elocuencia y de los efigios de la dialéctica que le habian hecho famoso entre los mismos griegos. Cotejando con muchos egemplares antiguos llevados de Grecia un testo decisivo en que San Basilio di-

ce espresamente en sus libros contra Eunomio, que el Espíritu Santo procede, no solo del Padre, sino tambien del Hijo, causó Juan otra confusion al arzobispo de Éfeso; pues le hizo ver palpablemente la impostura y mala fe de los griegos, los cuales, en algunos egemplares que presentaban por su parte, habian suprimido la palabra *Hijo*. No sabiendo Marcos qué responder, tomó el Emperador la palabra y dijo que habia en Grecia otros muchos egemplares en que nunca se habia leído aquella palabra, y que no era justo valerse de la casualidad de no poder presentarse con motivo de la distancia de los lugares. „Pero, Señor, replicó el cardenal Julian, cuando salisteis á pelear, ¿no debiais haberos provisto de todas vuestras armas? No es tiempo de buscarlas, cuando estamos en lo mas fuerte de la refriega (1).”

Volvió á inculcar Juan la autoridad de San Basilio, como que era del mayor peso para los griegos, y presentó algunos pasages nuevos, especialmente de la homilía del Espíritu Santo, en que se explica con tanta claridad la doctrina de los latinos, que tampoco supo qué responder Marcos de Éfeso. Tomó otra vez la palabra el Emperador, y como si hubiese callado el vencido porque empezasen á hacerle fuerza las razones de su contrario, dijo Paleólogo que en efecto habia motivo para dudar, y que se deliberaría acerca del asunto en ocasion mas oportuna. Tratando luego de los me-

(1) *Antonin. tit. 22. c. 12.*

dios de asegurar la paz, se detuvo en el pasage de San Máximo, en que habla así este padre en una de sus cartas del modo de pensar de los latinos sobre la procesion del Espíritu Santo: „No pretenden que el Hijo sea la causa del Espíritu Santo, supuesto que confiesan que el Padre es la causa única de las otras dos personas, del Hijo por la generacion, y del Espíritu Santo por la procesion, sino que entienden solamente que el Espíritu Santo procede por el Hijo, porque tiene una misma esencia.” Con cuyo motivo, observando el Príncipe que los doctores latinos no tenian dificultad en confesar que el Padre es la única causa del Espíritu Santo, propuso á los obispos sujetos á su dominio, que se resolviese la union, respecto de que el concilio aprobaria la carta y el modo de pensar de San Máximo. „Pues estamos únicamente detenidos, les dijo, por el temor de que los latinos admitiesen dos principios del Espíritu Santo, ahora que claramente confiesan lo contrario, con razon se nos culparia á nosotros solos si nos obstinamos todavía en permanecer separados.” Todos los prelados de Grecia aplaudieron la proposicion del Emperador, excepto el arzobispo de Éfeso y el de Heraclea.

Prévio el consentimiento de los obispos, quiso volver á oír al sábio provincial de los dominicos, pero pacíficamente y sin el aparato de la disputa, á fin de desvanecer todo género de duda, y tomar despues á pluralidad de votos una resolucion defi-

nitiva (1). Para que no hubiese ningun obstáculo en aquella ilustracion pacífica, prohibió á los arzobispos de Éfeso y de Heraclea que asistiesen á ella. No era necesaria esta prohibicion con respecto al primero, tan desairado en las últimas disputas, tan confuso y tan fuera de sí, que no se atrevía á presentarse en público. Segun algunos historiadores, estuvo para perder el juicio, y por lo menos tuvo algunos síntomas de delirio. Un dia le encontraron en la cama llorando y lamentándose de que habiendo entrado los cardenales de noche por el techo, le habian dado mil azotes con unas varas encendidas. ¡Tal era el carácter de este héroe del cisma, y tan grande es la afinidad que tiene el fanatismo con la demencia! Hallándose el dominico Juan sin antagonista en la sesion octava y en la siguiente, empezó á triunfar de que Marcos abandonaba el combate: pero el Emperador le inspiró inmediatamente pensamientos mas graves y mas modestos, recordándole que no estaban reunidos allí por un espíritu de contencion.

Con esto volvió Juan á esplicarse con dignidad, y estableciendo por basa de sus aserciones la doctrina de San Basilio, mostró que este padre, y con él los latinos, defendian que el Espíritu Santo toma su ser del Hijo igualmente que del Padre, y que sin embargo el Padre es la única causa del Hijo y del Espíritu Santo. Se fundó en estas palabras del Evangelio: *El Consolador, el Espíritu de*

(1) *Joseph. Methon. in t. 13. Conc. p. 678.*

verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré en nombre de mi Padre; é insistió particularmente en estas palabras: que yo os enviaré. Despues refirió un gran número de testimonios de los Papas San Leon y San Gregorio, de San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin y otros muchos santos doctores. En la sesion nona volvió á tratar el mismo asunto de la tradicion y de la autoridad, y mostró que los textos del nuevo testamento que citaban á su favor los latinos, habian sido entendidos en el mismo sentido por todos los griegos que vivieron en los siglos tercero, cuarto y quinto, mucho tiempo antes del cisma de Focio; que esta doctrina habia sido mirada unánimemente como muy ortodoxa por griegos y latinos; que entre los griegos que hablaron de la procesion del Espíritu Santo, muchos habian dicho en términos formales ó equivalentes que procede y recibe el ser del Padre y del Hijo; muchos, que procede del Padre por el Hijo; algunos, que procede del Hijo y por el Hijo, y ninguno que procede solamente del Padre, lo que habria sucedido sin duda alguna, añadió, si fuese falso que procediese del Hijo. Por último, recapitulando todo lo que se habia dicho en las disputas precedentes, puso á la vista la substancia de todas las pruebas y de todas las objeciones. Así estuvo hablando en estas dos sesiones ocho horas cabales, con toda la erudicion, sabiduria y fuerza imaginable, y despues presentó por escrito un extracto de su discurso, á fin de que los griegos pu-

diesen examinarle despacio, como lo deseaban, en una asamblea particular de su nacion.

42. En ella fueron muy varios los dictámenes, pues unos no hallaban nada que desear para abrazar la union, y otros procuraban retardarla con todo género de artificios, llevados de una ciega resistencia, pero sin dar ningun motivo de su modo de pensar. Marcos de Éfeso, que no veía entonces ningun contrario con quien luchar, habia vuelto á alentarse, y se esplicó con una arrogancia insultante. Desechó con desprecio el dogma de los latinos, y llegó al extremo de calificarle de heregia. Al contrario Besarion, abandonándose á las impresiones de la verdad y de la rectitud de su conciencia, dijo (1) que lo único que faltaba era glorificar á Dios; que él reconocia de buena fe en la doctrina romana la de los antiguos padres de Grecia, que si algunos de ellos habian hablado de un modo obscuro, era necesario explicarlos por los que se habian espresado claramente; que era cosa vergonzosa verse reducidos á decir con palabras vagas, á egemplo de Marcos de Éfeso, que las obras de los padres griegos habian sido corrompidas por los latinos, como si no fuese notorio que todos los egemplares antiguos se sacaron de Grecia, y fueron copiados por los mismos griegos; que por otra parte, era absolutamente necesario conciliar á los doctores de la iglesia de occidente y á los de oriente; que si en algunos pasages parece que hay opo-

(1) *Tom. 13. Conc. p. 563. 592. et seq.*

sicion entre ellos, es indispensable mostrar por el testo de la doctrina, como cosa necesaria á la fe, que estas contradicciones son aparentes; y en fin que si antes del concilio eran excusables los griegos en su separacion de la iglesia romana, no podian continuar en el cisma sin hacerse reos de un delito gravísimo, despues de haber sido iluminados con una luz tan copiosa y resplandeciente. Parece que este griego, lleno de rectitud y de generosidad, temió que un carácter tan ageno de lo que se acostumbraba en su patria, le produjese mil disgustos si volvía á ella. Se quedó pues en el centro del catolicismo, donde fue elevado despues á la dignidad de cardenal, y se distinguió por su destreza é inteligencia en unos asuntos enteramente nuevos, no menos que por su doctrina y por su piedad eminente.

43. Jorge Sclario, senador muy versado en la teología, apoyó el dictámen de Besarion é insistió en la falsedad del pundonor que los empeñaba en no mudar de partido, ya que los nuevos conocimientos que habian adquirido mostraban claramente la verdad. Para promover la union hizo tres discursos, que con otros muchos pronunciados igualmente por los griegos en Florencia, manifiestan una gran superioridad de ingenio y de cultura sobre los oradores latinos de aquel tiempo. Pero nos reduciremos á las cortas analisis que hasta ahora hemos presentado de ellos: y aunque tal vez habrán perecido ya demasiado prolijas, en vista

de la aridez de una materia tan abstracta, nos ha parecido que debian entrar indispensablemente en nuestro plan, el cual nos obliga á dar noticias exactas sobre todo lo que pertenece al dogma. Se entregaron á los griegos copias de los discursos de Besarion y de Jorge Scolario, como tambien del que hizo el provincial dominicano, á fin de que los examinasen despacio y observasen bien todo su contenido. Emplearon en esto mas de dos meses, en cuyo tiempo se dedicaron especialmente al exámen del doctor latino con toda la exactitud que debia esperarse de la emulacion nacional.

44. En fin, como no habia ya que esperar otras noticias, se trató de tomar una resolucion definitiva. Queriendo absolutamente el Emperador terminar este asunto, y viendo que nada se adelantaba con las conferencias, con las disputas y controversias, fue á buscar á la Cabeza de la Iglesia, el cual le persuadió que se valiese de la autoridad como del único medio establecido por Dios para fijar en materia de Religion la inestabilidad del entendimiento humano. Se convino en nombrar por una y otra parte diez personas, á fin de que opinase cada una sobre los medios mas á propósito para concluir de una vez; se propusieron recíprocamente varias fórmulas de creencia, se usó de toda la condescendencia compatible con la seguridad y pureza del sagrado depósito, y cuando el Emperador vió el asunto en este estado, mandó que se juntasen todos sus prelados en casa del pa-

triarca, para que diesen sus votos y se formase la decision con arreglo al mayor número.

El virtuoso patriarca, ocupado enteramente con la idea de la última cuenta que habia de dar muy en breve al Juez supremo, y determinado, segun se esplicó, á reunirse á la Silla apostólica aun cuando el Emperador no tomase este partido, empezó opinando de un modo razonado y fundado en sábias reflexiones. „Supuesto, dijo, que los padres de oriente y occidente enseñan en unas partes que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y en otras que procede del Padre por el Hijo, lo cual significa una misma cosa; no obstante, sin servirme de esta espresion *del Hijo*, digo que procede del Padre por el Hijo, entendiendo por esto que el Hijo es la causa en la procesion del Espíritu Santo. Estoy perfectamente unido con los occidentales, que dicen que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pero no decido que deban añadirse estas palabras al símbolo, ni que debamos mudar nuestros ritos al recibir la union.” Despues del patriarca, dijo el Emperador que él reconocia por ecuménico el concilio de Florencia, y que creyéndose obligado en conciencia á seguir el dictámen del mayor número de los padres, se sometia á él con entera docilidad; pero sin que el occidente obligase á los griegos á añadir nada al símbolo, ni hiciese alguna alteracion en sus ritos. Isidoro de Rusia, Besarion de Nicéa, el arzobispo de Heraclea, que antes era contrario á la union,

easi todos los vicarios de los patriarcas de Alejandria, Antioquia, Jerusalem y otros obispos, en número de diez, dieron su consentimiento en esta primera asamblea. Los contradictores mas obstinados fueron Marcos de Éfeso y Sofronio de Anquiála. En otra asamblea, celebrada poco despues, reconocieron todos unánimemente, á escepcion del arzobispo de Éfeso, que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, como que es consubstancial con él; y aun confesaron que procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio y de una sola substancia, y por una sola espiracion y procesion. Sin embargo, hubo todavía algunas dificultades por una y otra parte acerca de las varias fórmulas que se dispusieron en los dos partidos para explicar esta doctrina, y especialmente acerca de estas palabras: *por el Hijo*, en las cuales se habian fijado los griegos, pero éstos dieron por último una declaracion que dejó plenamente satisfechos á los occidentales.

Ya no se trataba mas que de convenir en los otros artículos, á saber, en la primacia del Papa, en el modo de ofrecer el santo sacrificio y en el purgatorio. Fue fácil uniformarse en los dos últimos, con la condicion de que no se especificase la naturaleza de las penas del purgatorio, y que los griegos confesasen que la materia del sacrificio se convierte en el cuerpo de Jesucristo por las solas palabras de la consagracion, independientemente de la oracion que ellos añadian. En cuanto á la prima-

cia, solo querian reconocerla en general, y no para el efecto especial de apelar á la santa Sede de las sentencias de las sillas patriarcales, ni de poder celebrar los concilios ecuménicos sin la intervencion del Emperador y del patriarca; y llegó á tal punto esta dificultad, que faltó poco para que se perdiese todo lo que se habia adelantado hasta entences. No obstante, se logró la conciliacion por medio de los temperamentos y esplicaciones á que fue necesario recurrir; y todos los griegos abrazaron por fin la union con entera libertad, segun el testimonio auténtico de Besarion, el cual exceptúa solamente á Marcos de Éfeso y á un discipulo de éste, llamado por algunos autores Jorge Scolario, pero muy diferente del sábio y piadoso senador del mismo nombre que fue despues patriarca de Constantinopla.

45. En este intervalo habia muerto el patriarca Josef, antes que se tomase una resolucion definitiva, con los mas vivos deseos de ver su rebaño reunido con toda la Iglesia bajo del cayado de Pedro. Murió de repente, despues de haberse explicado por escrito en estos términos: „Josef, por la divina misericordia, arzobispo de Constantinopla la nueva Roma, y patriarca ecuménico: acercándose el término de mi vida, y hallándome próximo á pagar la deuda comun á todos los mortales, escribo por la gracia de Dios, suscribo y manifiesto mis sentimientos sinceros á mis amados hermanos: creo todo lo que cree y enseña la Iglesia católica y apos-

tólica de nuestro Señor Jesucristo, la de la antigua Roma, y declaró, que abrazó todos los artículos de esta creencia. Confieso también que el Papa de la antigua Roma es el Padre de los padres, el Sumo Pontífice y el Vicario de Jesucristo, para corroborar la fe de todo el mundo, y creo igualmente en el purgatorio de las almas." Dispuso el Papa que á un prelado tan digno se le hiciese un entierro magnífico en el monasterio de los dominicos donde tenía su alojamiento. Oficiaron los prelados griegos según su rito, y asistieron á la función todos los cardenales y obispos latinos.

46. Se celebró por fin el día 6 de Julio de 1439 la décima y última sesión arreglada del concilio general de las dos iglesias para la publicación del decreto que se había preparado con tanto esmero. Estaba concebido en estos términos, que el cardenal Julian puso en latín, y Besarion de Nicéa en griego (1): „Eugenio, obispo, siervo de los siervos del Señor, para perpétua memoria. De común acuerdo y consentimiento con nuestro muy querido hijo en Jesucristo, Juan Paleólogo, ilustre Emperador de los romanos, con los que ocupan el lugar de nuestros venerables hermanos los patriarcas y los demás diputados de la iglesia oriental, en nombre de la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la aprobación de este santo concilio ecuménico congregado en Florencia, definimos lo que todo cristiano debe creer y profesar; á saber: que el

(1) *Conc. t. 12. p. 510.*

Espíritu Santo es eternamente del Padre y del Hijo, que recibe su esencia y su ser subsistente del Padre y del Hijo á un mismo tiempo, y que procede de uno y otro eternamente, como de un solo principio y por una sola espiración; declarando que los santos doctores y los padres que dicen que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, entienden y dan á entender con estas palabras que el Hijo, igualmente que el Padre, es la causa, según los griegos, y según los latinos, el principio de la subsistencia del Espíritu Santo: y como el Padre, engendrando eternamente al Hijo, le comunica todo lo que tiene él en sí mismo, á escepción de la paternidad, le da también desde *ab eterno* aquello en que el Espíritu Santo procede de él. Declaramos que la esplicación hecha por medio de esta palabra *Filioque*, para ilustrar la verdad, según era necesario entonces, se añadió al símbolo legítimamente y con razón. Declaramos que el cuerpo de Jesucristo se consagra verdaderamente en el pan de trigo, ó fermentado ó ázimo, y que los sacerdotes deben usar el que se acostumbra en su iglesia, sea oriental ú occidental; que las almas de los verdaderos penitentes que mueren en gracia de Dios antes de espirar con frutos de penitencia sus pecados de comisión ó de omisión, son purificadas después de la muerte con las penas del purgatorio, y que reciben alivio con los sufragios de los fieles vivientes, por ejemplo, con el sacrificio de la misa, con las oraciones, limosnas y otras obras pias que

hacen los fieles por los otros fieles, según las instituciones de la Iglesia; que las almas que no contrajeron ninguna mancha de pecado después del bautismo, y las que habiéndolas contrahido, las horrieron en vida, ó después de la muerte del modo que acabamos de decir, entran al momento en el cielo, y gozan de la clara visión de Dios, mas ó menos perfectamente, según la diferencia de sus méritos; en fin, que las almas de los que mueren en pecado mortal actual, ó con solo el pecado original, bajan inmediatamente al infierno, donde son castigadas, aunque con desigualdad. Definimos también, que la santa Sede apostólica y el Pontífice romano tiene la primacía sobre toda la tierra; que es el sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, el verdadero Vicario de Jesucristo, la Cabeza de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos; que Jesucristo le dió, en la persona de San Pedro, la plena potestad de apacentar, de arreglar y de gobernar la Iglesia universal, como se explica en las actas de los concilios ecuménicos y en los santos cánones, renovando además las disposiciones canónicas acerca de los demás patriarcas, de suerte que el de Constantinopla sea el segundo, ó inmediatamente después del Papa; el de Alejandría el tercero, el de Antioquía el cuarto, y el de Jerusalén el quinto, sin tocar á sus derechos ni á sus privilegios."

Fue firmado este decreto por el Papa, por ocho cardenales, por los dos patriarcas latinos de Jeru-

salen y Aquiléa, por ocho arzobispos, por cuarenta y siete obispos, por cuatro generales de órdenes religiosas, y por cuarenta y un abades. Habían sido muchos mas los prelados, aun hasta la sesión última; pero como no llegó el caso de firmar hasta mas de tres meses después, sin duda á causa de las cuestiones que se agitaron en seguida, muchos de ellos declararon anticipadamente su opinión, y marcharon al momento para atender á las urgentes necesidades de sus iglesias. Por parte de los griegos, firmó en primer lugar Juan Paleólogo sin perder un instante; pero no fue imitado por el Príncipe Demetrio su hermano, el cual se obstinó en el cisma. Los primeros que firmaron después del Emperador fueron los dos vicarios del patriarca de Alejandría, respecto de haber fallecido el de Constantinopla, y después el arzobispo de Rusia por el patriarca de Antioquía, pues Marcos de Éfeso, que era el otro vicario, perseveró en el cisma; el arzobispo de Monembasia, que había quedado por único vicario del patriarca de Jerusalén con motivo del fallecimiento del arzobispo de Sardis, en cuyo nombre firmó Besarion, á quien imitaron otros obispos comisionados por sus hermanos; y por último firmaron catorce arzobispos, y diez entre abades y eclesiásticos constituidos en dignidad. Algunos autores suponen que fue mucho mayor el número de los obispos de oriente que suscribieron al concilio, asegurando que llegaron á cuarenta y seis, del imperio de Constantinopla, de Trebisonda, de

la Iberia ó Georgia, de Rusia y de Armenia, de donde pasaron á Florencia dos metropolitanos antes de la salida de los griegos. Pero es muy verosímil que se comprenden en este número las suscripciones hechas por medio de procuradores.

47. Antes de separarse preguntaron los latinos á los griegos la razon de varias prácticas que eran peculiares de su liturgia. Las mas asombrosas recaian sobre el sacramento de la confirmacion y la indisolubilidad del matrimonio. Ruardo Tappero, célebre doctor de Lovaina, asegura que los prelados y los teólogos de Grecia renunciaron sus errores acerca de la confirmacion, y la reconocieron todos por verdadero sacramento de la nueva ley: lo que muchos de ellos no creían antes (1). En cuanto al matrimonio, juzgaban que era permitido disolverle por causa de adulterio, y contraer despues otro nuevo. En vano se les mostró que se apartaban en esto, no solo de la práctica de los occidentales, sino tambien de lo que habia enseñado el mayor número de sus antiguos autores; no dieron otra respuesta sino decir que tenían poderosas razones para proceder de aquel modo. No se les estrechó mas, porque el concilio no habia decidido formalmente acerca de esta cuestion; pero se vieron con dolor los golpes funestos que por lo comun recibe del cisma la verdadera fe, y la triste indulgencia á que obliga el peligro de apagar el último soplo de vida, penetrando con el instrumento curativo en unas he-

(1) *Tapp. t. 2. art. 12. de Confirm.*

ridas tan profundas. Quería el Papa que se tratase á Marcos de Éfeso como lo habían hecho constantemente los Emperadores cristianos con los refractarios que no se sujetaban á las decisiones de los concilios. Juntáronse los obispos de Grecia para tratar de este punto, y citaron al cismático obstinado, el cual, lleno de consternacion, fue á toda prisa á buscar al Emperador, y le suplicó bañado en lágrimas que le diese tiempo para tomar una resolucion que no pareciese dictada por la violencia. Paleólogo, que estaba dotado de una sensibilidad escesiva, se dejó vencer de sus ruegos, y procuró aquietar á los obispos, dándoles aquellas fatales esperanzas que destruyeron en Constantinopla todo lo que se habia hecho en Florencia.

Se restituyó á Grecia á últimos de Julio, despues de haber conseguido de Eugenio, naturalmente grande y generoso, mucho mas de lo que habia prometido este Pontífice; pues además de los gastos, tanto del viage como del tiempo que estuvo en Italia, y de los navíos necesarios para regresar, dió veinte mil escudos de oro para el pago de la guarnicion de Constantinopla, se obligó á mantener habitualmente en aquella ciudad trescientos ballesteros y dos galeras, á dar en caso de necesidad veinte navíos por espacio de seis meses, ó diez por un año; y si se pedían tropas de tierra, á emplear todo su influjo y autoridad con los Príncipes cristianos, para proporcionar fuerzas respetables.

48. Pero en Basilea fue Eugenio mal recompensado por lo que hacia en Florencia, porque á 16 de Mayo de este mismo año se celebró allí la sesión treinta y tres, en que á pesar de la oposición de las cortes y de los prelados mas respetables, se tomaron unas providencias que conducian necesariamente al último escándalo. Se habia dispuesto una memoria previa, en la que se establecia por principio que el concilio general es superior al Papa; que no puede ser disuelto, trasladado ni prorogado sin que preceda el consentimiento de los padres, y que todo el que se oponga á estas verdades es herege. Despues se aplicaban á Eugenio estas generalidades, y se inferia de ellas particularmente y como un punto de fe que era reo de heregia. Los embajadores de los Principes cerca del concilio, la dieta imperial que se celebró al mismo tiempo en Maguncia, el mayor número de obispos, y en fin todas las personas que conservaban la serenidad necesaria para discernir los verdaderos intereses de la Iglesia, se declararon contra una pretension que tan visiblemente y con tanta rapidéz se dirigia á suscitar un nuevo cisma. Nicolás Tudesco, llamado comunmente el panormitano, porque era arzobispo de Palermo, este Proteo que jamás tuvo un carácter peculiar, y se revistió de todos los que podian contribuir á su fortuna, era en Basilea embajador del Rey de Aragon, y se mostró uno de los mas ardientes defensores de los derechos pontificios, observando despues una conducta diametralmente con-

traria. Impugnó con vehemencia y con superioridad los principios cismáticos, los discursos inconexos, los descuidos, la ignorancia y preocupacion del cardenal de Arlés, que confundiendo la potestad de juzgar las conciencias con la de juzgar de la fe, atribuía á los simples sacerdotes la misma autoridad que á los obispos para decidir acerca del dogma, y aun creía que era de mas peso el voto de un pobre clérigo que el de un prelado opulento.

Al contrario, el arzobispo de Palermo sostenia que solo se habia concedido esta potestad á los Apóstoles y á los obispos sus sucesores (1). „¿De cuándo acá, exclamó, tienen los simples sacerdotes voto decisivo en los concilios? ¿No están reducidos por la naturaleza de su estado á decir sencillamente su parecer?“ Citó estas palabras de los padres de Calcedonia: *un concilio es una reunion de obispos y no de clérigos*; lo que el buen cardenal de Arlés creyó refutar muy bien diciendo que el nombre de clérigos debia entenderse de los simples tonsurados. Pero si Luis de Aleman estaba tan poco versado en las antigüedades eclesiásticas, dió á entender por lo menos que no sucedia lo mismo con la erudicion y política que habia aprendido antiguamente en los libros de su colegio. Adelantando cada dia mas y mas con una impetuosidad que favorecia á su causa con mayores ventajas que el buen gusto y la razon, desechó todos los temperamentos y todas las dilaciones que se le propu-

(1) Coment. Æn. Sylv. l. 1. p. 24.

sieron, instruido (decía él) por el ejemplo de Aníbal, que en vez de marchar á Roma inmediatamente despues de la batalla de Cannas, habia errado el golpe por haberlo diferido hasta el otro dia; y por el de los galos senonenses, que siendo ya dueños de aquella ciudad, fueron arrojados de ella vergonzosamente por haberse entretenido al rededor del capitolio; de donde infirió que era necesario morir por la Iglesia, así como Curcio habia muerto por Roma, y Codro por Atenas.

Estos motivos parecieron perentorios á la mayor parte de los miembros del concilio, segun se hallaba entonces, esto es, á una multitud confusa de eclesiásticos de segundo orden. Aprovechándose el cardenal del entusiasmo que habia inspirado, quiso desde luego que se aprobasen en una misma congregacion los artículos dispuestos contra el Papa Eugenio. Pero se opusieron abiertamente los embajadores de los Príncipes, las naciones de España y de Italia, el mayor número de obispos, y mas que todos el arzobispo de Palermo, el que viendo que no desistia por esto el cardenal, exclamó fuertemente para que le oyesen en medio de tanta confusion (1): „Supuesto que despreciais á tantos Príncipes y prelados, yo os declaro en nombre del cuerpo episcopal, que debeis suspender todo procedimiento ulterior. Es muy extraño que pretendais alzaros con la superioridad, no teniendo de vuestra parte mas que tres obispos. A nosotros, que so-

(1) *Ibid.* p. 33. et 34. -- *Conc.* t. 9. p. 1154.

mos el mayor número, nos corresponde decidir: nosotros somos verdaderamente el concilio, y este título no puede convenir á la gavilla de aduladores y de escritores asalariados que os rodean.” Fue aplaudido el arzobispo; pero dió motivo á unas reclamaciones muy fuertes. El patriarca de Aquilée, que estaba por el cardenal de Aleman, levantó la voz, y dijo al partido de la oposicion, que ellos no conocian á la nacion germánica, y que si continuaban oponiéndose al bien de la Iglesia, saldrian de allí con las cabezas rotas. Esclamó el panormitano que ya no habia libertad en el concilio, y que debian huir de una asamblea en que se les hacia tan escandalosa amenaza. Fue inútil que el conde de Tierstein, el cual tenia el cargo de protector del concilio, ofreciese toda seguridad y obligase al patriarca á revocar lo que se habia atrevido á decir. Se aumentó el tumulto y la confusion, y si no llegó el caso de abandonarse á los últimos excesos, tampoco se hizo ningun mérito de la protesta del panormitano.

Siendo ya de noche, y no queriendo separarse de allí el obstinado cardenal sin quedar enteramente satisfecho, usó de este estratagema para suspender el tumulto. Fingiéndose de repente que tenia que proponer cosas absolutamente inconexas con las actuales contestaciones, dijo que acababa de recibir de Francia unas cartas, cuyo contenido era asombroso y casi increíble. Habiendo callado todos por la curiosidad de ver en que vendria á parar aque-

llo, leyó en efecto algunas cartas de muy poco interés, y sin embargo infirió de ellas que los nuncios de Eugenio llenaban la Francia de sus máximas acerca de la potestad absoluta del Papa y de la dependencia del concilio. Habiendo vuelto á encenderse inmediatamente el fuego entre la multitud, concluyó sin dar tiempo para reflexionar, y como en nombre del concilio, que se confirmasen á lo menos, entre los artículos propuestos contra el Papa, los que aseguraban los principios generales de la sana doctrina.

Se celebró en consecuencia la sesion treinta y tres, á la que no quisieron asistir los embajadores de los Principes ni la mayor parte de los obispos. No se vió en ella ni un solo prelado de España: hubo un obispo y un abad de Italia, y diez y ocho obispos ó abades, así de Francia como de Alemania, en todos veinte prelados, la mayor parte de los cuales no eran obispos. Pero en cambio hubo cuatrocientos de aquellos padres facticios, á quienes el cardenal presidente conferia la mas alta prerogativa de la dignidad episcopal. Sin embargo, como esta máxima inaudita hallaba muchas dificultades para ser admitida, usó de un espediente aun mas extraño para hacer respetable su concilio (1). Hizo recoger todas las reliquias repartidas en las diferentes iglesias de Basilea, y las colocó en las sillas de los obispos ausentes: lo que inspiró tanta devocion, que *las buenas gentes*, dice Eneas Silvio,

(1) *Digest. Conc. Basil. l. 2. p. 37.*

(y no todos y cada uno, como traduce un escritor moderno) *se deshacian en lágrimas*. ¿Podrán buscarse paliativos para esto, y no deberemos al contrario presentar con todos sus colores odiosos una maniobra, por una parte tan ridícula, y por otra tan visiblemente dirigida á la corrupcion y al soborno? Pero no: jamás podrá engañarse á los fieles, por poco instruidos que sean, acerca de la infalibilidad concedida á los sucesores de los Apóstoles hasta la consumacion de los siglos, esto es, al cuerpo vivo del apostolado ó del episcopado. Solo se logrará escitar el desprecio y la indignacion de los hombres sensatos, sugiriendo á los simples, con otro escritor aun mas osado, que unos testigos de la fe, santos y mudos, valian mas que los testimonios de obispos vivos y viciosos. El decreto proyectado se adoptó sin duda alguna en semejante tribunal; y se decidió, como tres artículos de fe, primeramente, que el concilio general tiene una autoridad superior á la del Papa y á la de cualquier otra persona; en segundo lugar, que el Papa no puede de ningun modo disolver, trasladar ni prorogar los concilios; y en fin, que se debe tratar de herege á cualquiera que se oponga á las dos verdades precedentes. Algunas semanas despues se aplicó á Eugenio en una congregacion numerosa este decreto, que era general en las palabras, pero muy personal en los designios de los que tan artificiosamente le habian promovido y realizado.

Dos dias despues de esta congregacion, esto es,

encuentra todo el espíritu del concilio de Basilea acerca de la conservacion de la disciplina. Segun estas disposiciones, los que obtienen rescriptos apostólicos no podrán llevar á sus colitigantes fuera de la diócesis, como no sea precisamente á la distancia de una jornada, y no mas. Las sentencias de excomunion se publicarán en el espacio de un mes, y quedarán sin efecto si se anticipa el término señalado en las moniciones. No se distribuirán reliquias nuevas, ni se publicarán nuevas indulgencias sin que preceda el permiso del ordinario. No se darán las distribuciones á los canónigos que no hayan asistido al coro. Los que hayan sido constituidos en alguna dignidad, estarán obligados á recibir las órdenes mayores dentro de un año, pena de perder sus beneficios. Además de la asistencia, se recomienda con particular esmero el silencio y el respeto durante los divinos oficios. Se condena severamente el concubinato sin distincion de eclesiásticos y seculares, los juegos de suerte, los matrimonios clandestinos, las encerradas que solian darse en las segundas nupcias, y en fin, la fiesta de los niños ó de los locos, tan digna de este nombre, y prohibida tanto tiempo antes sin ningun fruto.

31. El año siguiente se hicieron en Leon diez y ocho cánones de disciplina, probablemente en la asamblea que negociaba la estincion del cisma, y que segun el plan general que se presenta en el préambulo, parecia anunciar un concilio nacional

de la iglesia de Francia (1). Por lo menos es constante que á los prelados de la provincia de Leon se iban reuniendo muchos arzobispos, y que al parecer serian los que estaban encargados de tratar con la corte de Saboya. En este concilio, ó sea en esta asamblea, se procuró sobre todo tomar las providencias convenientes para establecer en la Iglesia ministros dignos. Solo deben ordenarse los que sean indispensables para el egercicio de las funciones sagradas. Todos, sin esceptuar los clérigos de órdenes menores, deben ser examinados atentamente acerca de su conducta y del grado de doctrina que les conviene. Se examinará mas escrupulosamente á los que son nombrados para la cura de almas. El porte de los eclesiásticos respirará gravedad y modestia: llevarán sotana y corona abierta, y nunca administrarán los sacramentos sin sobrepelliz. La atencion religiosa de los padres se estiende á las universidades, en las cuales se formaban los primeros alumnos de la Iglesia, y las encargan que cuiden diligentemente de este sagrado depósito. Prohiben tambien el abuso de las indulgencias, las predicaciones y confesiones hechas sin la aprobacion de los ordinarios, la infraccion de la clausura religiosa, los matrimonios clandestinos, el concubinato y la blasfemia, que era entonces comunísima, y querian que se reprimiese, implorando en caso necesario el auxilio del brazo secular.

Estos prelados tuvieron en Leon todo el tiempo

(1) *Anecd. t. 4. p. 375.*

que podian necesitar para tratar de las costumbres y de la disciplina, mientras duraron las conferencias y demás pasos dirigidos á conciliar los grandes intereses cuyo choque tenia suspensa la paz de la Iglesia. Ya habia enviado el Rey de Inglaterra embajadores á Roma, aunque sin ningun éxito favorable, para ver si podia lograr que se aceptasen las condiciones con que pretendia Felix hacer su dimision. No desmayó con este suceso el celo del Rey Cristianísimo, el cual envió al Papa Nicolao una embajada compuesta de dos arzobispos, de cinco obispos, de muchos grandes, y tan magnífica en todo que no habia memoria de haber visto jamás en Roma ninguna cosa semejante. Merecieron al Papa la mayor confianza los ministros de un Príncipe que mostraba tanto respeto á la santa Sede, y un celo tan constante por sus intereses. Dijo públicamente á los embajadores que no habia cosa ninguna, salvo el honor de Dios y de la Iglesia, que no estuviese pronto á conceder á un Rey tan cristiano, y despues les comunicó varios artículos secretos que debian remitirse á Francia (1).

Cumpliendo los embajadores con las órdenes que habian recibido, pasaron desde Roma á Lausana, donde estaba Felix con su corte y todo su concilio, por haberlos obligado el Emperador Federico y los magistrados de la ciudad de Basilea á que saliesen de ella cerca de un año antes. No queria Felix manifestar sus intenciones á los embajadores,

(1) *Conc. t. 13. p. 1316.*

hasta saber las resultas de una embajada que habia enviado el Rey Carlos VII. Cualesquiera que fuesen sus proposiciones, la respuesta y el parecer invariable del Monarca fue que Felix renunciase pura y simplemente el Pontificado, y que el Papa Nicolao espediria tres bulas para anular todos los procedimientos seguidos contra Felix y sus partidarios, para confirmar todos los actos publicados en esta obediencia, y para rehabilitar á todas las personas á quienes el mismo Papa habia despojado de sus dignidades ó beneficios. Estando ya estipulado y bien asegurado todo esto, no menos que la suerte futura de Felix, y acercándose el momento tan deseado de la paz y de la concordia, faltó poco para que lo frustrase enteramente un secretario de Amadéo, llamado Bolomier, el cual egercia una autoridad absoluta sobre su amo, y le inspiró nuevas desconfianzas; pero la actividad del duque reinante descubrió y contuvo el mal en su origen. En muy pocos momentos se prendió al perturbador, se le hizo el interrogatorio, quedó convierto, y fue precipitado en el lago de Ginebra, despues de lo cual volvió Felix á adoptar los sentimientos de rectitud de que no suelen apartarse los Príncipes como no sea por las sugerencias de las almas viles.

32. Despues de haber espedido tres bulas por el estilo de las que prometia el Papa Nicolao, porque no se le quiso disputar este corto consuelo, restituyó finalmente la paz á la Iglesia por medio de la dimision pura y simple que hizo del Pontificado el

dia 7 de Abril del año 1449. Cuando se supo esta noticia, fue completa la alegría en todo el mundo cristiano, y especialmente en Roma, donde se ensalzó por todas partes el nombre y la sabiduría del Papa Nicolao: pero éste refirió toda la gloria del triunfo á la Magestad divina, é hizo que se la diesen gracias con la mayor solemnidad. Despues de esto manifestó su agradecimiento al Rey Cárlos VII, á quien miraban con razon como el principal instrumento de que se habia valido el Señor para enjugar las lágrimas de la Iglesia. Fue perfecta y cordial la reconciliacion entre Nicolao y Felix. No se contentó el Papa con observar las condiciones estipuladas, y con espedir las tres bulas prometidas, sino que además de Luis de Aleman, el famoso cardenal de Arlés á quien habia depuesto, restableció en el sacro colegio á Juan de Arsi, arzobispo de Tarantasia, á Luis de Varambon, obispo de Maurienne, y á Guillermo de Etang, creados cardenales por Felix. Los demás habian muerto ya, ó habian renunciado esta dignidad.

Amadéo fue instituido cardenal obispo de Sabina, legado y vicario perpétuo de la santa Sede en los estados de Saboya y en los parages inmediatos cuando se encontrase en ellos, primera persona de la Iglesia despues del Sumo Pontífice, el cual deberia levantarse cuando se presentase Felix, y no exigir de él mas que el ósculo de la boca; y además tendria el derecho de conservar los ornamentos y las insignias honoríficas del Pontificado, es-

cepto el dosel, el anillo del pescador, la cruz en el calzado y la prerogativa de llevar el Santísimo Sacramento en sus viages. En vista de estas concesiones que no son mas que una parte de lo que habia pedido Felix, parece que si se mostró tan desprendido de la dignidad pontificia como lo han publicado sus admiradores, conservaron para él un atractivo muy singular sus símbolos y decoraciones. Pero tal es la miseria humana aun en medio de la piedad y las grandes virtudes. ¡Cuántos personajes, tenidos igualmente por santos, se hallarian reprehensibles á juicio de los mismos hombres! Sea lo que quiera de las disposiciones del alma, las cuales no pretendemos escudriñar, puede decirse que fue bastante bien tratado Felix, para ser un Antipapa arrepentido. Despues de su abdicacion, se volvió á su retiro de Ripailles, donde no pensó mas en su Pontificado, segun dicen, así como no se habia acordado de solicitarle: lo cual no deja de ser equívoco. Pero en lo que convienen todos unánimemente es que vivió todavía año y medio de un modo cristiano y verdaderamente eemplar. ¡Dichoso en haber logrado que hubiese este intervalo entre su vano Pontificado y la cuenta terrible que tuvo que dar de él! Y mas dichoso (añade Eneas Silvio, uno de sus admiradores anticipados) si no hubiese afeado su vejez con este borron, ó no la hubiese afligido con semejante amargura.

33. Su mas celoso partidario, que era Luis de

Aleman, cardenal de Santa Cecilia y arzobispo de Arlés, mostró unas virtudes aun mas brillantes. Reconciliado con el Papa y disgustado para siempre de los negocios y agitaciones que le habian causado tantos pesares, se entregó enteramente al gobierno de su diócesis y á la práctica de las buenas obras. Despues de su muerte, que sucedió casi al mismo tiempo que la de Amadéo, se hicieron en su sepulcro varios milagros, que movieron en lo sucesivo al Papa Clemente VII á permitir que se le honrase como Beato, declarando sin embargo, en una constitucion citada por diferentes autores, que no era su ánimo colocarle en el catálogo de los santos hasta que se hubiese hecho su canonizacion con las solemnidades acostumbradas. El historiador de la Iglesia de Arlés refiere que en su tiempo, esto es, mas de un siglo, se habia dejado de rezar su oficio en aquella iglesia, y de invocarle públicamente: resolucion que atribuye M. de Attichi, obispo de Autun, en sus historias selectas de los cardenales, á las sérias reflexiones que se hicieron entonces sobre lo que habia contribuido el cardenal de Aleman á fomentar y prolongar el cisma. Sin embargo, no ha sido revocado el decreto de Clemente VII, y por consiguiente se debe creer que está en todo su vigor.

¿Qué infrirá de aquí todo hombre imparcial, y atento á los grandes principios, sino, conforme al sentir de Spondano y de otros muchos sábios, que el que tuvo la felicidad de morir santamente des-

pues de haber sumergido á la Iglesia en el cisma, habia espiado su falta en el intervalo que medió entre ella y la muerte, con frutos dignos de penitencia? De otro modo no seria el cisma contrario á la salvacion, ni aun á aquel grado de santidad que merece un culto público: lo cual echaria por tierra todos los elementos de la sana doctrina, y no podria sostenerse sin un escándalo enorme. Estos principios de derecho son incontestables y evidentes; y lo mas que se podria imaginar por un efecto de piedad, seria que permaneciendo el cardenal de Aleman en una ignorancia invencible por la cortedad de su talento, y por la especie singular de su celo, fue su falta meramente material. Pero sin penetrar en estos senos de la conciencia, cuyo juicio está reservado á solo Dios, y sin atribuir á este prelado venerable un carácter que le honraria tan poco, basta que se hubiese reconciliado con el Pontífice legítimo, y que egecutase de buena fé, como lo confiesan todos los partidos, esta accion heróica, que sin disputa alguna es la mas esencial de todas las satisfacciones. Conviene tambien la mayor parte de los autores en que despues de haber conocido la verdad, fue uno de los que mas se esforzaron á promover la renuncia de Felix. Segun estas disposiciones, y con las eminentes virtudes que le conceden todos, es indubitable que si hubo un tiempo en que se desmintió esta virtud, conocida despues su falta, la confesaria, y haria por ella la penitencia conveniente, como

lo asegura del mismo Felix un escritor fidedigno (1).

34. Despues de la abdicacion del supuesto Papa Felix V, el concilio de Lausana, débil resto del de Basilea, pero presumiendo siempre de concilio ecuménico, y dándose el título de tal, quiso disolverse con honor. Espirando, por decirlo así, en el momento en que acababa de nacer, solo celebró su primera sesion para ver descender de la Silla apostólica á su gefe y á su Papa. Al cabo de ocho dias espidió dos decretos á 16 de Abril en la sesion segunda, uno para abolir las censuras fulminadas con motivo del cisma, y otro para restablecer las providencias dadas, y desatendidas casi simultáneamente en aquellos tiempos de turbulencia y de contradiccion. Complaciéndose los fingidos representantes de la Iglesia en continuar con su farsa, celebraron el dia 19 otra sesion, en que eligieron por Papa á Nicolao V, que lo era habia ya dos años. Tres dias despues celebraron por último la sesion cuarta en que concedieron á Felix los títulos y dignidades que solo podia recibir de Nicolao. Concluida la funcion, se declaró disuelto el concilio, y se separó inmediatamente.

Habia durado diez y ocho años contados desde sus primeros principios en Basilea; fue decretado por dos concilios generales, á saber, los de Constanza y Sena; convocado por dos Papas legítimos, cuales fueron Martino V y Eugenio IV, reverenciado mucho tiempo, con justa causa, como la

(1) *Jannoz. Mannet. in vit. Nicol. V. ap. Rain. ann. 1449. n. 6.*

asamblea de la Iglesia universal, á la que representó, segun el juicio mas seguro, en las veinticinco primeras sesiones; ocupado despues útilmente en restablecer la disciplina antigua y en vigorizar aquellos decretos saludables de que se aprovechó la iglesia de Francia mas que otra alguna, insertándolos por la mayor parte en su pragmática-sancion, y por lo mismo protegido eficaz y casi invariablemente por todos los Príncipes que miraban con interés la gloria y la regularidad clerical (*). Pero el amor del mayor bien produce muchas veces grandes males, y se aparta siempre de su objeto, si no evita aquella intemperancia de sabiduria, y aquel celo amargo que destruye en vez de edificar. Por conseguir la reforma, incurrió Basilea en el cisma, y depuso al Pontífice que estaba reconocido como tal en todo el mundo cristiano. Es este un egemplar de los muchos que en el primer período de aquella época de restablecimiento y de restauracion nos ponen á la vista los precipicios á que conduce

(*) Dijimos ya en las notas al libro precedente lo que se debe juzgar del llamado concilio de Basilea, y cómo se han de entender las palabras de los escritores adictos á las máximas galicanas. Cuando con el progreso de la historia lleguemos á tratar de la funesta declaracion de 1682, hablaremos mas por estenso de las famosas sesiones cuarta y quinta de Constanza y de los hechos de Basilea. Entreranto baste repetir la incontestable verdad de que un católico perfecto no debe atenerse en este género de cuestiones al parecer de una iglesia particular, sino al testimonio y creencia de la Iglesia universal, conformándose con el principio inconcuso de San Vicente Lirinense: *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.*

el celo precipitado de reforma. Fue su éxito fatal y feliz á un mismo tiempo, pues inspiró tanto horror al cisma, que desde entonces fue siempre inaccesible la Cátedra de Pedro á las divisiones que la habian afligido antes tan frecuentemente, contribuyendo á un objeto tan loable la union de todas las iglesias y de todos los Príncipes cristianos; y es una leccion mucho mas útil todavía, si produce en nosotros una persuasion íntima é irrevocable de que para edificar no conviene destruir, y de que al enderezar la regla es necesario cuidar de que no se rompa.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-TERCERO.

- N.º 1. *Sumision de varios estados al Papa legitimo.*
 2. *Jubileo del año cincuenta.* 3. *Canonizacion de San Bernardino de Sena.* 4. *San Diego de Alcalá.* 5. *Reduccion de los ingleses en Francia.* 6. *Batalla de Fourmigni.* 7. *Mision del B. Capistrano á Alemania.*
 8. *Firmeza de Sbigneo, obispo de Cracovia.* 9. *El sultan Mahomet II.* 10. *Inquietud del Papa.* 11. *El cardenal de Estouteville reforma la universidad de Paris.* 12. *Frivolidad y avaricia del Emperador Federico IV.* 13. *Indiferencia de los estados cristianos al ver los progresos del turco.* 14. *Advertencia del Papa á los griegos.* 15. *San Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia.* 16. *El solitario Genadio exaspera mas y mas á los griegos cismáticos.*
 17. *Construye Mahomet II el fuerte occidental de los Dardanelos.* 18. *Embiste á Constantinopla.* 19. *Artilleria del sultan.* 20. *Valerosa defensa del general Justiniano.* 21. *Lleva Mahomet sus navios por tierra.* 22. *Victoria prodigiosa de los navios cristianos.*
 23. *Cobardia de Justiniano.* 24. *El Emperador Constantino muere peleando.* 25. *Apoderánse de Constantinopla los turcos.* 26. *Escesos de su barbarie.* 27. *Toma de Gálata.* 28. *Evasion del cardenal Isidoro.*

el celo precipitado de reforma. Fue su éxito fatal y feliz á un mismo tiempo, pues inspiró tanto horror al cisma, que desde entonces fue siempre inaccesible la Cátedra de Pedro á las divisiones que la habian afligido antes tan frecuentemente, contribuyendo á un objeto tan loable la union de todas las iglesias y de todos los Príncipes cristianos; y es una leccion mucho mas útil todavía, si produce en nosotros una persuasion íntima é irrevocable de que para edificar no conviene destruir, y de que al enderezar la regla es necesario cuidar de que no se rompa.

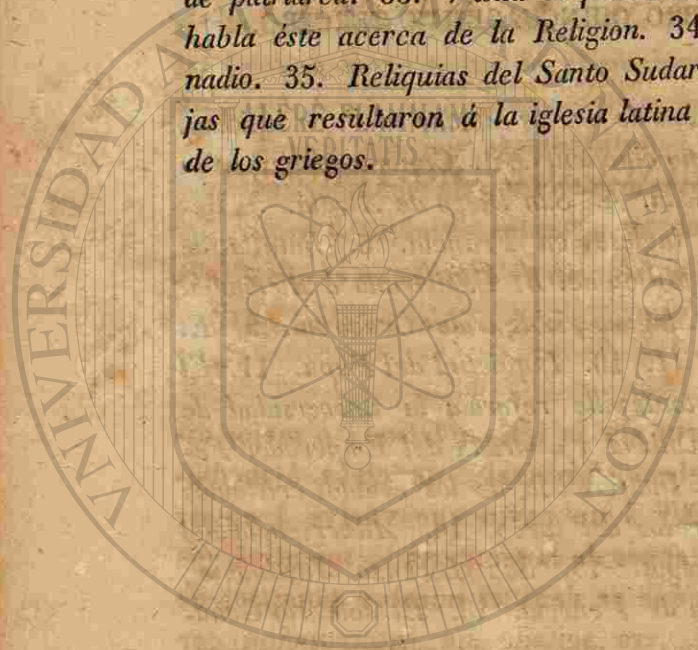
RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-TERCERO.

- N.º 1. *Sumision de varios estados al Papa legitimo.*
 2. *Jubileo del año cincuenta.* 3. *Canonizacion de San Bernardino de Sena.* 4. *San Diego de Alcalá.* 5. *Reduccion de los ingleses en Francia.* 6. *Batalla de Fourmigni.* 7. *Mision del B. Capistrano á Alemania.*
 8. *Firmeza de Sbigneo, obispo de Cracovia.* 9. *El sultan Mahomet II.* 10. *Inquietud del Papa.* 11. *El cardenal de Estouteville reforma la universidad de Paris.* 12. *Frivolidad y avaricia del Emperador Federico IV.* 13. *Indiferencia de los estados cristianos al ver los progresos del turco.* 14. *Advertencia del Papa á los griegos.* 15. *San Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia.* 16. *El solitario Genadio exaspera mas y mas á los griegos cismáticos.*
 17. *Construye Mahomet II el fuerte occidental de los Dardanelos.* 18. *Embiste á Constantinopla.* 19. *Artilleria del sultan.* 20. *Valerosa defensa del general Justiniano.* 21. *Lleva Mahomet sus navios por tierra.* 22. *Victoria prodigiosa de los navios cristianos.*
 23. *Cobardia de Justiniano.* 24. *El Emperador Constantino muere peleando.* 25. *Apoderánse de Constantinopla los turcos.* 26. *Escesos de su barbarie.* 27. *Toma de Gálata.* 28. *Evasion del cardenal Isidoro.*

29. Muerte desgraciada del almirante Notaras. 30. Esclavitud de Phrances, gefe de la guardaropa. 31. El sultan restablece el orden y la tranquilidad en Constantinopla. 32. Manda que se proceda á la eleccion de patriarca. 33. Visita al patriarca Genadio, y le habla éste acerca de la Religion. 34. Obras de Genadio. 35. Reliquias del Santo Sudario. 36. Ventajjas que resultaron á la iglesia latina de la calamidad de los griegos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

~~~~~

### LIBRO QUINCUAGÉSIMO-TERCERO.

*Desde la estincion del cisma de Basilea en el año 1449,  
hasta la ruina del imperio de oriente en el de 1453.*

1. El cuerpo de la iglesia latina, ó mejor diremos de la Iglesia universal, semejaba á mediados del siglo XV á un navio que vuelve á entrar en el puerto despues de la tempestad, mientras que el débil batél, que se daba el nombre pomposo de iglesia oriental, era agitado sin interrupcion por los vientos y las olas, é impelido sin cesar con mayor violencia contra los escollos en que debia estrellarse. Reconocido y reverenciado el Pastor romano por el Antipapa arrependido y por los fautores del cisma que habian permanecido obstinados tanto tiempo, se aplicaba en el seno de la paz y de la concordia á restituir á la Silla apostólica toda su magestad, y á reparar los desórdenes causados por el ódio y la division. Alfonso, Rey de Aragon



y de Nápoles, habia desistido de sus pretensiones al ducado de Milán, en el que habia tenido fin la dominacion de los Viscontis al espirar el duque Felipe, despues de haber durado ciento setenta años; y usando de una moderacion muy agena de su carácter, dejaba que respirase la Italia despues de las turbulencias que habia escitado en ella con sus celos y con sus proyectos ambiciosos. Los estados de España, inclusas Navarra y Castilla, no mostraban menos obediencia á la santa Sede que el reino de Portugal, siempre adicto á los Pontífices Eugenio y Nicolao (\*). La Francia, que á pesar de sus estraordinarias calamidades, habia trabajado con buen éxito por el restablecimiento de la unidad católica, defendiendo su obra con un celo igual á su gratitud para con el Todopoderoso, que parece que quiso premiarla confundiendo para siempre la presuncion del inglés altivo, y afirmando sólidamente el trono de la familia de San Luis. En Germania, en Polonia, en Hungría, en todos

(\*) Los estados de Castilla, agitados cuasi sin cesar por los bandos y divisiones de la nobleza, por la ambicion de los favoritos y por las guerras intestinas, promovidas y continuadas con tanto furor por una y otra parte, no fueron durante los reinados de Juan II y de Enrique IV, mas que un vasto teatro de revueltas, discordias y muertes. Sin embargo, invariablemente adicta la iglesia de España al Pontífice legítimo é indubitado, sostuvo siempre los intereses de Eugenio IV y del santo concilio de Florencia, en lo que se distinguieron, aun entre los mas célebres doctores de todo el mundo cristiano, los cardenales Juan de Torquemada y Juan Carvajal, insignes en virtud, ciencia y valor, de cuyos hechos están llenas las historias. Véase Mariana lib. 21 y 22.

los paises septentrionales y vecinos á los orientales cismáticos, lejos de dar entrada al contagio del error, se procuraba socorrer á aquellos hermanos estraviados, y por medio de los auxilios temporales trataban de despertar en ellos el espíritu de la fe verdadera, antes que se estinguiese de todo punto.

2. En el centro de la religion y de la unidad cristiana, y en la época que acabamos de señalar, se conoció que si se habia suspendido por el espíritu de division el respeto de los pueblos y de los grandes á la Silla de Pedro, se mostraba con mas ardor que nunca desde el restablecimiento de la concordia. Segun la bula de Clemente VI, que redujo el jubileo al espacio de cincuenta años, le anunció Nicolao V el dia 19 de Enero de 1449 para el año siguiente; siendo tal el gentío de todas clases y de todos los paises que acudió al sepulcro de los Santos Apóstoles, que no se acordaban los nacidos de haber visto nunca un concurso tan numeroso (1). El Pontífice habia comunicado órdenes eficaces para la libertad y seguridad de los caminos, con el objeto de que los peregrinos no se viesen espuestos en ellos al robo ni á los insultos, y para que se vendiesen los víveres á precios equitativos. Mas no se pudo evitar el tumulto y la confusion, casi irremediable en el flujo y reflujó de aquella multitud sin número. Quedaron muchas personas ahogadas en las iglesias y en otros muchos parages. El Pontífice recibió honoríficamente á un gran número

(1) *Mat. de Courci. p. 609.*



de peregrinos distinguidos, y entre otros al arzobispo elector de Tréveris, á quien dió permiso para fundar una universidad en esta metrópoli, y al conde de Cillei en Stiria, tan desacreditado por sus vicios como condecorado por sus enlaces con los Emperadores. Contaba entonces noventa años, y no obstante, luego que volvió á su país, se abandonó de nuevo á todos los escesos que habia ido á confesar á tan gran distancia. Pocas veces se vé que la conversion del corazon sea efecto de las peregrinaciones.

3 y 4. Recibió un nuevo lustre el año del jubileo con motivo de la canonizacion de San Bernardino de Sena, egecutada entonces (1). Los muchos milagros obrados en su sepulcro en los seis años transcurridos desde la muerte del Santo, reunieron en favor de este humilde discípulo de San Francisco á los ciudadanos de Sena, en cuya ciudad habia consumido la mayor parte de su vida, con los de Aquila, donde habia muerto. Principiaron la informacion de sus virtudes heróicas en tiempo del Papa Eugenio IV, que habia sido muchas veces testigo ocular de ellas, y la siguió Nicolao V con tanta diligencia, que se concluyó en 1449 por la solicitud de Juan Capistrano, digno por cierto de un ministerio que despues habia de egercerse con él. La canonizacion se celebró por último con toda solemnidad el dia de Pentecostes, 25 de Mayo de 1450, en el que se vió tambien otro Santo de

(1) Bull. t. 2. Const. Nicol. V.

la misma observancia, esto es, el bienaventurado Diego, español, que en su clase de religioso lego manifestó todas las virtudes, y cogió los frutos del apostolado. Reverenciaron entonces los conventuales al que no habian querido seguir en la reforma, y obstináronse en no entregar su cuerpo que conservaban en el monasterio de Aquila. Pero mandó el Sumo Pontífice que le custodiasen los observantes que le habian reverenciado y seguido con constancia como á su segundo fundador. Edificáronle una iglesia magnífica, á la que le trasladaron algunos años despues; y colocáronle en una urna de plata, que pagó el Rey Luis XI, quien le veneraba de un modo especial. En la canonizacion de este ilustre franciscano, fue, por decirlo así, canonizado en vida San Antonino de Florencia, que era el ornamento del órden de Santo Domingo; pues admirado Nicolao V de su vida angelical y de sus obras maravillosas, exclamó, que no creía ser Antonino menos digno que Bernardino de que se le colocase en el número de los Santos.

5. Volvió á consolidarse el poder de Cárlos VII en este mismo año de 1450, y adquirió toda su dignidad la corona de Francia de resultas de la batalla de Fourmigni, en que fueron derrotados los ingleses; como si hubiese querido la Providencia que no mediara intervalo alguno entre la paz de la Iglesia y la tranquilidad y prosperidad de la nacion que principalmente habia contribuido á ella. Mientras ponía en olvido sus propios intereses y todos



sus peligros , para consagrarse enteramente á la estincion del cisma , quebrantaron los ingleses dos meses antes del término acordado la tregua que á este fin habia ajustado con ellos. Entraron por sorpresa en la plaza de Fongerés , que era del duque de Bretaña , aliado del Rey Carlos , cometiendo esta felonía en un tiempo en que confiados sus vecinos en la fe de los tratados, nada recelaban : saquearon la ciudad , y se llevaron inmensas riquezas. Quejóse el Rey al duque de Sommerset , que era gobernador de Normandía por el Rey de Inglaterra , el cual creyó satisfacerle desaprobando la conducta del autor de la irvasion. Habiéndole pedido que reparase los daños y perjuicios , y restituyese la plaza , respondió con frialdad que esto no dependia de él ; y habiendo repetido la solicitud ante el Rey de Inglaterra , solo trató de eximirse con vanos efugios de la obligacion en que estaba.

Propuso entretanto el duque de Sommerset una conferencia al Rey Carlos , que la aceptó ; y en consecuencia pasaron los ministros del Rey y los agentes del duque á Louviers , donde habia de celebrarse. Mas era muy de temer la fe británica , que solo aspiraba á ganar tiempo para remediar los tristes efectos de la discordia que por justos juicios de Dios se espermentaban en Inglaterra , habiendo afligido antes esta nacion á la Francia con un azote tan cruel. Apoderóse el duque de Bretaña , con anuencia del Rey , del puente del Arco , que estaba en aquellas inmediaciones , y de algunas otras

plazas que podian servir de cange , ó á lo menos de indemnizacion por la pérdida de Fourgeres. Quejóse amargamente el duque de Sommerset , y como la respuesta era muy fácil , se le pidió que devolviese la plaza de Fourgeres , y le restituirian al punto lo que habian tomado por via de represalias. Manifestó entonces el gobierno británico con claridad sus verdaderas disposiciones , pues mandó desde luego á sus agentes que rompiesen las conferencias y declarasen la guerra entre las dos naciones.

La Inglaterra , tomando en cierto modo á su cargo la venganza de la Francia , se precipitaba por su propio impulso en el abismo donde por tanto tiempo habia pretendido hacerla caer. Empeñábase voluntariamente en una guerra estrangera y ruinosa , mientras que la suerte del duque de Gloucester , á quien habian quitado la vida en una cárcel no obstante ser hermano del Rey , y las contribuciones escesivas con que oprimian al pueblo , causaban en el seno del estado unas agitaciones terribles y todo género de desórdenes. Habiendo osado los ingleses hacer una irrupcion en Escocia contra la fe de los tratados , en los que habian comprendido este reino , perdieron dos batallas sangrientas , y en una de ellas veinticuatro mil hombres. Entraron los escoceses en Inglaterra de resultas de este suceso , y lo llevaron todo á sangre y fuego. Carlos VII se aprovechó tanto de las circunstancias , que arrojó para siempre de su reino á aquellos vasallos peligrosos.



El conde de Foix, á quien habia confiado el mando de sus egércitos desde los Pirineos hasta el Garona, recibió orden de acometer generalmente todas las plazas que conservaban los ingleses en aquellas provincias. No podia haber depositado mejor su confianza el Monarca. El conde, yerno del Rey de Navarra, que estaba coligado con el de Inglaterra y que habia salido garante de la ciudad de Mauleon del Sauce, muy fuerte para aquel tiempo, la puso sitio, cortándola los víveres por todas partes; pues pudo mas en él la fidelidad que debia á su Soberano que los afectos naturales. Se resistió á cuantas instancias le hizo el Rey su suegro, que habia acudido á auxiliar la plaza, y la obligó á rendirse. Apoderóse igualmente del castillo de Guissan, situado á cuatro leguas de Bayona, despues de haber derrotado un egército inglés que iba á socorrerle.

Por la parte de Normandía, donde el enemigo era el mas poderoso, el conde de Dunois, gobernador general del reino con la condicion de ceder el mando al condestable siempre que se hallasen juntos, obligó á huir al general Talbot, que habia ido á sitiár el fuerte de Vernuvil de la Percha, una de las mejores plazas de Francia. No solo se apoderaron las armas francesas de Vernuvil, sino tambien de Lisieux, que estaba en el centro de Normandía, de Pont-Aude-mer, de San James de Beuvron, de Alenzon, Mante, Vernon, el castillo de Dangu, Gisors, Gournai, Neufchatel, Fecamp

y otras muchas plazas fuertes, de las cuales unas se tomaron por asalto, y otras capitularon. En la Normandía baja se apoderó el duque de Bretaña, acompañado del condestable, de las ciudades de Coutance, San-Ló, Carentan, y un número considerable de castillos fortificados; de Valogne, con seis ó siete plazas pequeñas, y últimamente de la ciudad de Fourgeres, que habia sido la causa del rompimiento.

Noticioso el Rey de todos estos triunfos, que tenian consternada á la ciudad de Roan, donde se hallaban el duque de Sommerset y el general Talbot con tres mil hombres de su nacion, envió á intimar á aquella capital, cansada ya del yugo angelicano, que volviese á su antigua obediencia<sup>(1)</sup>. No permitió el duque que entrasen en la ciudad los heraldos, y les dijo quitaria la vida si se acercaban á ella; pero habiendo mandado el conde de Dunois que desfilase todo el egército de modo que pudiese ser visto desde las murallas, los vecinos que presenciaron este espectáculo, repetido muchas veces, se representaron con viveza todos los horrores de una ciudad tomada por asalto, y suplicaron á su arzobispo Raulo Roussel, que fuese á negociar la paz con el Rey Carlos, admitiendo cualquier proposicion ó tratado razonable. Hecho esto, se pusieron inmediatamente sobre las armas en todos los barrios, para resistir á la guarnicion inglesa, de la cual no dudaban que habia de oponerse á

(1) *Monstrelet. t. 3. c. 19.*



su resolución. En efecto, desesperados el duque de Sommerset y el general Talbot de que hubiese de sucederles una cosa de tan grande ignominia, dieron orden para que tomasen las armas todos los de su nacion, y se apoderaron desde luego de las puertas y muros de la ciudad; pero muy en breve fueron arrojados de allí por la innumerable gente del pueblo que acudió, y los obligó á refugiarse al castillo viejo y á algunos otros puestos fuera de la ciudad. Acercó otra vez su ejército el conde de Dunois, se apoderó al paso del fuerte de Santa-Catalina, cuyo gobernador se rindió á la primera intimacion, y recibió allí las llaves de la ciudad, porque habian salido á presentárselas los principales ciudadanos. Introdujo en ella sus tropas, que en union con el vecindario, estrecharon fuertemente á los ingleses, en tales términos, que pasados algunos dias vióse reducido el duque de Sommerset á capitular, y convino en entregar los puestos que ocupaba, y todas las plazas que le quedaban aun en aquellas cercanías, á escepcion de Harfleur, pareciéndole demasiado vergonzoso entregar por sí propio una ciudad que habia sido la primera conquista del Rey Enrique V. Obligóse tambien á poner en libertad á todos los prisioneros franceses que tenia en su poder, á pagar además cincuenta mil escudos de oro en el espacio de un año, y á dejar en rehenes al general Talbot para seguridad del cumplimiento de lo pactado. Concedieron al duque con estas condiciones, á su familia y á toda la

guarnicion inglesa un salvo-conducto para retirarse adonde quisiesen con todo el bagage, á escepcion de la artillería.

Cárlos VII verificó su entrada en Roan con un aparato proporcionado á la importancia de aquella conquista (1). Iban en primer lugar los ballesteros, despues los heraldos del Rey, los del Rey de Sicilia que se hallaba en la espedicion, y los de los demás Príncipes, todos con sus cotas de maila: en seguida los trompetas, que iban delante del caballero mayor, quien llevaba la espada real; y por último se dejaba ver el Monarca armado y montado en un caballo cubierto hasta los pies con un terciopelo azul sembrado de flores de lis bordadas de oro. Llevaba un sombrero forrado de terciopelo encarnado, en cuya parte superior habia una borla de hilo de oro. Entonces empezaron á usarse en Francia los sombreros en lugar de las caperuzas que habian llevado todos hasta aquel tiempo. Iban detrás del Rey sus pages, y llevaba á los lados al Rey de Sicilia, al conde de Maine su hermano, al conde de Clermont, hijo primogénito del duque de Borgoña, á los condes de Nevers y San Pol, al mayordomo mayor, al bailio de Caux con el escudo de armas, cubierto con una tela azul en que habia tres flores de lis de oro, cerrando la comitiva un número considerable de caballeros de la primera nobleza. El conde de Dunois salió al encuentro del Monarca con el arzobispo de Roan, los obispos de Lisieux,

(1) *J. Chart. p. 180.*



Bayeux y Coutance, y los principales ciudadanos, los cuales arengaron al Príncipe á la puerta de la ciudad, y despues se apeó en la catedral, para dar gracias al Todopoderoso de unos triunfos en que era tan visible la proteccion del cielo á favor de la Francia. El general Talbot, que habia quedado en rehenes, fue testigo de este espectáculo, como tambien la duquesa de Sommerset, que á pesar de las vivas diligencias que habia hecho para salir de la ciudad, no pudo verificarlo á causa de las muchas dificultades que la ocurrieron, de modo que la fue preciso asistir á una ceremonia que debia lisongearla muy poco, en vista de la indignidad con que habia procedido contra la heroína suscitada por el cielo para preparar aquellos triunfos.

6. Luego que el Rey estableció sus ministros en la ciudad y ordenó el gobierno que habia de observarse en ella, quiso consumir su conquista sin perder un momento; y así, á pesar del rigor de la estacion, mandó poner sitio á la ciudad de Harfleur, plaza en extremo fuerte, y á la que no habian comprendido en el tratado. Principió el ataque el dia 8 de Diciembre con doce ó quince mil hombres, que dispararon contra ella con diez y seis cañones de grueso calibre, continuando el bombardeo hasta el 24 del mismo mes, en que capitularon los sitiados. Se rindió la plaza el dia primero de Enero, y quedó concluida la campaña. Habiendo vuelto á empezar la guerra en la primavera, tuvieron al principio algunas ventajas los ingleses, pues con

los refuerzos que recibieron de su isla, sitiaron y tomaron á Valoña, situada á lo último de Normandía. Esta victoria infundió grande aliento á Tomás Kiriell que mandaba en lugar de Talbot, el cual estaba todavía en rehenes, porque el gobernador de Harfleur no habia querido entregar esta plaza segun el tratado de Roan.

Con las tropas que habia llevado de Inglaterra el nuevo general, y con las que sacó de las guarniciones inmediatas, formó un cuerpo de ejército de seis á siete mil hombres, con los cuales emprendió continuar la campaña. Despues de varias marchas y de algunas ventajas, se acampó en la aldea de Fourmigni, entre Bayeux y Carentan, donde recibió algunos refuerzos de Inglaterra que solo sirvieron para redoblar el ardor de los franceses. El conde de Clermont, Príncipe de grandes esperanzas, se separó del ejército que mandaba el condestable, empenó la accion, y hubiera quedado vencido, á no haber acudido el condestable en tan buen órden y con tal presencia de ánimo, que consternados los ingleses solo pensaron en retirarse. Habiéndolo egecutado ya como unos mil de ellos, y esforzándose los demás para volver á ocupar sus lineas, acometió el condestable á la que tenia enfrente, y quedaron muchísimos en el campo de batalla ó prisioneros. Se unió despues con el conde de Clermont, y se precipitó con tanta viveza el senescal de Brece sobre la otra ala, que en pocos momentos se halló la tierra cubierta de



cadáveres. Sin embargo, habiendo vuelto los ingleses á recobrar sus atrincheramientos, pasó el condestable el arroyo y puente que les servian de defensa, y los acometió con tanto ímpetu y constancia, que los derrotó á las tres horas de combate. Los ingleses tenian mas de siete mil hombres, y los franceses eran como unos tres mil y quinientos; pero el espíritu que habia reanimado entre ellos la Poucella ó el ángel tutelar de la Francia, no habia muerto con esta heroína, á la cual vengaba el cielo en todas ocasiones con la humillacion de sus asesinos. Dice el historiador Juan Chartier, que en esta batalla no perdieron los franceses mas que ocho hombres, y que por parte de los ingleses hubo tres mil y setecientos á ochocientos muertos, y mil y cuatrocientos prisioneros, entre ellos el general Kiriél y casi todos los oficiales.

Despues de esta victoria fueron reconquistadas sin dificultad todas las plazas que tenian los ingleses en la Normandía baja, adonde fue el Rey á gozar en persona de esta continuacion de triunfos. El condestable sitió y tomó la ciudad de Vire: Bayeux se rindió al conde de Clermont: Avranches fue conquistada por el duque de Bretaña, y todas las demás plazas inmediatas, á escepcion de Cherburgo, recibieron con la misma rapidéz la ley del vencedor. No pudiendo menos Cárlos VII de conocer que en todas estas victorias andaba el brazo del Todopoderoso, quiso que en accion de gracias se hiciesen procesiones en toda la estension del

reino, siendo muy notable la de París, en que iban de dos en dos doce mil niños y niñas de siete á once años, cada uno con su vela encendida, habiendo salido de la iglesia de los Santos Inocentes, y entrando en la de nuestra Señora.

Solo conservaban los ingleses cuatro plazas en Normandía, esto es, Caen, Falaise, Domfront y Cherburgo, pero muy fortificadas y con buena guarnicion. Se principió por el sitio de Caen, donde se habia encerrado el duque de Sommerset con cuatro mil hombres de su nacion. El conde de Clermont, el condestable, el conde de Dunois y el Rey mismo con todos los señores que tenian reputacion de inteligentes y esforzados, se hallaron en esta empresa importante. Las fuerzas del enemigo, muy considerables para aquel tiempo, llegaban á quince mil hombres; pero la fortuna de Cárlos VII, ó por mejor decir la Providencia, sirvió mucho mas á este Príncipe que todos los recursos ordinarios. La esplosion de una mina en que voló una torre, conternó de tal modo á los sitiados, que figurándose que iba á ser tomada la plaza por asalto, pidieron capitulacion. Se estipuló que los ingleses entregarian al Rey el castillo y la ciudad; que el duque y todos los ingleses, sus mugeres é hijos saldrian con su bagage, á escepcion de la artillería, para retirarse á Inglaterra, y no á otra parte; que se les darian carros y navios, para cuya seguridad dejarian ellos rehenes; que devolverian todos los prisioneros; y en fin, que declararían libres á los



habitantes de la ciudad de cualquier deuda que tuviesen á favor de los vencidos.

El mismo dia en que el Rey hizo su entrada en Caen, que fue el 6 de Julio, acometió á Falaise el valiente Saintrilles, y la rindió en cuatro dias. Se necesitaron diez para reducir á Domfront. Poco mas resistió Cherburgo, á pesar de que se tenia por inconquistable, porque contra toda expectativa se fijaron baterias por la parte del mar en la playa que quedaba cubierta dos veces al dia con la marea: lo que desalentó de tal manera á los sitiados, que inmediatamente pidieron capitulacion. Con la conquista de esta última plaza se halló Carlos VII dueño de toda la Normandía en el espacio de un año; y para eternizar los testimonios de su gratitud religiosa, mandó que se hiciesen anualmente procesiones generales en el mismo dia en que se habia rendido Cherburgo; lo que se observa todavía en Roan.

Aun costó menos la Guiena que la Normandía. Los condes de Dunois, de Clermont, de Foix y el señor de Albret, se apoderaron de muchas fortalezas por sí mismos y por medio de sus subalternos; derrotaron á los ingleses en varios encuentros, y obligaron por último á los habitantes de Burdeos á conocer y respetar la autoridad de su legítimo Soberano. Como los burdaleses estaban acostumbrados á una especie de independenciam, bajo la larga dominacion de los ingleses, los cuales estaban tan distantes de ellos que solo podian tenerlos

subordinados á fuerza de escesivas condescencias, el Rey, que por otra parte era muy benéfico, les conservó todos sus privilegios y los eximió de todo género de contribucion. No contento con esto, estableció en la ciudad un tribunal supremo y un juzgado de la casa de moneda. El ejemplo de este buen tratamiento no bastó para que se rindiese la ciudad de Bayona, que era la única plaza que tenia ya en la Guiena el Rey de Inglaterra. Fue necesario sitiaria en forma, y acercarse, ganando el terreno á palmos, á un arrabal de que se apoderaron á viva fuerza las tropas de Carlos. Entonces pidieron capitulacion los sitiados, ya porque temiesen un asalto, ó ya porque mirasen como señal de la voluntad divina una cruz blanca, que estando el tiempo claro y sereno se dejó ver en el cielo por espacio de mas de media hora, poco despues de haber salido el sol, si hemos de dar crédito á algunos historiadores (1). De este fenómeno real ó imaginario infirieron que el cielo les mandaba dejar la cruz encarnada del partido anglicano, y seguir el partido francés figurado en la cruz blanca. Les costó cuarenta mil escudos de oro la obstinacion con que se habian resistido; y el gobernador con toda la guarnicion quedó prisionero de guerra.

De este modo redujo Carlos VII á su obediencia en menos de dos años las dos provincias de Guiena y Normandía, y generalmente todo el reino, á escepcion de Calais y algunas plazas del Boloñés.

(1) *J. Chart.-- Mat. de Cour. hist. c. 7.*



Despues del auxilio de lo alto que se manifestó visiblemente en una revolucion tan considerable y tan rápida, influyó mucho en ella la dulzura y bondad del Rey, su valor, la exacta disciplina que hacia observar en sus egércitos, la paga puntual de la tropa, la abundancia de todo género de provisiones y municiones, y especialmente la institucion de las compañías de ordenanza, las cuales suministraban buenas tropas; dispuestas siempre á ponerse en marcha. Los ingleses redoblaron sus esfuerzos dos años despues, y consiguieron que se rebelase Burdeos, con otras muchas plazas; pero solo sirvió esto para ofrecer materia de nuevos triunfos á Carlos el victorioso. Todas estas plazas se rindieron de grado ó por fuerza, y se hicieron en algunas de ellas varios egemplares para inspirar horror á la rebelion. Se dieron algunas batallas, en las que siempre vencieron los franceses. El famoso Talbot, su mas formidable enemigo, aunque de edad muy avanzada, quedó muerto en la de Castillon, cerca del rio Dordoña. Se perdonó á la ciudad de Burdeos; pero con la condicion de que saliesen desterrados perpétuamente veinte señores del pais, elegidos por el vencedor, en castigo de su rebelion. Así fueron arrojados para siempre los ingleses del territorio francés, de suerte que queriendo invadir el reino, quedaron despojados de sus antiguas posesiones sin esperanza de volver á ellas jamás.

7. En el año 1451 envió el Papa á San Juan

Capistrano á Alemania <sup>(1)</sup>. Era ya menos feróz ó mas tímida la secta de los husitas en Bohemia, pues no eran asesinados los sacerdotes, ni despojados los católicos, y aunque no se respetaba mucho mas la voz de la ortodoxia, se dejaba oír por lo menos sin ocasionar nuevos trastornos. Creyó el Papa que era aquella la ocasion mas propia para declarar la guerra á la hipocresia despues del escándalo, y no halló persona mas á propósito que Capistrano para esta comision enteramente apostólica. Era éste el digno discípulo de San Bernardino de Sena, distinguido por el celo con que promovió la estrecha observancia de los frailes menores, de quienes era vicario general, de una fe experimentada en la persecucion de los hereges fratricelos, escritor célebre, predicador vehemente, y hombre poderoso en obras y en palabras. Aunque no le condecoró el Papa con el título de legado, le dió amplias facultades para atar y desatar, para absolver de todo género de censuras, y aun para conceder indulgencias. En todas partes fue recibido con un respeto que pocas veces se habia manifestado aun á los nuncios mas ilustres de los Sumos Pontífices.

Es indecible el ardor con que acudian los pueblos á los parages donde se le esperaba. Le salian al encuentro las ciudades enteras: sembraban de flores los caminos por donde habia de pasar: se juntaban para oírle en las plazas públicas y en

(1) *Æn. Sylo. Ep. 405. -- Michon. l. 4. c. 59.*



medio de los campos; y se dice que su voz, animada de una fuerza sobrehumana, era oída á un mismo tiempo por mas de ochenta mil personas. Todos lloraban en aquellas asambleas inmensas; todo era gritos y sollozos: los infelices desconsolados, los enfermos curados de repente daban gracias á Dios, y aun en los mas endurecidos se advertian señales de compuncion. Sesenta personas de la universidad de Leipsick le pidieron el hábito de su órden, el cual los transformó al momento en dignos cooperadores de su apostolado.

Convirtió en Moravia tantos husítas, que el arzobispo intruso Roquesana temió ver aniquilada la secta que era todo su apoyo. Para desacreditar al misionero y contener sus progresos, usó de esta superchería. Habiéndole convidado á una conferencia que aceptó desde luego aquel hombre sábio, se puso de acuerdo con Pogebrac, gobernador del reino, para que la frustrase, pero de modo que se creyese que el Santo habia procurado evadirse de entrar en la lid. No quiso darle el gobernador el pasaporte, y por mas que se quejó Capistrano, escribiendo con energía á los nobles bohemos y al mismo Pogebrac, Roquesana y sus partidarios publicaron que el atleta romano habia huido de un combate para el cual no se sentia con bastantes fuerzas. Se defendió Capistrano con un tratado que compuso contra Roquesana, en el que, á egemplo de San Pablo, ensalzó en gran manera lo mucho que habia trabajado por el Evangelio; pero no logró mas que

irritar la malignidad de Roquesana, sin hacer grandes progresos en las cosas concernientes á la Religion. ¡Tán peligroso es imitar en todo á los mayores modelos, ó usar de su language, sin estar adornado de todos sus caractéres!

8. Casimiro IV, Rey de Polonia, le hizo las mas eficaces instancias para que pasase á sus estados, y diese á entender la verdad á sus vasallos los lituanos y rusos, que habian abrazado el cisma de los griegos. „Venerable padre nuestro (le decia), han llegado á nuestra noticia las maravillas que haceis en Bohemia. ¿Y quién podrá ignorar unos sucesos que esceden á todo lo que han hecho con sus armas los Emperadores? Estaba reservada para vos la conversion de estos pueblos intratables. Venid á lograr unos triunfos, no menos dichosos y mucho mas fáciles. Hallareis en nosotros cuanta docilidad pudierais apetecer. Ya hace mucho tiempo que la Polonia es sólidamente cristiana, y respeta muy de veras á la Silla apostólica. Mi padre Uladislao destruyó enteramente el paganismo entre los lituanos, y si algunos de estos, con sus vecinos los rusos, siguen todavía los errores de los griegos, será fácil desengañarlos. Es esta una nacion poco civilizada, pero sencilla y de buena fe, amante de la verdad, y que solo necesita instruccion.” Es dudoso que Capistrano pasase á Polonia. Este reino fue asolado poco despues por Batucan, Emperador de los tártaros del Capsat, Principe descendiente de Genghis-can, y nada inferior á éste en valor, el cual arrasó la Polonia, subyugó á



los rusos ó moscovitas, como también á los búlgaros, y se dirigia á Constantinopla cuando le sorprendió la muerte en medio de sus conquistas. Sucedióle su hijo Bereke-can, que abrazó el mahometismo, y actualmente reina su posteridad en la Crimea, bajo la protección del Gran Señor.

Nicolao V envió también á Alemania al cardenal de Cusa, en calidad de legado, á fin de negociar una paz sólida entre los Principes, y exhortar á los fieles á que socorriesen con sus limosnas á los griegos y á los demás pueblos amenazados de los turcos. Las indulgencias publicadas con este motivo produjeron unas limosnas muy abundantes, á lo menos en los primeros tiempos. La Polonia, que no tenia menor interés en reprimir la codicia musulmana, no necesitó de las exhortaciones del cardenal para evitar los peligros á que estaba espuesta la religion en aquel reino, el cual contaba entonces entre sus principales prelados á Sbigneo, obispo de Cracovia, tan generalmente estimado, que el Papa Eugenio y el Antipapa Felix le habian conferido como á porfía la dignidad de cardenal.

Estaba este prelado muy distante de toda condescendencia, cuando se trataba de los intereses de la religion. Habiendo enviado los sectarios de Bohemia una embajada muy agradable al Rey de Polonia, que esperaba grandes ventajas de su alianza, y habiéndolos admitido á su comunión los obispos polacos que se hallaban en la corte, no solo rehusó el de Cracovia comunicar con ellos, sino que suspendió los divinos

oficios en esta ciudad cuando pasaron por ella para restituirse á su pais. Irritado el Rey, le amenazó con un destierro; pero le respondió el obispo que todas las desgracias y la muerte misma, padecidas por la religion, serian para él un motivo de alegría. En efecto, aunque tuvo noticia de que el Rey habia mandado que le asesinasen, ni se rodeó de guardias, ni tomó ninguna otra precaucion la noche en que se habia de dar el golpe, antes bien durmió en el mismo cuarto y en la misma cama, y sin esperar á que amaneciese fue á la iglesia á maitines, acompañado, como tenia de costumbre, de un solo sacerdote, y de un muchacho que los alumbraba. Cuando este magnánimo y prudente prelado solicitó el jubileo para los polacos y lituanos, suplicó al Papa Nicolao que dispensase á estos pueblos de la peregrinacion de Roma, con la precisa calidad de que todos y cada uno habian de dar á los cuestores la mitad de lo que hubieran gastado en el viage (1): lo que concedió el Papa con mucho gusto, atendiendo á que habia ya egemplares de esta prudente dispensa, que para los pueblos distantes ha venido á ser una práctica ordinaria. No hubo motivo para quejarse de esta propuesta, en vista del cálculo que se hizo de la suma que resultaria de aquellas contribuciones voluntarias, pues era tan considerable que se la redujo á una cuarta parte en lugar de la mitad, y aun así completó la cantidad necesaria para el objeto á que se destinaba.

9. Las inquietudes y movimientos de la cristian-

(1) *Michon. l. 4. c. 59. Gram. 22.*



dad procedian del carácter del sultan que acababa de reemplazar á Amurates (1). Mahomet II, el único hijo que le habia quedado, y que, segun dicen, habia nacido de madre cristiana, hija del déspota de Servia, mostraba unas inclinaciones funestas, y especialmente temibles á la religion de Jesucristo. Al ódio implacable y en cierto modo natural con que miraba á los cristianos, añadia todas las cualidades que podian hacerle capaz de producir los mas tristes efectos; pues habia recibido de la naturaleza un cuerpo robusto y de una fuerza prodigiosa, propio para todas las fatigas y espediciones militares, un temperamento fogoso, y un genio precipitado y violento. Tenia un entendimiento despejado y perspicáz; era exacto en sus proyectos y providencias; fecundo en recursos; sagáz y disimulado; de un acierto singular, cuando no se dejaba llevar del furor de sus pasiones; intrépido; emprendedor; insaciable de gloria, y tan feliz, que todos aquellos para quienes la fortuna no es una cosa puramente fortuita, hubieran creído que la tenia á sus órdenes. Pero, por mucha que fuese su felicidad y grande su valor, tuvo tambien mucha parte su política y su prudencia en el prodigio casi increíble de sus espediciones, esto es, en la conquista de dos imperios, de doce reinos, y de doscientas ciudades de que despojó á los cristianos.

Era bastante instruido, si se atiende á que estaba siempre á la frente de sus egércitos, y á que era un mahometano, gente á quien está prohibido el estu-

(1) *Hist. Phran. et Duc. passim.*

dio. Por tanto miraba el alcoran como una necesidad, y cuando hablaba de Mahoma con sus confidentes, le trataba de gefe de bandidos. Sabia perfectamente cinco lenguas, además de la de los turcos, esto es, la griega, la latina, la arábica, la caldéa y la persa. Además de la ciencia de la guerra, que supo por principios y por esperiencia, estaba instruido en las matemáticas, en la astronomía, ó por mejor decir, en la astrología, y en la historia de los hombres célebres de la antigüedad, cuyas virtudes y hazañas procuraba imitar. Despreciaba todas las religiones, no adoraba otra divinidad que la fortuna, no conocia otra providencia que el cuidado que tiene cada uno de sí mismo, no tenia mas ley que su alfange, ni mas regla de sus acciones y conducta que su interés, su grandeza y sus placeres. No cumplia palabra alguna, tratado ni juramento, sino en cuanto podian conducir para el logro de sus designios, siendo estos los motivos interesados de algunos actos de justicia, de liberalidad y de proteccion con los literatos, en medio de los vicios que le dominaban. No obstante la filosofia de que se preciaba, pasó, como otros muchos, desde la incredulidad á la supersticion, y encaprichado con la astrología, erigió una columna misteriosa contra las serpientes, y dispuso al mismo tiempo que, observando el influjo de ciertas constelaciones, se hiciese una estatua ecuestre contra la peste.

Su libertinage, su crueldad y el desenfreno de todas sus inclinaciones perversas, igualaron á la depra-



yacion de su ánimo. Hizo quitar la vida, entre otros, á los Príncipes de Bosnia y Metelin, contra la palabra que habia dado con toda la solemnidad imaginable; y mandó que en su presencia abriesen el vientre á catorce pages suyos, para averiguar cuál de ellos se habia comido un melon que faltaba en un jardin cultivado por él mismo. Quejándose sus genizaros de que se afeminaba con el amor que tenia á una muger, la llamó, la puso delante de ellos, dejó que considerasen su hermosura, desenvainó el alfange, y asiéndola de los cabellos, la cortó la cabeza. Tal era Mahomet II, hombre atróz aun en sus mismas virtudes. Sin embargo de lo cual le dieron los turcos el renombre de Boyuc, esto es, el grande: título que no debió negarle la religion musulmana, pero que no mereció segun los principios del cristianismo y de la razon, como no se quiera decir que fue grande en el orgullo, en la disolucion, en el latrocinio, en todo género de atrocidades y de impiedad. Era enemigo furioso del nombre cristiano, y por desgracia subió al trono á los veintiun años.

10. Previendo el Papa los grandes daños que podia causar á la cristiandad, y en particular al imperio de Constantinopla un enemigo tan formidable, escribió y envió legados á todas partes, á fin de escitar el valor de los Príncipes y de los pueblos; pero el estado de los asuntos de Europa y el carácter de sus principales Soberanos frustraron casi todas estas tentativas. En España estaban ocupados los Príncipes en pelear contra los moros, y en hacer descubrimientos

en paises distantes; y por otra parte se habia introducido la discordia en el seno de la familia real de Navarra, supuesto que Carlos, Príncipe de Viana, y el Rey Juan, su padre, tenian dividida la corte y las provincias en dos facciones encarnizadas y prontas á destruirse mutuamente (1).

La Francia y la Inglaterra continuaban sus hostilidades con el ardor natural á dos naciones, animadas, la una por sus triunfos actuales, y la otra por la memoria de su grandeza (2). Deseando el Padre comun de los Príncipes y pueblos cristianos, establecer la paz entre unas gentes tan enconadas, envió legados de un mérito extraordinario á las dos cortes: á la de Francia al cardenal Francisco de Estouteville, hijo del gefe de la Cava del Rey, y á la de Inglaterra al arzobispo de Ravena, de la ilustre casa de los Ursinos. Carlos VII respondió al cardenal, que sentia en extremo los males que affligian á la Iglesia, y que estaba pronto á hacer una paz sólida con un Príncipe cristiano, para convertir sus armas contra los enemigos de la Religion. Muy contrarias disposiciones manifestó el Rey de Inglaterra, pues á cuanto le dijo el elocuente legado acerca de la superioridad de las armas francesas en Guiena y Normandía, y á la pintura horrorosa que le hizo de la ruina que amenazaba á su trono con motivo de las disensiones y de las guerras civiles, agitado Enrique de un espíritu de vértigo, y abandonado en cierto modo á su mala suerte, res-

(1) *Marian. l. 22. c. 15.* (2) *Monstr. t. 3. -- Gaguin. l. 10. -- Bellefor. l. 6. c. 3.*



pondió siempre con un orgullo insensato, que cuando hubiese reconquistado todo lo que le habian quitado los franceses, podria entrar en negociacion, pero que antes no habia que pensar en ello.

11. El cardenal de Estouteville, hombre laborioso, intrépido y muy amante del buen orden, se ocupó, con el beneplácito del Rey, en reformar los abusos que habia en la universidad de París, para desquitarse en algun modo de no haber podido desterrar la discordia del seno de las naciones. Mandó que le presentasen los estatutos primitivos con los puntos de reforma, establecidos ya en diferentes ocasiones; derogó lo que no podia subsistir á causa de la variedad de los tiempos y costumbres, confirmó lo demás, añadió algunos reglamentos, y fulminó escomunion contra todos los que violasen aquel nuevo cuerpo de leyes. Son dignas de notarse las disposiciones de que en lo sucesivo no podrian los doctores en teología obligar á los bachilleres á que les diesen banquetes suntuosos; que la explicacion de las sentencias no se haria de memoria y sin cuadernos, con una vana ostentacion; que los profesores de derecho no recibirian mas que doce escudos por el grado de licenciado, y siete por el de bachiller; que en la facultad de medicina no serviria el matrimonio de impedimento para regentar cátedras; que en la de artes no podrian los estudiantes mudar de maestro, cuando no tuviesen para ello otra causa que el temor de un castigo merecido; y que se huiria, como de prácticas detesta-

bles, de todo convenio para votar por interés pecuniario en las elecciones de rector. En general se mandó, con respecto á todas las facultades, cuanto podia contribuir á conservar la pureza de las costumbres, sin olvidarse de la observancia de los exámenes, y del tiempo que debia emplearse en el estudio, de la asistencia á las lecciones y de la quietud, decencia y modestia con que se debia estar en las aulas. Pero se advierte un vicio ó una omision, comun á estos estatutos y á todos los precedentes, á saber, que no hay en ellos ningun freno contra la insolencia de los estudiantes fuera de las escuelas, ni contra el uso turbulento é imperioso que hacian los maestros de sus privilegios. Se vió tambien despues de esta reforma, que la república de los colegios chocó varias veces con el pueblo, con la policia, con la magistratura y aun con la gerarquía. Se interrumpieron las lecciones y los sermones, y se pretendió usurpar los derechos de la potestad política, hasta que usando ésta de sus fueros con un rigor que suele equivocarse con la injusticia, hizo que perdiesen los estudios públicos sus mejores y mas apreciables privilegios á fuerza de querer estenderlos.

12. En cuanto al proyecto de que trataba el Sumo Pontífice á favor de la Religion, no tiene duda que debia promoverle como principal agente la cabeza del imperio cristiano. Pero el Emperador Federico IV, Príncipe de genio sosegado y tranquilo, de una esterioridad angusta, amante de la paz, apre-



ciador sincero de la virtud y celoso en algunas ocasiones, no tenia el nervio ni la consistencia necesaria para el papel que habia de desempeñar en las circunstancias en que se hallaba la cristiandad (1). Segun el testimonio de Eneas Silvio, que habia sido su secretario y confiesa las buenas cualidades que tenia, sus costumbres suaves y pacíficas le inspiraban una especie de horror aun á las guerras indispensables; preferia el descanso á la gloria; sus diversiones estaban reducidas á edificios y jardines; era para él una ocupacion seria hacer colecciones de curiosidades naturales, de obras primorosas de las artes, ó de cosas apreciables por su materia. Parece tambien que su memoria, de la cual se dice que fue prodigiosa, adquirió su estension, segun la creencia ordinaria, á espensas de las demás facultades del alma. San Antonino de Florencia, que le recibió en su ciudad episcopal y pudo observarle en las varias conversaciones que tuvieron, dice que no advirtió en él señal ninguna de talento superior y elevado, que todo lo que hacia y pensaba era por imitacion, y que le gustaba mucho mas recibir que dar (2). Acerca de lo que le agradaban los regalos, se refiere un hecho bastante particular, sucedido en Venecia. Habiéndole presentado los venecianos un magnífico escaparate de cristal, Federico que era mucho menos inclinado á lo brillante que á lo sólido, hizo seña á un loco que habia llevado en su compañía para que derribase la mesa en que estaba el escaparate. Luego que el Emperador

(1) *De Europ. c. 22.* (2) *Tit. 22. c. 2.*

le vió enteramente roto, se echó á reir, y dijo en alta voz: „Si hubiera sido de oro ó de plata, no se habria hecho pedazos.”

Pasando por Bolonia para ir á Roma á recibir la corona imperial, le envió una embajada Francisco Sforzia que habia sido elevado al ducado de Milán contra la voluntad de este Príncipe, con el objeto de ofrecerle sus respetos y de pedirle que fuese á Milán á recibir la corona de hierro; y no solamente se negó á ello, sino que despidió con desabrimiento á los embajadores; pero el duque que tenia interés en evitar la enemistad del Emperador y las consecuencias que de ella podian originarse, le envió su hijo Galeazzo con muchos y preciosos regalos (1). No pudiendo resistir Federico á un ataque tan poderoso, creó caballero á Galeazzo y concedió su amistad á Francisco.

Un Emperador dominado de semejantes pasiones, y que muchas veces no tenia otra regla de su conducta que su propia flaqueza, no era muy á propósito para reducir á los Príncipes cristianos á consagrarse á la causa comun, y hacer sacrificios penosos por la Religion. Así es que sus viages á Roma y á las varias cortes de Italia se redujeron á una de aquellas ceremonias de ostentacion y aparato, en que solia hacer un papel brillante. Desde Florencia, á donde habian ido á cumplimentarle dos cardenales de parte del Papa, pasó á Sena á recibir á la Emperatriz Leonor, Princesa de Portugal, con la cual se habia casado

(1) *Naucler. gener. 49. p. 474.*



por medio de sus embajadores. Al acercarse á Roma salieron á recibirle trece cardenales, con todo el clero y los magistrados de la ciudad, y le llevaron debajo de un palio magnífico hasta las gradas de la iglesia de San Pedro, donde estaba el Papa con todas las insignias pontificias, sentado en un trono de marfil. Llevaban la espada desenvainada delante del Príncipe, el cual besó los pies al Pontífice, y le presentó la poma de oro, según costumbre. El día 15 de Marzo del año 1452, le dió el Sumo Pontífice, usando de su pleno poder y autoridad, según la súplica que le había hecho el Emperador, la corona de hierro ó del reino de Lombardía, pero confirmando al mismo tiempo los derechos de Milán, donde debía recibirla; y mientras se celebraba la misa, se ratificó el matrimonio contraído por medio de procurador entre Federico y Leonor. El domingo siguiente, 19 del mismo mes, pusieron una alba á Federico, después de haber hecho los juramentos acostumbrados; fue instituido canónigo de San Pedro, consagrado y coronado como Emperador de romanos, con la corona de oro. Tenía el manto, la espada, el cetro, la poma y la corona de Carlo Magno, que se habían llevado á este efecto desde el centro de Alemania. Consagró también el Papa á la Emperatriz. El Emperador sirvió de caballerizo al Sumo Pontífice desde San Pedro hasta Santa María, al otro lado del puente, y luego fue conducido al palacio de Letran, en donde le dió el Papa un espléndido banquete. Después de haber ido el Emperador á recibir honores y regalos á algu-

nas cortes de Italia, volvió á tomar el camino de Alemania, dejando á los italianos tan concentrados en su interés particular y tan divididos entre sí, como lo estaban antes de esta vana inspección.

13. Aunque Alfonso, Rey de Aragón y de Nápoles, disimulaba con respecto al nuevo duque de Milán, estaba en guerra abiertamente con los genoveses. Estos, como la mayor parte de los republicanos, no veían otro bien público que el de su pequeño estado, y como republicanos comerciantes, no tenían más nobleza de alma que la que manifestaron poco después, pagando tributo á Mahomet II para conservar su comercio. Los venecianos trataron también con este sultán, á fin de recobrar lo que habían perdido; pero con la condición de que si se unían los cristianos para declararle guerra, tendrían la libertad de tomar el partido de estos Príncipes en defensa de la fe: tratado estravagante que no dejó de aceptar el mahometano, manifestando con este solo rasgo toda su destreza y sagacidad.

Las demás ciudades de Italia, que tenían cada una su república ó su Príncipe particular, no tomaron mayor parte en el interés general, sucediendo lo mismo, con mucha más razón, en los reinos del norte, Escocia, Dinamarca, Suecia y Noruega, tan distantes del peligro, que tenían muy poco motivo para temerle. El Papa y el Emperador que debían ponerlo todo en movimiento, y á los cuales se respetaba en la apariencia, eran unos gefes sin autoridad, que solo tenían de grande el nombre de tales. Así, pues, tanto



por el estado de las cosas y la disposicion de los ánimos, como por la política de Mahomet II, se vió sitiado por todas partes el imperio de Constantinopla, separado de todos los pueblos que le eran necesarios, y reducido á sus propias fuerzas, ó por mejor decir, á su propia flaqueza y á la triste perspectiva de una ruina inevitable.

14. Entretanto, el Padre comun de todos los cristianos, ya sean dóciles ó discolos, advirtió á los griegos que no alejasen con su obstinacion los ausilios que únicamente podian esperar del cielo, y los exhortó al arrepentimiento y á recibir los decretos de Florencia, amenazándolos, en términos que se han mirado como proféticos, que si no se convertian antes de tres años, serian tratados como la higuera del Evangelio, cortada hasta la raíz á causa de su esterilidad: con cuyo motivo se esplica el célebre Jorge Scolario, que fue poco despues patriarca de Constantinopla con el nombre de Genadio (1): ¡O maldicion terrible, y no menos puntual que eficaz! Fue proferida en el año de 1451, y en el de 1453 la infiel Constantinopla, cada vez mas obstinada en el cisma durante estos tres años de prueba, fue el oprobio del universo, y cayó en poder de sus enemigos. Lo mas maravilloso en este terrible prodigio (continúa el mismo autor) es que la nacion de los griegos, segun los términos del Papa Nicolao, aquella ilustre y formidable nacion, de un valor á toda prueba, de una sabiduría incomparable, y señora del mundo por es-

(1) *Gennad. in defens. l. 5. c. 14.*

pacio de tantos años, no está ya conocida, y ha caido desde la cumbre de la grandeza bajo el yugo de unos bárbaros infames, despues que la ha castigado la mano de Dios.

Por mas inmediata que parecia estar, y lo estaba en efecto, esta revolucion cuando el Papa dió á los griegos unos consejos tan saludables, lejos de conocer y desterrar sus errores aquellos cismáticos, escribieron en el mismo año de 1451, á nombre de su iglesia, á la cual llaman madre y maestra de todos los ortodoxos, para felicitar en términos espresos á los hereges de Bohemia porque se habian desprendido de las novedades romanas, y permanecian firmes en la fe verdadera. Al mismo tiempo los convidaban á reunirse con la iglesia oriental, no segun la perversa union de Florencia (decian) en que se ha hecho traicion á la verdad, sino segun los decretos inmutables de los padres, á quienes siguen inviolablemente los griegos. Esta carta se halla en griego y en latin en la biblioteca del colegio de Praga, en la coleccion histórica de los sucesos de Bohemia. Parece que el Emperador Constantino Paleólogo no tuvo parte en esta invitacion escandalosa. Al contrario, respondió á las advertencias del Sumo Pontífice, diciendo que gemia al ver la ceguedad de sus vasallos, y que segun el estado en que habia hallado el imperio al subir al trono, no le habia sido todavía posible sujetarle á las decisiones de Florencia; pero que estaba resuelto á hacerlo con la mayor brevedad, y aun á restablecer al patriarca Gregorio. Era este patriarca el



antiguo confesor del Emperador difunto, al cual redujo, durante el concilio de Florencia, con no menor sabiduría que celo, á la aceptación perfecta de todos los decretos católicos. Elevado á la silla patriarcal luego que se restituyó á Grecia, y no habiendo podido vencer la obstinacion de sus compatriotas, se habia retirado á Roma, donde murió poco despues de la mencion honorífica que de él hace aquí el Emperador.

Habia escrito al Papa este Príncipe por medio de embajadores, encargados de solicitar vivamente los socorros de que tanto necesitaba contra el formidable Mahomet, cuyo furor temia con mucha razon. Sin embargo, luego que se vió el sultan en el trono, renovó con él un tratado de paz, segun las máximas de su pérfida política, protestándole continuamente que le observaria con la mayor puntualidad, y que á lo menos no emprenderia nada contra el imperio de Constantinopla mientras viviese Constantino. Pero el Emperador conocia la índole del sultan, el cual no trataba mas que de traerle entretenido, y de diferir la guerra hasta que hubiese hecho preparativos necesarios para ella. A fin de persuadir mejor al Papa, le pidieron los embajadores griegos que enviase á Constantinopla un hombre sábio, que de acuerdo con el Emperador, pudiese verificar la conversion de los cismáticos. Deseando Nicolao condescender en todo con sus súplicas, envió al arzobispo de Kiovia, aquel griego tan ilustre por la sinceridad de su fe, á quien Eugenio IV habia creado cardenal en el concilio de

Florencia con Besarion de Nicéa. Parece que su legacion fue bastante feliz en los principios, supuesto que el Emperador le trató con mucho honor, recibió el decreto de union, y consiguió que le admitiesen igualmente muchos cortesanos y varios eclesiásticos. Pero se vió muy en breve que la obstinacion y la desgracia de aquellas gentes no tenian ya ningun remedio.

15. Entretanto ejercitó Nicolao V de un modo mas satisfactorio su solicitud pontificia (1). Siendo este Papa canónigo reglar del monasterio de San Jorge, en la isla de Alga, inmediata á Venecia, habia tenido una amistad muy íntima con su compañero Lorenzo, de la ilustre casa de los Justinianos. Informado Eugenio IV de sus virtudes y de su capacidad, le habia promovido al obispado de Venecia. Creyó el Pontífice Nicolao V que debia honrar mas un mérito que tomaba incremento con las distinciones; y estando vacante por muerte de Domingo Micaeli el patriarcado de Grado, al cual se habia reunido pocos meses antes el de Aquiléa, trasladó el Sumo Pontífice este titulo á la iglesia de Venecia, solo por consideracion á Lorenzo Justiniano primer patriarca de aquella ciudad.

No mostró Lorenzo mas adhesion á esta nueva dignidad que á la de obispo, que habia aceptado despues de una larga resistencia, y por pura sumision á las órdenes espresas del Vicario de Jesucristo. Como el Papa habia hecho esta innovacion sin consultar al

(1) *Vit. per. Bern. Justin. Ap. Sur. 8. Jan.*



senado, que temia que la nueva autoridad y el poder que se daba á su obispo resucitase las antiguas contiendas que habia tenido con los preladados anteriores, se presentó Justiniano á los sacerdotes, y les dijo: Que habiendo sido encumbrado contra su voluntad á la dignidad episcopal, y deseando mucho mas disminuir que acrecentar una carga tan pesada, rogáballes que condescudiesen con sus deseos, á no ser que su celo por el esplendor de la patria, que era el único interés que tenia él mismo, los obligase á tomar otra resolución (1). Movieron de tal suerte al senado estos sentimientos de humildad y patriotismo, que aunque antiguamente se habia opuesto á esta novedad intentada por el Papa Eugenio, que era natural de Venecia, pensó desde luego de muy distinto modo, é hizo las mayores instancias á Justiniano para que aceptase el título de patriarca. Desempeñó su nueva dignidad con tal acierto, por espacio de cinco años, esto es, hasta el momento de su muerte, que le miraban todos como un ángel bajado del cielo para edificación y consuelo de su pueblo. Reputábase dichoso cualquiera que recibia su bendicion, y bien recompensado el estado de Venecia por la deferencia que habia tenido con su santo patriarca, juzgó que las oraciones de éste habian libertado á la república de la ruina que la amenazó en la guerra obstinada y sangrienta que se vió precisada á sostener contra Felipe, duque de Milán.

Distribuía con tanta liberalidad á los pobres todo

(1) *Epitom. de Patr. Grad. P. 2. ad verb. Grad.*

lo que tenia y lo que le daban para satisfacer su piadosa inclinacion, que aunque era el conducto de las inmensas limosnas que le entregaban las personas de todas clases, apenas se encontraron en su palacio despues de su muerte algunos muebles de primera necesidad, pero de poquísimo valor. Lo mas admirable es, que habiéndose ocupado toda su vida en leer ó en escribir, no tuvo nunca libro alguno propio. Causó su muerte un sentimiento general, y la posesion de su cuerpo suscitó grandes disputas entre los canónigos de la iglesia patriarcal, y los religiosos de San Jorge, sus antiguos hermanos; apoyándose estos en su última voluntad, y aquellos en la exacta observancia de los cánones, que fijan la sepultura de los obispos en su catedral. La causa de los canónigos era la de toda la república, y se decidió á favor de ellos; pero transcurrieron antes sesenta y siete dias, en cuyo tiempo, aunque el Santo habia muerto de calentura pútrida, permaneció su cadáver incorrupto, y aun exhaló un olor muy agradable, conservando al mismo tiempo las megillas un color sonrosado y hermoso, con cuyo motivo concurrieron muchísimas personas, así del continente de Italia, como de los países situados al otro lado del golfo. Le dotó Dios del don de profecía y de milagros, que unido á su vida seráfica y angelical, movió al Papa Clemente VII á ponerle en el número de los Santos. Nos han quedado muchos escritos de Lorenzo Justiniano, en los que resplandecen los mas tiernos afectos, bastante erudicion y una elegancia poco comun. Apenas le permi-



tieron aprender los primeros elementos de las letras los muchos males que padeció en su juventud, y así es que reputaron su ciencia infusa y emanada milagrosamente del cielo.

Habíanse multiplicado en Alemania tanto los testimonios públicos y solemnes de la devoción de los pueblos al Santísimo Sacramento, que creyeron necesario hacerlos menos frecuentes para que se practicasen con una fe mas viva y con una piedad mas fervorosa. A este efecto, el cardenal de Cusa, en un concilio celebrado en Colonia, en calidad de legado, para la restauracion de la disciplina, contribuyó á que espidieran el decreto siguiente, confirmado por el arzobispo Thierrí: „mandamos que en lo sucesivo no se esponga ni lleve en procesion el Santísimo Sacramento, sino en el dia del Corpus y durante su octava, y fuera de esto, solo una vez al año en cada ciudad, aldea ó parroquia, por una causa importante, y precediendo el permiso del ordinario; y que entonces se egecute esto con perfecta devoción y reverencia.” Semejantes procesiones se hacian antes todos los jueves del año.

16. En cuanto á Constantinopla, disipáronse las esperanzas que habia concebido el Papa al saber la buena acogida que tuvo su legado el cardenal Isidoro (1). Despues de la adhesion del Emperador y de sus mas fieles vasallos al decreto de union, celebróse en comun la liturgia en la catedral de Santa Sofia, y en ella se hizo mencion del Papa y del patriarca

(1) *Duc. hist. Bizant. c. 36.*

Gregorio refugiado en Roma. Principió entonces el pueblo á dar gritos sediciosos, se conmovió toda la ciudad, y acudió en tumulto á la celda del solitario Genadio, al que juzgaban santo las innumerables devotas y religiosas, de quienes era director. En vez de responder verbalmente este gefe del partido declarado contra la iglesia latina, fijó con aire misterioso en la puerta de su celda un escrito concebido en estos términos: „¡ay de los que reciban el decreto impío de Florencia!” Las mugeres, para quienes el voto de este director valia mas que el de toda la Iglesia, y que unian á su orgullo y presuncion una conducta muy arreglada, alzaron la voz sin ninguna reserva, y pronunciaron anatéma contra todos los que habian abrazado la union, ó la abrazasen en lo futuro. Los sacerdotes, los monges, los ciudadanos, los soldados, todos, á escepcion de una parte de los grandes y de un corto número de eclesiásticos, repitieron por todas partes: „anatéma á los fautores, anatéma á los esclavós de los latinos.” Rehusaban entrar en la iglesia de Santa Sofia, mirándola como profanada; huían, como de escomulgados, de todos los que habian asistido á la liturgia con el legado romano, y les negaban la entrada en las demás iglesias, la absolucion y la participacion de todos los sacramentos.

17. Continuaban los cismáticos su iniquidad, y el ministro de la venganza del cielo les preparaba el castigo. Despues de haber dado la ley el sultan Mahomet al Principe de Caramania en Asia, y de haber ajustado en Europa una tregua de tres años con



Huniades, gobernador del reino de Hungría; levantó en la orilla occidental del Bósforo y por la parte en que es mas estrecho, el castillo segundo de los Dardanelos, en frente del que habia edificado en la costa de Asia su abuelo Mahomet I. Hacíase de este modo dueño absoluto del paso, así para cerrarle á los navíos que fuesen desde el mar negro á Constantinopla, como para trasladar sus tropas desde Asia á Europa, y asegurar la retirada en caso de necesidad. Consistia esta obra en una ciudadela y en tres torres enormes: y se egecutó con tanta celeridad, que quedó concluida en cuatro meses. El Emperador Constantino Paleólogo, que penetró con facilidad las intenciones del sultan, quiso oponerse á viva fuerza á esta empresa: pero los vasallos fanáticos, agitados de aquel espíritu de vértigo que los hundia en el último precipicio, opusieron á su resolucion con el pretesto de que si consentian en ella, tendrian que luchar con las fuerzas formidables de los turcos. Decian otros con una presuncion insensata, que siempre estarian á tiempo de arruinar una fortaleza que en cierto modo se hallaba bajo su dominio; y aun hubo ciudadanos de Constantinopla que suministraron á los trabajadores turcos los víveres y los materiales necesarios para la construccion.

Recurrió esta nacion sin fe y sin consistencia al Papa pidiéndole tropas y dinero. Dice San Antonino, que por último se mostró sordo Nicolao á su sollicitud interesada, y que no tuvo por conveniente imponer nuevas contribuciones á la Italia, aniquilada con

sus propias guerras, cuando podian emplear los griegos en la defensa de su patria los tesoros que codiciosos encerraban en las entrañas de la tierra, desde donde habian de pasar al poder de sus enemigos. Afirman otros historiadores que trató el Pontífice de enviar navíos y tropas á los griegos; pero que la celeridad de los turcos dejó sin efecto esta tentativa. No cabe duda en que con este objeto aprestaron una escuadra, así el Papa como los venecianos, genoveses y catalanes. Dejose llevar sin duda aquel buen Pastor de su genio compasivo, despues del primer movimiento de indignacion, é hizo los mayores esfuerzos para salvar una grey indócil que se obstinaba en precipitarse (1).

18. Habia reunido ya el sultan sus tropas europeas y asiáticas, y no teniendo nada que temer de los Príncipes cristianos, envió al punto una parte de su ejército para demoler las fortificaciones exteriores de Constantinopla, y despejar toda la campiña (2). Pasó él mismo á principios de Abril del año 1433, con mas de trescientos mil hombres, entre quienes habia cien mil de caballería, y con mas de trescientos navíos de todos portes, á fin de acometer por mar y por tierra á aquella gran ciudad, que tenia por lo menos cuatro leguas de circuito. Estaba defendida por la parte de tierra con dos órdenes de murallas, y con fosos muy anchos y profundos. No habia mas que una muralla por el lado del puerto; pero estaba cerrado aquel con dos gruesas cadenas de hierro, y defendido con mu-

(1) *Æn. Sylv. ep. 15.* (2) *Phranz. Chalcondil. Leonard.*



chos fuertes, de modo que era muy peligrosa cualquier tentativa por aquella parte. No guardaba la guarnicion proporcion alguna en la estension de la plaza, ni con la multitud de los sitiadores. En tan inmensa ciudad podia alistar solamente el Emperador seis mil hombres de tropa reglada, sin contar unos tres mil entre genoveses ó venecianos, que tenian establecimientos considerables en Constantinopla. Muchos habitantes habianse retirado, temiendo el inminente peligro en que veían á su patria. Los que se llamaban ciudadanos, eran casi todos unos hombres enriquecidos con el comercio, abismados en los placeres, consagrados los mas á unos estudios frívolos, sin valor y sin espíritu de patriotismo, acostumbrados á una independenciam insolente, y dominados de una avaricia insensata, que no les permitió contribuir á la defensa de su propia fortuna, unida con la de la patria. Habian enterrado su dinero, y el Emperador se vió precisado á reducir á moneda los vasos sagrados para pagar á la tropa, ofreciendo restituir un cuádruplo, si lograba hacer levantar el sitio. Tambien se echó mano del pueblo, que era todavía muy numeroso, y aun de las mugeres, cuando rayó el peligro en lo sumo, para reparar las brechas y limpiar de noche los fosos que cegaban los turcos durante el dia.

La marina de los griegos era aun menos formidable que la tropa de tierra. Para guardar el puerto, ó las cadenas que cerraban su entrada, contaban únicamente con siete navíos de alto bordo y dos galeras, al mando del almirante Notáras, con los buques de

algunos comerciantes, armados en guerra. Llegaron por fortuna tres navíos genoveses de alto bordo, el uno de ellos enviado en aquel mismo tiempo por la república con quinientos hombres bien armados, y los otros dos, que habian llegado un poco antes, mandados por el noble genovés Juan Justiniano, hombre que valia por una escuadra numerosa. Parece que de su valor incomparable, el cual experimentó no obstante un fatal eclipse, dependia la suerte de todo el imperio, pues subsistió éste mientras aquel se sostuvo, y cayó luego que llegó á desmentirse. Tuvo que pelear Justiniano, no solo con los enemigos de afuera, sino tambien con la envidia y las rivalidades intestinas de los venecianos y del almirante griego. El interés privado, la insubordinacion, las quejas, las disensiones y el continuo peligro de una rebelion declarada, causaban tanta inquietud á los hombres de bien en el centro de aquella capital desgraciada, como los asaltos de los otomanos. El Emperador se veía precisado á disimularlo todo por el temor de que los descontentos y revoltosos viniesen á parar en apóstatas y traidores. No fue esta la única semejanza que tuvo el sitio fatal de Constantinopla, con el de la impenitente Jerusalem.

19. Mahomet principió los ataques por la parte de tierra, y los siguió de dia y de noche con igual vigor. Con la copiosa y formidable artillería de que se habia provisto, no tardó en abrir anchas brechas en el primer recinto. Tenia cañones de un calibre enorme, fundidos allí mismo por un húngaro apóstata, que era



hábil ingeniero. Dicese que una de aquellas máquinas infernales arrojaba piedras de mil doscientas libras, que tenia nueve pies de ancho, y que al disparar retemblaba la tierra á la distancia de cinco mil pasos, siendo necesario para llevarla de una parte á otra dos mil hombres y setenta pares de bueyes. Habia otra de calibre de mil libras, otra de ochocientas, y muchas no tan considerables, pero no bajaban del de doscientas: máquinas mas terribles en la apariencia que en la realidad, á causa de las dificultades y peligros que ofrecia su manejo. Habiéndose calentado en muy poco tiempo la mayor de todas ellas, como era de temer, reventó en medio de la muchedumbre, y mató, entre otros, al ingeniero apóstata que recibió así el castigo de su crimen, antes que el premio de sus servicios.

Añadió el turco las minas, las torres, las plataformas, y todas las invenciones y trabajos propios para reducir una plaza á los destrozos de la artillería; los que se ejecutaron con una celeridad increíble, mediante los millones de brazos que tenia á sus órdenes, y su liberalidad en recompensarlos. Pareciéndole que estaban las brechas en buen estado, mandó dar el asalto á las tropas de Asia que estimaba muy poco, y fueron las primeras que espuso, no tanto para vencer, como para fatigar á los sitiados. Mas luego que vió los fosos llenos de muertos, emprendió él propio el ataque con las tropas de Europa. Recorria todas las filas, exhortaba, amenazaba, pronunciaba imprecaciones, blasfemaba y comunicaba su furor á

cuentos estaban á su lado. Sus genízaros avanzaban con intrepidez, se arrojaban á las brechas, se empujaban y arrastraban unos á otros; mas fueron inútiles todos sus esfuerzos, porque se defendieron los griegos con un ardor igual al del ataque, y con una destreza muy superior. Mientras acuchillaban á cuantos acudían á la brecha, causaba su artillería un destrozo horrible en la multitud confusa que corría á los fosos. Hicieron salidas muy oportunas contra los infieles, quemaron parte de sus máquinas, inutilizaron sus minas, y destruyeron sus trabajos: lo que sucedió con la misma frecuencia con que sus enemigos obstinados reiteraron los ataques. Despues de sostener el asalto todo el dia, limpiaban de noche los fosos que habian cegado los turcos, y se reparaban tan perfectamente las brechas, que cuando el sultan juzgaba que al otro dia podria continuar su empresa, veía que era necesario empezar de nuevo. Admirado un dia de lo mucho que en la noche anterior habian trabajado los sitiados, exclamó, que aunque le hubiesen predicho mil profetas lo que estaba viendo por sus propios ojos, no les habria dado crédito.

20. El autor de estos prodigios era Justiniano, cuyo mérito conoció muy pronto el Emperador, y por lo mismo le habia confiado el mando de sus tropas. Cuando recibió este encargo, se regeneraron, por decirlo así, aquellos griegos espurios, afeminados, perezosos y cobardes, y se mostraron dignos de su antiguo origen, trabajando infatigablemente de dia y de noche, y llenándose del heroísmo que les inspira-



ban las lecciones y el ejemplo de su caudillo. Ayudaba á este grande hombre en la ejecución de sus designios un ingeniero alemán, consumado en la ciencia de la artillería, de las minas, del fuego griego ó marino, y de toda clase de máquinas é invenciones.

21. Una resistencia tan grande por la parte de tierra, y la llegada de un refuerzo tan grande y tan considerable de navíos, obligaron al sultán á variar el plan de ataque; y en consecuencia pasó á la parte del mar, donde eran mucho menores las fortificaciones, pero sin abandonar por esto los primeros trabajos. Estaba cerrado el puerto, como hemos visto, con cadenas de hierro, y habiendo intentado muchas veces, aunque siempre en vano, vencer aquel obstáculo, Mahomet, que era el hombre mas obstinado y emprendedor que puede imaginarse, resolvió, siguiendo el consejo de un aventurero cretense que habia visto á los venecianos llevar por tierra los navíos de una parte á otra en la guerra de Lombardía, transportar de este modo los suyos por espacio de mas de dos leguas. Se dice que en una sola noche hizo llevar á fuerza de brazos y de máquinas por aquel camino, no menos difícil que largo, atravesando cerros, arroyos y torrentes, setenta navíos y ochenta galeras. En vista del testimonio de los muchos autores que aseguran este hecho, y atendiendo sobre todo á lo que habian ejecutado los venecianos, siendo testigo ocular el emprendedor cretense, parece que no puede dudarse de él; pero no sucede lo mismo con las circunstancias que le acompañan, las cuales son

referidas por historiadores griegos, tan inclinados en todos tiempos á la ficción y á la hipérbole: reflexión que debe aplicarse á otras muchas particularidades de este sitio prodigioso. Luego que estuvieron los navíos en el puerto, hizo construir Mahomet, con una infinidad de toneles, una especie de puente de barcas, de setenta y cinco pies de ancho, que llegaba á poca distancia del muro, y estaba cubierto de cañones de batir.

22. Fue mucha la consternación que causó á los sitiados el espectáculo de unas obras tan formidables, y mas cuando con un puñado de gente tenían que resistir al enemigo por todas partes y á un mismo tiempo en la extensión de una ciudad inmensa. Pero no desmayaron por esto, antes bien se propusieron quemar el puente y la escuadra, para lo cual habia de introducirse una galera genovesa, en una noche obscura, en medio de aquella selva flotante con materias combustibles tan bien preparadas, que la hubieran incendiado en un momento; pero habiendo tenido aviso los turcos, echaron á pique la galera. Se acusó de esto á los habitantes de Gálata, que era propio de los genoveses, y se confirmó la sospecha con el buen tratamiento que recibieron del vencedor después de la toma de la ciudad.

Entretanto vieron los sitiados cuatro navíos que iban del Archipiélago á socorrer la plaza, y uno de ellos estaba cargado de trigo: recurso muy ténue, comparado con la necesidad en que se hallaban; pero los infelices que se ven en un naufragio, miran la



tabla agitada por las olas como un apoyo sólido. Prorumpieron en mil gritos de alegría, y olvidándose por un momento de su propio peligro, solo pedían al cielo el feliz arribo de aquellos generosos auxiliares. En efecto, era necesario para ello el auxilio de lo alto, ó la negligencia del enemigo, que en semejante ocasion pudo muy bien tenerse por un prodigio.

El desprecio que hicieron los infieles de aquella flotilla atrevida, fue la causa de su derrota. Acercáronse á ella sin precaución, como á una presa que habia caido en sus redes, y cantaron victoria antes de empezar el combate. Una descarga horrible, bien dirigida, los obligó á retirarse en desórden, con un daño infinito en las velas y jarcias, y con una pérdida proporcionada de sus mejores tropas. Volvieron al combate á vista del sultan que estaba á caballo y amenazaba desde la orilla; le renovaron muchas veces, y pelearon bastante tiempo, pero con aquella incertidumbre que se sigue á la temeridad malograda, y que á pesar de la desproporcion del número, establece una perfecta igualdad entre los combatientes. Por fin, fue desbaratada la escuadra otomana despues de haber sufrido unas pérdidas casi increíbles, y huyó vergonzosamente, amenazando, blasfemando y abandonándose Mahomet á todos los movimientos de la rabia y del frenesí. Se arrojó con su caballo contra los fugitivos, metiéndose mar adentro, y esponiéndose á quedar sumergido en las olas; pero no le fue posible hacer que se renovase el combate. Entraron triunfantes en el puerto los cuatro navíos cristianos,

sin haber perdido un solo hombre, y teniendo pocos heridos, sin embargo de que pelearon contra doscientos navíos, ó á lo menos contra ciento y cincuenta, en los que, por confesion de los mismos turcos, hubo mas de doce mil muertos.

Uua desgracia tan imprevista desconcertó los designios del sultan, el cual, viendo que eran infructuosos sus esfuerzos por mar y por tierra, recurrió á la traicion, y trató de corromper á Justiniano, que era el mas firme antemural de Constantinopla. No habiéndolo logrado, fingió que deseaba la paz, y propuso á Constantino, que si consentia en entregarle una ciudad que se hallaba en el mayor apuro, le aseguraria el imperio del Peloponeso. Respondió el Emperador con magnanimidad, que mientras viviese no abandonaria la ciudad imperial.

En este tiempo se esparció la voz de que iba á socorrer á los griegos una escuadra numerosa de occidente, y un egército húngaro, mandado por el valeroso Hnaíades. La mayor parte de los turcos, poseidos de un terror pánico, que se aumentó con un globo de luz, que segun decían ellos, habia bajado del cielo á Constantinopla, querian que se levantase el sitio inmediatamente, y declamaban sin ningun respeto contra el gran Señor, diciendo que se empeñaba como un frenético en vencer imposibles; que no temia á Dios ni á los hombres; que los llevaba al matadero como si fuesen un vil rebaño, y creía honrarlos bastante haciendo que cegasen los fosos con sus cuerpos, para adquirir él la gloria que tanto ape-



tecia. Temió el sultan, á pesar de su mucho atrevimiento, las consecuencias de esta conmocion, y le faltó muy poco para conformarse con el dictámen de Hali-bajá, que era el gefe de su consejo. Este oficial, que habia sido ayo de Mahomet, favorecia secretamente á los cristianos, y procuró siempre disuadirle de emprender el sitio de Constantinopla. Por el contrario, Zaga-bajá tranquilizó á Mahomet, y le dió á entender que el rumor de la llegada de la escuadra y ejército era únicamente efecto del artificio de los griegos y del terror de los turcos: y en cuanto al fenómeno que despues de haber resplandecido en Constantinopla se habia disipado de repente, dijo que era una señal del último abandono en que dejaba Dios á aquella ciudad, por haber despreciado la paz que se la habia ofrecido. En consecuencia se resolvió que el día 29 de Mayo se daría un asalto general por mar y por tierra, con todas las fuerzas, á un mismo tiempo.

Para animar el cruel sultan á los soldados, abandonó por tres dias la ciudad al saqueo y á todos los escesos; prometió su gobierno al primero que subiese á ella, y solo prohibió el incendio, porque queria hacerla capital de su imperio. Conciliando con este rasgo de inhumanidad las prácticas de una religion que miraba con desprecio, sin embargo de que hacia uso de ella para conseguir sus fines, mandó á todas sus tropas que ayunasen por espacio de tres dias hasta el anochecer, que tuviesen hachas encendidas en honor del Eterno, que se purificasen con el baño, y que hiesen fervorosas oraciones para alcanzar la vic-

toria. Hali-bajá hizo saber á los cristianos esta resolución desesperada, exhortándolos á pelear con valor, porque despues del asalto se habia de levantar el sitio.

Habiendo recibido el Emperador este aviso, mandó hacer procesiones solemnes, en las cuales se llevaron todas las reliquias de la ciudad, y asistieron descalzos los obispos, los clérigos, los monges, los soldados de todas clases, las mugeres y los niños, derramando torrentes de lágrimas, y prorumpiendo en dolorosos gemidos. Despues de esto se abrazaron todos, y se pidieron recíprocamente perdon de las injurias y agravios que pudiesen haberse hecho unos á otros, considerando que iban á morir al día siguiente, y exhortándose sin embargo á pelear con mas valor que nunca. El Emperador comulgó públicamente en la catedral de Santa Sofia, con una multitud de personas de mayor distincion.

23. En fin, habiendo llegado el día fatal, se empezó el ataque mucho antes de amanecer, presentándose á él las peores tropas de los turcos, segun su costumbre, para que cansados los cristianos, no pudiesen resistir á las que entrasen de refresco. Habiendo peleado con mucho esfuerzo y con gran daño de los infieles, recibió Justiniano una herida poco considerable. ¡Ejemplo prodigioso de la inestabilidad, no solo de la fortuna y de la victoria, sino del valor mismo; ó por mejor decir, leccion terrible de aquel Señor Omnipotente que maneja los corazones como los elementos insensibles, y permite que para la ege-



cucion de sus inmutables decretos se convierta el heroismo en cobardía! Justiniano, que hasta entonces habia sido el héroe y el salvador del partido sellado con el anatéma del cielo, muestra la flaqueza propia de una muger tímida, luego que se vé teñido en sangre, abandona su puesto sin dejar quien le reemplace, y huye vergonzosamente. Sus tropas consternadas oponen á los infieles una resistencia muy débil, y aumenta el atrevimiento y furor de estos, al paso que ceden los cristianos. El Emperador, que con las mejores tropas de la guarnicion volaba á todas partes para inflamar á los combatientes, acudió en el mismo instante en que empezaba el desórden; y sabiendo su origen, sigue á Justiniano, le pone á la vista todos los motivos humanos y divinos que deben obligarle á no abandonar en un solo momento el fruto de tantos gloriosos trabajos, y se ofrece á curarle la herida con sus propias manos. Pero el miedo habia sofocado todo principio de valor, y aun las impresiones naturales de la razon. Instigado de su ciego temor, manda Justiniano abrir la puerta de la ciudad, pretestando que así podria volver contra el enemigo con mayor ventaja. Todo esto pasaba por la parte del campo entre las dos murallas, de las cuales era la interior la principal defensa de la ciudad; y hasta entonces habian estado cerradas todas las puertas de comunicacion, para poner á las tropas en la forzosa alternativa de vencer ó morir.

Viendo el pueblo una puerta abierta, y observando al mismo tiempo que los turcos se habian apro-

vechado de aquel desórden para hacerse dueños del recinto exterior, se precipitó hácia la ciudad, unos para defender la segunda muralla, y otros sin ningun designio; y poseidos del terror, se empujaban, se dejaban caer y se atropellaban con tanta violencia y confusion, que quedaron ahogados cerca de ochocientos hombres. Justiniano, que fue el primero que entró, atravesó la ciudad, y segun el historiador Phrances fue á morir á Gálata; pero segun el testimonio mas verosímil de Leonardo de Chio, pasó á esta isla y murió en ella, no tanto de la inflamacion de la herida, quanto del dolor aun mas cruel que le causaron sus remordimientos, cuando aquel héroe, que solo habia dejado de serlo por un instante, consideró á sangre fria el oprobio eterno con que acababa de manchar su nombre. Añade Calcondilas que habiéndole preguntado el Emperador cuando le instaba á que volviese al combate, adonde podria huir, le respondió en estos términos insensatos: „Adonde el mismo Dios lleve á los turcos.” ¡Tan cierto es que causándole el miedo una impresion en cierto modo preternatural, le habia privado del juicio!

24. Determinado Constantino á sepultarse bajo las ruinas de su imperio, se enardeció mas y mas con un suceso que seguramente debia desalentarle. Acompañado de Teófilo Paleólogo, de Francisco Comneno, de Demetrio Cantacuceno, de Juan de Dalmacia y de muchos oficiales animados con su valor, hizo, en el mismo sitio en que Justiniano acababa de marchitar sus laureles, esfuerzos prodigiosos para recha-



zar el diluvio de bárbaros que se presentaban en todas las brechas. Veinte veces se arrojó en medio de ellos con sable en mano, y causó los mayores destrozos en el centro de sus batallones; pero por cada muerto acudían millares de combatientes. En fin, cansado de matar, oprimido con la multitud de los infieles, estropeado y casi ahogado con el tumulto de los suyos, recibió muchos golpes, uno en la mano, otro en la cara, y otro en la parte posterior de la cabeza, de suerte que cayó en tierra, y murió con las armas en la mano delante de la puerta violentada, la cual defendió hasta el último aliento. Mahomet, justo apreciador de su esfuerzo heroico, mandó que se buscara su cuerpo, y le hizo un entierro magnífico. Se dice que temiendo Constantino caer vivo en manos de los infieles, exclamó con toda su fuerza antes de recibir el golpe mortal: „¿No habrá un cristiano tan generoso que me atravesara el cuerpo con su espada, para impedir que sea profanada en mi persona la magestad del imperio cristiano?“ Palabras que no sería extraño profiriese en una situación en que es tan difícil moderarlas, pero que deben atribuirse más bien al deseo de reanimar el valor de sus tropas, que á un efecto de desesperación. Tenemos por el contrario muchos motivos para creer que fue feliz la suerte eterna de este Príncipe, pues había confirmado poco antes, como hemos visto, la union católica, á instancias del cardenal Isidoro; y si fue culpable en la condescendencia con que trató á sus vasallos cismáticos, bien que era muy peligroso irritarlos en

aquella ocasion, debemos presumir prudentemente, en vista de las obras de piedad de que dió ejemplo durante el sitio, de la recepcion de los sacramentos antes de presentarse en la brecha, y en fin, de la muerte que padeció en defensa de su pueblo y de su Religion, que le perdonaria Dios las imperfecciones que pudiese tener todavía.

Constantino, duodécimo de este nombre, fue el último Emperador de los griegos, y con él acabó el imperio de Constantinopla, despues de un sitio de cincuenta y siete dias. Tenia este Emperador cincuenta años, y llevaba cinco de reinado. Contando desde la dedicacion de Constantinopla hecha por Constantino el Grande á 19 de Mayo de 330, subsistió el imperio mil ciento veintitres años, teniendo por primero y último Emperador dos Príncipes llamados Constantinos: semejanza muy ténue, y acaso la única que puede encontrarse entre su principio y su fin.

25. Despues de la muerte del Emperador, no hallaron los turcos ninguna resistencia. Los que peleaban por la parte del puerto entraron en la ciudad casi al mismo tiempo que los que la sitiaban por tierra, y uniéndose unos con otros cogieron en medio á las tropas griegas que restaban, haciendo en ellas una horrible carnicería. Los habitantes indefensos, hombres, mugeres y niños, fueron confundidos con los que estaban armados, y perecieron más de cuarenta mil á manos del vencedor, hasta que sucediendo la avaricia á la crueldad, se hicieron sesenta mil



prisioneros para venderlos como bestias de carga.

26. Por espacio de tres días enteros se abandonaron los turcos al saqueo y á todos los horrores, excepto el incendio, prohibido con las penas mas terribles, segun lo habia prometido el inexorable sultan. No presentaríamos mas que un bosquejo de las abominaciones que hicieron semejante la suerte de Constantinopla á la de Jerusalem, si dijésemos que en aquella ciudad se cometieron entonces á sangre fria los mas crueles asesinatos, violaciones, adulterios, incestos, sacrilegios y otras infamias aun mas execrables, que se abrieron y profanaron los sepuleros de los Césares y de los Santos mártires, y los tabernáculos del Santo de los Santos, que fueron ultrajados nuestros mas formidables misterios, que se arrojaron las reliquias á los perros y á los puercos, que fueron escarnecidas las santas imágenes, y que volvieron á clavar en una cruz la imagen del Redentor. Solo podria egecutarse esta pintura horrible por aquel profeta, á quien fue dado exclusivamente, segun San Gregorio Nacianceno, proporcionar la viveza de los colores y el acento de las lamentaciones á la magnitud de las calamidades.

27. El arrabal ó lugarcillo contiguo á Constantinopla, y llamado Pera ó Gálata, fue tomado en el mismo día, ó por mejor decir, vilmente entregado por los genoveses, sus antiguos poseedores; y esto antes que se les intimase la rendicion, sin embargo de que podia defenderse muy bien. Durante el sitio de la ciudad imperial tenian comunicacion con el

Gran Señor aquellos soldados comerciantes, prefiriendo el lucro á la gloria: lo que agravó la sospecha de que le habian revelado el proyecto de incendiar su escuadra, y acabó de infamarlos en todo el universo. Sin embargo, hubieron de sufrir el yugo del vencedor, y dejando de ser aliados, pasaron á la clase de siervos tributarios. Se les dió un gobernador turco, se demolieron sus torres y baluartes, se fundieron sus campanas para hacer cañones, les robaron gran parte de sus riquezas, y sus mugeres é hijos quedaron espuestos á la insolencia de los otomanos. Pero si hubiesen querido atender seriamente á la defensa de Constantinopla, es muy probable que hubieran libertado la ciudad: y siendo de este modo los salvadores del imperio, ¿qué utilidades y qué gloria no habrian conseguido?

28. El cardenal Isidoro, que habia quedado espuesto á tantos peligros, movido de su celo por la estincion del cisma, y de la inclinacion con que miraba á su Soberano natural, fue hecho cautivo en la ciudad de Constantinopla, y se rescató como otros muchos despues del primer furor de los bárbaros, no habiendo costado mas su rescate que cincuenta ducados, porque ignoraban los turcos la calidad de su persona. Halló Isidoro en medio de los muertos el cadáver de un hombre que era muy parecido á él, se puso el vestido de este soldado, y cubrió con el suyo el cadáver, dejando allí el capelo (1). Despues de esto se refugió á la iglesia de Santa Sofia, donde no tardaron

(1) *Æn. Sylv. comment. 1.*



en descubrirle y prenderle, y estuvo tres dias en el campo de los turcos, pero con la cara tapada, porque habia recibido en ella un flechazo. Habiéndose embarcado despues de pagar su rescate, anduvo errante algun tiempo por el mar, y llegó á Chio, despues á Creta, y últimamente á Roma. Se puede formar juicio del peligro á que estuvo espuesto este piadoso celador de la unidad católica y de los intereses de su Príncipe, por el furor que manifestaron los infieles contra las insignias de su dignidad. Cortaron la cabeza al cadáver que se parecia á él, la pusieron en la punta de una pica con el capelo, y la pasearon por toda la ciudad y por el campamento, haciéndola mil ultrages acompañados de blasfemias.

29. Mucho mas desgraciada fue la suerte del almirante Notáras, que era uno de los señores mas poderosos del imperio. Tenia éste tanta aversion á la iglesia romana, que en medio de la ciudad consternada al ver el diluvio de infieles, dijo en alta voz, que valia mas respetar en Constantinopla el turbante que el capelo. Habiendo tenido la fortuna de librarse del primer furor de la tropa, fue á presentarse con sus dos hijos á Mahomet, y le llevó un tesoro considerable en oro y piedras preciosas que habia ocultado en su palacio, cometiendo además la vileza de descubrirle la inteligencia del Emperador Constantino con Hali-bajá. Mirándole el sultan con indignacion, le echó en cara su pérfida avaricia, la cual habia privado á su Príncipe natural de un socorro necesario para la defensa de su corona y de su vida. „¿Y pre-

tendes, añadió, contraer un mérito con lo que ya no es tuyo despues de mi conquista?” Inmediatamente mandó que le cargasen de cadenas, y le llevasen arrastrando á la plaza mayor de la ciudad, donde fue degollado con sus dos hijos á vista de todo el pueblo. Se prendió tambien á Hali, y se le quitó la vida poco despues.

30. Phranzes, ó Jorge Phranza, gefe de la guardarepa é historiador de todas estas desgracias, de que fue testigo ocular, cuenta de sí mismo, que fue cautivado con otros infinitos, y que padeció todos los infortunios que suelen acompañar á la esclavitud. Habiendo sido rescatado en Lacedemonia, sirvió al Príncipe Tomás, el cual le dió varias posesiones, y le empleó en diferentes embajadas. Añade, que su muger quedó tambien cautiva con un hijo y una hija, los que compró Mahomet á su caballerizo, dándole por ellos una cantidad considerable, porque eran muy hermosos y tenian una índole escelente. El hijo, de edad de quince años, perdió la vida por una causa tan honrosa para él, como vergonzosa para su infame tirano. La hija murió de peste en el palacio imperial, y la madre fue por último rescatada. No nos detendremos mas en esta relacion de sucesos particulares, la cual no tendria fin, aunque se limitase á las personas mas condecoradas. Entre otros quedaron cautivos cuarenta y siete nobles venecianos, que fueron asesinados á sangre fria, escepto algunos de ellos que redimieron la vida descubriendo sus tesoros.

31. Acabados los tres dias que se concedieron al



furor y rapacidad de la tropa, no queriendo el sultan despoblar mas su nueva capital, y reflexionando que los cristianos formaban la principal fuerza y riqueza de su imperio, mandó con aquella autoridad absoluta que jamás era desobedecida impunemente, que no se les hiciese ya ningun daño, y publicó que podian presentarse todos con entera seguridad, grandes y pequeños, ocultos y fugitivos. Para atraerlos mejor, dispuso que á los horrores de la guerra sucediesen las artes, el comercio, todo género de comodidades, y la restauracion de los edificios públicos y particulares. Adornó la ciudad con muchos monumentos nuevos, distribuyó las casas y los palacios, segun la condicion de cada uno, y dividió tambien entre ellos una porcion de tierras por el mismo orden. Alcanzaron los testimonios de su benevolencia á los Príncipes Demétrio y Tomás, hermanos del Emperador Constantino y señores del Peloponeso; pues pensando ellos en refugiarse á Roma, les propuso y concluyó con ellos un tratado de alianza, que observó hasta que pudo oprimirlos sin ningun recelo.

32. Para no dejar nada que desear á los habitantes de Constantinopla, quiso que se proveyese la silla patriarcal que se hallaba vacante por la abdicacion que de ella habia hecho en Roma el patriarca Gregorio, y mandó que se hiciese la eleccion del mismo modo que en tiempo de los últimos Emperadores. Pero en realidad no era mas que una eleccion aparente y de pura ceremonia, porque despues de haber elegido estos Príncipes por algun tiempo un su-

geto de tres que le presentaban, se atribuyeron el derecho de nombrar sin presentacion un sugeto particular que debia ser luego elegido por no faltar á la formalidad. Con arreglo á esta costumbre, convocó Mahomet algunos obispos de las cercanías de Constantinopla, con los eclesiásticos que habian quedado en la ciudad y los principales vecinos de ella, y les nombró á Jorge Scolario, al cual eligieron inmediatamente. Colocado Jorge en la silla patriarcal, tomó el nombre de Genadio. Uno de nuestros historiadores transforma en cismático á este hombre docto y piadoso que dió tantas pruebas de su catolicismo en el concilio de Florencia, y que no se desmintió jamás: falsedad que no merece refutarse de otro modo que indicando el origen de que procede. Seguramente habrá bastado la conformidad de los nombres para que este autor, mucho mas elegante que reflexivo, confundiese á un prelado tan venerable, ya con aquel Jorge Scolario que tomó en Florencia el partido de Marcos de Éfeso, ó ya con el monge Genadio, que segun todas las apariencias es el mismo defensor de Marcos, y es el que escitó la última sublevacion de los griegos contra la union.

33. Como habia la costumbre de que el Emperador instalase á los nuevos patriarcas, quiso Mahomet conformarse con ella, sin omitir ninguna parte del ceremonial. Luego que fue elegido el patriarca, pasó al salon del palacio imperial que se habia preparado con una magnificencia extraordinaria, y fue presentado al Gran Señor que estaba sentado en un estrado



cubierto con un tapiz de púrpura, y le puso en la mano un báculo pastoral de oro, guarnecido de perlas y piedras preciosas, diciendo: „La santa Trinidad que me ha dado el imperio, te hace patriarca de la nueva Roma.” No contento con esto, le acompañó, por mas resistencia que hizo el patriarca, hasta la entrada del palacio, donde habiéndole presentado un caballo de su propia caballeriza ricamente enjaezado, mandó á sus bajeos y á los principales empleados que le acompañasen á pie, como lo hicieron, atravesando toda la ciudad hasta la iglesia de los doce Apóstoles, que era la que se le habia señalado en lugar de la de Santa Sofía, la cual habia convertido el sultan en su principal mezquita.

Habiendo solicitado este patriarca, y obtenido algun tiempo despues el permiso para establecerse en la iglesia de la Madre de Dios, llamada Pammacarista, en cuya posesion continuaron sus sucesores, pasó á visitarle: y ya fuese por curiosidad, ó por uno de aquellos impulsos buenos que experimentan tal vez los mayores impíos, le pidió que le esplicase con entera confianza los principales artículos de la Religion cristiana: lo que hizo con tanta energía y con unos afectos tan tiernos aquel digno sucesor de los Apóstoles, y uno de los hombres mas sábios de Grecia, que parecia haber hecho alguna impresion en Mahomet, el cual trató desde entonces con mucha mayor dulzura á los cristianos; y aun quiso que el patriarca le pusiese por escrito lo que habia dicho en aquella conversacion, de donde tuvo origen la obra de Jorge

Scolario ó Genadio acerca de la Trinidad y de la Encarnacion.

34. Si en los primeros capítulos no espresa con bastante exactitud la distincion de las divinas Personas, consiste esto en que se proponia atraer por grados al mahometano al conocimiento de la verdad, sin darle motivo para creer, segun la preocupacion de los musulmanes, que los cristianos adoraban tres dioses. Tenemos otras muchas obras de este ilustre patriarca, principalmente contra la obstinacion y los varios errores de los griegos, cuyas desgracias atribuye al teson con que se habian empeñado en sostener el cisma. Nada omitió por espacio de cinco años para reducirlos á la obediencia católica; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, renunció el gobierno de su indócil rebaño, y se retiró á un monasterio de Macedonia, donde acabó santamente sus dias.

35. La desgracia de los griegos, causada por el ódio con que miraban á la iglesia latina, proporcionó á los occidentales unas ventajas inestimables. No contaremos entre estas preciosas adquisiciones el santo sudario, que dicen fue trasladado entonces desde Constantinopla á Saboya, y luego á Turin: cuyo suceso está sujeto á tantas dificultades, que no debemos entrar, contra nuestro método y aun contra la naturaleza de la historia, en una discusion que no interesa á la fe ni á las costumbres; pero lo que no admite duda es, que las ciencias y las artes refluieron desde la nueva Roma á la antigua, y se estendieron por todo el occidente. Muchos caballeros y griegos



instruidos lograron embarcarse en cinco navíos, durante la confusión del asalto, y se pusieron en salvo, arribando á la Moréa. Ofreciéndose el Papa á indemnizarlos, en cuanto fuese posible, de la pérdida de su patria, llegaron á Italia Manuel Crisoloras, Juan Láscaris, Jorge de Trebisonda, Hemónimo de Esparta, Gregorio Tifenas, Martulo, Teodoro Gaza y otros muchos, y desde allí se esparcieron por todos los pueblos de Europa, que habian empezado á aficionarse á las letras en las expediciones ultramarinas. Movidos de la pasión dominante, y tal vez excesiva, con que se habian entregado á las ciencias, pues á ellas se atribuye la afeminación ó la indolencia, que fue causa de la pérdida de su capital, llevaron consigo como el tesoro mas precioso una porción de volúmenes griegos, tanto sagrados como profanos, y en particular todas las obras de San Juan Crisóstomo, de San Basilio el grande, y de San Gregorio Nacianceno, de las cuales no tenian hasta entonces los occidentales una colección completa. Se tradujeron todas al latin; hubo muchas personas que quisieron conocer las bellezas de los originales; se hizo de moda la lengua griega en las naciones mas opulentas de occidente, y la enseñaron en la universidad de Paris Hemónimo, Tifenas y el mismo Láscaris, no obstante su augusta prosapia. Esta fue la verdadera causa de la regeneración de las letras en Europa, preparada de antemano con las cruzadas y las expediciones de levante; de suerte que la ruina de la iglesia griega produjo el esplendor de la latina.

## RESUMEN

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

## EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-CUARTO.

N.º 1. *Exhortaciones de Eneas Silvio á los Príncipes cristianos.* 2. *Dionisio Cartujano.* 3. *Economía sordida de Federico IV.* 4. *Entréganse los prusianos al Rey de Polonia.* 5. *Vil interés de los venecianos y genoveses.* 6. *Muerte de Nicolao V.* 7. *Alfonso Tostado.* 8. *Elección de Calisto III.* 9. *Se obliga este Papa con voto formal á hacer la guerra á los turcos.* 10. *Causa de Guillermo de Malestroit, obispo de Nantes.* 11. *Contienda entre las órdenes mendicantes y la universidad de Paris.* 12. *Doctrina de la inmaculada Concepción, confirmada.* 13. *Concilio de Soissons.* 14. *Huracanes terribles en Italia.* 15. *Queda libre la plaza de Belgrado.* 16. *Muerte de Huniades y del Beato Capistrano.* 17. *Heroísmo de una doncella de Lesbos.* 18. *Proezas de Usum-Casan, Rey de Persia.* 19. *Ladislao, hijo de Huniades, degollado.* 20. *Matias, tambien hijo de Huniades, electo Rey de Hungría.* 21. *Consigue Pogebrac ser proclamado Rey de Bohemia.* 22. *Destrucción del Tabor y de los taboritas.* 23. *Muerte del Rey Alfonso de Aragon.* 24. *Intrigas del cónclave despues de la muerte de Calisto III.* 25. *Eneas Silvio, electo Papa, y llamado Pio II.* 26. *Su celo contra los turcos.* 27. *Su afecto á Fernando, Rey de Aragon.* 28. *Asun-*



instruidos lograron embarcarse en cinco navíos, durante la confusión del asalto, y se pusieron en salvo, arribando á la Moréa. Ofreciéndose el Papa á indemnizarlos, en cuanto fuese posible, de la pérdida de su patria, llegaron á Italia Manuel Crisoloras, Juan Láscaris, Jorge de Trebisonda, Hemónimo de Esparta, Gregorio Tifenas, Martulo, Teodoro Gaza y otros muchos, y desde allí se esparcieron por todos los pueblos de Europa, que habian empezado á aficionarse á las letras en las expediciones ultramarinas. Movidos de la pasión dominante, y tal vez excesiva, con que se habian entregado á las ciencias, pues á ellas se atribuye la afeminación ó la indolencia, que fue causa de la pérdida de su capital, llevaron consigo como el tesoro mas precioso una porción de volúmenes griegos, tanto sagrados como profanos, y en particular todas las obras de San Juan Crisóstomo, de San Basilio el grande, y de San Gregorio Nacianceno, de las cuales no tenian hasta entonces los occidentales una colección completa. Se tradujeron todas al latin; hubo muchas personas que quisieron conocer las bellezas de los originales; se hizo de moda la lengua griega en las naciones mas opulentas de occidente, y la enseñaron en la universidad de Paris Hemónimo, Tifenas y el mismo Láscaris, no obstante su augusta prosapia. Esta fue la verdadera causa de la regeneración de las letras en Europa, preparada de antemano con las cruzadas y las expediciones de levante; de suerte que la ruina de la iglesia griega produjo el esplendor de la latina.

## RESUMEN

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

## EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-CUARTO.

N.º 1. *Exhortaciones de Eneas Silvio á los Príncipes cristianos.* 2. *Dionisio Cartujano.* 3. *Economía sordida de Federico IV.* 4. *Entréganse los prusianos al Rey de Polonia.* 5. *Vil interés de los venecianos y genoveses.* 6. *Muerte de Nicolao V.* 7. *Alfonso Tostado.* 8. *Elección de Calisto III.* 9. *Se obliga este Papa con voto formal á hacer la guerra á los turcos.* 10. *Causa de Guillermo de Malestroit, obispo de Nantes.* 11. *Contienda entre las órdenes mendicantes y la universidad de Paris.* 12. *Doctrina de la inmaculada Concepción, confirmada.* 13. *Concilio de Soissons.* 14. *Huracanes terribles en Italia.* 15. *Queda libre la plaza de Belgrado.* 16. *Muerte de Huniades y del Beato Capistrano.* 17. *Heroísmo de una doncella de Lesbos.* 18. *Proezas de Usum-Casan, Rey de Persia.* 19. *Ladislao, hijo de Huniades, degollado.* 20. *Matias, tambien hijo de Huniades, electo Rey de Hungría.* 21. *Consigue Pogebrac ser proclamado Rey de Bohemia.* 22. *Destrucción del Tabor y de los taboritas.* 23. *Muerte del Rey Alfonso de Aragon.* 24. *Intrigas del cónclave despues de la muerte de Calisto III.* 25. *Eneas Silvio, electo Papa, y llamado Pio II.* 26. *Su celo contra los turcos.* 27. *Su afecto á Fernando, Rey de Aragon.* 28. *Asun-*



tos de Bohemia. 29. Cosme de Medicis. 30. Asamblea de Mantua contra los turcos. 31. Pragmática-sancion. 32. Bula espedida con motivo de ella. 33. Apelan los franceses. 34. Muerte de Carlos VII. 35. Apela el duque de Austria de algunos decretos del Papa. 36. Invectivas de Gregorio de Heimburgo. 37. Pretende Luis XI restablecer la pragmática-sancion. 38. Conducta de Gofredo, obispo de Arras. 39. Variaciones de Luis XI con motivo de la pragmática. 40. Pérdida de Trebisonda. 41. Se apodera de Jaiza el Rey Matias. 42. Sale de Roma Pio II para ir á la guerra contra el turco. 43. Retractaciones de este Pontifice. 44. Su muerte. 45. Santa Catalina de Bolonia. 46. Paulo II. 47. Dispensa varias gracias á los cardenales. 48. Escomulga á Pogebrac. 49. Hace Scanderberg que se levante el sitio de Croya. 50. Muerte de este héroe. 51. Mártires ilustres. 52. El Beato Andrés de Chio. 53. El Emperador Federico en Roma. 54. Establecimiento de los caballeros de San Miguel. 55. Jubileo reducido á veinticinco años. 56. Fanatismo de Mahomet II. 57. Toma de Negroponto. 58. Varios proyectos contra los infieles. 59. Muerte de Paulo II.

## HISTORIA

### DE LA IGLESIA.

#### LIBRO QUINCUAGÉSIMO-CUARTO.

*Desde la ruina del imperio de oriente en el año 1453, hasta el Pontificado de Sisto IV en el de 1471.*

1. **L**a toma de Constantinopla por los turcos, fue para toda la cristiandad el golpe mas terrible que puede imaginarse; pues se comprendió desde luego que roto este dique, iba á verse inundada la Europa de un diluvio de bárbaros asiáticos, y por lo mismo era grandísima la pesadumbre, ó por mejor decir, la desesperacion que causaba el no haberle contenido al otro lado del Bósforo. Eneas Silvio, que fue el orador de su siglo, el órgano de los Papas y Emperadores, y el alma de todas las empresas grandes, empleó su elocuencia y toda su destreza y política en mover á los Príncipes, cuando podia curarse el mal por estar todavía reciente, á remediar lo que no habian evitado. Interesó á cada nacion por el lado que podia hacerla mas fuerza, ensalzando la nobleza alemana,



la magnanimidad francesa, la prudencia italiana, el valor invencible de los españoles, la audacia é intrepidez de los ingleses (1). A los hohemos, polacos y húngaros les pintó con viveza la proximidad del enemigo, y los peligros que les amenazaban. Manifestó á todos su superioridad, aun en cuanto al número, cualquiera que fuese el de los infieles, la incomparable ventaja que les llevaban en la disciplina y en el valor, y sobre todo la proteccion que debian prometerse del Dios de los egércitos, en una empresa cuyo único objeto era la fe y la caridad cristiana; y solo les pedia la union, con un poco de perseverancia, asegurándoles que triunfarian de los turcos, de los sarracenos y de todos los enemigos de la Religion.

Representó en particular al Papa Nicolao el perjuicio que causaria á su buena fama la calamidad de la Grecia, si no trataba de remediarla cuanto antes (2); que cuando llegasen á su tiempo los historiadores de los Sumos Pontífices, no pasarian en silencio una revolucion tan famosa y tan deplorable como la conquista y opresion de la ciudad imperial de Constantinopla por los mahometanos; que bastaria este solo rasgo para obscurecer los hechos memorables que le habian ilustrado hasta entónces; que quedarian sepultados en el olvido todos los socorros que habia suministrado al imperio vacilante; que solo se conservaria la memoria de que habia sido destruido durante su Pontificado; y que por último, como los juicios ó la

(1) *Epist.* 155. (2) *Id.* 163.

injusticia de los hombres, suelen no tener mas regla que el bueno ó mal éxito de los sucesos, lo que era solamente una desgracia, se castigaria como un delito con la pérdida de la reputacion mas acreditada.

2. Dionisio Cartujano escribió tambien desde lo interior de la Bélgica, su patria, al Papa, á los principales prelados, á los Príncipes y á los grandes, que la pérdida de Constantinopla era un castigo de sus pecados y de los de sus pueblos, y que debian dedicarse sin tardanza á reformar sus costumbres y á vengar á la Iglesia de la injuria que acababa de recibir. Gozaba Dionisio de tan grande reputacion de virtud y doctrina, y habia acertado á conciliar de tal modo la una con la otra, que se dudaba cuál era mayor prodigio; esto es, si el que absorto de todo punto en la contemplacion de las cosas eternas, hubiese podido escribir algo, ó que habiendo escrito tanto, hubiese podido dedicarse jamás á la contemplacion. Era mirado como un Santo, que tenia revelaciones y el don de profecía, y se refieren muchos milagros que hizo antes y despues de su muerte. Antes de publicar aquella porcion de escritos, que son casi innumerables, cayó una de sus obras en manos de Eugenio IV, y exclamó enagenado este Pontífice: „triunfe eternamente nuestra Madre la santa Iglesia, por tener semejante hijo.” Sin embargo, no se esplica este autor con la debida exactitud en su tratado de las postrimerias ó novísimos del hombre, hablando del estado de las almas en el purgatorio; pero no se habian suscitado todavía hereges que hiciesen tan necesaria la



circunspeccion en esta materia, como lo ha sido despues.

3. Las exhortaciones de este santo religioso, y las del sábio obispo de Sena, Picolomini ó Eneas Silvio, movieron fuertemente al Papa, y por su medio á varios Principes, especialmente en Alemania, donde se celebraron dos dietas con este motivo, una en Ratisbona y otra en Francfort. A ambas asistió el obispo de Sena, y peroró en ellas con singular elocuencia. San Juan Capistrano, á quien miraban todos los pueblos como á un profeta, se halló tambien en la de Francfort. Pero el coloso del poder germánico era entonces como un cuerpo sin alma. Podemos juzgar de su gefe Federico IV, con respecto á estos grandes asuntos, por uno de aquellos rasgos pequeños que descubren y caracterizan á las personas mas considerables. Sosteniendo el duque de Borgoña su reputacion de bondad, de grandeza de alma y de piedad, habiendo hecho voto de ir á pelear en persona contra los infieles, á pesar de su avanzada edad, y siendo uno de los primeros que concurrieron á la dieta de Ratisbona, quiso abocarse con Federico al regresar á su pais. Temiendo el Emperador sórdido la visita de un Príncipe naturalmente grande y magnífico, llegó su avaricia al extremo de hacerle rehusar la conferencia que se le propuso, y movido de su fátua timidez, fingió que habia enfermado de repente. En las demás naciones, el interés propio, las hostilidades recíprocas, las divisiones intestinas, y mas que todo la excesiva aversion á las cruzadas, como sucede siempre

despues de haber incurrido en el extremo opuesto; éstas y otras muchas causas mantuvieron á los pueblos en una inaccion absoluta, ó no les permitieron hacer ningun esfuerzo verdaderamente útil.

4. Estaba conmovida una parte del norte por culpa de aquellos que por razon de su estado debian atender esclusivamente á la defensa de la Religion. Los habitantes de Prusia, despues de haberse quejado largo tiempo, sin ningun fruto, de las exacciones y tiranías de los caballeros tentónicos, sacudieron un yugo que cada dia se les hacia mas pesado, y trataron de ponerse bajo la dominacion del Rey de Polonia. En vano les mandó Nicolao V, pena de excomunion, que volviesen á su primera obediencia. El Emperador tomó al principio el tono de Apóstol, que tanto desdecia en su boca, y despues condenó á unos pueblos que estaban ya irritados, á pagar una multa de seis mil florines, lo que escitó en tales términos su indignacion, que tomaron todos las armas contra muchos de ellos, demolieron sus castillos, y se apoderaron de cincuenta y cinco ciudades y aldeas, esto es, de las mejores habitaciones que habia en aquel pais pobre. No obstante, conociendo la imposibilidad de sostenerse contra el poder del Papa y del Emperador, fueron á ofrecerse al Rey de Polonia, con el resto de la Prusia, la Pomerania, Culma, y generalmente todo lo que poseía el orden tentónico. Previendo el Rey y el senado de Polonia las consecuencias que podia tener este asunto, y no atreviéndose á tomar ninguna resolucion, levantaron la voz



los prusianos, y dijeron que ellos encontrarían un Príncipe menos desdeñoso, y que Ladislao, Rey de Bohemia y de Hungría, los recibiría con los brazos abiertos. No considerando ya entonces los polacos mas que la ventaja de aumentar tan considerablemente su poder, se aprovecharon de la ocasion favorable que se les presentaba. Entró en Prusia el Rey Casimiro, recibió de los pueblos el juramento de fidelidad, y disminuyó inmediatamente las cargas de que se quejaban.

5. A pesar de estas dificultades particulares, y de la frialdad general de los occidentales en orden á las guerras de religion, se hubieran puesto en el mar unas fuerzas formidables, si hubiese habido navíos para transportarlas. Siempre pronto el duque de Borgoña á sacrificarse por la causa de Dios, habia enviado al Papa cuatro galeras, luego que recibió la primera noticia de la toma de Constantinopla. Portugal, donde empezaba entonces á promoverse la marina, destinó á Italia una escuadra mas considerable, pero muy inferior á la que se necesitaba. Solamente podian desempeñar este objeto los italianos, y especialmente los venecianos y genoveses, que habiendo aprendido la náutica en las correrías y guerras de levante, tenían mayor instruccion en esta parte que las demás naciones. Pero despues de la pérdida de Constantinopla habian enviado los venecianos á Bartolomé Marcelo, para pedir á Mahomet los súbditos de la república que habian quedado prisioneros, y los bienes de que se les habia despojado durante la guerra:

lo que concedió generosamente el sultan, no menos sagáz político que formidable guerrero, y en consecuencia renovó Marcelo la paz con el turco. Aun habia menos que esperar de los genoveses, viles tributarios de los mahometanos desde la vergonzosa entrega de Gálata, y muy ocupados por otra parte en su guerra con el Rey de Aragon.

6. Afligido el Papa Nicolao con estos tristes sucesos, y molestando de la gota que padecia desde su elevacion al Pontificado, cayó de repente en un estado de debilidad, que en pocos dias le llevó al sepulcro, á 24 de Marzo de 1455. Las tropas que habia reunido contra los infieles, parecian una comitiva destinada á honrar su funeral, y desapareció con su muerte todo proyecto serio de reunion. Nicolao V habia ocupado ocho años la santa Sede, y hubiera sido feliz si hubiese vivido algo menos (1). Hasta esta época fue brillante su Pontificado, por la paz que estableció en Italia, por los soberbios edificios con que hermoseó la ciudad de Roma, por los ornamentos con que enriqueció las iglesias, por la preciosa biblioteca que formó en aquella capital, y por la proteccion que dispensó á todas las ciencias. Como era amante de las artes y muy sábio, atrajo cuantos hombres doctos pudo con sus caricias y beneficios. Recogió en las ruinas de Grecia todos los libros buenos y manuscritos preciosos de que le dieron noticia, y los hizo traducir al latin; siendo tan grande su celo y su liberalidad en este punto, que prometió cinco

(1) *Platin. addit. ad Ciac.*



mil ducados á cualquiera que le presentase el Evangelio de San Mateo en hebreo. A todas estas cualidades brillantes añadia una piedad tierna y sólida, una caridad que solo pudo evitar la nota de profusion, á causa de su esquisito discernimiento, y en fin, un desinterés en que nunca halló cosa que censurar la crítica mas mordáz.

7. Por este mismo tiempo murió Alfonso Tostado, cuyo mérito le igualó con las personas mas distinguidas, y le elevó al obispado de Ávila en España, su patria (1). Su ingenio vivo y penetrante, su juicio sólido y su memoria prodigiosa, formaron de él un hombre universal, en aquella edad en que apenas empiezan los demás á manifestar algun talento. Poseyó todas las ciencias, y fue tan profundo en cada una de ellas, como si no hubiese estudiado otra cosa en toda su vida. A los veintidos años se le miraba ya como uno de los maestros mas hábiles en la filosofía, teología y jurisprudencia. El griego y el hebreo le eran tan familiares como su lengua materna. A los cuarenta años, en cuya edad murió este doctor, gloria de la universidad de Salamanca y maravilla de su siglo, dejó una multitud de obras, que á pesar de no estar todas reunidas, ocupan veinticuatro tomos en folio, y hacen muy sensible la falta de las que se han perdido. Prodigio incomprendible, si se considera que además de los ejercicios de piedad, los cuales no le ocuparon menos que las letras, asistió al concilio de Basilea, y tomó mucha

(1) *Prof. oper. Tost. per Rainer. Belarmin. de Script. Eccles.*

parte en los asuntos mas principales del estado y de la Iglesia: sus obras mas considerables son los comentarios sobre casi todos los libros de la Escritura. En ellos se encuentra claridad, exactitud, nobleza, una penetracion y fecundidad prodigiosa, descubrimientos profundos aun en los pasages que parecen mas áridos, y lo mejor que se halla en los libros de los rabinos, con una refutacion triunfante de sus supersticiones y delirios. Su erudicion, su discernimiento y sublimidad resplandecen particularmente en los escritos que publicó sobre los Evangelios. Entre todos los tratados que compuso, son los mas dignos de notarse sus principios contra los clérigos concubenarios, y las reglas del mejor modo de gobernar los pueblos (\*).

8. Concluidas las exequias del Papa Nicolao, entraron en cónclave los quince cardenales que habia en Roma, y la mayor parte de ellos estaban resueltos

(\*) Segun el testimonio de Mariana, solo faltó al Tostado la elegancia del estilo para poderse comparar con los antiguos padres. Antes de ser promovido al obispado de Ávila, ocupó la silla de Sena en Toscana, donde se grangeó el aprecio y amistad de Eugenio IV.

Amás del Tostado y de los cardenales Torquemada y Carvajal, de quienes hablamos en el libro anterior, florecieron en este mismo tiempo en nuestra España otros muchos varones esclarecidos en santidad, dignidades y sabiduría. Merecen entre ellos especial mencion, Rodrigo Sanchez de Arévalo, que fue sucesivamente obispo de Oviedo, Zamora, Calahorra y Palencia: y elevado despues por Paulo II á la dignidad de castellan perpétuo de Sant-Angelo. Escribió mucho, aunque no siempre con solidéz y buena crítica; siendo una de



á elegir á Besarion , como el mas á propósito para el gobierno de la Iglesia en las circunstancias en que ésta se hallaba. Parecia ya que se iba á proceder al escrutinio por pura ceremonia, cuando Alano de Coetivi, cardenal obispo de Aviñon, dijo con mucha firmeza, que no consentiria jamás en que se eligiese por Cabeza de la iglesia romana á un griego, por ser una especie de neófito, cuya fe no era quizá la mas segura: lo cual seria un oprobio para todos los latinos, pues se creeria que no habia podido hallarse entre ellos un sugeto capaz. Pretende un autor contemporáneo (1), que esta faccion de mala fe conocia y apreciaba mucho á Besarion; y por lo mismo no queria elegir un gefe, cuya regularidad y modestia hubieran sido una acusacion continua de la conducta de los que entraban en ella. Casi en el mismo instante quedó electo el que menos se pensaba, como sucedia con frecuencia en semejantes ocasiones, esto es, Alfonso de Borja, cardenal del titulo de los cuatro Santos Coronados, que era el único que pronosticaba su fortuna. Desde que murió el Papa Nicolao, decia Alfonso

sus principales obras la *historia de los Reyes de España*, escrita por orden de Enrique IV: Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, á quien Eugenio IV honró entre los primeros hombres de su tiempo: Fernando de Córdoba, llamado subdiácono de la Sede apostólica, cuyo ingenio y doctrina fue la admiracion de las universidades mas famosas de Europa, como atestiguan Trithemio, Bzobio, y se lee en su sepulcro de los españoles de Roma: *Cunctarum gentium gymnasia stupere*. Pudieran aun señalarse otros; véase Mariana lib. 21.

(1) *Platin. in Paneg. Bersarion.*

á todos sus amigos, que él habia de ser su sucesor; pero no le daban oidos, á causa de sus muchos años, y porque le creian tan débil de espíritu como de cuerpo. Segun aseguró él mismo, le habia predicho en otro tiempo San Vicente Ferrer aquella elevacion, y así le canonizó el nuevo Papa; pero teniendo á la vista otras muchas pruebas de santidad, como saben todos. Tomó el nombre de Calisto III, y honró la Silla apostólica con sus virtudes. Siendo obispo y cardenal no habia querido jamás aceptar ningun beneficio ni encomienda, diciendo que estaba contento con su esposa, la cual era vírgen, esto es, con su iglesia de Valencia.

Era de la ilustre casa de los Borjas de España, y tenia un talento sólido, mucha política y no poco vigor y teson (\*). El Rey de Aragon, á quien habia ser-

(\*) Calisto III, llamado antes Alfonso de Borja, nació el año 1375 en la Torre de Canals, posesion de la nobilísima casa de sus padres; mas por haberle bautizado en la iglesia colegiata de San Felipe de Játiva, le hacen algunos autores hijo de aquella ciudad. Siguió los primeros estudios en Valencia, y el de la jurisprudencia en Lérida, donde obtuvo el grado de doctor y la cátedra de cánones. Adquirió tal nombradía por sus lecciones y su gran sabiduría, que Pio II le llamó *escellentísimo entre todos los de su edad en la ciencia de las leyes*. El Papa Martino V le nombró en 13 de Junio del año segundo de su pontificado, cura de la iglesia parroquial de San Pedro mártir y San Nicolás de Valencia; pero deseoso el Rey Don Alfonso V de Aragon de tener á su lado un hombre distinguido por sus virtudes, eminente en sabiduría y hábil para el manejo de los negocios, le llamó cerca de sí y le nombró su consejero. Era Borja tan desinteresado como virtuoso y sábio, así es, que habiéndosele ofrecido la administracion del obispado de Mallorca, la rehusó con-



vido, y que pretendia dirigirle en el trono Pontificio, le preguntó por medio de sus embajadores, cómo queria vivir con él. „Gobierne él sus estados (respondió el Papa), y déjeme á mí gobernar la Iglesia.” No se contentó Calisto con palabras, sino que efectivamente sacó del poder de Alfonso muchas plazas usurpadas á la santa Sede, y cortó gran número de derechos abusivos de los reinos de Nápoles y Sicilia, especialmente con respecto á la disposicion de los beneficios, los cuales daba el Rey á todo género de vasallos, no teniendo á ninguno por inepto con tal que estuyese en estado de pagar.

9. El primer objeto del celo de este Pontífice fue

siderándola incompatible con sus muchas obligaciones; y aun añade San Antonino de Florencia que renunció otras muchas. En 1429 volvió á su patria acompañado del cardenal Pedro de Foix, legado de Martino V para extinguir en Peñíscola las reliquias del gran cisma de occidente; y puede decirse que á persuasion de Borja se redujo el Antipapa Muñoz á la obediencia de la Iglesia, egecutando lo mismo todos sus compañeros. Tan señalado servicio elevó á Borja á las mayores dignidades: la primera que se le confirió fue el arzobispado de Valencia que se hallaba entonces vacante. Asistió en 1433 al concilio de Basilea, como embajador del Rey de Aragon; puso en paz al mismo Rey con D. Juan II de Castilla, y dió fin á los disgustos y competencias que habia entre Eugenio IV y Alfonso V, trabajando con tanta delicadeza en estos negocios, que admirado el Papa y queriendo recompensar el celo de Borja, le creó cardenal en 12 de Julio de 1444. Su conducta egemplar le hizo admirar en Roma; no habia cardenal mas humilde, mas desinteresado, mas sábio. El Papa Eugenio IV y sus sucesores le instaron para que admitiese otros obispados mas pingües; pero Borja respondia que no queria mas de una esposa y esa vírgen. Berault nos dice lo bastante acerca de su elevacion y hechos en el pontificado.

el interés de la Religion en Grecia y en los países inmediatos á ella. Antes de su eleccion se habia obligado á hacer la guerra á los turcos con un voto formal, concebido de un modo muy extraordinario, esplicándose en él, segun refieren San Antonino y Eneas Silvio, como si ya fuese Papa (1). „Yo, Calisto (decia), Pontífice del Dios Todopoderoso, prometo á la santa é indivisible Trinidad, perseguir con la guerra y de cuantos modos me sea posible á los turcos, enemigos del nombre cristiano.” ¡Tal era la confianza que tenia en la prediccion de San Vicente Ferrer! Luego que fue elegido, renovó este voto, y despues envió al cardenal de Aviñon á la corte de Francia, al piadoso cardenal de Carvajal á Hungría, y varios predicadores elocuentes á toda Europa, para exhortar á los fieles á que se prestasen á sus intenciones, contribuyendo á ello con sus personas y con sus riquezas. Envió tambien embajadores á los Reyes de Persia, Tartaria y Armenia, para escitarlos contra un enemigo formidable á todas las naciones: lo que solo produjo el efecto de incomodar á los turcos sin mejorar la suerte los cristianos. Por su parte estableció una marina militar en Roma, cosa que no habia hecho ningun predecesor suyo, y construyó hasta diez y seis galeras, cuyo mando dió al cardenal de Aquilea, el que por espacio de tres años asoló las provincias maritimas de Turquía, y se apoderó de algunas islas. El duque de Borgoña, y aun el Rey de Aragon, se cruzaron en un momento de fervor, y prometieron

(1) *Antonin. tit. 22. c. 14. -- Æn. Sylv. Europ. c. 58.*



enviar sus tropas contra los infieles. Pero estos proyectos de expediciones ultramarinas no tenían ya ninguna estabilidad ni consistencia; y lo que había sido efecto de un entusiasmo momentáneo, quedó destruido por la reflexion tranquila, y por el atractivo de la quietud y descanso.

10. Se estendian las ideas, se aclaraban las nociones, y sucedia la circunspeccion á la precipitacion y á los errores vulgares. La nacion francesa, que había observado siempre mas que otra alguna las máximas pacíficas y juiciosas de la santa antigüedad, ofreció un egeemplo digno de atencion en la causa de Guillermo de Malestroit, obispo de Nantes, que pretendia depender únicamente de la santa Sede en lo temporal de su obispado <sup>(1)</sup>. Como este asunto interesaba al duque de Bretaña, que era uno de los principales vasallos de la corona, se vió en el parlamento de París, tribunal de primer orden, donde fue condenado el obispo, tratándosele de desobediente y rebelde. No sujetándose todavía, y habiendo apelado á Roma, se apoderó el parlamento de todas sus rentas, y le exigió una multa de veinte mil libras tornesas, porque había violado (dice el decreto) las leyes fundamentales del reino; pues el Monarca recibe su poder únicamente de Dios, y no reconoce otro superior en materia temporal. Por fin, distinguiendo dos artículos tan diferentes en efecto, y confundidos sin embargo por tanto tiempo, declaraba el mismo decreto que aunque sea muy cierto que la santa Sede puede

(1) *Prueb. de las libert. de la iglesia galic. pag. 163.*

escomulgar jurídicamente al Rey, no por eso tiene potestad para privarle de sus estados, ni para dispensar á sus vasallos de la obediencia y fidelidad que le deben: que los derechos del Principe se juzgan solamente en su tribunal; y que lejos de poder apelar los obispos de sus edictos, y hacer que sean anulados por los Papas, ni aun pueden salir del reino sin su permiso, ni los Papas tienen facultad para citar ante sí ningún vasallo suyo. Este obispo orgulloso y enredador hizo dimision de su obispado algun tiempo despues.

11. La eterna competencia de los frailes mendicantes con el clero secular, se renovó entonces con un estrépito, que solo puede interesar por la singularidad de los usos y costumbres de aquellos tiempos. La universidad de París abocó á sí la causa, segun su costumbre, sin embargo de que estaba ya para entender en ella el ordinario. Despues de haber estado siete ú ocho años sepultada en el olvido una bula del Papa difunto, que confirmaba los privilegios de las órdenes mendicantes con respecto á la confesion, llegó á manos de los carmelitas de París, los cuales pidieron que se la diese cumplimiento. Inmediamente se juntó la universidad, y declaró ser la bula subrepticia, escandalosa, contraria á la paz, y capaz de trastornar la gerarquía; obligando á los frailes, no solo á renunciarla, sino tambien á hacer que se revocase en Roma, pues de lo contrario serian escludidos de la universidad, y señalándoles el preciso término de dos dias para tomar el partido que mas les agradase. Recurrieron al parlamento, en el cual no querian los



doctores que se tratase de sus privilegios, y solo pudo aquel tribunal acallar por algun tiempo la disputa, tomando por asociados al arzobispo de Rems y al obispo de París. El conde de Richemont, heredero presuntivo del ducado de Bretaña, condestable de Francia, primer oficial de la corona y general de los ejércitos franceses, fue elegido despues por mediador entre los doctores y los religiosos, y á pesar de todos sus esfuerzos, no le fue posible hacer otra cosa que una paz momentánea, á lo menos con los frailes de Santo Domingo, los cuales seguian los consejos y máximas de su general. El Papa Calisto certificó la autenticidad de la bula de su predecesor, la confirmó, y amenazó con las penas mas severas á los que se atrevisen á contravenir á ella. Pero no cedió la universidad, antes bien continuó negando los grados á los dominicos; y venciendo el amor del doctorado los obstáculos que se habian resistido á las mas poderosas mediaciones, se sujetaron éstos y los demás religiosos á lo que pedian los doctores.

12. Durante esta disputa, se quejó la universidad ágricamente de un fraile predicador que habia impugnado en el púlpito la inmaculada Concepcion de María, y pidió al duque de Bretaña, en cuyos estados habitaba aquel religioso, que le castigase como á un novador, luego que estuviese convicto: para que se vea que en todas ocasiones se miraba esta piadosa creencia como doctrina comun, no solo de las escuelas de París, sino de las iglesias de todos los paises. El concilio de Aviñon, congregado por los legados Pe-

dro de Foix y Alano de Coetivi, y compuesto de gran número de obispos de las metrópolis vecinas, recomendó la observancia de lo que se habia decidido en Basilea á favor de esta doctrina, sin embargo de que no les merecian la mayor atencion las sesiones en que se habia tratado de ella; pero sabian distinguir prudentemente entre lo que estaba autorizado con el sello de la enseñanza comun, y lo que era propio de los estravíos particulares, causados por el espíritu de faccion (1).

13. Otro concilio, celebrado por el mismo tiempo en Soissons, recogió con igual tino y discernimiento los escelentes decretos de disciplina, publicados en algunas sesiones de Basilea (2). Se estableció, que debian observarse con exactitud por lo tocante á la celebracion de los divinos oficios, á la eleccion para las dignidades eclesiásticas, y á la provision de los beneficios; que se guardasen con todo rigor las leyes dadas contra los clérigos incontinentes; que no se confriese el sacerdocio sino á sugetos de buenas costumbres, capaces de explicar el Evangelio, y que tuviesen un patrimonio decente; que aun la tonsura se diese con reserva y discernimiento; que se hiciese justicia á los clérigos que tuviesen alguna queja contra los obispos ó los arcedianos, con motivo de los derechos de visita; que los monasterios y cabildos proporcionasen á los párrocos la subsistencia necesaria, esto es, la cóngrua sustentacion; que de cada cabildo se enviase algun sugeto á estudiar en las uni-

(1) *Anecd. t. 4. p. 379.* (2) *Conc. Hard. t. 9. p. 1381.*



versidades; que los clérigos llevasen corona abierta y hábitos clericales, si querian gozar de sus fueros y privilegios, y que huyesen de todo lujo y profusion en el vestir; y por último, que los obispos no gastasen ropas de seda, ni se presentasen en la iglesia sino con sotana y roquete.

14. En el mes de Diciembre del año 1456, hubo, principalmente en Italia, unos huracanes y terremotos tan formidables, que aun á las almas mas obstinadas las inspiró el temor de los juicios de Dios. Entre Sena y Florencia se vieron á cuarenta ó cincuenta pies de elevacion unas nubes negras y espantosas, agitadas por unos vientos tan furiosos, que se llevaban los tejados de las casas, derribaban las paredes, arrancaban los árboles mas corpulentos, y arrebataban por los aires á los hombres y á los animales. En el Abruzzo, la Pulla y todo el reino de Nápoles, tembló la tierra con tal violencia, que quedaron arruinadas una gran porcion de casas y aun de iglesias. Asegura San Antonino que murieron en esta ocasion mas de sesenta mil personas, y de ellas treinta mil, segun Eneas Silvio, en sola la ciudad de Nápoles (1). Cerca de Royano se abrió la tierra, y saliendo de ella el agua á borbotones con una abundancia prodigiosa, apareció en pocos momentos un lago en los campos que habian estado cargados de mieses. Del seno del mar Egeo salió de repente una isleta, que se elevó cuarenta codos sobre el nivel del mar, y estuvo ardiendo por espacio de muchos dias: lo que causó la

(1) *Antonin. t. 22. c. 14.* -- *Æn. Sylv. epist. 207.*

mayor consternacion, porque no estaban todavía acostumbrados los hombres á semejantes espectáculos, los cuales se han repetido despues con mucha frecuencia en el Archipiélago. Hicieron tal impresion estos terribles fenómenos en el ánimo del Rey de Aragon, que á cada momento renovaba el voto de pelear contra los turcos; pero no volvió á pensar en ello luego que cesó el peligro (1).

15. Jamás se habia presentado una ocasion tan favorable para acabar con el mas peligroso enemigo del nombre cristiano, destrozado ya en los campos de Belgrado. Poco despues de la toma de Constantinopla, habia tratado Mahomet de subyugar á los Príncipes circunvecinos, y especialmente á Scanderberg, cuyo valor era el principal dique que contenia la ambicion del sultan. Habiendo sido rechazados con vigor sus generales, y derrotadas sus tropas por todas partes, á pesar de la rebelion del general albanés, corrompido por Mahomet, no se disminuyó nada la audacia de éste, el cual volvió hácia el Danubio con ciento y cincuenta mil hombres, y fue á sitiar á Belgrado, plaza sumamente fuerte, donde habia dado al traste toda la habilidad de su padre Amurates (2). Pero el soberbio vencedor de la nueva Roma se figuraba que todo debia ceder á sus fuerzas, y creía invadir, despues de este último baluarte de la cristiandad, no solo la Servia y la Hungría, sino tambien la Alemania y la Italia. Delirando con el orgullo impio de sus

(1) *Platin. in vit. Calist. III.* (2) *Naucl. vol. 3. gener. 49. pag. 479.* -- *Æn. Sylv. Europ. c. 8.*



proyectos, decia ya: „no hay mas que un Dios en el cielo, ni debe haber en la tierra mas Monarca que Mahomet.”

Tres hombres de un mismo nombre y de muy diferente estado, á saber: Juan de Carvajal, cardenal legado, Juan Huniades, general del Rey de Hungría, y Juan Capistrano, religioso del orden de San Francisco, fueron los instrumentos que en manos de Dios sirvieron igualmente, cada uno á su modo, para confundir la arrogancia musulmana. Carvajal, legado hábil, prelado de eminente piedad, y hombre de un valor propio para todo género de funciones, juntó con el auxilio de Capistrano, poderoso en obras y en palabras, un ejército de cerca de cuarenta mil combatientes, pero sin esperiencia y sin reputacion, sacados á toda prisa de entre el pueblo bajo, sin prest, casi sin armas y sin disciplina; en fin, como debian ser para que no pudiese menos de conocerse en su victoria la obra del Todopoderoso. Huniades puso tambien en campaña un ejército bastante numeroso, pero que á escepcion del general, tan acostumbrado á triunfar de los turcos, no valia mas que el primero, de suerte que los oficiales de la plana mayor temieron, ó se desdenaron de acompañarle; y era tan poco lo que de él se prometia el Rey Ladislao, que alegando varios pretextos, se retiró desde Buda á Viena de Austria.

Acometida la plaza de Belgrado por tierra y por agua desde el mes de Junio, y sufriendo de dia y de noche los tiros continuos de la artillería fulminante,

y de todas las máquinas infernales que tanto destrozo habian causado en Constantinopla, se hallaba ya en el último apuro, á pesar de todos los esfuerzos de su valerosa guarnicion, cuando á mediados de Julio descubrió las banderas de las tropas auxiliares. Pero estaba separada de ellas por el rio, donde tenia el turco sesenta galeras y una infinidad de barcos de todas formas y tamaños (1). Pudo formar tambien Huniades una especie de flota, con la cual, sin hacer mucho caso de unos enemigos que no tenian la mayor destreza en la navegacion, los acometió furiosamente, y los persiguió con obstinacion, precipitándose con espada en mano, á vista de todas sus tropas, donde estaba mas empeñada la refriega. Capistrano animaba á los fieles llevando un Crucifijo en la mano, sostenia la esperanza de la tropa y del general mismo, reclamaba las antiguas misericordias del Señor, y no cesaba de repetir: „ésta es la causa de Dios: nada importan las fuerzas del hombre.” Fue tal la carnicería que hubo por una y otra parte, que se tiñeron de sangre las aguas del Danubio; pero habiendo roto los cristianos todas las líneas de los turcos, les cogieron veintisiete galeras, teniendo los demás barcos la felicidad de poder abandonarse á la corriente del rio, que era favorable á su fuga. Entonces entraron los vencedores sin ningun obstáculo en la ciudad, donde fueron recibidos como ángeles tutelares y salvadores de la patria, pues se habia visto en un conflicto tan grande por espacio de diez y siete

(1) *Chalc. l. 8.*



días, que á cada instante temia caer en manos del enemigo.

Lejos de desmayar por esto el orgulloso sultan, redobló sus esfuerzos, y batió los muros con tal furor y continuacion, que no daba lugar para repararlos. Luego que estuvieron abiertas las brechas, se encaminaron al asalto todos los infieles, y pusieron escalas en una infinidad de parages, á fin de dividir las fuerzas de los sitiados. Poco adelantaron en aquel día, y tuvieron una pérdida considerable de gente; pero murieron tambien muchos cristianos. El día siguiente se repitió el asalto con mayor encarnizamiento: fue tal la refriega, que entraron en la ciudad una porcion de turcos, y faltó poco para que quedasen dueños absolutos de ella. En esta crisis, y en el mismo recinto de la plaza, persiguiendo y siendo perseguidos alternativamente los sitiadores y los sitiados, siendo unas veces vencidos y otras vencedores, en medio de aquella incertidumbre mortal que duró mucho tiempo, haciendo Huniades el oficio de general y de soldado, presentando Capistrano el Crucifijo desde lo alto de una torre, maldiciendo Mahomet al cielo y reprendiendo á los genizaros, ofrecieron el espectáculo mas horroroso la audacia y el terror, la algazara de triunfo y los gritos de la desesperacion, el valor, el furor y la rabia, la turbacion y el tumulto. En esta confusion, habiendo advertido un húngaro, guerrero comun en quanto á su clase, pero igual en la nobleza á los hombres mas ilustres, que un turco enarbolaba la media luna en lo mas elevado

de una torre para desanimar á los cristianos, haciéndoles creer que estaba ya perdida la ciudad, quiso arrancar la bandera, y como le detuviese el turco, se abalanzó el magnánimo húngaro al turco y á la bandera, se precipitó desde la torre, y con la muerte de su enemigo y la suya libró á los cristianos de la consternacion y de una derrota completa. En el mismo instante cayó muerto al lado de Mahomet el bajá Casan, que era el mas valiente de todos los otomanos, alcanzó una flecha al sultan en el pecho, se retiraron los genizaros consternados, y se desordenaron todos los infieles despues de un combate de mas de veinte horas.

El sultan, que al principio no hizo caso de su herida, trató de reunir sus tropas con súplicas y amenazas; pero habiéndose desmayado, le sacaron de la refriega, y fue tal la carnicería que hicieron los cristianos, que quedaron muertos mas de cuarenta mil turcos. Fue saqueado su campamento, y se encontró en él un bagage inestimable, generalmente todo lo que era difícil de trasportar, y en particular doscientas piezas de artillería de grueso calibre, todas de bronce, y nueve tiendas de tela de oro y plata, propias del Gran-Señor.<sup>(1)</sup> Luego que volvió de su desmayo, y supo el desastre que acababa de experimentar, intentó, aunque en vano, quitarse la vida con veneno. Seguramente hubiera querido mas bien morir que sobrevivir á la ignominia de aquella jornada, la cual se miró como la salvacion, no solo de Hungría,

(1) *Naocl. ibid. p. 430.*



sino de todo el imperio cristiano. Desde entonces jamás se pronunció el nombre de Belgrado delante de Mahomet, sin que prorumpiese éste en maldiciones acompañadas de movimientos convulsivos, que parecían propios de un frenético.

Retirados los turcos, se tributaron al Señor acciones de gracias proporcionadas á la magnitud del azote de que habia libertado á su pueblo, y así Huniades como San Juan Capistrano le aclamaron, en presencia de todo el ejército, por el único autor de su victoria. Para perpetuar el Papa Calisto el agradecimiento á tan gran beneficio, mandó celebrar en toda la Iglesia con la mayor solemnidad la fiesta de la Transfiguración del Señor, el día 6 de Agosto, que fue el de aquel triunfo memorable. Compuso por sí mismo el oficio de ella, y concedió las mismas indulgencias que en la celebración de la fiesta del Santísimo Sacramento.

16. Parece que Huniades y Capistrano habian sido reservados para esta feliz expedición; pues apenas se habian cogido sus primeros frutos, cuando el Señor los sacó del mundo para coronarlos con las palmas que no se marchitan jamás. Debilitado Huniades con los trabajos de una vida consagrada casi toda á un religioso heroísmo, y agoviado con las fatigas excesivas de la última campaña, fue acometido de una calentura ardiente, de la cual murió el día 10 de Setiembre (1). Pidió los sacramentos con fe viva; y lleno de su fuerza acostumbrada hasta el último aliento,

(1) *Naucier. gener. 49. p. 480.*

hizo que le llevasen á la iglesia para recibir el santo Viático, diciendo que no era conveniente que el Señor fuera á buscar al criado. Capistrano, su admirador sincero y su amigo fiel en todas las ocasiones, no se apartó de su lado en este trance peligroso, le animó hasta el último instante de su vida con tiernas exhortaciones, é hizo su elogio fúnebre con un estilo en que se echa de ver la aflicción mas profunda. Quedó inconsolable toda Europa con la muerte de este héroe. Cuando la supo el Papa, derramó un torrente de lágrimas, y quiso celebrar en persona el santo sacrificio con la mayor solemnidad en la basilica de San Pedro por aquel defensor memorable de la Religion. El mismo Mahomet dió tambien muestras de sentirla, y dijo poseído de tristeza: „desde que hay hombres, no ha tenido ningun Príncipe semejante caudillo: ya no hay una persona en quien pueda yo vengarme dignamente de la ignominia de mi derrota.” Dejó Huniades dos hijos que heredaron las cualidades heróicas de su padre. Una muerte indigna, como veremos muy pronto, privó al mundo cristiano de las esperanzas que tenia colocadas en el primogénito; y el segundo fue el sucesor de su Rey.

En las seis semanas que sobrevivió Capistrano á Huniades, no se riyó ni una sola vez. En fin, murió tambien en Hungría á 23 de Octubre, siendo de edad de setenta y un años. Sus virtudes constantes y sus obras maravillosas le colocaron en el número de los santos. Algunos escritores se han atrevido á acusar de vanidad la relacion de la batalla de Belgrado, que



envió al Papa y al Emperador, porque no atribuye á Huniades toda la parte que parecia haber tenido aquel general en la victoria. ¿Pero no debía bastar el nombre de un Santo reconocido por la Iglesia para defenderle de la sospecha denigrativa de unos celos infames? ¿Y no son censores bien poco reflexivos los que merecen ser acusados, no solo de temeridad, sino tambien de una inteligencia muy escasa en las cosas de Dios? Si para formar sus juicios hubiesen tenido presentes estas consideraciones superiores é indispensables cuando se quiere decidir acerca de las obras de los santos, ¿no hubieran comprendido, que atribuyendo un hombre enteramente apostólico el buen éxito de las armas al fervor de la oracion, y á aquella fe que traslada los montes de una parte á otra, referia toda su gloria al verdadero y primer autor de semejantes prodigios? San Juan Capistrano, natural de Italia, era hijo de un caballero de Angers, que habia acompañado al duque de Anjou, llamado al reino de Nápoles. A pesar de todos sus trabajos apostólicos, dejó un gran número de obras, que le adquirieron la reputacion de ser uno de los sábios de su siglo.

17. Despues de la muerte de Huniades, quiso Mahomet vengarse en algun modo de los males que de él habia recibido, y para esto pensó descargar el golpe en Scanderberg, á quien miraba como el único enemigo digno de resistirle. Envió desde luego sus generales á Albania con numerosos egércitos, para que le diesen vencidas las primeras dificultades. Pero

fueron derrotados por todas partes, y temió aumentar su ignominia, queriendo vengarla. Del mismo modo fueron tratados en Rodas y en los mares del Archipielago por el cardenal de Aquiléa. Lo que especialmente cubrió de confusion á las armas otomanas, y manifestó la obra del Todopoderoso, fue el débil brazo que los venció en la isla de Lesbos (1). Viendo una doncella lesbia que los infieles habian abierto ya brecha en la mejor plaza del país, y que consternados los cristianos solo pensaban en huir, inflamada repentinamente del fuego que anima á los héroes, echó mano de las primeras armas que se le presentaron, se arrojó en medio de los bárbaros, mató á todos los que la impedian el paso, infundió tanto terror en el egército enemigo, y alentó de tal modo á sus compatriotas, que puestos en batalla bajo sus órdenes, y esforzándose á imitar su denuedo, obligaron á los turcos á refugiarse á las naves en medio de la mayor confusion, despues de haber sufrido una pérdida considerable de gentes.

18. No fueron mas felices los turcos con Usum-Cassan, Rey de Persia. Este Príncipe, que sin embargo de ser mahometano se habia casado con la hija del Emperador de Trebisonda, levantó un egército contra el Gran-Señor, á instancias del Papa y de los venecianos, y derrotó sus tropas en dos batallas sangrientas. Despues envió embajadores al Papa, con cartas en que confesaba que debia aquellas dos victorias á la mano de Dios, mas bien que á sus pro-

(1) *Æn. Sylv. ep. 282.*



pias fuerzas; daba gracias á Calisto por las oraciones con que le habia alcanzado la proteccion del Dios de los egércitos, y le decia que seria eterno su agradecimiento (1). No llegaron estas cartas á Roma hasta el Pontificado siguiente, durante el cual fue derrotado aquel Príncipe en la tercera batalla dada en 1461.

19. Por este tiempo habia ocasionado la muerte de Huniades unas revoluciones muy funestas en Hungría (2). Creyendo el conde Ulrico de Ciley, tio del Rey Ladislao, que no habia ya ninguna persona capaz de hacer sombra á su autoridad, trató de erigirse en dueño absoluto del gobierno; y como los hijos de Huniades presentaban todavía algun obstáculo á su ambicion, recurrió á la calumnia, y no omitió ningun medio para indisponerlos con el Rey, el cual habia ido á Belgrado á coger los frutos de la victoria de su padre. Indignados los húngaros de ver una ingratitud tan vil y monstruosa, cometida en el mismo teatro del triunfo de su libertador, resolvieron arruinar al conde, sin pararse en la calidad de tio de su Soberano; y habiéndole cercado en presencia de este Príncipe, le despedazaron despues de haber pasado algunas palabras injuriosas entre él y el hijo primogénito de Huniades. Temiendo el Rey mayores atentados, disimuló su ira, y prometió el perdón á los matadores; pero luego que volvió á Buda, mandó prender á los dos hijos de Huniades y á algunas otras personas. Tres dias despues condena-

(1) *Æn. Sylv. As. c. 74. -- Platin. in Calist. III.*

(2) *Æn. Sylv. hist. Bohem. c. 66. et seq.*

ron al mayor de los dos hermanos, llamado Ladislao, á ser degollado en un cadalso, y se le ajustició públicamente sin ninguna dilacion. Sufrió su desgracia con una firmeza digna de la noble sangre que circulaba por sus venas, y que estimuló á los húngaros á apreciar mas y mas al otro hermano, al cual se le perdonó la vida con motivo de su corta edad, pero quedó preso en Bohemia, que estaba entonces sujeta al mismo Príncipe que la Hungría.

Pasó el Rey á Praga para recibir á Magdalena, Princesa de Francia, que le habia sido dada en matrimonio por el Rey Carlos VII su padre, y debia llegar muy en breve. Este Príncipe, que á la edad de diez y ocho años era mirado como uno de los mas completos de Europa, tenia una aversion estremada al espíritu de secta y de heregía. Roquesana, que continuaba siendo arzobispo sin título y sin institucion canónica, se presentó á él, acompañado de un gran número de sus partidarios hereges; le recibió el Príncipe con una indiferencia desdeñosa, y no se hubiera dignado honrarle con una sola mirada, á no haber sido por Pogebrac que gobernaba el reino como Señor absoluto, y por lo mismo no se atrevia el Rey á chocar con él. Al contrario, cuando descubrió los sacerdotes católicos: „he aquí, dijo, los verdaderos ministros de la Religion.” Se apeó del caballo, saludó á todos y á cada uno de ellos con afabilidad, y besó respetuosamente la cruz que llevaban. Estaban despechados los hereges, y apenas fueron dueños de dejar de manifestar allí mismo su resentimiento.



Pero al cabo de un mes murió el Rey de resultas de un veneno que, según la opinión común, le dieron por orden de los dos gefes de la facción de los husitas, esto es, de Roquesana, para consolidar su secta con su episcopado sacrílego, y de Pogebrac, con el designio de elevarse al poder supremo <sup>(1)</sup>. No pensó en otra cosa el joven y desgraciado Monarca, en medio de los crueles dolores que le causaba el veneno, que en no perder ninguna de las ventajas del martirio: recibió los sacramentos con una piedad que enterneció á todos los concurrentes: recomendó cariñosamente su ingrata nación al que había de ser su sucesor; y espiró con los sentimientos mas dignos de la Religión por cuya causa moría.

20. El Rey Ladislao dejaba vacantes dos tronos que tuvieron al principio muchos competidores; pero en 24 de Enero del año 1458 la memoria de los servicios del grande Huniades reunió casi todos los votos de los húngaros á favor de su hijo Matías, el cual fue proclamado Rey en el mismo instante, sin embargo de que se hallaba preso en Bohemia. La dificultad estaba en sacarle de entre las manos de Pogebrac, que mandaba en aquel reino con mas despotismo que nunca, desde la muerte de Ladislao. Pero se ejecutó esta empresa con una felicidad que no se esperaba. El cardenal de Sant-Angelo, el hábil y virtuoso Carvajal, que continuaba siendo legado en Bohemia, solicitó la libertad de Matías, con aquel interés que manifestaba en todas las cosas que podían

(1) *Bonif. Dec. 3. l. 3. -- Mich. l. 4. c. 67. -- Æn. Boh. c. 69. &c.*

ceder en beneficio de la Religión; y aprovechándose Pogebrac de una ocasión tan favorable para reconciliarse con Roma, adquirir reputación de generosidad, y allanar el camino del trono (bien que al cabo no pudo menos de desmentirse, como sucede ordinariamente á las virtudes que no tienen su raíz en el corazón del hombre, exigió, además de sesenta mil escudos de oro, que Matías se casase con su hija <sup>(1)</sup>).

21. En fin, el día 2 de Marzo del mismo año fue proclamado Rey de Bohemia, sin hallar casi ninguna oposición. Los católicos que le habían negado sus votos, temiendo que, imbuido en los errores de Juan Hus, aboliese su Religión, fueron reducidos fácilmente con todas las fuerzas del estado, las cuales tenía á sus órdenes <sup>(2)</sup>. Pero lejos de perseguirlos escesivamente, los trató con mucha moderación, procuró grangearse su confianza, habló siempre con respeto de la autoridad pontificia, y manifestó grandes deseos de volver á entrar en la comunión de la Iglesia. Su nuevo estado le había hecho abrazar en efecto, si no una nueva fe, á lo menos un plan enteramente nuevo de política y de conducta. Había intrigado por medio de una secta facciosa, para elevarse á la autoridad suprema; y á fin de asegurar esta autoridad y la quietud pública, tomó la resolución de esterminar por lo menos á los sectarios mas sediciosos. Los varios partidos de estas gentes turbulentas, reunidos en otro tiempo con motivo de sus desgracias comunes

(1) *Bonif. 35. Dec. 9. (2) Coch. l. 12. -- Du-Brav. l. 30. -- Papic. l. 6.*



y de su ruina casi total, estaban ya divididos desde el punto en que repararon sus pérdidas á beneficio de las tinieblas, del disimulo y de las sordas intrigas de la seducción. Los que no habian querido contentarse con la comunión bajo las dos especies, eran los mas fuertes, y habian vuelto á establecerse en su antiguo asilo del Tabor, donde profesaban abiertamente los cuarenta y cinco artículos de su impiedad primitiva.

22. No atreviéndose el nuevo Rey á acometerlos á cara descubierta, se valió de un artificio, concertado con Roquesana, de cuya religion podemos formar juicio por este solo rasgo. Fingiendo este intruso, menos adicto á la heregia que esclavo de la fortuna, que era todavía del partido de aquellos hereges, les persuadió que se obligasen á sujetarse irrevocablemente y sin apelacion á lo que se resolviese en la asamblea general de los husitas, la que fue convocada despues de haber tomado las providencias mas eficaces y seguras para dictar sus resoluciones. Fueron condenados en ellas, y habiéndose negado á cumplir su palabra, procuró el Rey que se les mirase como enemigos de todo orden público, los hizo generalmente odiosos, y marchó contra ellos con todas las fuerzas del reino. Puso sitio al Tabor, en donde se defendieron como furiosos por espacio de un año; y habiendo tomado la plaza por asalto, fueron pasados á cuchillo con una severidad tan eserupulosa, que no quedó viva ni una sola persona. Para destruir hasta los vestigios de la rebellion, en un país en que convenia conservar la mayor tranquilidad, no quiso que

quedase en pie la ciudad del Tabor, que era la mas fuerte de todos sus estados, sino que mandó quemar cuantas casas habia en ella, y demoler sus fortificaciones; de suerte que la dignidad de Pogebrac, que tantas inquietudes habia causado en orden á la Religion, sirvió para que hiciese ésta mayores progresos.

23. Por otra parte el Rey Alfonso de Aragon libertó al Pontífice y á la Silla romana de los recelos que les habia causado desde que puso los pies en Italia. Como aborrecia de muerte á los genoveses, juntó fuerzas bastante considerables para sitiar aquella gran ciudad por mar y por tierra. Sus generales habian interceptado ya todas sus comunicaciones, y la tenian tan apurada, que viéndose reducida al mayor estrecho, iba á entregarse, cuando se supo que habia muerto aquel Príncipe de una calentura maligna á 27 de Junio de 1458, estando todavía en Nápoles. Fue un Príncipe valeroso, liberal, sábio y protector de las letras. Su hermano Juan, que era ya Rey de Navarra, le sucedió en los reinos de Aragon y Sicilia; y Fernando, su hijo natural y único, conservó el reino de Nápoles que le habia dado antes de morir. Entre los muchos competidores y contradictores que tuvo Fernando, fue sin duda el Papa Calisto uno de los mas temibles; pero quedó libre de él en el mismo año de su advenimiento al trono. Calisto, que tenia ya ochenta años, murió en Roma el dia 6 de Agosto, despues de haber ocupado la santa Sede tres años y cuatro meses. Dos años antes de morir, creó en dos promo-



ciones nueve cardenales, y entre ellos al célebre Eneas Piccolomini, que fue su sucesor (\*).

24. A los diez dias del funeral entraron en cónclave, segun costumbre, los diez y ocho cardenales que habia en Roma. No duró mas que de siete á ocho dias, y fue uno de los mas fecundos en intrigas notables. El primer dia no hicieron los cardenales mas que estar en observacion y sondearse unos á otros. El segundo se convino en algunos artículos que debia observar el Papa futuro, especialmente el de no crear cardenales sin el consentimiento del sacro colegio; y el tercero se puso en el altar el cáliz de oro, adonde fue cada cardenal á dejar, segun práctica, la cédula ó billete del escrutinio, en presencia de los tres

(\*) En el mismo dia en que murió Calisto III renunció el arzobispado de Valencia, á favor de su sobrino el cardenal Rodrigo de Borja, que fue despues Papa con el nombre de Alejandro VI. Deben citarse como obras de Calisto III las siguientes: *Synodus dioecesis Valentina celebrata Valentiae anno 1432.* = *Varias epistolas latinas*, de las cuales se hallan nueve entre las de Pio II; siendo las principales, una á San Juan Capistrano y otra al Rey Cárlos VII de Francia.

Cuatro años antes de la muerte del Rey Alfonso V de Aragon y del Papa Calisto III, esto es, en 1454, murió el Rey D. Juan II de Castilla, al cabo de un largo reinado agitado siempre de facciones y tumultos. Fue este Príncipe aficionado á la historia, y honrador de los doctos. Erigió Chancillería en Madrid en el año 1442. Venció junto á Granada á los moros matándoles diez mil en la batalla de Iguera en 1431, debiéndose la victoria principalmente á su presencia y esfuerzo. Por su muerte subió al trono de Castilla Enrique IV, su hijo, á la edad de 29 años cumplidos, principiando un reinado todavía mas revuelto y proceloso que el de su padre, aunque mucho mas corto. Véase Mariana, Ortiz &c.

cardenales observadores (1). El cardenal de Sena, Eneas Piccolomini, y el cardenal de Bolonia fueron los que reunieron mayor número de votos. Ninguno de los otros tuvo mas de tres; y el de Roan, que se vió muy próximo á ser Papa, no tuvo ninguno. Despues de una division tan extraordinaria, se celebraron varias juntas particulares, en que los cardenales mas poderosos y de mayor persuasiva solicitaron los votos, ya para sí, y ya para sus amigos, valiéndose de súplicas, promesas y aun amenazas. El cardenal de Roan, que temia sobre todo al de Sena, dijo á cada uno de ellos privadamente: „¿en qué pensais cuando quereis hacer Papa á Eneas Piccolomini, á un pobre, á un gotoso, á un poeta que no tiene ningun conocimiento de los cánones ni de las letras sagradas, y querrá gobernar la Iglesia segun las leyes de la mitología, que son las únicas que sabe? ¿Quién nos asegurará de que movido de su inclinacion á Alemania, de donde acaba de llegar ese criado de un Príncipe aleman, no tome la resolucion servil de trasladar á ella la Silla apostólica? En cuanto al cardenal de Bolonia, ¿habiais de establecer (decia) por Cabeza de todo el mundo cristiano á ese hombre de tan pocos alcances, cuya estupidez compite con su terquedad: que no sabe gobernar su propia iglesia, y que no tiene ni aun el menor grado de instruccion para el gobierno de la Iglesia universal, ni de docilidad para tomar consejo?”

Con estas insinuaciones y con otros muchos arti-

(1) *Comment. Pii. II. l. 1.*



ficios logró atraer á su partido once cardenales, y entre ellos á los virtuosos griegos Isidoro y Besarion, á los cuales nombramos para que no se fie el lector ligeramente de la pintura recargada que hizo Pico-lomini del cardenal de Roan. No le faltó mas que un voto para reunir el número conveniente, esto es, los dos tercios de la totalidad: de donde se infiere que habia en el cónclave diez y ocho cardenales, como hemos dicho, y no veintidos ni veintiuno, como lo han asegurado sin reflexion algunos historiadores nuestros. La víspera del escrutinio, en que debia hacer su efecto aquella trama, fue el cardenal de Bolonia á buscar á Silvio á media noche, y le dijo con mucha impaciencia: „¿Sabeis que va á ser Papa el cardenal de Roan? Su intriga está ya formada, y no se espera mas que la formalidad del escrutinio. Yo os aconsejo que os levanteis inmediatamente, y vayais á ofrecerle vuestro voto, para que deponga el resentimiento que pueda tener porque habeis competido con él. Por lo que á mí toca, no quiero que me suceda lo que en el último cónclave, pues nunca me miró Calisto con buenos ojos, porque no opiné á su favor; y os doy como amigo el consejo que me propongo seguir.”

Respondióle Silvio que hiciese lo que mas le agradase, pero que él jamás daria su voto á un hombre absolutamente indigno de una dignidad tan santa.

„¡Dios me libre, añadió, de incurrir en una falta tan grande! Si los demás votaren por él, ellos darán cuenta de su conducta; yo no quiero gravar así

mi conciencia. Decís, y no lo niego, que es malo incurrir en la desgracia del Papa. ¿Pero cual será el daño que pueda hacerme? Me dejará en mi miseria. Y bien: el que está acostumbrado á ella, la sufre fácilmente. He sabido vivir pobre, y sabré morir del mismo modo. Por lo demás, no puedo persuadirme que quiera Dios abandonar su esposa querida á un sugeto tan indigno de representarla. Jamás permitirá que ese palacio sagrado en que habitaron tantos Pontífices que están gozando de su presencia, sea profanado por un ambicioso, por un avaro, por un hombre que solo apetece los honores y los bienes terrenos, y por un verdadero simoníaco. Dios es el que da el Pontificado, y no los hombres: él confundirá esas maquinaciones sacrilegas, y se verá mañana que los Papas no deben á otro ninguno su elevacion. Si teneis fe, si sois verdaderamente cristiano, no dareis vuestro voto á aquel que es reprobado por el cielo.”

Hicieron tanta impresion estas palabras en el cardenal de Bolonia, que prometió desde luego no votar por el de Roan. El dia siguiente fue Eneas Silvio muy de mañana á buscar al cardenal Carvajal, vice-canciller de la iglesia romana, y le preguntó si estaba tambien por el cardenal de Roan. „No he podido menos de tomar este partido (le respondió ingenuamente), porque es tan poderosa su faccion, que no hay duda en que saldrá electo. Oponiéndome yo á sus designios, no haria otra cosa que conciliarme su ódio, y perderia infaliblemente mi empleo de vice-canciller, en el cual continuaré (segun se me ha asegurado por



escrito) siempre que le dé mi voto. Me admiro, replicó Silvio, de que os fieis de un jóven que no tiene ningun miramiento, religion ni probidad. Está muy bien: cumplid vuestra palabra, que así lograreis dar la cancelaría al cardenal de Aviñon, á quien ha sido prometida igualmente que á vos, á no ser que os lisongeeis con la vana esperanza de que se ha de faltar á un compatriota mas bien que á vos que sois español. Si ninguna consideracion os merece el bien de la Iglesia, ved por lo menos lo que podeis esperar de un Papa de la nacion francesa, enemiga de la vuestra." Aunque no replicó el vice-canciller, dió á entender la impresion que hacian en él estas palabras.

Ya fuese que el cardenal de Pavia hubiese presenciado en efecto esta conversacion, ó tenido noticia de ella, le estrechó fuertemente Piccolomini; y recibió por primera respuesta, que se hallaba comprometido de tal modo, que no le era posible variar de resolucion. „Cierto (replicó Piccolomini) que seguís grandemente las huellas de los ilustres personajes de vuestra propia sangre. El cardenal Brando, vuestro tio, de digna memoria, se immortalizó restituyendo á Italia, por medio de la eleccion de Martino V, el Pontificado que Juan XXIII se proponia fijar en Alemania con motivo del concilio de Constanza; y vos, que sois italiano, os empeñais en hacer que vuelva á pasar de Italia á Francia. Acaso me direis que esto no puede egecutarse sin el consentimiento del sacro colegio, y que el Papa no le obtendrá jamás. Pero, hablando de buena fe, una vez que quiera retirarse de

Italia, ¿habrá ni un solo cardenal que se atreva á oponerse á su designio? Vos sereis el primero que le digais: *Padre santo, á vos os toca mandar, y á nosotros obedecer.* ¿Y cuál es la suerte de Italia, cuando el Papa está fuera de este pais? Si permanece en Roma, en esta capital del mundo, nosotros mismos seremos esclavos de los franceses. Ya habeis observado que en tiempo de Calisto lo mandaban todos los catalanes: ¿y querreis sujetaros al yugo francés despues de haber experimentado la tirania española? Vereis como esa nacion inquieta nos oprime y humilla en el sacro colegio, alejando de él nuestros amigos y parientes, y agraciando á sus paisanos con cuantas vacantes ocurran; de modo que llegará á ser tan grande su autoridad é influjo, que muy en breve dispondrán del Pontificado. ¿Pero á qué francés pretendéis instituir Vicario de Jesucristo? ¿No habeis dicho cien veces que estaba perdida la Iglesia, si en algun tiempo tenia por Cabeza al arzobispo de Roan, y que mas bien querriais morir que consentir en su eleccion? ¿Pues por qué habeis mudado de pensamiento en un instante? ¿Será por que el que era un demonio se ha convertido en ángel en un momento? ¿ó por que siendo vos ángel de luz, os habeis convertido en ángel de tinieblas? ¿Dónde está el amor que teniais á vuestra patria? Yo creí que no la hubierais abandonado jamás, aun cuando vieseis que todos los demás se volvan contra ella. Mucho me habiais engañado, ó por mejor decir, os engañais á vos mismo, y os arruináis á vos y á vuestra patria, si no salís de ese error."



No pudiendo el cardenal de Pavia resistir á la fuerza de estas palabras, dijo, vertiendo lágrimas y gimiendo: „ciertamente me confundis; ¿pero qué quereis que haga? He empeñado mi palabra, y si falto á ella quedo deshonrado. Pues bien (replicó Piccolomini), sed fiel al cardenal de Roan, y haced traicion á vuestra patria.” Estas últimas palabras determinaron al cardenal de Pavia, el cual prometió inmediatamente abandonar la faccion francesa.

El de Santa María la Nueva, que no podia sufrir al arzobispo de Roan, supo lo que se tramaba á favor de este ambicioso, y juntó á todos los cardenales italianos, escepto Próspero Colonna, en el cuarto del cardenal de Génova. Despues de haberles pintado con vivos colores quanto habia que temer, si se elegia al cardenal de Roan, y de haberlos exhortado á olvidarse de sus intereses personales, para atender únicamente al bien de la Iglesia y de la Italia, les propuso á Piccolomini, que siendo italiano, y además de esto hombre honrado y de mucho mérito, le parecia el mas á propósito para gobernar bien la Iglesia. De siete cardenales que se hallaron presentes á esta especie de preconizacion, solo se opuso á ella Eneas Silvio, haciendo uso de toda su elocuencia para mostrar que era absolutamente indigno de un puesto tan elevado.

Poco despues se principió la misa que precedia al escrutinio, y luego que se concluyó, fueron sucesivamente los cardenales, segun el orden de su antigüedad, á poner en el cáliz las cédulas ó billetes que contenian el nombre de aquel á quien daban su voto.

Cuando le tocó el turno á Piccolomini, el arzobispo de Roan, que era uno de los cardenales observadores, tuvo la simpleza de decirle: *Acordaos de mi*; como si en aquel momento se hubiera podido mudar lo que estaba escrito. Pero tal era el cardenal de Roan, hombre de una ambicion tan desmesurada, que llegaba al extremo del descaro y de la demencia. Respondióle Piccolomini: „¿á mí os dirigis, que no soy aquí mas que un átomo?” Acabado el escrutinio pusieron boca abajo el cáliz los cardenales observadores, á vista de todos los demás, encima de una mesa que habia en medio de la asamblea. Abriéronse los billetes, se leyeron en alta voz, y se halló que Eneas Silvio Piccolomini, cardenal obispo de Sena, tenia nueve votos; que el cardenal de Roan no tenia mas de tres, y los otros muchos menos.

25. Como ninguno de ellos tenia el número suficiente, fue necesario recurrir á lo que se llama *accessit*. El cardenal de Roan concibió alguna esperanza; pero duró muy poco. Quedó fuera de sí, cuando levantándose con gran serenidad el vice-canciller, dijo que daba su voto al cardenal de Sena. Pasados algunos momentos se declaró tambien á su favor el cardenal de San Anastasio; y no faltándole ya mas que un voto, le dió inmediatamente el suyo Próspero Colonna, para tener el mérito de hacerle Papa. Viendo el cardenal de Roan que le arrebatában el Pontificado sin quedarle ningun recurso, se olvidó de toda moderacion, acusó á Colonna de que violaba sus promesas, y le dijo mil improprios. Lejos de desmayar



Colonna al ver aquella descompostura, tomó nuevo aliento, y dijo en voz mas alta que la primera vez, que daba su voto al cardenal de Sena: con lo cual le saludaron al momento todos los demás en calidad de Papa. Volvieron despues á ocupar sus asientos, y de comun acuerdo confirmaron la eleccion. De este modo fue electo Papa el célebre Eneas Silvio, siendo de edad de cincuenta años, á 27 de Agosto de 1458; y tomó el nombre de Pio II. Nos ha parecido que en ninguna otra parte podiamos presentar con mas oportunidad que en el artículo de este personage interesante, la relacion individual de las intrigas y facciones del cónclave, en que las pasiones humanas dispusieron muchas veces de la Silla apostólica: pero la mano invisible que sostiene la Cátedra de San Pedro, las confundió muchas mas, haciendo que sirviesen de instrumento para colocar en ella á aquel á quien habia preordinado en sus consejos eternos.

Elevado Pio II á la dignidad de Pontífice, despues de haber pasado por todos los grados inferiores, y siendo comparable á los que mas ilustraron esta dignidad sublime, por razon de su literatura, elocuencia, magnanimidad, prudencia y destreza en el manejo de los asuntos, se mostró tan indiferente en órden á su propia fortuna, y vivió siempre con tanta pobreza, que poco antes de su elevacion decia á su amigo el cardenal de Pavía, que hacia veinticinco años que estaba trabajando, sin tener todavía con que calzarse (1); que habia regado con su sudor casi todo

(1) *Card. Papiens. epist. 365.*

el mundo cristiano, y padecido todo género de trabajos é incomodidades por mar y por tierra, agitado por las tempestades, aterido de frio, abrasado con el ardor del sol, robado por los ladrones, cautivo, encarcelado, y puesto veinte veces á las puertas de la muerte.

Era hijo de padres nobles, pero pobres, y nació á pocas leguas de Sena, en la villa de Corsini, á la cual llamó Pienza, con alusion á su propio nombre, y la erigió en ciudad episcopal (1). Estando embarazada de él su madre Victoria Fortigüerra, soñó que daba á luz un niño mitrado: y como era costumbre poner una mitra de papel en la cabeza de los clérigos condenados á muerte, se figuró que habia de ser el oprobio de la familia, y no varió de modo de pensar hasta que le vió obispo. Fue educado con mucho esmero, é hizo progresos extraordinarios en las bellas letras. Habiendo concluido los estudios en Sena, acompañó en calidad de secretario á Domingo Capránica, que iba al concilio de Basilea, y estaba designado cardenal por Martino V, bien que fue excluido por Eugenio IV. Allí fue donde aquel jóven, que á lo mas tendria veintiseis años, lleno de fogosidad y de talento, seducido por los aplausos y por las preocupaciones generales, naturalmente enemigo de la mentira, é incapáz de persuadirse á que pudiesen mentir unos doctores de avanzada edad, y unos obispos encanecidos en las funciones sagradas, recibió todas las impresiones que quisieron darle contra el

(1) *Platin. in Pium. II.*



Papa Eugenio, y escribió contra la preeminencia de la Silla apostólica.

Su ingenio fue causa de que le buscasen varios prelados, á cuyo lado egirió las funciones de secretario. El cardenal Albergati le envió á Escocia. Luego que volvió, concluida su comision, le dió el concilio de Basilea los empleos de refrendario, abreviador, canceller y agente general, y fue enviado varias veces á Saboya, á los Cantones suizos, y á diferentes estados de Alemania. En medio de estos viages y negociaciones, no cesaba de publicar algunas obras, ya tratados doctrinales, ya cartas escritas con fundamento y nervio acerca de las materias mas controvertidas en aquellos tiempos: eran obras de partido, y, como era natural, tan contrarias al Papa Eugenio, como favorables al concilio de Basilea.

Lo eligió Felix V por secretario suyo, y en fin, el Emperador Federico le llamó cerca de su persona para el mismo destino. Le honró con la corona poética, y le empleó en diferentes embajadas en Milán, en Nápoles, en Bohemia, y aun en Roma con motivo de la estincion del cisma, á lo que contribuyó mucho su habilidad y talento. Nicolao V le confirió el obispado de Trieste, desde donde pasó algun tiempo despues al de Sena. El mismo Papa le confió las nunciaturas de Bohemia, Moravia, Silesia y Hungría, en las que manifestó su gran capacidad. No se distinguió menos en las dietas de Ratisbona y Francfort, convocadas para formar una liga contra los turcos, bien que las circunstancias malograron despues este proyecto. En

fin, el Papa Calisto le dió el capelo á que era acreedor por tantos títulos.

Fue uno de los mas constantes defensores de Basilea, donde permaneció hasta la consumacion del cisma, sin que le hiciese fuerza el ver como se retiraban diariamente los prelados, porque creía que esto era efecto del temor que tenian de perder sus bienes temporales. Como nada podian quitarle á él, por lo escasa que se le habia mostrado siempre la fortuna, fue mas dócil á la voz de la conciencia, preocupada con la idea de que seguia el mejor partido (1). Pero estando al lado del Emperador, entre los alemanes que se habian contenido en los límites de la neutralidad, y que naturalmente son mas sosegados que las demás naciones, adquirió el conocimiento y plena conviccion de las supercherías é infamias que ni aun habia sospechado hasta entonces. Se le demostró que eran falsas y calumniosas las acusaciones contra el Papa Eugenio; y que los cardenales refugiados en Basilea se habian dejado llevar de su ódio y resentimiento personal contra un santo Pontífice, á cuya clemencia recurrían todos por último, pidiendo perdón de su conducta cismática, y considerando esta gracia como la mayor felicidad que podia sucederles. Lo que mas principalmente acabó de decidirle, fue oír en Hungría al cardenal Julian, en cuya instruccion y virtud tenia una confianza ilimitada, bendecir mil veces al cielo por haberle sacado de la conjuracion de Basilea, y dándole á entender lo que enseñan

(1) *Æn. Sylo. l. 7.*



los padres griegos y latinos, esto es, que no hay salvacion para el que se separa de la santa iglesia romana, y que son ilusorias todas las virtudes si las falta la obediencia debida al Sumo Pontífice. Halló los mismos principios profundamente grabados en los ánimos de las personas mas distinguidas por su piedad y doctrina, y no en una ó en otra parte, sino en todos los parages que habia recorrido. Entonces se le cayó la venda que tenia en los ojos, y á beneficio de la edad y de la reflexion, abandonó las preocupaciones que la inesperienza y la mocedad le habian hecho recibir de boca de los ancianos, á quienes miraba como á unos oráculos cuyas decisiones no le era licito examinar.

26. Nunca se habia estinguido en Pio II el deseo de reprimir á los enemigos del nombre cristiano: y asi, luego que se vió colocado en la Silla de San Pedro, dedicó toda su atencion á sellar la liga, tantas veces proyectada, de los Príncipes cristianos contra los turcos. El peligro que amenazaba á la cristiandad, era cada dia mas inminente, pues no habia año en que Mahomet II no asolase ó subyugase alguna parte de ella; de suerte que los griegos, que eran sus víctimas mas comunes, le colocaron entre aquellos monstruos de tiranía, á quienes se dió el nombre de plaga del mundo ó azote de Dios, y le llamaron verdugo del cielo (1). Pero contentándose aquellos viles orientales con fatigar á los latinos á fuerza de solicitudes y de importunidades eternas, se hacian

(1) *Phranz. l. 3. c. 3.*

traicion, se despedazaban y se destruian mutuamente. Habiendo caido Atenas con motivo de sus divisiones en poder de los infieles, y privándose á sí mismos los dos Paleólogos Tomás y Dametrio de las ventajas de la paz que les concedia el sultan, se hicieron una guerra ruinosa, que fue causa de que en el año 1458 pasase Mahomet á la Morea (1). Entonces se vió la gran diferencia que hay entre los furores de la discordia y el verdadero valor. Encarnizados los dos hermanos en su destruccion recíproca, los subyugó el sultan casi sin pelear. Aquella multitud de ciudades y ciudadelas, situadas en desfiladeros ó en rocas inaccesibles, y no menos fortificadas por el arte que por la naturaleza, fueron por la mayor parte abandonadas, ó se rindieron antes que principiase el combate. Corinto sufrió el asedio para aumentar su oprobio, pasando de las armas al yugo, y suscribiendo al tributo que quiso imponer el vencedor á la ciudad y á todo el pais.

Conociendo el Papa que los infieles harian cada vez mayores progresos, mientras no procediesen de acuerdo los Príncipes cristianos, convocó una asamblea en Mántua, y les rogó encarecidamente que asistiesen á ella para tratar de los medios de contener una inundacion que amenazaba á toda Europa. Como el Emperador ocupaba el primer lugar entre ellos, y debia darles egemplo, dispuso el Papa que pasase á su corte el cardenal Besarion, y que recorriese despues las de los demás Príncipes de Alemania. Pero

(1) *Chalc. l. 9.*



fue tal la confusion y desórden que halló por todas partes este legado, que no le fue posible ni aun dar á entender el objeto de su embajada. Todos los Príncipes, escepto el marqués de Brandemburgo, estaban sublevados contra el Emperador, siendo los mas furiosos su hermano Alberto, y su primo hermano Segismundo de Austria. Tenian parte en la intriga los Reyes de Bohemia y de Hungría; el primero, porque pretendiendo el Emperador que habia recaído en él el derecho á la posesion de Bohemia, no cesaba de oponerse al establecimiento del nuevo Rey; y el segundo, porque no queria desprenderse Federico de la corona de San Estévan, que se tenia por sagrada, y sin la cual, segun la persuasion popular, los sucesores de aquel primer Rey de Hungría, tenian solamente el nombre de Rey, y no la posesion legitima del reino. Desistió el Emperador de estas pretensiones, así por su propia seguridad, como por respeto á lo que representó el Papa contra unas discusiones tan ventajosas á los infieles, á quienes se trataba de reprimir. El mismo Pontífice, despues de haber puesto alguna dificultad en reconocer por Rey á Pogebrae, acusado de heregia, no se detuvo en darle el titulo de tal, luego que recibió su profesion de fe.

27. Tambien reconoció por Rey de Nápoles á Fernando de Aragon, el cual le rindió pleito homenaje, y anuló la bula del Papa Calisto que habia reunido aquel reino á la santa Sede. Solo obligó á los Reyes de Nápoles á presentar todos los años al Papa,

como por especie de tributo, un caballo blanco y ocho mil onzas de oro. Agradecido Fernando, prometió armar poderosamente por mar y por tierra contra los enemigos del nombre cristiano (\*). Fue muy sensible para el gobierno de Francia la predileccion del Papa á favor de Fernando, que con perjuicio de Renato de Anjou, de la línea augusta de San Luis, habia recibido la investidura, por la cual quedaba escludido Renato del reino de Nápoles. El único temperamento de que se valió el Pontífice, fue insertar en el documento de la investidura estas palabras: *sin perjuicio de tercero, es decir, que se limitaba á no chocar abiertamente con las pretensiones legítimas de la casa de Anjou.* No podia desentenderse Pio II de la adhesion de los franceses á la pragmática-sancion, de la cual decia entonces tanto mal, como bien habia dicho antes, cuando estaba preocupado á favor de la reforma de Basilea. Escribió á Carlos VII en los términos mas honoríficos para convidarle al congreso de Mántua, y le dió los títulos de Rey cristianísimo, de hijo primogénito de la Iglesia, y de defensor principal de la fe, „adquiridos justamente por vuestros predecesores (añadió), como

(\*) No pudo el Rey Fernando I de Nápoles cumplir todas las promesas que hizo á la santa Sede, á causa de los disturbios de su reino. Su carácter cruel y disimulado le atrajo el ódio de sus súbditos de tal manera, que le fue preciso conquistar su propio reino con mayores trabajos y fatigas que las que habia vencido su padre Alfonso el Magnánimo. ®



que eran los mas dignos celadores de la Religion de Jesucristo, y tan debidos á vos mismo, cuyos consejos no son menos necesarios para dirigir nuestras operaciones, que vuestros egeemplos para animar á los Príncipes y á los pueblos." Por último, le rogaba que si no podia asistir en persona, enviase por lo menos embajadores con las instrucciones convenientes: y con sus plenos poderes.

El Rey alabó mucho al Papa en su respuesta por sus piadosos designios, y prometió contribuir á su egecucion con todas sus fuerzas, pero por medio de sus ministros, porque el estado de los asuntos de su reino no le permitian alejarse de él. Entonces hacia la presuncion británica un papel muy diferente que antes. Despues de haber arrojado Cárlos á aquellos orgullosos isleños de Guiena, Normandía y de todo el territorio de Francia, á escepcion de Calais, los redujo á defender sus propios hogares, y entró en su isla á sangre y fuego. Brezé, senescal de Normandía, dotado de grande inteligencia y valor, hizo un desembarco á dos leguas de Sandwic, cogió tres navíos en el puerto, se llevó de la ciudad y sus cercanías un botin inestimable, y los obligó á que en lo sucesivo mirasen su propia seguridad como la mayor fortuna á que podian aspirar. Hecho esto, volvió á embarcarse sin ninguna pérdida aunque acudieron armadas las milicias del pais.

28. Luego que pasó el rigor del invierno, salió de Roma el Papa para trasladarse á Mántua, despues de haber decretado, de acuerdo con los cardenales, que

si moria en aquel viage, no se podria elegir su sucesor en otra parte que en la ciudad de Roma. Tenia entonces Pio II cincuenta y tres años; pero los muchos trabajos que habia padecido en sus legaciones, y los viages innumerables que hizo, habian quebrantado en gran manera su salud. Quiso ir de paso á Corsini, que era el pueblo de su naturaleza, y celebró allí la fiesta de la Cátedra de San Pedro. En seguida se trasladó á Sena, erigió aquella silla en arzobispado, y nombró por primer arzobispo de ella á su sobrino Antonio Piccolomini. Le encontraron en esta ciudad los embajadores del Emperador, de los Reyes de Castilla, Portugal, Hungría, Bohemia y de otros muchos Príncipes. Presentáronse tambien allí los de Silesia, y en nombre de su provincia, que formaba parte del reino de Bohemia, protestaron que no querian reconocer á Pogebrac por su Rey, se quejaron de que el Papa le hubiese dado el título de tal, y reclamaron la asistencia de la santa Sede contra los peligros á que se hallaba espuesta la Religion católica en su patria (1). Prometiósela el Papa, especialmente para el efecto de abocar á Roma todos los litigios que ocurriesen en esta materia, y sin perder un momento envió nuncios á Bohemia. A pesar de la abjuracion de Pogebrac, era su fe muy sospechosa; pero él queria reinar tranquilo. A fin de vencer la resistencia de los de Silesia, volvió á prometer que obedeceria á la santa Sede, y sostendria con celo la fe católica; y se obligó á proteger á los de Silesia contra

(1) *Cochl. l. 2.*



todos aquellos que quisiesen introducir la heregia en su país, á defender los derechos y libertades de las iglesias, á hacer respetar y observar las censuras eclesiásticas en todos sus dominios, y á no conservar ningún resentimiento contra los que hasta entonces le habian negado la obediencia.

Mas temible era Roquesana que Pogebrac, el cual, á no haber sido por aquel clérigo perverso, hubiera reinado tranquilo, y hecho felices á sus vasallos. Para curar el mal radicalmente, confió Pio II la administracion del arzobispado á Wenceslao, dean de la iglesia católica de Praga. Cuando llegó el caso de presentar las letras apostólicas, se experimentó, como era de esperar, una resistencia muy fuerte por parte del caviloso intruso y de sus numerosos partidarios, á cuya frente estaba el primer magistrado. Los dos partidos acudieron al Rey, el que, no sabiendo qué medio tomar, les concedió indistintamente su proteccion, es decir, que se mantuvo neutral en su propio reino. Estuvo mucho tiempo sin decidirse este asunto, que era de la mayor importancia, y mientras permaneció en este estado, hubo dos administradores en la iglesia de la capital, uno católico y otro husita: método ruinoso, pero que sin embargo produjo algun buen efecto, pues á fin de conciliarse la amistad de los ortodoxos, escribió Roquesana un largo tratado acerca de los sacramentos, en el que impugnaba fuertemente los escesos de los taboritas, y se apartaba poco de la fe comun de la Iglesia.

29. Pasó Pio II desde Sena á Florencia, donde el

famoso Cosme de Médicis, que gobernaba como absoluto esta república, le recibió con grandes honores, y con una magnificencia digna de sus altos pensamientos y de su fortuna. Era Cosme el hombre mas rico y mas honrado de su tiempo, y eran pocos los Soberanos que le igualaban en el poder (1). Habia acumulado inmensos tesoros y preciosidades inestimables con un comercio continuado hasta la edad de sesenta años en todos los climas de nuestro emisferio. Aconsejábanse de él todas las repúblicas de Italia, y la mayor parte de los Principes extranjeros, como de un sábio que por medio de sus innumerables correspondencias estaba instruido en todo lo que pasaba en el universo. Como era amante de las ciencias y de los sábios, convidó á muchos de estos con su palacio, mas parecido á la corte de un Rey que al banco de un comerciante. Formó una biblioteca copiosa y selecta, y se aprovechó de las emigraciones de la Grecia para recoger sus mejores libros y los manuscritos mas preciosos que habia en ella. Tanta grandeza y prosperidad le suscitó algunos émulos, cuyas intrigas fueron causa de que se le desterrase con su hermano Lorenzo, pero poco despues le levantaron el destierro los florentinos, le recibieron cen aplausos unánimes, y le dieron el título de padre del pueblo y libertador de la patria. Solo le faltó el nombre de Soberano, y éste le adquirieron sus descendientes. ¡Tal es la condicion de la grandeza y aun de la potestad terrena, que no hay puesto tan elevado adonde no

(1) *Paul. Jov. elog. l. 7. Comm. Pii. II. l. 2.*



pueda alcanzar el oro! San Antonino, el Poggio, natural de Terranova en el territorio de Florencia, Guarini de Verona, Leonardo Aretino, Mafeo de Lodi, que entre todos los autores de su siglo fue el que escribió con mas gracia y elegancia, y otros innumerables escritores de mucho mérito fueron contemporáneos de los dos Médicis, y la mayor parte de ellos muy favorecidos de estos nuevos Mecenas, que contribuyeron mas que nadie á la restauracion de las letras.

30. Despues de haber recorrido el Papa muchas ciudades de Italia, llegó por fin á Mántua á últimos del mes de Mayo, y tuvo que esperar mas de cinco meses la llegada de varios embajadores, y especialmente la de los franceses: cuyo tiempo se empleó casi todo en disputar acerca de la precedencia en el orden de los asientos, en oír quejas y en componer discordias, en lo que nada adelantó el Pontífice mas que mostrar mucha capacidad, modestia, paciencia, imparcialidad, en una palabra, el carácter de un hombre honrado, é inaccesible á las pasiones, que procuraba escitar el interés particular de casi todos los que asistian á la asamblea. Lo único que pudo conseguir en orden al objeto por el cual se habian reunido allí tantas personas condecoradas, fue formar una lista de las tropas que prometieron enviar contra los infieles, nombrar al Emperador por gefe de la espedicion, é imponer un treinta por ciento sobre todos los bienes seculares de Italia. Pero el mismo principio que impedia conceder mayores cosas,

esto es, el interés personal y los odios reciprocos, frustraron aun lo poco que se habia concedido. En fin, en este famoso congreso se convirtió lo accesorio en principal, ó á lo menos fue aquello el único objeto que merece alguna atención.

Habiéndose quejado amargamente los embajadores de Francia de la preferencia dada á Fernando de Aragon sobre un Príncipe legitimo de la sangre de sus Reyes, y haciendo muy poco caso del vano título de Rey de Sicilia, con que calificó el Papa á Renato de Anjou; Pio II, que poseía en grado eminente el arte de la palabra, se esplicó con mayor magnificencia que los embajadores acerca de la dignidad de la corona y de la real casa de Francia, é insinuó con destreza que la necesidad sola le habia obligado á preferir á un Príncipe distante un vecino que no le habia dejado mas que la eleccion entre los servicios de un vasallo y el resentimiento de un enemigo (1). Quejándose despues el Papa de los agravios que suponía habersele hecho, se mostró muy admirado de que la Francia esperase de la iglesia romana un beneficio tan grande como era la posesion de un reino, cuando ella se obstinaba en defender, en la pragmática-sancion, la mayor injuria que se habia hecho jamás á la autoridad pontificia: y añadió, que era casi increíble que un Príncipe religioso hubiese publicado una disposicion eclesiástica, no admitida por ningun concilio general, ni por ningun Papa, que manchaba

(1) *Conc. t. 13. p. 1762.*



con un feo borron á la iglesia de Francia, y la constituía en tal estado, que no podian conocerla ya las demás iglesias; que trastornaba toda la gerarquía, y hacia que los legos fuesen señores y jueces del clero; que desde entonces se egercia la potestad de la espada espiritual bajo las órdenes de la autoridad secular, y que el romano Pontífice, cuya jurisdiccion se estiende mas allá de los límites del océano, no tenia en Francia otro poder que el que queria concederle el parlamento de París, el cual se atrevia muchas veces á examinar las constituciones y á anular las censuras apostólicas (\*).

Respondieron los embajadores que la pragmática no era mas que una coleccion de los decretos de Basilea, hecha por los obispos y arzobispos de Francia; que estaba fundada en la autoridad de los Papas Alejandro V, Juan XXIII, Martino V y Eugenio IV, los cuales habian aprobado los concilios generales de Pisa, Constanza y Basilea (\*\*); que conservaba á la Cabeza de la Iglesia todos los derechos que la atribuyen

(\*) Este juicio de un Papa como Pio II, y de un sábio como Eneas Silvio, nos indica el que nosotros debemos formar de la pragmática-sancion y de las pretendidas libertades galicanas.

(\*\*) Que nos presenten los franceses un documento auténtico de la confirmacion del congreso de Basilea, y de los decretos de su pragmática-sancion: no; jamás lo harán. ¿Y á quién deberemos creer mas, á un Pontífice (testigo ocular y defensor en otro tiempo de los hechos de Basilea) que declara no haber sido confirmados tales decretos, ó á los franceses que lo dicen sin probarlo? Nadie, á nuestro parecer, puede dudar en la eleccion entre estos dos extremos, si conserva la debida adhesion y respeto al centro de la unidad.

los cánones; que el Rey no habia pretendido derogarlos de ningun modo; que aquellos derechos eran constantemente respetados en el reino, y que los vasallos de él no cesaban de recurrir al Papa, como á Vicario de Jesucristo; que por lo tocante al parlamento, del cual se quejaba el Papa con tanta acrimonia, debia tenerse entendido que era un cuerpo ilustre, compuesto de los pares de Francia y de ochenta magistrados de un mérito distinguido, que lejos de atentar contra la autoridad de la santa Sede, era utilísimo para la conservacion de los derechos de la Iglesia; que seria de desear que hubiese un tribunal semejante en todos los estados cristianos; que en todos tiempos habia administrado justicia á las partes, cualesquiera que fuesen, sin atender á su flaqueza ó á su poder, y sin otro exámen que el de sus derechos; y que aquel tribunal tan celebrado conservaba intacta la reputacion de integridad que habia adquirido desde los tiempos antiguos en que iban tantos Principes extranjeros á consultarle para terminar sus diferencias (\*).

32. Rara vez es la conciliacion efecto de las

(\*) Cualesquiera que fuesen entonces las ideas del parlamento y las cualidades de sus miembros, hemos visto despues los escesos á que se abandonó por la oposicion á la santa Sede y á todos los derechos de la Iglesia; oposicion que principió á manifestarse con motivo de la pragmática-sancion. La historia nos dirá cómo el parlamento, calvinista primero, despues jansenista y últimamente libertino, no hizo mas que oprimir á la iglesia de Francia, y preparar el cadalso á Luis XVI. ¿Y á esto llaman los franceses *libertades galicanas*? ¿No se dirian mas bien la esclavitud y el oprobio de su nacion?



explicaciones y de las quejas; y así sucedió, que estuvieron tan lejos de convenir entre sí el Papa y los embajadores, que antes bien, después de sus respectivas instancias, se temió con fundamento un rompimiento declarado. Proponiéndose Pio II, según las apariencias, conseguir por la autoridad lo que no podía lograr por la deferencia, y queriendo evitar las contradicciones que pudieran suscitarse, publicó á 18 de Enero de 1460, estando todavía en Mantua, una bula que prohibía, pena de excomunion, apelar, con cualquier pretesto que fuese, de la decisión del Sumo Pontífice á la del futuro concilio <sup>(1)</sup>. Anulaba la bula semejantes apelaciones, y las declaraba abusivas, erróneas y dignas de ser condenadas. Decíase en ella que eran un abuso inaudito en los siglos anteriores, manifestamente contrario á los santos cánones, y perjudicial en sumo grado á todos los órdenes de la república cristiana; que apelando á un tribunal que no existe, ni existirá quizá en mucho tiempo, tenía el que esto ejecutaba, una libertad absoluta para continuar en el mal; que quedan impunes los delitos, se confunden todos los órdenes de la gerarquía, oprimen los poderosos á los desvalidos, antes que se les pueda reprimir, y se fortifica la rebelion contra la primera Silla en tales términos que se hace irremediable. No puede negarse que eran sólidas estas razones, y que había mucho abuso en las apelaciones, las cuales eran entonces muy frecuentes. Todos los que no estaban contentos con las constituciones apostólicas, ya

(1) *Conc. t. 13. p. 1801.*

fuesen Príncipes ó personas particulares, hallaban así un medio seguro para burlarse de las censuras y de toda persecucion.

33. Pero se publicaba esta bula en unas circunstancias en que los designios del Pontífice no agradaban mucho á los franceses, y por lo mismo creyeron éstos que á lo menos debían hacer algunas observaciones y distinciones sobre la generalidad del decreto. Convocó el Rey á los Príncipes, á los obispos y á los jurisconsultos mas hábiles; y después de una madura deliberacion, dijo, en nombre de su Magestad, el procurador general Juan Dauvet, que el Papa se había explicado en Mantua de un modo que era temible llegase el caso de romper con la corte de Francia, á causa de la pragmática-sancion; que nada deseaba el Rey con mas ardor que impedir un rompimiento tan funesto, y que conservaría siempre el respeto y la obediencia debida á la santa Sede y al Sumo Pontífice, según los decretos de los concilios generales y los escritos de los santos padres; que no podía creer que el Papa quisiese atribuirse una autoridad ilimitada, ni que fuese su ánimo condenar en todos los casos y circunstancias el recurso y la apelacion al concilio ecuménico; que en todo evento requería la convocacion de este concilio en una ciudad libre, y que hasta entonces haría que se observasen en su reino los decretos de los concilios precedentes. Añadió el procurador general un acto jurídico de protesta contra todo lo que pudiera intentar el Papa en perjuicio del Rey y de sus vasallos con motivo de las actuales



ocurrencias, concluyendo con una apelacion formal al futuro concilio ecumenico.

Fue muy sensible para el Papa esta apelacion, principalmente porque se interponia casi al mismo tiempo en que acababa de declararse contra semejantes procedimientos. Pero Pio II sabia acomodarse á las circunstancias y moderar sus pasiones (\*); y así esperó mejor ocasion, la cual no tardó en presentarse. No habia entre el Rey y el Delfin la union y conformidad que parece debia reinar entre padre é hijo. El Delfin estaba separado del Rey habia muchos años, y vivia en una especie de destierro en la corte del duque de Borgoña.

34. Estaba temiendo el Rey continuamente que levantase el Delfin el estandarte de la rebelion, y éste por su parte temia verse desheredado. En efecto, habia muchos cortesanos enredadores que hacian los mayores esfuerzos para que quedase excluido de la corona el heredero natural, y entrase en su lugar el

(\*) ¿Eran acaso efecto de una pasion las razones alegadas en la bula? ¿No acaba de decirnos Berault que eran de todo punto *sólidas*? Esto solo prueba bastantemente cuán tristes son los recursos á que se ven obligados á apelar los defensores de las mal llamadas libertades. Lo que hizo entonces Pio II no fue *moderar sus pasiones*, pues no eran ellas las que habian causado la publicacion de la bula; sino usar de aquella prudente economía, superior á toda alabanza, con que los Papas disimulan á las veces el mal que no pueden remediar por la obstinacion ó empeño de los hombres, y esperan á que el tiempo y las luces moderen las pasiones de los que se niegan á obedecer al Padre y Pastor universal, que solo manda en nombre de Jesucristo y para el bien de los fieles.

Príncipe Cárlos, su hermano mayor. En fin, Cárlos VII, enemigo de los partidos violentos, y aun de todo asunto sério, no pudo resistir á las divisiones de su corte y de su familia, y cayó enfermo en Meun del Yeure, ciudad de la provincia de Berri. Por desgracia le dijo un confidente que querian darle veneno, y uniéndose el temor á la melancolia, no quiso el Rey volver á comer. Por mas que procuraron disipar sus terrores, estuvo siete dias sin probar ningun alimento: y cuando estenuado ya de flaqueza consintió en tomar alguna cosa, no pudo recibirla el estómago. Así, pues, murió de miedo de morir, el dia de la Magdalena, 22 de Julio de 1461, despues de recibir todos los sacramentos de la Iglesia con mucha piedad; y suplicando al Señor que le tratase con la misma misericordia que á la santa penitente, cuya memoria se celebraba. En el discurso de su vida, y en la época de su muerte, ofreció Cárlos una larga série de contradicciones: habia experimentado los mayores reveses al empezar á reinar y antes de este tiempo, y despues le acompañó constantemente la victoria por espacio de treinta años: estuvo lleno de fe, de religion y de piedad, pero poco arreglado en sus costumbres: mejor soldado que caudillo, mas dichoso que hábil, y de mas acierto para elegir sus generales que sus favoritos: bueno, liberal, popular, afable hasta rayar en la familiaridad, y perfectamente obedecido de todos, menos de su hijo, del cual ni fue amado ni respetado, á pesar de que le adoraba su pueblo.

35. No fueron los franceses los únicos que se



negaron á sujetarse á la prohibicion de Pio II en cuanto á apelar de los Papas á los concilios (1). Oponiéndose Segismundo, duque de Austria, á que se introdujese en sus estados el uso de las encomiendas, desconocidas hasta entonces en Alemania, aunque comunísimas en Italia, España, Francia é Inglaterra, no quiso permitir jamás que el cardenal de Cusa poseyese de aquel modo el obispado de Brixen, esto es, sin residir en él. Lo habia resistido desde que Nicolao V le confirió á dicho cardenal; y despues se aumentaron tanto las disensiones entre éste y el duque, que el prelado se vió en la precision de desistir de su intento durante el Pontificado de Calisto. Presentóse á este Pontífice, el cual, despues de haber hecho á Segismundo algunas advertencias que no produjeron ningun efecto, le escomulgó y puso sus estados en entredicho. En tiempo de Pio II y mediante el influjo de este Papa, se efectuó entre los dos una reconciliacion aparente, que muy en breve vino á parar en un rompimiento manifesto. Habiendo vuelto el cardenal á Brixen, confiado en una carta de Segismundo, sitió este Príncipe la ciudad inmediatamente, se apoderó de ella el mismo dia de Pascua; puso tambien sitio á la ciudadela, donde se habia retirado el obispo, y sin embargo de haber capitulado, le encerró en una prision, y no le restituyó la libertad hasta que le rescataron por una suma considerable, desmintiendo de este modo con su mala fe el celo que mostraba por la disciplina. Luego que recibió el Papa esta noticia,

(1) *Naurel. vol. 8. gen. 49. fol. 290.*

renovó y reagravó la escomunion del Príncipe, estendiéndola á los que anteriormente no le habian tenido por escomulgado. Imitando entonces á los franceses Segismundo de Austria, apeló del Papa al futuro concilio.

36. Habiendo formado el doctor Gregorio de Heimburgo el auto de apelacion, mandó el Papa que se le tratase como herege y reo de lesa Magestad, como que habia violado la unidad de la Iglesia; prohibió toda comunicacion con él, y le confiscó sus bienes. Usando el doctor, para vengarse, de las armas que le eran propias, compuso un tratado contra la potestad temporal que se atribuían los Papas sobre los Príncipes. Esta es la obra mas acre y violenta que contra la potestad pontificia se escribió en aquel siglo, fecundo en semejantes producciones (1).

37. Cuando Luis XI se vió colocado en el trono, afectó seguir una conducta opuesta á la de su padre, así en los actos de clemencia como en los de severidad, que eran mas conformes á su gusto, segun puede verse por los dos rasgos siguientes; omitiendo otros muchos. Al conde de Dunois, á Dunois, que era el azote de los ingleses y el restaurador y salvador de la patria, le quitó el empleo de lugar-teniente general del reino, el gobierno de Normandía y el cargo de sumiller de corps; y el conde de Armañac, proscrito por su comercio detestable con su propia hermana, y por causa de rebelion, adquirió el favor del nuevo Rey, el cual le hizo mariscal de Francia. Con estas

(1) *Excomin. et appell. Segismund. Austr. p. 15. 23. 52.*



disposiciones no podia menos Luis XI de reprobar la pragmática-sancion, que era obra de su padre. Siendo Delfin habia hecho voto de abolirla, y luego que fue consagrado, confirmó el voto con juramento en presencia de un nuncio romano y del obispo de Arras.

38. Este prelado, llamado Juan Geoffroi ó Gofredo, habia nacido de padres muy pobres en el territorio de la abadía de Lureuil; llegó á ser abad de este monasterio, y despues obispo de Arras en una edad muy avanzada, si es cierto, como dicen, que á los setenta años no era mas que un simple capellan de la casa del duque de Borgoña (1). Este viejo ambicioso, menos hábil que intrigante, y mas fecundo en artificios despreciables que en verdaderos recursos, no pudo contentarse con una fortuna tan superior á su mérito como su nacimiento. Mientras estuvo el Delfin en los estados de Borgoña, se introdujo con aquel Príncipe, naturalmente inclinado á las personas de humilde estraccion; y con un género de política bastante parecido á la de Luis, con mucha condescendencia y poca sensibilidad, se grangeó de tal modo su confianza, que hecho Rey el Delfin, se le llevó consigo, y prefirió muchas veces su dictámen solo al de todo su consejo.

39. Conocia Pio II la disposicion de todas las cortes de Europa, y poseía en sumo grado el arte de sacar partido de los hombres. Nombró al obispo de Arras legado de Francia, con inclusion de los estados del duque de Borgoña; le dió la comision de que

(1) *Chois. hist. Eccles. l. 26. c. 2.*

persuadiese al Monarca que suministrase socorros para la guerra de Turquía, y no se olvidó de la pragmática en sus instrucciones. Habia dado Luis XI en la manía de ser el Soberano mas poderoso de Europa, y le dió á entender el obispo de Arras, que para conseguirlo era necesario estar en buena armonía con el Papa, y que á este fin no habia cosa mas acertada que suprimir la pragmática-sancion: „decreto (añadía él) que es fruto del cisma que trastorna la gerarquía, y que un Príncipe verdaderamente cristiano debe abolir sin perder un momento.” Convenido el Rey, prometió hacer lo que deseaban; pero antes de escribir al Papa, quiso que Gofredo le asegurase dos cosas: primera, que Pio habia de dejar de proteger á Fernando de Aragon contra Renato de Anjou; y segunda, que habia de dar en Francia un legado francés para la nominacion de los beneficios. Salió garante Gofredo de que el Papa concederia gustoso estos dos artículos; y Luis XI, que muchas veces era precipitado ó muy singular en sus resoluciones, no se detuvo en ningun otro exámen, é inmediatamente escribió al Papa, diciéndole que abolía la pragmática-sancion, á pesar de que fue establecida despues de una larga deliberacion de los obispos y doctores, y de que se observaba generalmente en su reino con gran satisfaccion de todos sus vasallos (1). Se gloriaba en su carta al Pontífice de que no habían sido capaces de detenerle los dictámenes contrarios de su consejo, y que era casi el único que reprobaba

(1) *Monstr. vol. 3. fol. 99.*



aquella obra del cisma, y echaba por tierra aquel baluarte formado por la licencia contra la Silla apostólica.

Luis XI, cuyas intenciones no llegaron á penetrarse jamás perfectamente, tuvo quizá otros motivos que los que alegaba. Como la disciplina establecida por la pragmática ponía las elecciones en manos de los cabildos y de las abadías, y dejaba á los obispos la colacion de los beneficios ordinarios, sucedia que en cada provincia ú obispado, donde residian los señores particulares, y daban la ley como unos pequeños Soberanos, disponian á su arbitrio, cuando menos de las principales dignidades eclesiásticas, ya solicitando, y ya recurriendo á la violencia. Este aumento de poder en los vasallos de la corona era la cosa mas contraria al deseo que tenia aquel Príncipe de unir en sí toda la autoridad. Muy al contrario sucedería con el influjo que pudiese tener la santa Sede en el gobierno de la iglesia de Francia, pues como el Rey habia de ser siempre mas poderoso que sus vasallos con el Sumo Pontífice, debia sacar mejor partido que ellos cuando solicitase algun favor, ni podia menos de suceder que la corte adquiriese insensiblemente una especie de direccion general en cuanto á la eleccion de los obispos y abades, y que estos vasallos, colocados por recomendacion suya, la tuviesen luego presente para todo lo que dependiese de ellos.

Cualesquiera que fuesen las verdaderas intenciones de Luis, no le cedió Pio II en palabras atentas

y en testimonios de aprecio. Preconizó la condescendencia del Rey como la accion mas santa y gloriosa que podia egecutar un Príncipe cristiano, y que le hacia igual á Constantino, Teodosio, y Carlo-Magno, personas eternamente memorables por su adhesion á la santa Sede. El sagáz Pontífice alabó sobre todo á Luis por haberse determinado por sí solo, á egemplo de los grandes Reyes, „que saben (le decia) gobernar por sí mismos, y hacerse obedecer;” y le prometió que condescendería con sus deseos en cuanto á la distribucion de las gracias eclesiásticas, y que en todos tiempos se le mostraria propicio. Por último le exhortaba á la guerra contra los infieles, que era la conclusion general de todas las cartas de aquel Pontífice: y en efecto lo miró el Rey como una cosa de estilo. Pensando, como pensaba, enteramente á la moderna, y no teniendo ninguna inclinacion á la sencillez antigua, no le gustaron jamás las cruzadas. En toda la carta del Papa no se trataba del reino de Nápoles para el duque de Anjou, ni del legado francés para la distribucion de los beneficios de Francia.

El obispo de Arras, que se habia constituido garante de estos dos artículos, y fue enviado al Papa como unas seis semanas despues, en calidad de embajador para solicitar su cumplimiento, parece que no se acordaba ya de ellos cuando llegó á Roma. Habiendo sabido entretanto que el Papa le habia elevado á la dignidad de cardenal, fue tanta su alegría, que se le figuró no ser otro el objeto de su embajada



que el de recibir en Roma las insignias de su nuevo destino. Hizo sin embargo alguna tentativa, aunque con poca energía, á favor de Renato de Anjou; pero la revocacion de la pragmática fue confirmada sin ninguna restriccion: lo que se celebró en Roma como si se hubiera conseguido una victoria completa de los enemigos del nombre cristiano. Hubo procesiones por espacio de tres dias y fuegos artificiales, como para celebrar el triunfo completo de la santa Sede sobre el concilio de Basilea; tomaron parte todos los romanos en esta celebridad, y llegó á tal extremo el entusiasmo entre las gentes del pueblo, que arrastraron por el lodo la pragmática, y la quemaron públicamente.

Rara vez se burló nadie impunemente de Luis XI, y estuvo muy distante Pio II de lograr con la abolicion de la pragmática todas las ventajas que se habia prometido. Ofendido Luis de que se hubiese abusado de una sinceridad y buena fe que no era comun en él, y atendiendo por otra parte á las enérgicas representaciones que le dirigió el parlamento y la universidad de Paris, cuidó muy poco de hacer que se cumpliese su declaracion; de suerte que en la mayor parte de sus capítulos fue siempre la pragmática la regla que se siguió mas generalmente. El punto de las reservas y expectativas era el que mas interesaba á los Papas, y en especial á Pio II, en cuyo Pontificado se habian multiplicado de un modo asombroso. Las condenó el Rey, y las anuló por un decreto espreso. Asimismo declaró que el parlamento debia entender exclusivamente en todo lo relativo á las regalías, y que podria

apelar al concilio ecuménico, en caso de espedirse alguna bula contraria á esta disposicion, como tambien que los jueces reales decidirian, así en el juicio petitorio, como en el posesorio, todas las causas de los beneficios de colacion real, y entenderian generalmente en todos los beneficios del reino en cuanto al juicio posesorio. Proscribió tambien la exaccion de varias contribuciones pecuniarias con destino al Papa, como el derecho de espolio cuando morian los beneficiados, y la percepcion de la mitad de la renta de los beneficios que se tenian por incompatibles, y se amenazó con las penas mas rigurosas á los colectores y á los portadores de las bulas y censuras. En fin, declaró que examinaran los magistrados y los doctores del reino por qué medios podria remediarse el tormento de las citaciones, moniciones y demás procedimientos de Roma. Despues se volvió á tratar muchas veces de este asunto, y Luis XI se mostró unas favorable y otras contrario á la pragmática; pero jamás varió la resistencia de los magistrados, llegando, hasta el extremo de perder sus empleos, la oposicion de la universidad y la repugnancia de toda la nacion; de suerte que nunca se egecutó bien la revocacion hecha por el Rey, ni aun se verificó con la debida formalidad, y quedó la cosa en el mismo estado hasta el reinado siguiente.

No se olvidó Luis XI de castigar al cardenal de Arras, privándole de su favor, á lo menos por algun tiempo, pues parece que aquel Protéo, semejante á su amo, y necesario para sus designios, halló modo



para volver á conciliarse con él. Pero su codicia sufrió un desaire sensible con el Pontífice, á quien habia sacrificado el interés de su Rey. Este hombre, sacado del polvo de la tierra, obispo, cardenal, poseedor de las ricas abadías de San Vast, San Dionisio y Fecamp, este interesado hambriento se atrevió á pedir al Papa á un mismo tiempo los arzobispados de Besanzon y Albi. „Debeis (le dijo con el mayor descaro) concederme el primero, porque soy natural de aquella diócesi, y el segundo, porque desea el Rey que se me dé (1).” A lo que respondió Pio II con esta sequedad lacónica: „Nosotros no acostumbramos dividir un pastor entre dos iglesias. No conseguireis lo que pedis.” Sin embargo, le dió á escoger entre el obispado de donde era natural, y el de Albi. Pero la codicia no tiene patria. El cardenal avaro eligió esta última silla, porque era la mas rica, y fue llamado despues cardenal de Albi. Por mas interés que tomase el Papa en las cosas de Francia, no dejaba de promover con todo ardor la liga de los cristianos contra los turcos; y las nuevas conquistas de Mahomet que de dia en dia llegaban á su noticia, solo servian de inflamar su valor, en vez de abatirle. En medio de sus desavenencias con Francia en el año 1461 supo que los infieles se habian apoderado de Trebisonda, de Sinope, de otras muchas ciudades considerables, y de provincias enteras en las cercanías del mar Negro (2). Esta es la época de la ruina de aquel imperio, á los doscientos cincuenta y siete años de haberle

(1) *Gobel. l. 12. p. 343.* (2) *Chalcofid. l. 9. Krantz. l. 3. c. 17.*

establecido los Comnenos, y de haberse apoderado de Constantinopla los latinos. David Comneno, último Emperador de Trebisonda, perdió la vida juntamente con sus hijos, no obstante que uno de ellos habia abrazado el mahometismo. Habiéndose negado Josef, patriarca de Constantinopla, á anular el matrimonio de uno de los principales personajes de aquel imperio, al cual queria casar Mahomet con la viuda del Príncipe de Atenas, le quitó el sultan el patriarcado, y mandó que le hiciesen la barba; lo que entre los orientales se miraba como una infamia. Aquella nacion vil, á quien el Gran Señor dejaba una libertad absoluta para su patriarca, esclavizó por sí misma á su iglesia despues de este suceso, dando voluntariamente mil escudos de oro para la eleccion inmediata. De este modo empezó el tributo, á que se dió en lo sucesivo el nombre de pesquería, y que fue en aumento de año en año, segun la voluntad del Gran Señor.

41. En el año 1462 se apoderó Mahomet II de la isla de Metelin, llamada antiguamente Lubos, y faltando á su palabra este cruel sultan, quitó la vida al Príncipe Domingo Catalucio, originario de Génova (1). Desde el principio de la campaña siguiente se señaló el bárbaro con nuevas conquistas y con nuevas atrocidades. Habiéndose apoderado de la capital y de todo el reino de Bosnia, hizo que desollasen vivo á su quinto y último Rey, llamado Estévan; pero tuvo la vergüenza de perder muy en breve aquella

(1) *Chalc. ibid. -- Bonif. 3. dec. 10.*



capital, llamada Jaizza. Habiendo pasado á otra parte despues de su primer triunfo, puso sitio á la plaza el digno hijo de Huniades, Matías, Rey de Hungría, y la estrechó tan fuertemente, que fue conquistada con veintisiete aldeas inmediatas á ella, antes que volviese el sultan feróz, y le arrebató la presa, que por decirlo así, estaba ya tendida en el suelo, antes que el mónstruo tuviese tiempo para devorarla. Volvió con sus tropas, cercó la plaza, é hizo esfuerzos increíbles para entrar otra vez en ella; pero el valor de los sitiados, hombres, mugeres y niños, y la continuacion de sus trabajos de dia y de noche, dieron tiempo para que llegase un nuevo egército de Hungría. Sorprendido el turco, y viéndose casi sitiado, tuvo por gran fortuna el escapar, favorecido de las tinieblas de la noche, despues de haber echado en el rio su artillería, y los efectos de campaña mas difíciles de transportarse. Por otra parte Scanderberg frustraba todas las tentativas del sultan contra la Albania. Habiendo entrado en ella tres generales turcos, con una multitud innumerable de bárbaros, fueron derrotados sucesivamente, y tuvieron que abandonar la empresa. Lejos de darse por ofendido Mahomet, escribió al héroe en términos de aprecio y admiracion, le reconoció por Rey de Albania, é hizo con él una paz que por cierto tiempo fue bastante bien observada. Dicese que admirado el sultan de la fuerza que aquel rayo de la guerra mostraba en los combates, donde de un sablazo partía á un hombre por medio del cuerpo, ó derribaba la cabeza de un caballo, y atribuyendo estos

efectos prodigiosos al temple de las armas del Albanés, envió á pedirle su sable. Regalósele Scanderberg, hizo el turco la prueba en un animal, y no habiéndole salido bien, manifestó su sorpresa al héroe, el cual le dió esta respuesta: „Es verdad que os he enviado la mejor arma que tenia; pero ha quedado aquí mi brazo.”

42. Entretanto, previendo el Sumo Pontífice que Mahomet habia de oprimir tarde ó temprano á todos sus vecinos, y que si hacia paces el turco artificioso era solamente para espiar el momento de volver á empezar la guerra con mayor ventaja, tomó la resolucion de embarcarse, á pesar de su quebrantada salud, y de mandar en persona la expedicion para animar á todos y no dejar ningun pretesto á los que pretendian escusarse. El dia 23 de Octubre del año 1463 tuvo consistorio pleno, en el que fijó su salida para el 15 de Junio del año siguiente, y dirigió el decreto á todos los prelados, Príncipes y pueblos de la Religion cristiana, convidándolos á unirse con él para librar á la fe del naufragio que la amenazaba. Salió efectivamente en el tiempo señalado, y llegó poco despues á Ancona, donde debian embarcarse las tropas. Estando próximo á verse en estos peligros y á comparecer ante el tribunal de Dios, aunque él no creía que esta hora estuviese tan cerca, retractó como un monumento escandaloso las actas que habia escrito del concilio de Basilea.

43. „Soy hombre (dice) y he tenido flaquezas como hombre, he pecado como Pablo, por seduccion



y por ignorancia, y retracto, como Agustín, los errores en que he incurrido. Os advertimos, pues, carísimos hermanos nuestros, y os rogamos en el Señor, que no os dejéis llevar de los escritos en que de todos modos ofendemos la autoridad de la Silla apostólica. Todo lo que leáis contra la doctrina de la santa iglesia romana, ya sea en nuestros diálogos, en nuestras cartas, ó en los demás opúsculos nuestros, desechadlo, aborrecadlo, y seguid lo que os decimos ahora; dad mas crédito á un anciano experimentado que á las ligerezas de un jóven; oid mas bien á un Sumo Pontífice que á un simple particular, recusad á Eneas Piccolomini, y recibid á Pio II."

44. Cuando llegó el Papa al lugar donde debía embarcarse, halló mucha mas gente que la que habia esperado. El espectáculo singular de un Sumo Pontífice, mandando en persona la cruzada, habia atraído al pueblo sencillo de las cuatro partes de Europa; pero sin órden, sin provisiones, sin dinero y casi sin armas. El cardenal de Pavía dice que los del centro de Alemania hicieron el viage mendigando. No tuvo dificultad Pio II, el cual juzgaba con solidéz y exactitud, en conocer que se veía comprometido; y á pesar de su grande entusiasmo por aquella empresa, se arrepintió de haber pasado tan adelante (1). Nunca vino la muerte mas á tiempo que cuando se presentó para sacar al Papa de estos apuros. Cayó enfermo en semejantes circunstancias, y dentro de pocos dias se persuadió á que estaba cerca su última hora. Pidió los

(1) *Pap. Comm. l. 1. epitt. 41.*

sacramentos; y como habia recibido ya la Estremacion cuando fue acometido de la peste en el concilio de Basilea, fueron de dictámen algunos teólogos que no se le debia administrar, porque creían que no podia recibirse dos veces. No ignoraba el Papa que se habia sostenido esta opinion en el siglo doce; pero sabia tambien que tuvo pocos partidarios. No quiso, pues, seguirla; mandó que le administrasen aquel sacramento con el de la Eucaristia, y murió en paz á 16 de Agosto de 1464. El cardenal de Pavía hace en pocas palabras, y con estilo muy sencillo, un grande y bien merecido elogio de este Papa (1). „Pio II (dice) fue un Sumo Pontífice lleno de virtudes, y recomendable por su celo en favor de la Religion, por la integridad de sus costumbres, por su juicio recto y sólido, y por su profunda erudicion.

45. Por el mismo tiempo murió felizmente en una edad avanzada Santa Catalina de Bolonia, llamada así por razon del lugar de su nacimiento (2). En 1402, siendo de edad de once años, la pusieron al lado de la Princesa Margarita de Est, hija del marqués de Ferrara; pero aquella alma pura huyó muy pronto del aire contagioso de la corte, se retiró al convento de las religiosas de Santa Clara, y abrazó su instituto. Como sus talentos y virtudes se manifestaban á pesar de todos los velos con que procuraba ocultarlos su modestia, la pidieron los magistrados de Bolonia por superiora del monasterio que querian fundar. Pasó á él en efecto, y cuidó mucho mas de la regularidad

(1) *Epist. 49.* (2) *Raill. t. 1. ad 9. Mart.*



que de los trabajos exteriores, bien que tuvo el consuelo de verlos concluidos antes de morir. No le faltaba tiempo para escribir obras espirituales, no solo en lengua vulgar, sino tambien en latin, cuyo uso la era muy natural y fácil. La mas importante de todas es el tratado de las armas necesarias para el combate espiritual. En medio de tantas ocupaciones gozaba continuamente de los mas íntimos coloquios con Dios. Sus virtudes, confirmadas con milagros, la merecieron ser colocada en el número de los bienaventurados por Clemente VII, y habiendo continuado hasta estos últimos tiempos los testimonios con que autorizaba el cielo su santidad, la canonizó Clemente XI.

46. Conforme á las intenciones del Papa difunto, volvieron los cardenales á Roma para la eleccion de su sucesor. Entraron en cónclave doce dias despues del fallecimiento del Papa, y al cabo de tres dias eligieron el 31 de Agosto á Pedro Barbo, veneciano, cardenal del título de San Marcos. Quiso tomar el nombre de Formoso, porque en efecto era bella persona. Pero le espusieron los cardenales que tal vez se tendria esto por vanidad, y tomó el nombre de Paulo II. Era por línea materna sobrino de Eugenio IV, que le habia creado cardenal; gustaba de la magnificencia, y se preciaba de hacer todas las cosas con dignidad. Le hicieron jurar que observaria las leyes establecidas por los cardenales en el cónclave, las que se reducian principalmente á que se continuaria la guerra contra los turcos, que se restableceria la

antigua disciplina en la curia pontificia, que se congregaria dentro de tres años un concilio ecuménico; que no habia de pasar de veinticuatro el número de los cardenales, que no habria entre ellos mas que un pariente del Papa, y que éste no daria á ninguno de los suyos el mando del ejército de la Iglesia. Pero sucedió con estas leyes lo mismo que con otras muchas hechas igualmente en los cónclaves; pues se persuadió al Papa que siendo contrarias á su dignidad suprema, no podian obligarle, y que era propio y peculiar del Sumo Pontífice el poder legislativo en la Iglesia. Por consiguiente hizo nuevas leyes para substituir las en lugar de las primeras, y las firmaron todos los cardenales, ya fuese por interés, ó por no tener valor para oponerse á ello. Solo el cardenal de Carvajal lo resistió constantemente. „Hasta ahora (dijo) no tengo que avergonzarme de haber variado de dictámen ni una sola vez contra mi conciencia, y no me deshonoraré á los setenta años.” La firmeza de este prelado venerable fue causa de que el Papa encerrase aquellas leyes en su gabinete, sin mostrarlas jamás, ni permitir que se sacase copia de ellas.

47. Paulo II, que era naturalmente franco, y gustaba de ser querido, se esforzó á grangearse el afecto de los cardenales condecorando su dignidad con nuevos adornos: favor que en su concepto era digno del mas alto aprecio (1). Restableció para sí el uso de la tiara ó triple corona, olvidada habia muchos siglos, y mandó hacer una nueva que costó ciento y veinte

(1) *Pap. Comm. l. 2.*



mil libras tornesas (como unos cuatrocientos ochenta mil reales vellon). A los cardenales les concedió el privilegio esclusivo de usar mitra de seda, semejantes á la que usaba anteriormente el Papa, y les dió tambien, no el capelo, que les habia concedido Inocencio IV en el concilio de Leon, sino la birreta encarnada que empezaron á usar en los consistorios, en lugar del capelo. En fin, quiso tambien el Papa, que en las cabalgatas públicas saliesen sus caballerías con gualdrapas de púrpura. Sin embargo, pensando en lo que generalmente agrada mas que la brillantéz y el aparato, señaló una pension de cien escudos de oro al mes á los cardenales, á quienes no producian sus beneficios cuatro mil escudos al año. Despues de haber establecido su autoridad por estos medios, atendió Paulo á la guerra contra los turcos, que era el único artículo que le agradaba entre todos los que se decretaron en el cónclave.

48. Entretanto los asuntos de Bohemia ocuparon los primeros momentos de su Pontificado (1). No habia tardado mucho tiempo Pio II en conocer las ficciones y artificios de Pogebrac, y teniendo sospechas muy fundadas de su mala fe, le habia mandado comparecer en el término de ciento y ochenta dias. Habiendo muerto Pio en este intervalo, se vió precisado su sucesor á continuar la causa; y aunque al principio suspendió los procedimientos á instancias del Emperador Federico, lejos de mostrarse agradecido á la indulgencia del Papa el herege disimulado, usó de

(1) *Ibid.*

unos artificios que no permitieron al Sumo Pontífice mostrarse indiferente por mas tiempo. Habia en Bohemia un caballero, llamado Stenzon, recomendable por mil escelentes cualidades, y en particular por su adhesion inviolable á la religion de sus padres, á la cual protegía con todo su poder. Fue acusado ante el Rey de unos delitos tan graves como inverosímiles. Pogebrac creyó ó fingió creer la calumnia; le despojó de todos sus bienes, y queriendo apoderarse tambien de su persona, le sitió en Araste, que era la única plaza que le quedaba. Se escapó de noche Stenzon, y fue á quejarse en persona al Sumo Pontífice. No dejó su opresor de escribir á Roma, acumulando calumnias sobre calumnias, pidiendo un legado para que informase, y haciendo ofertas pomposas en cuanto á la reduccion de Bohemia á la Religion católica. Se descubria la fraude por tantas partes, que no fue posible sorprender al Papa, el cual envió un legado; pero quiso que antes de toda negociacion quedasen las cosas en el estado en que se hallaban, y se levantase el sitio de Araste. Al contrario, Pogebrac, estrechó la plaza con mayor actividad, y con un empeño tan obstinado que al cabo de un año de sitio tuvo que entregarse á discrecion.

Despues de haber citado el Papa inútilmente á Pogebrac, y comunicado á los Príncipes del imperio las razones que le obligaban á usar de severidad, le declaró convicto de perjurio, de sacrilegio y de heregía, y como tal, escomulgado, privado del reino de Bohemia y de todo honor; sus vasallos dispensados de



toda obediencia, y todos sus hijos y descendientes incapaces de toda dignidad. Casimiro, Rey de Polonia, á quien se ofreció la corona de Bohemia, no quiso admitir un obsequio tan peligroso. Pero el Rey de Hungría, aunque era yerno de Pogebrac, se mostró menos tímido y delicado. Entró en Moravia con un buen ejército, y allí fue proclamado Rey de Bohemia: lo que obligó á Pogebrac á desheredar á su propio hijo. Viendo la imposibilidad de transmitirle su corona, llamó á los polacos, é hizo que fuese reconocido por sucesor suyo Ladislao, hijo del Rey Casimiro. Estas dos elecciones sumergieron de nuevo á la Bohemia en un abismo de calamidades, cuyo fin no vió Pogebrac, pues murió lleno de pesar y sentimiento en medio de estas turbulencias y desórdenes. Roquesana, autor de todos sus males y de su impiedad, fue acometido al mismo tiempo de una parálisis repentina, que por justos juicios de Dios le privó del uso de la lengua, empleada únicamente en la seducción. Estuvo padeciendo algun tiempo, y murió despreciado, quince dias antes que el Rey su protector, en el año 1471.

49. No esperó Paulo II la decision de los asuntos de Bohemia para proceder contra los turcos. Convenido de que el pérfido sultan andaba espiando el momento de oprimir á Scanderberg á pesar de la paz concluida y bastante bien observada hasta entonces entre aquellos famosos vecinos, movió al Rey de Albania á anticiparse á los siniestros designios del mahometano. Scanderberg empezó inmediatamente las

hostilidades, con la esperanza de los socorros que se le prometian. Enfurecido Mahomet pasó á Albania mandando su ejército, y puso sitio á la ciudad de Croya, capital del reino, antes que pudiese recibir ningun socorro. Sin embargo de esto, no pudo sorprenderla, y dando lugar á la reflexion el primer movimiento de la ira, solo pensó en las cualidades del héroe con quien iba á medir sus fuerzas, y volvió á tomar el camino de Constantinopla, dejando su ejército delante de Croya, al mando de sus mejores generales. Llegó á verse tan apurado Scanderberg, que corrió la voz en occidente de que habia perdido su reino, y se hallaba reducido al estado de fugitivo. Pero no habia vuelto la espalda el leon de Albania, pues solo desapareció para abalanzarse á la presa con un impetu mas terrible. Habia pasado á Roma, donde fue recibido como el ángel del Dios de los ejércitos, y espuso que con sus fuerzas solas no podia ya detener el torrente que amenazaba á todo el mundo cristiano; que sus tropas estaban aniquiladas con sus propias victorias, y que los pocos soldados que le quedaban, no tenian ninguna parte en su cuerpo donde poder recibir nuevas heridas, ni mas sangre que derramar en defensa de la Religion. Se le dió dinero y municiones; se pusieron en movimiento los venecianos y varios estados de Italia, con todos los Príncipes rayanos de los albaneses, impelidos de las exhortaciones pontificias; se reunieron á dos leguas de Croya, y se formó un ejército de veinticinco mil hombres.



Con menos tenia bastante un héroe acostumbrado á desbaratar los innumerables batallones de los infieles con diez ó doce mil, ó cuando mas, con quince mil combatientes. Ofendido personalmente el viejo Balaban, á quien Scanderberg llamaba *la vieja*, porque no tenia barba, mandaba el sitio de Croya. Este general turco, que desde la clase de soldado raso habia llegado al puesto que obtenia, pasando por todos los grados de la milicia, estaba dotado de una capacidad igual á su mucho valor. Aunque Scanderberg le habia derrotado muchas veces, no tuvo por conveniente emplear desde luego sus tropas visonas contra aquel viejo astuto. Sabiendo que á pesar de cinco meses de continuos ataques, estaba todavía muy distante la ciudad de caer en manos del enemigo, fue á buscar á Junima, que llevaba á su hermano Balaban un refuerzo de veinte mil caballos. Esta tentativa fue una victoria completa, de cuyas resultas temió Balaban verse acometido muy en breve con todas las fuerzas del vencedor. Por tanto quiso apoderarse inmediatamente de la plaza, dió un asalto, y perdió la vida en él. En vano se lisongeo su ejército medio derrotado de evitar su ruina total, retirándose de noche, porque habiéndole buscado Scanderberg, completó la derrota, y perecieron casi todos los enemigos. Pero no gozó mucho tiempo de sus triunfos el azote de los infieles.

50. Poco despues cayó enfermo en Lisa, ciudad de Albania, y muy en breve se agravó su mal hasta llegar al último extremo. En estos postreros instantes

manifestó Scanderberg todos los grandes sentimientos de fe y de piedad que habia conservado inviolablemente desde que el Señor le sacó de las tinieblas del mahometismo. Aborrecia con particularidad los vicios vergonzosos que constituyen la dicha de esta religion voluptuosa y enteramente carnal; y en medio del tumulto de las armas procuraba conservar, y conservó en efecto entre sus soldados, todos jóvenes y solteros, unas costumbres tan admirables como las hazañas que fueron principalmente los frutos de esta disciplina cristiana. Hallándose ya sumamente postrado, recibió la noticia de que habian entrado en sus estados quince mil turcos: con lo que su grande alma recobró toda su energía; dió las órdenes convenientes, inspiró á sus oficiales el valor de que él estaba animado, mandó que saliese á campaña el pequeño ejército que tenia siempre pronto; fueron derrotados los turcos, y tuvo el consuelo de morir victorioso. Habia triunfado de ellos veintidos veces en los tiempos mas felices del imperio turco, y algunas otras contra el mas formidable de sus sultanes. Serian increíbles estos prodigios, si no conviniesen en ellos todos los autores contemporáneos. Es verdad que estos escritores varían en el orden y en algunas circunstancias de los hechos, pero no puede darse mayor uniformidad acerca de lo substancial y prodigioso de las hazañas que hemos elegido entre otras infinitas menos acreditadas. Cuando supo Mahomet la muerte de aquel segundo Macabeo, se olvidó de toda decencia y circunspeccion, y exclamó saltando de gozo: „¿quién



me quitará ahora esterminar á los cristianos, puesto que han perdido su espada y su escudo?" En efecto, conquistó muy pronto la Albania, habiéndose entregado casi sin resistencia la ciudad de Groya, famosa por haber rechazado tantos asaltos. Despues tomaron los turcos á Lisa, desenterraron los huesos de Scanderberg, á los cuales tributaron una especie de culto, los repartieron entre sí, y los engastaron en oro y plata, para llevarlos á los combates, donde se persuadian que habian de ser invencibles con las reliquias de aquel héroe. Su hijo, Juan Castrioto, que era todavía niño, fue llevado á Calábria, donde le habia dado unas posesiones considerables Fernando, que debia el reino á su padre, porque el héroe de la Religion habia creido deber sostener á un Rey á cuyo favor se habian declarado los Papas, contra su competidor Renato de Anjou.

51. En un reencuentro particular habia tenido el turco Balaban alguna ventaja sobre las tropas de Scanderberg, é hizo prisioneros ocho oficiales célebres por sus grandes hechos, entre los cuales habia un sobrino del Rey, llamado Musacho, ó Moisés. Los envió á Mahomet, cargados de cadenas, y el sultan los instó por todos los motivos imaginables á que renunciassen la fe; pero la respuesta que le dieron fue despreciar sus persuaciones: por lo cual mandó que los desollasen vivos.

52. El Beato Andrés de Chio, llamado así porque era natural de aquella isla, manifestó igual valor en un martirio mucho mas cruel. Fue acusado

malignamente en Constantinopla, y contra toda verdad, de haber abandonado la Religion cristiana, y de haber vuelto á abrazarla despues: lo que era un delito irremisible segun los principios de los musulmanes. Se le hicieron muchas promesas, para moverle á renunciar la fe de Jesucristo; pero así éstas como las amenazas que se le siguieron, fueron igualmente inútiles. Por último, le abandonaron á la mas cruel y refinada barbarie, pues todo el tiempo que pudo sobrevivir á la violencia de los tormentos, le cortaban diariamente alguna parte de su cuerpo, y no le degollaron hasta que convertido todo él en una herida, y descubriéndose casi todos los huesos, parecia que aquel esqueleto sangriento y agitado de una palpitacion espantosa iba á exhalar el último principio vital, que no podia ya contener en sí mismo. No pudo menos Mahomet de admirar el valor de Andrés, y así permitió á los cristianos que le diesen sepultura honrosa. Jorge de Trebisonda asegura, que algunos años despues vió el cuerpo de este mártir sin ninguna corrupcion; y añade, que habiéndole invocado, se libró de un naufragio naturalmente inevitable: lo que le movió á escribir su historia.

53. El Emperador Federico, que habia hecho voto de ir en peregrinacion á Roma, le cumplió en el mes de Diciembre del año 1468, y como el Sumo Pontífice no se olvidaba jamás de la guerra contra los turcos, creyó que este viage seria mas favorable á sus designios. Pero parece que lo acertó mejor el pueblo maligno de aquella ciudad. „Se sorprendieron,



dice el historiador Krantz <sup>(1)</sup> al ver que vivia el Emperador. ¡Tal era la opinion que tenian de su inutilidad comprobada por su conducta! Fue muy obsequiado por el magnífico Pontífice; se mantuvo á espensas de la iglesia romana por espacio de diez y siete dias él y toda su comitiva, que pasaba de seiscientas personas; le hicieron muchos regalos, teniendo él particular complacencia en esto; hizo oracion en San Pedro de Roma para cumplir su voto, leyó el Evangelio con alba y túnica entre dos cardenales; y asistió al consistorio, en el cual se trató largamente de los progresos de los turcos, y del peligro á que estaba espuesta la Religion, bien que sin determinar cosa alguna, ni tomar providencias efectivas. No obstante, confirmó el Papa, á instancias del Emperador, el orden militar de San Jorge, que acababa de instituir el mismo Federico para hacer la guerra á los infieles.

54. El año siguiente estableció Luis XI el orden de los caballeros de San Miguel, cuyo número no debia pasar de treinta y seis. Les dió un collar de oro, con conchas enlazadas en una cinta doble, y puestas en unas cadenitas tambien de oro. En medio de él habia una medalla, en que estaba grabada la imagen del Arcangel San Miguel, patron del reino. El traje ordinario era un manto de tela de plata, que llegaba hasta el suelo; y en ciertas ceremonias era de damasco blanco, bordado de conchas enlazadas en un forro de armiño, con una caperuta de terciopelo

(1) *Krantz. 13. Vamdals. I.*

carmesí. El fin del fundador era, segun el juramento que exigió de los caballeros, sostener la dignidad de la corona y los derechos del Monarca. Pero se sospechó del carácter oblicuo de Luis XI, que lo que se habia propuesto con aquel establecimiento era tener á sus órdenes á los grandes del reino, á lo menos cuando asistiesen á los capítulos. Y como los hombres suelen solicitar la esclavitud, si la acompañan algunas esterioridades brillantes, pretendieron á porfia aquel nuevo lustre las personas mas condecoradas del reino, y aun los Príncipes de la sangre; y el político Monarca procedió con tanta economía, que aunque el número de los caballeros no habia de pasar de treinta y seis, jamás le llegó á completar en su reinado; siendo muchos mas los grandes que estaban en la corte con la esperanza de ser agraciados, que los que ya lo habian sido.

55. Paulo II hizo tambien una nueva institucion, ó por mejor decir, una estension de la antigua gracia del jubileo, reduciéndola al espacio de veinticinco años. Se espidió la bula en 1470, y debia egecutarse cinco años despues, porque los progresos de los infieles obligaban á buscar todos los dias nuevos medios para conseguir la proteccion del cielo <sup>(1)</sup>.

56. Habiendo hecho voto Mahomet en el año anterior de no descansar blandamente, de no regalarse en la mesa, de no gozar ningun placer, ni volver la cara al occidente, hasta haber atropellado á todos

(1) *Pap. Comm. l. 7.*



los adoradores de Cristo, y esterminado el cristianismo desde oriente hasta occidente en honor del Dios de Sabaoth y del profeta de la Meca, empezó su cumplimiento por los venecianos, que acababan de arruinar la plaza de Alena, uno de los mejores puertos que tenían los infieles, situado en Tracia, y llenos de terror enviaron al Papa una copia de aquel monumento de un fanatismo increíble. Entretanto aprestó Mahomet una armada de mas de cien galeras con un número mayor de buques de todas clases, y dió el mando de ella al gran visir, el cual, mientras llegaba un ejército de ciento veinte mil hombres, que debia mandar el sultan en persona, saqueó á Lemnos, y se apoderó de Timbra.

57. Todo aquel armamento formidable habia de caer á un mismo tiempo sobre la isla de Negroponto, la mas considerable del mar Egeo, y propia de los venecianos. Estando pronto el ejército, se acercó la armada, y formaron entre los dos el sitio de Calcis, capital de la isla. Luego que supo la república el peligro á que estaba espuesta una plaza tan importante, envió una escuadra respetable, por el número de velas; pero tuvo poco acierto en la eleccion de su comandante. La isla de Negroponto, que es la antigua Eubern, está separada del continente por un brazo de mar tan estrecho, que habia en él un puente para pasar de una parte á otra: y la escuadra veneciana, protegida con las baterías de la ciudad, podia romper fácilmente, por cuyo medio hubiera cortado á Mahomet toda comunicacion por la parte de tierra,

privándole aun de las provisiones necesarias, y dejando de ser sitiador se hubiera visto él mismo sitiado. Este poderoso motivo, el ardor de todos los capitanes venecianos, las continuas instancias que hacian á su almirante, el tierno espectáculo de los sitiados, que desde lo alto de la muralla le alargaban las manos en ademan de suplicarle, y con lastimeras voces imploraban su auxilio, nada de esto fue capáz de mover á aquella alma vil á esponerse al menor peligro, ni aun á salir de su estúpida inaccion. Además de la desidia del gefe, hubo tambien un traidor perverso, llamado Tomás Liburno, que enseñó á los turcos los parages por donde ofrecia la plaza menos resistencia; y de este modo cayó en poder de Mahomet despues de treinta dias de sitio.

58. Para tomar venganza el cruel sultan de la muerte de cuatro mil hombres que habia perdido, la abandonó al saqueo y á todo el furor de los soldados. Habiendo salido el noble veneciano, Pablo Eriso, bajo la palabra del Gran-Señor, de un fuerte adonde se habia retirado, le partieron por la mitad del cuerpo. Su hija, que unia una virtud heróica con una rara hermosura, fue ahorcada por no haber querido condescender con los torpes deseos de aquel bárbaro seductor. Al fin, el vil comandante de la armada veneciana fue preso por su sucesor Pedro Mocénigo, el cual le envió al senado, cargado de cadenas, y allí se le condenó á destierro perpétuo. Habia encontrado Mocénigo cuarenta y seis galeras, á las que se agregaron poco despues otras veinte enviadas por el Papa,



y diez y siete que dió Fernando, Rey de Nápoles. El nuevo almirante, en nada parecido al primero, inquietó con este armamento todos los mares del Archipiélago, é hizo en ellos terribles destrozos.

Al mismo tiempo no omitia el Papa diligencia alguna para levantar un ejército proporcionado á la armada. A fuerza de repetir sus instancias con el Emperador Federico, el cual se divertia entonces en viajar y en grabar en las paredes de las posadas este emblema de la indolencia: *el olvido es el remedio de los mayores males*, logró que se juntase en Ratisbona una dieta numerosa, en la que se resolvió poner en pie un ejército de doscientos mil hombres, y señalarle un sueldo fijo sobre las contribuciones de cada particular, á cuyo efecto se dispuso de comun acuerdo, que el que tuviese mil escudos de renta, habia de dar un hombre de á caballo, y el que quinientos, uno de á pie, y así todos los demás á proporcion de sus rentas, ya escediesen ó no llegasen á las sumas indicadas. Los que tenian un duplo ó triplo, debian presentar dos ó tres hombres, y los que tenian menos, debian unirse para suministrar el soldado ó soldados que les correspondiesen. Tal era en aquellos tiempos el sistema de la administracion política, en la que jamás se tuvo presente la distancia que hay entre la teórica y la práctica. ¿Pero cuándo han dejado de alucinarse los hombres de cálculos inexactos, y los proyectistas de planes impracticables? Otro error, que apenas puede concebirse, era el de confiar estas grandes operaciones á los Papas, que por lo comun

eran viejos, ó estaban enfermos, y muchas veces juntaban ámbas cosas, de manera, que ninguna llegaba á tener efecto, consumiéndose en preparativos inútiles todas las contribuciones.

59. Habia muerto Pio II del mismo modo que Calisto III y Nicolao V, en el momento en que estaba todo dispuesto ya para la destruccion de la media luna; y Paulo II murió, como Pio, estando hechos los mismos preparativos, é igualmente próxima la egecucion. Algunos dias despues de la dieta de Ratisbona, en la noche del 27 al 28 de Julio de 1471, le acometió un accidente apoplético, y fue tan repentina su muerte, que ni pudicron darle ningun socorro, ni hubo nadie que le viese espirar. Tenia entonces Paulo II cincuenta y cuatro años, y habia ocupado siete la santa Sede. Se volvió á tratar muchas veces de la guerra contra los turcos, y siempre bajo el mismo plan, hasta que á fuerza de esperiencias se substituyó al entusiasmo de un valor efimero una conducta mas lenta, mas uniforme, y por lo mismo mas temible. En efecto, hay ciertas preocupaciones, cuya destruccion no puede lograrse, sino variando enteramente las ideas y las costumbres, y dejando que el tiempo acabe de completar la obra.



y diez y siete que dió Fernando, Rey de Nápoles. El nuevo almirante, en nada parecido al primero, inquietó con este armamento todos los mares del Archipiélago, é hizo en ellos terribles destrozos.

Al mismo tiempo no omitia el Papa diligencia alguna para levantar un ejército proporcionado á la armada. A fuerza de repetir sus instancias con el Emperador Federico, el cual se divertia entonces en viajar y en grabar en las paredes de las posadas este emblema de la indolencia: *el olvido es el remedio de los mayores males*, logró que se juntase en Ratisbona una dieta numerosa, en la que se resolvió poner en pie un ejército de doscientos mil hombres, y señalarle un sueldo fijo sobre las contribuciones de cada particular, á cuyo efecto se dispuso de comun acuerdo, que el que tuviese mil escudos de renta, habia de dar un hombre de á caballo, y el que quinientos, uno de á pie, y así todos los demás á proporcion de sus rentas, ya escediesen ó no llegasen á las sumas indicadas. Los que tenian un duplo ó triplo, debian presentar dos ó tres hombres, y los que tenian menos, debian unirse para suministrar el soldado ó soldados que les correspondiesen. Tal era en aquellos tiempos el sistema de la administracion política, en la que jamás se tuvo presente la distancia que hay entre la teórica y la práctica. ¿Pero cuándo han dejado de alucinarse los hombres de cálculos inexactos, y los proyectistas de planes impracticables? Otro error, que apenas puede concebirse, era el de confiar estas grandes operaciones á los Papas, que por lo comun

eran viejos, ó estaban enfermos, y muchas veces juntaban ámbas cosas, de manera, que ninguna llegaba á tener efecto, consumiéndose en preparativos inútiles todas las contribuciones.

59. Habia muerto Pio II del mismo modo que Calisto III y Nicolao V, en el momento en que estaba todo dispuesto ya para la destruccion de la media luna; y Paulo II murió, como Pio, estando hechos los mismos preparativos, é igualmente próxima la egecucion. Algunos dias despues de la dieta de Ratisbona, en la noche del 27 al 28 de Julio de 1471, le acometió un accidente apoplético, y fue tan repentina su muerte, que ni pudicron darle ningun socorro, ni hubo nadie que le viese espirar. Tenia entonces Paulo II cincuenta y cuatro años, y habia ocupado siete la santa Sede. Se volvió á tratar muchas veces de la guerra contra los turcos, y siempre bajo el mismo plan, hasta que á fuerza de esperiencias se substituyó al entusiasmo de un valor efimero una conducta mas lenta, mas uniforme, y por lo mismo mas temible. En efecto, hay ciertas preocupaciones, cuya destruccion no puede lograrse, sino variando enteramente las ideas y las costumbres, y dejando que el tiempo acabe de completar la obra.



es autor de una historia de Florencia y de un tratado contra los hipócritas.

San Bernardino de Sena, 1444. Se hizo muy célebre con sus sermones llenos de piedad y con sus tratados espirituales.

Nicolás Tudesco, llamado el Panormitano, del nombre latino de Palermo, de cuya ciudad fue arzobispo, 1445. Estaba muy versado en la jurisprudencia, reputándosele por el canonista más hábil de su tiempo. Es famoso su tratado sobre el concilio de Basilea contra Eugenio IV, pero lo que ha merecido la estimación general son sus comentarios sobre las decretales.

Alfonso Tostado, obispo de Ávila, 1454. España coloca á este escritor en el número de los hombres más célebres que la han ilustrado. Las obras que nos quedan de él forman veinticuatro tomos en folio, que contienen eruditos comentarios sobre la Escritura, y varios opúsculos de moral y de disciplina.

San Lorenzo Justiniano, 1456. Es autor de muchas obras piadosas.

San Juan Capistrano, 1456. Dejó varios tratados de moral y de jurisprudencia.

San Antonino, arzobispo de Florencia, 1459. Tenemos de él una suma teológica, otra histórica y otras varias obras.

Jorge Scolario, ó Genadio, patriarca de Constantinopla, 1460.

Fue uno de los griegos más instruidos y elocuentes de su tiempo. Los discursos que pronunció á favor de la misma en el concilio de Florencia, son muy estimados. Escribió también muchos tratados excelentes á favor de la iglesia latina; los opuestos á ella que se encuentran entre las obras de Genadio, son de otro autor que tenía el mismo nombre.

Blondo Flavio, 1463. Sus tres décadas históricas sobre el imperio de occidente desde el año 1410 hasta el de 1440, son alabadas por su exactitud.

El cardenal de Casa, 1464. Tenemos de este prelado, que fue uno de los hombres más célebres de su siglo, tres tomos en folio. Se estima con particularidad su gran tratado de la concordia católica. Son interesantes sus cartas por motivo de los grandes asuntos en que intervino en sus legaciones. En todas sus obras se advierte mucha ciencia y erudición, pero demasiada sutileza.

Eneas Silvio Piccolomini, 6 Pio II, 1464. Sus obras, que forman un tomo en folio, y particularmente sus cartas, son de mucho interés, ya por las cosas que refiere, de las que había sido testigo ocular, y ya por los adornos del estilo. Tal vez hay algún exceso en este último punto, porque las flores de la dicción y el fuego del orador pueden hacer sospechosa la verdad histórica. En lo que escribió á favor del congreso de Basilea, confesó despues que se había dejado llevar escesivamente del ardor y poca esperiencia de la juventud; y siendo Papa escribió una bula de retractacion.

Santiago del Paraiso, cartujo, 1456. Tenemos de él muchos tratados excelentes contra los abusos que se habían introducido entre los fieles.

Lorenzo Valla, 1465. Fue uno de los mejores humanistas del siglo quince, y de los que más contribuyeron á la restauracion de la buena latinidad. Además de las obras que escribió con este objeto, tenemos de él un tratado contra la supuesta donacion de Constantino; la historia del reinado de Fernando de Aragon, y unas notas bastante buenas sobre el Nuevo Testamento sin embargo de que se hizo sospechoso en materia de religion.

El cardenal de Torquemada, 1468. Entre otras varias obras, escribió un tratado de la Iglesia y de la autoridad del Papa,



en que se muestra muy adicto á los sanos principios de Roma. Dionisio de Rikel, llamado el Cartujo ó Cartujano. Tenemos de él muchas obras llenas de máximas saludables y de la piedad que respiraba su autor.

PERSECUCIONES.

Ultrages y malos tratamientos padecidos por los católicos de Grecia despues del concilio de Florencia.

Repetidas violencias de los husítas, aun contra su propio Soberano, segun el poder con que se hallaban y las ocasiones en que esperaban atentar contra él impunemente.

Mahomet II, en los treinta años de su reinado perdió pocas ocasiones de señalar su barbarie y encarnizamiento contra los cristianos en las inmensas conquistas que hizo. Cometió algunas veces tales atrocidades contra ellos, que justamente se le miró como un nuevo Nerón; y aun dió á la Iglesia muchos mas mártires que aquel tirano; bien que con pretextos estudiados.

SECTARIOS.

Marcos de Éfeso, restableció despues del concilio de Florencia el cisma que habian abjurado en él los griegos.

El monge Genadio, reanimó el cisma de los griegos poco antes de la ruina de aquel imperio.

Roquesana, llamado arzobispo de Praga, gefe de los husítas que continuaban defendiendo sus errores y renovando sus violencias contra los católicos de Bohemia.

*Continúa la lista de los Señores Suscriptores,  
con espresion de los puntos donde se han  
inscrito.*

D. Juan José Malta, Bibliotecario del Colegio de San Anton, en Badajóz.

D. Pedro Subias, Rector de Vich, en Barbastro.

D. Francisco Castro, Cura de Olvena, en id.

D. José Riera, Rector de San Adrian de Besos, en Barcelona.

D. Mariano Catá de La-Valle, en id.

D. Pedro Arbor, Rector de Feixanet, en Cervera.

D. Vicente Pau, Catedrático de Leyes, en id.

Dr. D. Jose Ricart, Beneficiado en San Juan de Lérida, en id.

D. Ramon Leanes, Presbítero, en el Ferrol.

D. Pedro Trigoyen, Presbítero, Cura de las Somozas, en id.

D. Juan Saavedra y Serantes, Cura de Serantes, en id.

D. José Diaz, Vice-Cura de id., en id.

D. Luis de Landa y Vila, Secretario del Ilmo. Señor Arzobispo, en Granada.

D. Policarpo Romero y Vidal, Familiar del mismo Señor Arzobispo, en id.

D. José Escolano, Presbítero, en id.

D. Juan Perez Cluco, en id.



D.<sup>o</sup> Alfonso Caparrós, Cura de Sierro, en id.

El R. P. Fr. José de la Cerda, Guardian de San Francisco de Alcalá la Real, en id.

El P. Fr. José Dorva, Religioso Franciscano, en San-Felipe.

Un Señor Canónigo de la Metropolitana Iglesia de Santander.

D. Fernando Madalena, Canónigo Dignidad de Chantre de la Colegiata de la Coruña, en Santiago.

D. Telmo Maceira, Magistral de la Catedral de Tuy, en id.

Dr. D. Juan Mariano Olier, Vicario de Utiel, en Valencia.

Dr. D. Salvador Azopardo, en id.

D. Juan Broto, Canónigo de la Metropolitana Iglesia de id., en id.

Escmo. Señor Duque de Villa-hermosa, en id.

Frey D. Miguel Galve, Cura de las Cuevas de Vin-Romá, en id.

D. Agustín Galiana, Cura de Benidorm, en id.

D. Agustín de Urbina, Presbítero, Beneficiado en la ciudad de Vitoria.

R. P. Fr. Antonio Vallejo, Religioso Dominicó, en id.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 1431, hasta el de 1471.

PAPAS.

- CCVI. **E**ugenio IV, murió á 23 de Febrero de..... 1447.  
CCVII. Nicolao V, elegido á 6 de Marzo de 1447, y  
muerto á 24 de Marzo de..... 1455.  
CCVIII. Calisto III, promovido á 8 de Abril de 1455,  
y muerto á 6 de Agosto de..... 1458.  
CCIX. Pio II, coronado á 27 de Agosto de 1458, y  
muerto á 16 de Agosto de..... 1464.  
CCX. Paulo II, elegido á 31 de Agosto de 1464, y  
muerto á 28 de Julio de..... 1471.

ANTIPAPAS.

- Clemente VIII, electo y no reconocido..... 1410.  
Felix V, opuesto á Eugenio IV desde 1440 hasta..... 1449.

EMPERADORES DE ORIENTE.

- Juan Paleólogo II, murió en..... 1448. ®  
Constantino XII, murió sepultado bajo las ruinas de su  
imperio en la toma de Constantinopla por Maho-  
met II en..... 1453.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EMPERADORES DE OCCIDENTE.

|                            |       |
|----------------------------|-------|
| Segismundo, muerto en..... | 1437. |
| Alberto II.....            | 1439. |
| Federico III.....          |       |

## REYES DE FRANCIA.

|                            |       |
|----------------------------|-------|
| Cárlos VII, muerto en..... | 1461. |
| Luis XI.....               |       |

## REYES DE ESPAÑA.

|                         |       |
|-------------------------|-------|
| Juan II, muerto en..... | 1454. |
| Enrique IV.             |       |

## REYES DE INGLATERRA.

|                                                |       |
|------------------------------------------------|-------|
| Enrique VI, muerto en.....                     | 1461. |
| Eduardo IV, primer Rey de la casa de York..... |       |

## CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Basilea, desde el 25 de Julio de 1431, hasta Mayo de 1443. Celebráronse en él cuarenta y cinco sesiones, despues de las cuales se separaron sus miembros, declarando que el concilio no estaba disuelto, sino que se continuaria en Leon ó en Lausana. En efecto, hubo todavía algun simulacro de concilio en esta última ciudad. Dificil es explicar exactamente

y mas en unas tablas las variaciones de esta asamblea. En las dos primeras sesiones estuvo unida con el Papa; se indispuso despues abiertamente; se reconcilió, aunque no perfectamente; volvió á separarse, llegando hasta el extremo de deponer á Eugenio IV y elegir al duque Amadeo de Saboya, á quien llamó Felix V. Sin embargo, hicieron en él muchos cánones de disciplina, que le conciliaron la benevolencia de la Francia, donde es tenuta esta asamblea por concilio general; pero aun prescindiendo de todo lo demás, no tiene el congreso de Basilea la autoridad de concilio por no haber sido confirmado por ningun Papa.

Concilio general (decimo-octavo segun la opinion mas comun, y décimo-nono segun la cuenta de los franceses), celebrado al principio en Ferrara desde el 10 de Enero de 1433, hasta igual mes y dia de 1439, y despues en Florencia desde el 26 de Febrero de este último año, hasta igual dia de Abril de 1442. La reunion de los griegos, que juntamente con la reforma, era el objeto principal del concilio, se efectuó verdaderamente en Florencia. En él se reunieron tambien á la Iglesia muchos pueblos cismáticos de Asia y de África. Los griegos que se hallaron en este concilio fueron veintin prelados de primer órden, sin contar muchos eclesiásticos constituidos en dignidad, el Emperador y su comitiva, que representaban á toda la nacion.

Asamblea de los Príncipes del imperio, 1438, en que se tomó el partido de la neutralidad entre el Papa Eugenio IV y el congreso de Basilea.

Asamblea de Bourges, 1438, en que se formó la famosa pragmática-sancion, dirigida particularmente á establecer la



preeminencia de los concilios generales, á restablecer la libertad de las elecciones, y á abolir las anatas, las expectativas, las reservas y todas las cargas ó gravámenes de igual naturaleza. = Ved aquí el principio de las malamente llamadas libertades galicanas.

Concilio de Maguncia, 1439, en el que se recibieron algunos decretos de Basilea, desechando los que eran contrarios al Papa Eugenio.

Asamblea de Bourges, 1440, en la que se manifiestan las mismas disposiciones que en el concilio precedente.

Concilio de Maguncia, 1441. Se adoptaron muchas disposiciones de disciplina.

Concilio de Roan, 1445, en que se condenó á los que por espíritu de interés daban nombres particulares á las imágenes de la Virgen, ó las atribuían supersticiosamente una virtud particular.

Conciliábulo de Constantinopla, 1450. Aunque se encuentran sus actas en todas las ediciones de los concilios, hay varios autores que las tienen por apócrifas. Segun ellas fue celebrado por los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem contra el de Constantinopla, y contra la union egecutada en Florencia.

Concilio de Saltzburgo, 1451. Fue celebrado por el cardenal legado, Nicolás de Cusa, y por el arzobispo Federico de Ememberg, á fin de reformar los monasterios de la provincia.

Concilio de Colonia, 1452. El cardenal de Cusa publicó en él, con la aprobacion del arzobispo, muchos estatutos. El tercero recomienda á los párrocos la lectura de Santo Tomás sobre los sacramentos, y el décimo y undécimo prohíben el establecimiento de nuevas cofradías y de nuevas órdenes religiosas.

Concilio de Magdeburgo, 1452, para la reforma de los canónigos regulares.

Concilio de Cashel, en Irlanda, 1453. Formáronse en él ciento veintinueve decretos de disciplina, con tal especificacion, que el vigésimo prohíbe á los clérigos el uso de los vigotes.

Concilio de Aschaffenburgo, en la diócesis de Maguncia, 1455, contra los errores de los husítas.

Concilio de Soissons, 1455. Se ordenó en él, entre otras cosas, la egecucion del decreto de Basilea confirmado en la asamblea de Bourges, acerca del modo de cantar el oficio divino. En todos los egeplares de este concilio se supone que se celebró en el año 1456, lo que procede de que en la metrópoli de Reims se acostumbra entonces á empezar el año el dia de la Anunciacion, esto es, nueve meses y algunos dias antes de lo que se practica ahora.

Concilio de Aviñon, 1457. Su principal objeto fue establecer, acerca de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, lo dispuesto en Basilea. Prohibióse en él, pena de excomunion, predicar contra esta opinion piadosa; no se permite disputar en público acerca de ella, y se encarga á los párrocos que den á entender este decreto á todos los fieles.

#### ESCRITORES ECLESIASTICOS.

Nicolás Clemangis ó de Clemange, 1440. Doctor de París reputado por el escritor mas culto y mas elocuente de su tiempo. Además de las cartas que escribió, tenemos varios tratados sobre el cisma y sobre las costumbres.

Leonardo Bruni, llamado el Aretino, 1443. Entre otras obras